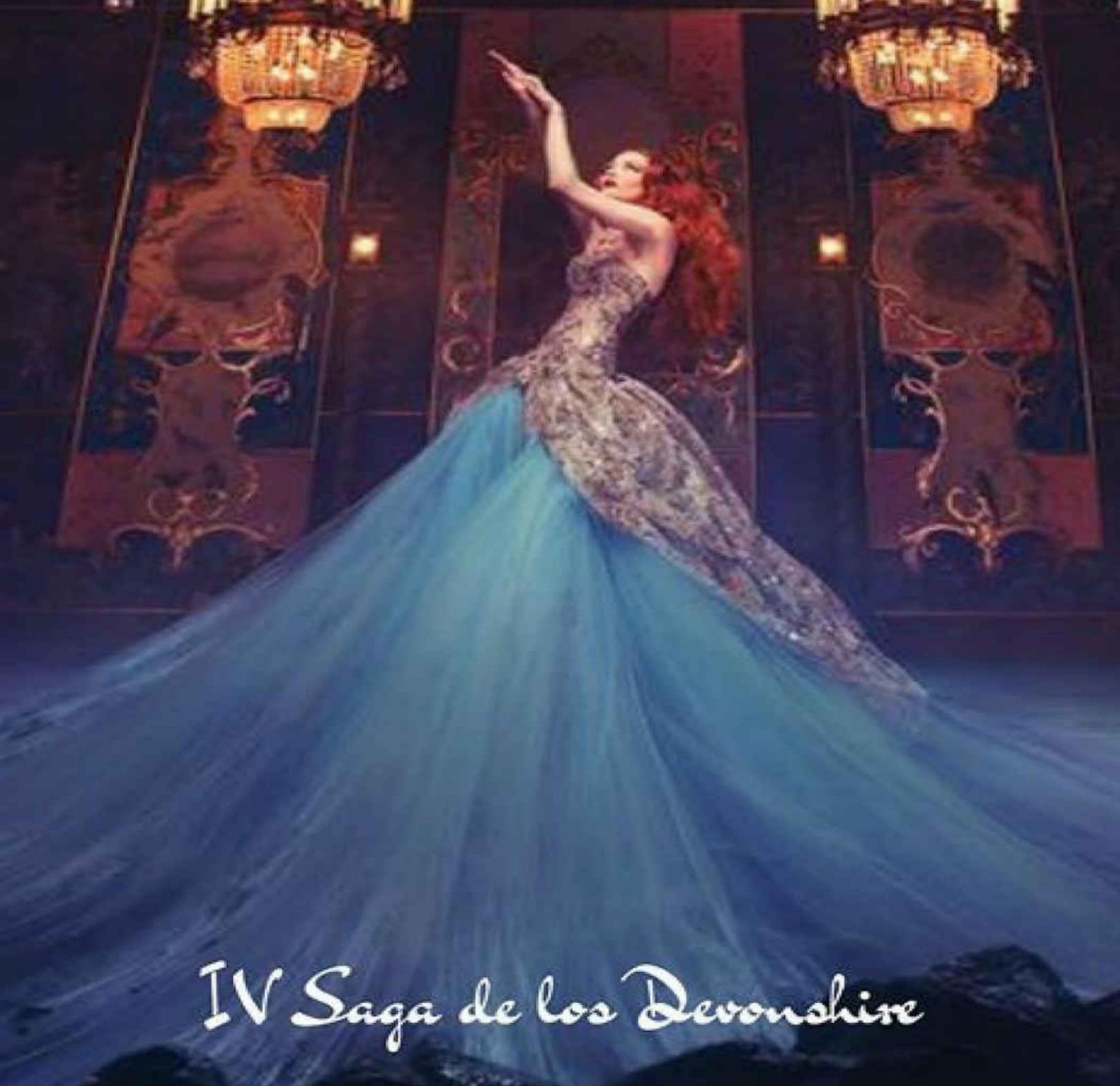


Maribel Solle

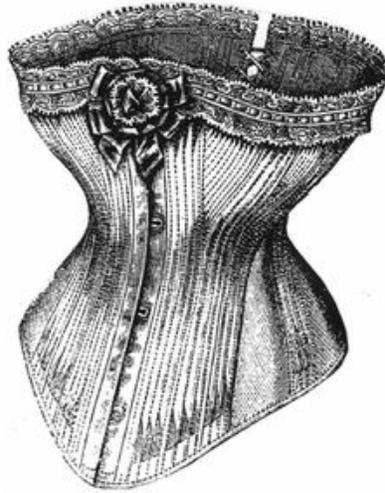
MANTO

DEL FIRMAMENTO



IV Saga de los Devonshire

SAGA DE LOS DEVONSHIRE
MANTO DEL FIRMAMENTO



MARY ELIZABETH

Nota Legal

Se prohíbe la copia total o parcial de la obra, ni su incorporación a un sistema informático o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y Siguiendo del Código Penal)

(Para comprender este libro en su totalidad es recomendable leer los anteriores)

Primera edición en Enero, 2019

©2019, Maria Isabel Salsench Ollè

PRÓLOGO

1840. *Una calle adoquinada de la Capital Inglesa*

La cabellera rojiza de Georgiana Cavendish ondulaba bajo el cielo gris de Londres junto a uno de los hombres más influyentes del lugar, llena de sueños y de esperanzas; ajena, a la vileza del ser humano. Ajena, al gran infortunio que debería hacer frente pocos días después y durante los años venideros.

—Papá, ¡le estaré eternamente agradecida por haberme traído! — se filtró una voz de soprano entre medio de la niebla hasta llegar al imponente pero demasiado bueno, Duque de Devonshire.

—Gigi, ¿me diste alguna otra opción? Te sujetaste a mi frac con intenciones de no soltarme si no te llevaba conmigo...incluso subiste al carruaje, a toda prisa, antes de que tu madre tuviera ni si quiera la oportunidad de objetar alguna cosa al respecto—convino el honorable Anthon Cavendish, esbozando una sonrisa que nadaba entre la ternura y el buen humor.

— ¡Mira! ¡Ahí está!

Señaló ella sin reparar atención en las palabras de su padre y, con la mirada puesta sobre un edificio colonial en el que rezaba: " *Exposición de ciencias médicas*".

—Así que esa es la verdadera razón de tu insistencia por acompañarme — picó suavemente él, sobre cuya mano enguantada reposaba en su antebrazo.

— ¡Ay no! Sabes que tengo en gran estima tu compañía pero... ¡Medicina! — ella resumió en una sola palabra el objeto de su pasión, levantando su otra mano libre en un movimiento que pretendía ser suficiente como explicación.

—Está bien, entremos.

Los exorbitantes ojos ambiguos de Gigi chispearon sobre los pequeños y claros de Anthon, haciendo que éste último se viera arrastrado, muy disimuladamente, hasta la mismísima entrada del edén científico.

Una vez dentro, la joven damisela sintió como su mente volaba lejos de esa tierra y se colaba en un mundo imaginario en el que ella podía ser doctora; en un mundo, en el que podía hacer uso de todos y cada uno de aquellos

instrumentos que estaban expuestos. Como mente ágil y curiosa que era, no tardó en preguntarse para qué deberían servir esos artefactos; así que inició un interrogatorio exhaustivo al encargado del espacio. Dicho encargado, un erudito de la materia, no tardó en resolver de forma detallada y cordial, todas aquellas dudas que esa hermosa dama presentaba.

— ¡Mi buen amigo Anthon Cavendish! — interrumpió la explicación del Doctor, sin ninguna sombra de respeto, un hombre alto pero cheposo que ostentaba una larga y perfilada nariz tan altiva como él mismo.

— ¡Oh! ¡Benditos los ojos que te ven Peyton!

Ambos ilustres y renombrados caballeros encajaron sus manos e intercambiaron palabras y fórmulas de cortesía.

—Me gustaría poder hablar contigo de unos asuntos, ¿tienes un minuto para mí? —entonó con voz ronca y carcomida ese tal Peyton.

—Oh no, pero voy con mi hija...— señaló Anthon a Gigi, la cual no había dejado de estudiar, inquisitivamente, a ese reptil jorobado que había osado cortar con sus garras a su tan esperado y codiciado día.

Había tardado semanas en urdir un plan perfecto para poder llegar a esa prodigiosa exposición, la cual descubrió en uno de esos periódicos de papá y, que ella, leían a escondidas. Primero, tiró por la ventana las lentes de la Señorita Worth, sin querer por supuesto; segundo, acabó con todos los polvos blancos que su madre usaba para la cara, fingiendo que Liza los había cogido para jugar. Toda esa secuencia de desgracias, provocaron que el cabeza de familia tuviera que desplazarse a Londres en busca de esos bienes tan preciados que en la periferia no había, y ahí fue cuando ella se aferró a su padre con toda su vida y su alma, para que le permitiera viajar con él.

La alimaña con perfume de puro y whiskey, miró a la hija del Duque como si realmente no se hubiera dado cuenta de que estaba presente; gesto, que molestó aún más a la dama y que no tardó en demostrárselo a través de una de sus miradas más dañinas. Sin embargo, ese noble de mala vida tan sólo esbozó una sonrisa de fingida compasión, en respuesta.

—No hay de qué preocuparse amigo, mi hijo Thomas la vigilará mientras nosotros conversamos. ¡Thomas! — un joven se acercó con pasos elegantes a la reunión improvisada, hundiendo su mirada traslúcida sobre los ojos grises de ese saqueador de instantes.

—Dígame, padre.

—Esta niña es la hija de Duque de Devonshire, un buen amigo mío, cuidarás

de ella hasta que volvamos. No salgáis del recinto.

El hijo, muy formal, aceptó la orden del general —nombrado "padre"— con un asentimiento de cabeza corto pero firme.

Gigi no sabía por qué motivo estaba más enervada. No sabía si era la forma en que ese hombre había irrumpido en medio de un día que debía ser, a todo pronóstico, maravillosamente sensacional con su padre. O si, por otro lado, era la forma en que se había referido a ella —niña— cuando ya rozaba los catorce años. Pero de entre todas aquellas adversidades contra su perfecto y meticuloso plan, la peor de todas era la de tener que quedarse bajo la vigilancia de un jovenzuelo que tenía toda la pinta de haber salido de Brighton antes de ayer.

Lamentablemente, su piel porcelanosa no era lo suficiente porosa como para dejar salir la rabia escarlata a través de sus mejillas, y debía tragársela con ese sabor amargo que tenía.

Obviamente, y sin lugar a duda, no pensaba entablar conversación con su niño; así que sin inmutarse ante la presencia del hijo de la "*lagartija*", se giró nuevamente hacia el Doctor. Sintió como su cólera se filtraba por las raíces del cuero cabelludo, en cuanto descubrió que ese fantástico y erudito científico ya se había ido y, no había ni quedaba nadie, para resolver todas sus preguntas.

Apretó sus puños y cruzó los brazos por delante de su pecho al tiempo que intentaba respirar hondo, si no quería arremeter contra lo primero que se le pusieran por delante. Ante todo, debía guardar la compostura, en la medida que fuera posible.

No sabía cuánto tiempo había durado su enajenación mental hasta lograr encontrar algo de calma, puesto que cuando se dio cuenta su —teóricamente— cuidador, ya había desaparecido tras multitud de microscopios y herramientas desconocidas. No era una joven dada a asustarse, pero quedarse sola en medio de una gran sala no era algo que le conviniese, la lógica por encima de cualquier cosa.

—Espere, tal Thomas, espere.

Apresuró su paso haciendo repicar sus botines sobre el suelo amaderado y levantando su falda, hasta lo debido, para facilitar un paso ligero.

Thomas alzó una ceja y la miró de reojo mientras ella se acercaba a su posición, no la había perdido de vista ni un segundo a pesar de haberse alejado. Primero, porque su padre le había encargado su bienestar y, segundo,

porqué era difícil no verla.

—Le rogaría que me avisase la próxima vez que decida avanzar— rogó en forma de exigencia, Gigi, mirándolo con hastío y orgullo.

—Le ruego que me disculpe señorita, pero me ha parecido que estaba muy ocupada intentando tragarse la bilis.

— ¿Así que se ha dado cuenta? ¡Hm! Bien, he hecho todo lo posible por ocultar mi descontento...—arregló ella esbozando una sonrisa tan falsamente pésima como el argumento que había dado.

—Me imagino— repuso él, sarcástico, apartando la mirada para concentrar su atención en un cigarro por encender y en uno de los libros que había encima de una gran mesa.

Era joven, pero apuesto; gozaba de unos ojos peculiarmente indescriptibles: a veces parecían azules, otras verdes; pero si ahondabas en ellos, descubrías que eran grises con vetas de todos los colores. Una barba oscura empezaba a vetear su mentón y, sus cejas bien definidas, tan sólo eran la pincelada final, a una bella obra de arte.

Gigi lo miró de soslayo y decidió no perder más el tiempo. Dispuesta a recuperar esos valiosos minutos, imitó a ese proyecto de caballero y se acercó a la gran mesa para coger un volumen de anatomía básica.

El chico Peyton dio dos caladas seguidas al tiempo que pasaba una de las hojas de la edición que tenía entre manos pero, en medio de una de las dos bocanadas de aire, avistó a la joven a pocos pasos de él, con un libro en la mano. Arrugó el entrecejo y centró la atención en ella nuevamente, pero esta vez, realmente interesado en verla.

— ¿Qué mira? — espetó ella tras notar la mirada de ese desconocido sobre ella por largos y, extrañamente, agitados segundos.

Él pareció despertar de un trance en plena realidad con esa pregunta.

—Sólo quería saber si entiende algo de lo que lee.

— ¿A caso cree que no sé leer? — se ofendió ella intentando no demostrarlo, sin éxito.

—Me imagino que sabe leer, puesto que su institutriz le habrá enseñado. Pero no creo que sepa entender este tipo de libros.

— ¿Ah no? ¿Y por qué? Ah, no me lo diga, porqué pertenezco a ese sector de la humanidad sin raciocinio, ¿verdad?

Thomas alzó las dos cejas.

—Yo no comparto aquello que proclaman muchos políticos acerca de las mujeres. En realidad, considero al sexo femenino tan inteligente como al hombre pero es un hecho, que las damas no están preparadas para según que materias. No por sus capacidades mentales, sino porqué desde pequeñas no os alientan a nada más que no sea ser una buena esposa y una buena madre.

Gigi se apartó un bucle carmesí y lo miró de frente, abriendo los ojos un poco más de lo que ya de por sí estaban.

—Me sorprende gratamente su valoración, mas no deja de ser un tanto peyorativo que usted opine que no soy capaz de entender un ejemplar de anatomía básica. Le confesaré una cosa— bajó el volumen de la conversación al mismo tiempo que se acercaba a Thomas y ponía una mano de escudo sobre sus labios— yo tengo más aspiraciones que las de ser una simple y aburrida esposa. A veces entro en el estudio de mi padre y leo sus libros, pero no diga nada — clavó su mirada inocente sobre el muchacho que la miraba patidifuso por esa reciente muestra de confianza con algo que ella creía sumamente importante, aunque en realidad tan sólo fuera una chiquillada.

—Está bien, ya que estamos confesándonos —le siguió el juego él, imitando su volumen de voz— yo he empezado a estudiar medicina este mismo año— las esmeraldas estuvieron a punto de precipitarse de sus cuencas— Mi padre, no lo aprueba, pero como soy su heredero no tiene más remedio que aceptarlo, pero no diga nada — Gigi negó con la cabeza mientras apretaba sus labios queriendo parecer la mejor, en guardar un secreto.

—Entonces, explíqueme qué significa esta palabra...

Ambos jóvenes— repletos de ambiciones — se vieron unidos, inesperadamente, por su interés común y, departieron sobre el mismo, durante bastante tiempo; no obstante, llegó un momento en el que Gigi ya no escuchaba a su interlocutor porqué sólo podía ver sus labios moverse con entera gracia y elegancia así como masculinidad.

— ¿Me está escuchando?

—Eh...Oh, sí, por supuesto...

— ¡Gigi! Ya podemos irnos — anunció Anthon desde la otra punta del salón.

—Gigi, espere...— la cogió por el brazo para detener su paso, sintiendo como una corriente extraña temblaba entre los dos y los hacía desaparecer del lugar por una fracción de segundos. Ella lo miró interrogativa — Quisiera saber si puedo venir a su casa algún día...para seguir con el temario...

—Pienso que sabe perfectamente que lo que me pide es un absoluto disparate.

—Lo sé. Así como sé que un futuro Conde no puede ser médico o una mujer no puede estudiar...

—No le prometo nada...

Él vibró sus ojos sobre ella dejando entrever un destello grisáceo, que no pasó desapercibido para la muchacha.

—Me colaré por su ventana si es necesario...

—Ni si quiera he cumplido la edad casadera, desvergonzado—reprendió ella siempre tan elocuente a media voz, una de esas voces confidentes entre ambos.

— ¿Lo calcula siempre todo? Déjeme que le diga que apenas tengo diecinueve años y no sería tan extraño...

—No, no ...usted espere a mi debut. Hagamos las cosas bien.

—Está bien. El día de su debut, la buscaré y nos casaremos.

—Está usted loco...— rio ella, dejando escapar una pequeña risotada reanudando su marcha hacía su padre.

—Estaré loco, pero no la dejaré escapar.

CAPÍTULO 1— ADOLESCENCIA

1840. Chatsworth House

Dos piedras contra su ventana y unas señas ya conocidas fueron suficientes para que Gigi se deslizara disimuladamente a paso presto a través de una escalinata trasera; para luego, correr en dirección a un invernadero abandonado. Arrastrando con ella la falda de su vestido burdeos contra la verde hierba de la llanura y provocando que el viento sintiera celos del movimiento de su pelo escarlata.

—Ya le he dicho que no puede aparecer de esta forma por aquí, si mi madre llegara a enterarse en algún momento... tenga por seguro que sería el fin de mi días— se apresuró en amonestar la joven cerrando la pequeña puertecilla de vidrio quebrado tras de sí y mirando hacia los lados sin parar atención a la sonrisa ladina que el joven Thomas Peyton clavaba sobre ella.

—Con lo que le traigo, sé que podrá perdonarme— captó su atención haciendo vibrar un libro en el aire.

—No...no me diga que es...—se olvidó de la vigilancia de su progenitora y de las consecuencias que podría conllevar si la encontraban a solas con un hombre, esbozando una bonita e inocente sonrisa al mismo tiempo que corría hacia el motivo de su emoción. Se trataba del nuevo volumen que el Doctor Rownsy había publicado acerca de la medicina femenina y que ella tanto había anhelado; con sus largos dedos envolvió ese bienpreciado y releyó el título para asegurarse de no alimentar su dicha en balde. Su corazón estaba acelerado, sus ojos más brillantes que nunca y sus dientes pequeños y blancos asomaban con gracia entre sus perfectos y definidos labios. Ajena al orgullo masculino que causaba su estado en ese futuro Conde que se escapaba de la Universidad para traerle interesantes objetos o explicaciones —No sé cómo podré agradecerle todo lo que hace por mí— lo miró ella respondiendo a la sonrisa sincera que Thomas le dedicaba.

—Hmm...considero que con un beso será suficiente— propuso él con gesto galán, cerrando sus ojos y apretando sus labios en forma de piñón. Gigi lo miró de arriba a abajo, ofendida, y no dudó en abofetearlo; sin embargo, el resultado no fue el esperado ya que lejos de enfurecer a Lord Peyton o de

hacerlo desistir, éste sonrió satisfecho y la capturó entre sus brazos.

—Oh no, ¡Lord Peyton! Suélteme; no le consiento semejantes confianzas — luchó ella por escapar de su agarre, aunque en su interior, le satisfacía el proceder vivaracho de ese muchacho de cabellera oscura y ademán jocoso.

—Yo diría señorita Cavendish, que está usted muy cómoda con mi cercanía — apretó el cuerpo de la muchacha contra el suyo haciendo que ésta, finalmente, soltara un bonita risotada como las que solía regalar al mundo.

—Ni se le ocurra— prohibió ella removiendo su cabeza en cuanto vio que Thomas tenía todas las intenciones de robarle un beso, su primer beso.

— ¡Qué más da! ¿A caso no sabe lo que hacen un marido y una mujer en su intimidad? — picó él persiguiendo esos labios tentativos de un lado hacia otro.

— ¡Pero yo aún no soy su esposa! — frunció su ceño de porcelana.

— ¿Cómo ha dicho? — se detuvo él esbozando un gesto serio.

—Que aún no soy su mujer— repitió ella levantando su mentón.

— ¿Cómo?

—Que aún...— Thomas la levantó y la hizo girar sobre ellos mismos preso de la alegría.

—Así que aún no es mi mujer...— reiteró él dejándola sobre el suelo de nuevo y acariciando los labios de Georgiana con la yema de su dedo.

Gigi calló comprendiendo lo que había dicho, y aceptó la complicidad que se estableció entre ambos; en silencio, abrazados y con los ojos clavados el uno en el otro. Sus corazones latían al mismo compás y sus estómagos se estremecieron al mismo tiempo. El amor los había encontrado y nada volvería a ser como antes. Lo que había empezado siendo un juego adolescente se había convertido en un gran sentimiento inquebrantable o, al menos, eso parecía en ese preciso instante.

— ¡Gigi! ¡Gigi! — una de las doncellas gritó demandante, haciendo que la nombrada diera un respingo y se zafara rápidamente para responder a la llamada.

—Debo irme ¿Volverá?

—Sabe que sí, siempre vendré por usted. Siempre...

Thomas cogió un mechón carmesí de la joven que lo miraba expectante y lo colocó tras su oreja delicadamente, como si se pudiera romper en cualquier momento. Sabía lo que ella esperaba, sabía que deseaba que la besara antes de

irse pero, no lo haría. Ella no era una de esas muchachas que había encontrado en la ciudad, ella sería su esposa.

— ¡Gigi!

— ¡Ya voy! — hizo resonar la soprano su voz, levantándose la falda para poder correr hacia casa más fácilmente —Hasta otra Thomas Peyton — se despidió de él en la puerta dejando al caballero, como siempre, observando su marcha.

Los días pasaron, incluso las semanas, tras ese encuentro; pero por mucho que Gigi miraba por la ventana, no veía a Thomas. Deseosa de volver a encontrarse con él, cualquier ruido contra su ventana la hacía correr hacia la misma pero descubría que no era más que el viento, ese viento pesadoso que quería gastarle una broma de mal gusto. Una extraña melancolía se cernió sobre ella, aferrándose a los pocos recuerdos tangibles que tenía de él, como un libro o una pluma. Llegando a rememorar los mismos momentos vividos una y otra vez como si eso pudiera mitigar su dolor en algún vano sentido.

¿Le debería haber sucedido algo? ¿Estaría bien? ¿O simplemente se había cansado de la niña del campo? ¿Estaría con otra? Pensó muchas veces en preguntar a su padre sobre él pero ¿cómo hacerlo? Sería demasiado vergonzoso. Tampoco podía escribirle puesto que no tenía su dirección así como su círculo social era tan limitado y distante, que ni si quiera podía hacerle llegar un mensaje. Llegó a pensar que estaba enferma en cuanto sintió a su cuerpo languidecer más comprendió que esa debilidad no provenía de su ser físico sino de su alma. Su alma se sentía quebrada. Por momentos odiaba fervientemente a Thomas Peyton y, por otros, deseaba verlo para comprobar que estaba bien.

Habían pasado tres meses desde su último encuentro y lejos de olvidarlo parecía que su recuerdo se hacía más persistente llegándose a convertir en una enfermiza obsesión.

—Gigi, ¿por qué tienes esa cara? — espetó Karen al ver a su melliza más blanca de lo normal y con los párpados hinchados, en medio del pasillo. — ¿Ha sido otra vez mamá? Por suerte no tendremos que verla por un largo tiempo, se va a la Corte.

—No es mamá...

— ¿Entonces? — frunció el ceño la pelinegra posando una mano preocupada sobre el hombro de esa alma en pena que deambulaba por el lugar.

—Nada, Karen...es tan sólo que veo a mis sueños frustrados...

—Nada de eso; vamos, ven...—la empujó en el interior de su alcoba, una estancia que había sido testigo de centenares de confesiones entre ambas por muchos años. —siéntate, tengo un plan. Voy a abrir una escuela para mujeres, entonces podrás estudiar medicina. No, no me mires así. No estoy loca... lo conseguiré...

Ambas jóvenes habían departido largas y apasionantes horas sobre la lucha de la mujer en ese mundo, ¿cómo podía confesar Gigi, a su hermana más reivindicativa, que en realidad estaba así por un hombre que había jugado con su corazón? ¡Qué vergüenza! Ella era la inteligente, la racional y la elocuente de la familia. ¿Cómo podía confesar que se estaba martirizando por unas palabras en el aire?

—Por supuesto Ka...—se esforzó por sonreír haciendo que su hermana se sintiera satisfecha por creer que la había animado.

—Claro, Gigi. ¡Juntas lo conseguiremos! Demostraremos a esos hombres y a mamá lo que valemos, y se arrepentirán por habernos despreciado por tanto tiempo.

Karen cogió la mano a Gigi presa de esa ilusión juvenil propia de quien desconoce las verdaderas trabas que la vida regala a modo de prueba y enseñanza.

Más lunas con sus estrellas resplandecieron sobre el cielo oscuro seguidas del sol sin que Thomas volviera, clavando cada minuto y cada segundo sobre su esencia a modo de pequeños y afilados cuchillos que la estaban lacerando de forma indiscriminada.

Todo aquel desamor y desazón de no saber del ser amado, quedó en un segundo plano para la joven Cavendish el día en que la muerte de su padre fue anunciada. La muerte del único hombre que realmente la había querido, rasgó sobre su corazón abriéndolo en canal y vaciándolo por completo. La niña que corría al invernadero o que paseaba de la mano de Anthon, pareció marchitarse y disiparse junto a aquellos dos hombres que la habían abandonado con voluntad propia o sin ella.

La casa se tornó oscura y la flaqueza retumbó estrepitosamente contra las hijas del Duque de Devonshire pero ellas no le permitirían ganar la batalla. Audrey cogió las riendas de la situación con valerosa y admirable actitud ganándose un inmenso respeto por parte de Gigi que marcaría su relación con ella, por siempre. Georgiana se admiraba ante el valor que mostró su hermana mayor ante ese cobarde que por poco la viola así como quedó impresionada cuando,

sin titubear, aceptó su cargo y el de sus otras tres hermanas. Ella era un ejemplo que seguir, un ejemplo de entrega y de valores familiares que Gigi imitaría. Decidió olvidarse de Thomas y centrarse en sus hermanas, permaneciendo a su lado incondicionalmente. Se tornó su confidente, su apoyo y su siempre presente Gigi. Jamás se quejó, ni habló de ella misma o sus sentimientos. Sólo se mantuvo al lado de Audrey, Bethy, Karen y Liza. Sólo eso, ella solo era la hermana que no lloraba, que no enfermaba, que no causaba problemas.... Y así fue como enterró, después de cavar durante días, ese amor adolescente bajo cientos de capas de tierra.

CAPÍTULO 2—CINISMO EN ESTADO PURO

1844. Castillo de Dunster

Resignación. Esa se había convertido en la palabra por excelencia en la vida de Georgiana durante los últimos cuatro años. Resignación al sentir aquello que llamaban amor y tener que enterrarlo vivo, resignación al perder a su padre, resignación cuando Bethy por poco pierde la vida en el parto y, una vez más, le tocaba resignarse ante el hecho de que ya no podían seguir retrasando su debut social. Junto a Karen, esa misma temporada, serían presentadas en sociedad y eso significaba que estaban listas para casarse.

¿De verdad lo estaba? ¿De verdad sería capaz de mirar a otro hombre como había mirado a Thomas? Si lo traía de vuelta en su memoria y abría el viejo cajón del año 1840, aún podía sentir como pequeñas burbujas se alteraban en su interior. Su primer amor. No sabía si podría llegar a amar a alguien más tras haber aniquilado ese amor ferviente e inocente que una vez sintió. Pero no quería decepcionar a Audrey, el matrimonio de Bethy ya había sido un tanto tortuoso y no sería ella quien causara más problemas a la familia. Por eso, aunque no estuviera preparada para contraer nupcias, lo haría. Las personas se casaban por muchos motivos y corresponder a su hermana mayor por todos sus esfuerzos para darles una buena vida, era uno de ellos.

—No me apetece para nada ir a esa caza brujas — refunfuñaba Karen al tiempo que seguía a Audrey y a la Baronesa Viuda hacía el carruaje que las llevaría a casa de los Pembroke.

— ¡Niña! ¡Corrige ese vocabulario! — se indignó la Señora Royne.

— ¿Votamos quién quiere ir? Deberíamos de poder votar decisiones como esta... — se sentó la pelinegra en uno de los sillones del vehículo cruzando los brazos por delante de su pecho con el gesto totalmente ofendido.

—Vamos Ka...sé razonable... ya somos unas mujercitas...no podíamos alargar más este momento— alegó la pelirroja sentándose a su lado y colocando sus guantes blancos muy bien dispuestos sobre su falda púrpura.

—Deberías aprender un poco más de tu hermana — sentenció Audrey amonestando a través de sus ojos añiles.

—Ay, por favor, dejad de discutir... ya sabéis que me mareo en estos trastos— añadió Bethy, subiendo la última y sentándose a un lado un tanto estrecho. No era que no tuvieran más carruajes sino que se empeñaban en viajar juntas.

Las ruedas del carruaje iniciaron su labor y el camino a la propiedad de tía Ludovica pasó rápido debido a la tertulia entre las jóvenes, puesto que la Baronesa cayó dormida sobre una esquina a medio recorrido.

—Señora Royne— tocó Gigi con su mano ya enguantada el brazo de la anciana, quien se despertó con un ronquido provocando la risa histérica en Karen— señora Royne, ya hemos llegado — medio sonrió la joven, llevándose una sonrisa de la viuda de vuelta para luego mirar con desaprobación a la otra melliza.

Las cinco respetables damas descendieron del vehículo con sus majestuosos y pesados vestidos deslumbrando a quien estuviera presente— casi toda Inglaterra— para ser recibidas como merecían por los anfitriones: Rudolph y Ludovica, sus tíos por vía paterna.

La bella Georgiana llamaba mucho la atención, no tardaron nobles y caballeros en acercarse sutilmente para ser presentados a esa joven de belleza tan extraordinaria. Toda una beldad por excelencia sólo había una cosa que no agradaba al sector masculino de esos lares y era la mirada inteligente que la dama en cuestión movía orgullosa hacia todas las direcciones. No era que los hombres no gustaran de una conversación interesante con una mujer pero por norma general, preferían desposarse con jóvenes fáciles de manejar y poco avispadas.

Tras un sinfín de presentaciones, saluciones y de besos en el dorso de la mano enguantada, fueron guiadas hacia su recámara para que pudieran asearse y cambiarse el traje de viajar por uno más acorde a la situación. La joven de la cabellera escarlata rápidamente fue preparada por la señorita Murray con un vestido de color amarillo pastel bastante vaporoso.

Como siempre, Gigi fue la primera en terminar y esperó a las demás en la antesala de sus habitaciones pacientemente. Ni si quiera estaba nerviosa, había chicas que temblaban el día de su debut pero ella no. ¿Sería médico? Era algo que ya dudaba, seguramente el hombre con el que se desposaría no le permitiría ni abrir un libro. Ella no era como Karen, Karen era fuerte y valiente, sin mencionar que era una soñadora empedernida. ¿Realmente conseguiría abrir esa escuela? Ya no eran dos niñas susurrando en medio de la habitación. Al hablar así consigo misma el fuego ardía en su interior, pero no sabía discernir qué era. ¿Estaría renunciando demasiado rápido a sus aspiraciones? Casi no se reconocía a sí misma. Se sentía, simplemente, arrastrada por la corriente de la vida. Primaba la lógica sobre sus sueños,

siempre había sido así.

—Oh Gigi, si te pones muy nerviosa al bajar las escaleras agárrate a Audrey, a mí me sirvió de mucha ayuda — interrumpió su enajenación mental su dulce y benévola hermana Bethy. Ella tan sólo la respondió con una sonrisa y un movimiento de cabeza aun sabiendo de sobra que no se pondría nerviosa por esa nimiedad. Sólo eran escalones y sólo Bethy podía ponerse nerviosa por eso.

Y así fue, descendió la gran escalinata frente a los demás invitados como si bajara a desayunar en Dunster. Carecía totalmente de timidez, no era un sentimiento razonable. Al llegar a la planta inferior fue anunciada junto a su melliza y a sus acompañantes, a lo que respondió con una sonrisa perfectamente estudiada dirigida a la nada puesto que no miró a nadie porque no le interesaba lo más mínimo entablar conversaciones banales o conocer a gente nueva. No fue así con Karen, quien rápidamente se unió a un grupo de damas con las que inició una cháchara llena de risas y parloteos ruidosos. Se alegró por Ka pero no tenía ganas de imitarla, así que se quedó un tanto apartada si es que eso era posible; caballeros de todos los rangos y edades la rodearon y tuvo suerte de tener a sus benefactoras cerca para poner orden en su cartilla de baile. Aburrida de la situación dirigió su mirada a la muchedumbre. Sacudió su cabeza y maldijo interiormente. ¿¡Qué diablos había sido eso!?

Volvió a pasar su mirada a través de esa gente carente de interés y entonces lo vio. El destino era cruel y su cuerpo un traidor. Su yermo y putrefacto corazón empezó a escupir bocanadas de aire queriendo revivir, de nada habían servido todos esos años de sepultura. Como vil rastrero que era, no tardó ni dos segundos en hacer brotar una catarata de sangre fertilizando cada ramificación de su sistema nervioso y resucitando a sentimientos que habían sido asesinados lenta y cruelmente.

No, no iba a consentirlo, jamás le demostraría su conmoción. Era lo último que necesitaba ese proyecto de caballero, así que tan rápido como su hábil mente pudo reaccionar, desvió la mirada hacía otro lugar como si no lo hubiera visto o, simplemente, su persona le resultara tan indiferente como el resto de las asistentes. Sin embargo, como astuto manipulador que era Thomas, no dejó de mirarla fijamente a pesar del desaire. Gigi sintió su mirada clavada sobre ella y por mucho que intentaba no devolverla, le era imposible; así que se convirtió en una batalla contra sí misma que perdió puesto que, finalmente, volvió a mirarlo para encontrarse con que él le estaba sonriendo. “¿De

verdad? ¿Una sonrisa? Podía meterse su infecta sonrisa por donde le cupiese.” Esa famosa cólera que hacía tiempo que no la visitaba, se adentró en ella sin invitación y la hizo supurar hasta la extenuación.

—Disculpen un momento, necesito retirarme — se excusó rápidamente ante sus acompañantes saliendo de la sala apresurando su paso, repicando así contra el mármol encerado sus botines blancos.

Con la falda en sus manos miró hacia atrás deseando que ese fantasma del pasado hubiera desaparecido, pero no fue así. La estaba siguiendo y había empeorado su aspecto, no era como lo recordaba. Sus ojeras estaban repletas de pequeños surcos y su barba parecía castigada por el tiempo. Su pelo no estaba libremente dispersado sobre su faz sino que estaba repeinado hacia atrás y sostenía un asqueroso puro entre sus manos. Decidida a perderlo de vista se adentró en uno de los pasillos en los que no había nadie ni nada, ni siquiera luz; esperando que con eso desistiera en seguirla pero tampoco lo consiguió; el ritmo de sus pasos cada vez era más acelerado hasta que decidió correr pero ese ser del ayer, era más alto que antaño y con sus grandes zancadas no era necesario que corriera para poder llegar a ella.

Su respiración cada vez era más agitada, ya no sólo por el esfuerzo físico sino por lo nerviosa que se estaba poniendo. No quería verlo, no quería reencontrarse con él. Le rogó a Dios para que desapareciera pero como si Éste Mismo quisiera mandarle una señal, se tropezó con una moqueta mal dispuesta y cayó de bruces sobre el rojizo manto del suelo, arrastrando con ella su dignidad y su vestido de tul amarillento.

Trató de levantarse con ímpetu pero dos zapatos de piel bien lustrados se posicionaron frente a ella. Cualquier intento de fuga era inútil. Ese embaucador le alargó la mano en pos de ayudarla a levantarse, pero Gigi se negó en rotundo a aceptar cualquier gesto que proviniera de semejante embustero; así que se incorporó por su propio pie aunque el tobillo le estuviera rogando clemencia y lo encaró. Sus orbes verdes brillaron en medio de la oscuridad y se clavaron en el gris opaco de ese vil saqueador.

—He venido a buscarla — resonó la voz de barítono sobre los tímpanos de la joven que negó dramáticamente con la cabeza.

CAPÍTULO 3—MANIPULACIÓN

Gigi se lo quedó mirando sin saber si reír o llorar.

— ¿A buscarme? — repitió ella incrédula con la boca entreabierta y removiendo sus pupilas sobre él. Buscó algún ápice de burla o de locura en sus ojos pero no había ni de lo uno ni de lo otro, sino que su mirada sombría parecía más serena y sensata de lo que recordaba.

—Sí, eso he dicho, a buscarla — ladeó sus labios hacia la derecha esbozando una mueca que quería ser una sonrisa pero que se había quedado a medio camino; no había rastro de la mirada alegre y del porte jocoso de ese joven que un día conoció, aunque si conservaba su talante insolente y claramente, embaucador.

—No, no...esto es una locura— alzó los brazos al aire ella, olvidando cualquier norma del decoro y clavando su mirada sobre un pequeño candil abandonado en medio del pasillo y que se esforzaba por cumplir su misión sin éxito. Gigi cruzó sus brazos por encima de su pecho y trató de serenarse sin mirarlo.

— ¿Otra vez tratando de engullir la bilis? —se mofó él dando una calada a su puro mientras colocaba su otra mano en el pequeño bolsillo de su chaleco.

— ¡No juegue conmigo! ¡No se lo consiento! — se giró de golpe ella, enervada, alzando su dedo índice en modo de amenaza— ¿lo comprende? Lo último que necesito es que un caballero de tres al cuarto venga a mofarse de mí.

—Yey, yey — rogó Thomas alzando sus dos brazos a modo de rendición y con cara de estar disfrutando más de lo que quería admitir.

—Váyase usted a reír de quien no lo conozca, yo sé muy bien de qué pie cojea Señor Peyton— alzó ella su mentón decida a volver junto a Audrey. Lo último que deseaba, era que alguien la encontrase en esa tesitura y se viera obligada a casarse con el hombre más manipulador de Londres.

—Espere— la detuvo él por el brazo, un inofensivo contacto que causó una tempestiva ola en el interior de Gigi, la cual tuvo que hacer grandes esfuerzos para zafarse de su mano y no demostrar que se fundía con su roce.

Ella lo miró interrogativa. Thomas no era la clase de hombre que se ofendiera rápidamente y no empezaría ahora por esa nimiedad.

—A las doce en punto frente a la estatua del gorrión.

— ¿Usted cree que fumo opio Señor Peyton? — replicó ella muy seriamente provocando una sonora carcajada en el caballero. Hecho que enfureció más a Gigi porque no había querido sonar graciosa sino cortante. Mal tratando a su pobre tobillo, la joven dama decidió huir del lugar sin mirar atrás.

— ¿Dónde has estado? — la interrogó Audrey nada más verla aparecer en el salón — te hemos estado buscando por todas partes.

—He salido al jardín para tomar un poco de aire, me sentía mareada — la Duquesa de Somerset la miró de forma exhaustiva, si no fuera por su fría mirada diría que no la había creído, pero no podía saberlo a ciencia cierta. Gigi tenía demasiado respeto hacia Audrey como para preguntarle qué pensaba o contarle sus verdaderos sentimientos, así que debería conformarse con la mueca disimulada de incredulidad que su tutora esbozó.

—No vuelvas a hacer tal cosa, el jardín no es lugar para jóvenes casaderas, ya deberías saberlo — fue todo lo que dijo la Duquesa dirigiendo su mirada al centro de la pista. —Lord Cromwell te está esperando para la pieza que le hemos prometido, vamos.

Gigi fue arrastrada, muy sutilmente, hasta ese Lord Cromwell de aspecto larguirucho y poco musculoso pero no había otra opción; debía corresponder a la petición que éste había hecho para con su baile y nada más.

Lo que ella no imaginó era que durante todas las piezas que bailó con uno y otro caballero, tendría al Señor Peyton mirándola cual vigía nocturno. A pesar de que le había lanzado miradas reprobatorias y hasta le había llegado a hacer alguna que otra seña, no desistió en su empeño por observarla. A cada giro que daba, se encontraba con su mirada. Dichoso Thomas. Maldito desquiciado.

Georgiana alabó a Dios interiormente en cuanto la música paró y se clausuró el baile, tenía los tobillos hinchados —uno más que otro debido a la caída— y le dolían las piernas. Agotada física y mentalmente, sólo deseaba retirarse en la tranquilidad de su alcoba y olvidarse, por un instante, de él.

Tenía su mirada clavada en sus retinas cual lucero deslumbrante, ni con el agua de la tina ni con la comodidad del lecho conseguía olvidarse de los ojos de Thomas. Lejos del recuerdo de su mirada, estaba el repicar de las agujas del reloj marcando el cuarto para las doce. ¿De qué quería hablar? ¿Qué quería Thomas? ¿Cómo podía presentarse después de cuatro años y decir que la venía a buscar? Definitivamente, necesitaba una explicación. ¿Por qué no

volvió? Muy lógicamente, si iba a empezar una nueva etapa con otro hombre, debía cerrar la de aquel amor adolescente. Por ese motivo y sólo por ese, decidió depositar de forma estudiada su camisión sobre el lecho y colocarse un sencillo vestido que le haría el servicio para bajar a la estatua del gorrión. Trató de hacer el menor ruido posible para no despertar a ninguna de sus hermanas que dormían en recámaras contiguas y se deslizó por la gran escalinata a oscuras. Sólo escuchaba las risas ahogadas de algún trasnochado en la lejanía por lo que no había nadie en esa parte decente de la mansión.

Al salir, una bocanada de aire fresco la invadió destensando sus músculos en balde puesto que en cuanto vio a Thomas, toda la tensión volvió a ella y ni mil bocanadas de viento nórdico hubieran bastado para aplacar la hoguera que se encendió en su interior. Estaba de pie con las manos en los bolsillos y la miraba como si no hubiera pasado el tiempo, como si el arco de la esperanza aún estuviera abierto.

— ¿Ha fumado opio señorita Cavendish?

—Haga el favor de no hacerse el gracioso Lord Peyton. Sólo he venido para terminar con esta burda situación... Deseo casarme con un hombre honorable y no me gustaría que un simple coqueteo infantil afectara a mi vida.

— ¿Ah sí? ¿Desea casarse? ¿Con quién?

—Eh, no...aún no lo tengo decidido pero...

—Déjeme que le cuente una cosa—se acercó él peligrosamente a ella cogiéndola por la cintura de improviso, haciendo que sus cuerpos vibraran al unísono— ningún honorable caballero de los que están ahí dentro, le hará feliz.

— ¿Ah no? ¿Puedo saber por qué está tan seguro de lo que conviene a mi felicidad? — trató de zafarse de su agarre a pesar de que sentía como su piel chispeaba ardiente con su fricción.

—Por supuesto— se ofreció él, alegremente, mientras aprisionaba los labios rojos de Gigi entre los suyos. Anclándose en ella, ansioso por la humedad de su cavidad. Había rememorado esos mismos labios cada noche durante mucho tiempo y, había imaginado mil veces como sería tenerlos entre los suyos pero la realidad superó a cualquier expectativa que hubiera podido concebir. Georgiana pensó que le iban a saltar los orbes verdes de sus cuencas, en cuanto ese canalla se atrevió a invadirla como un feroz combatiente, pero la suavidad de Thomas y el vaivén de las lenguas en combate fueron suficientes para dejarse llevar por esa corriente de sensaciones. El mundo se desvaneció

para dejarla sola ante el enemigo. Una ola se llevó ese momento tal y como lo había traído; sin embargo, mientras Peyton la miraba, sin decir palabra, ella seguía con los ojos cerrados en aquella nube del firmamento. Finalmente pareció aterrizar al planeta Tierra y deslumbró con su mirada a su oponente.

— ¿Lo ha comprendido ahora?

—No, no es justo...— consiguió escapar de la prisión asustada.

— ¿Por qué no?

—Lo esperé por mucho tiempo, a que viniera a verme, en Chatsworth House... llegué a pensar que había sufrido el peor de los accidentes...hasta que comprendí que se había olvidado de mí. Pasé meses y meses enterrando su recuerdo— dejó correr una lágrima por su mejilla — y ahora aparece aquí, como si nada hubiera ocurrido... no pretenda engatusarme Lord Peyton, esta vez no.

— ¿Olvidarme de usted? — soltó un carcajeo irónico — Ya le dije que siempre vendría en su busca, no debió rendirse tan pronto...

— ¡No debió desaparecer sin avisarme! ¿Qué es lo que le ha tenido tan ocupado Lord Peyton? — cabeceó de forma elegante y exigente.

Thomas retiró su mirada incómodo para luego volver a clavarla sobre ella.

—No importa lo que haya estado haciendo Georgiana Cavendish, lo que importa es lo que he venido hacer aquí y ahora...he venido para hacerla mi esposa y no se hable más. Quiero casarme con usted, no quiero dañarla, ¿es algo malo? No lo es, y menos cuando usted corresponde a mis sentimientos.

—No soy un objeto del que disponer cuando le venga en gana...usted no es mi amo.

¡Maldita fuera la soberbia de esa joven! Él no era su amo pero ella sí que era su señora, si fuera posible se convertiría en un perro para que lo amansara entre sus manos y lo dejara tirado cuando le placiera. No obstante, ni que le arrancasen las tripas en carne viva, confesaría semejante pensamiento. Así que se limitó a hacer aquello que mejor se le daba, seducir o, como algunas malas lenguas decían, manipular.

Pasó su mano sobre su hombro lentamente sintiendo como la porcelanosa piel se erizaba a su paso y luego atacó a su cuello; lo saboreó y tragó las gotas de perfume que aún había en él. Una vez ella estaba lo suficientemente distraída con los besos, la atrapó de nuevo entre sus brazos y la levantó en dirección a un cobertizo abandonado que había cerca. Gigi se sintió como si flotara y, literalmente, lo estaba haciendo a metro y medio del suelo. En ese rincón

abandonado que tanto le recordaba al viejo invernadero, la tumbó sobre su frac sin dejar de besarla. Los besos era una muy buena distracción a la que ella respondía positivamente. Acarició y besó cada rincón que pudo hasta que ella estaba tan extasiada que ni si quiera era capaz de pensar con claridad y fue en ese momento, en el que él aprovechó y se adentró en ella, sin avisarla. Notó una barrera y la traspasó delicadamente y con cierto orgullo masculino, al notar que su amada Georgiana no se lo impedía. Ambos sucumbieron a esa pasión adolescente que habían guardado por tanto tiempo y llegaron al clímax.

— ¿Estás bien? — pareció preocuparse Thomas por ella acariciando sus mechones escarlata. Era tan hermosa que no se creía merecedor de ella.

—Estoy bien pero deberás de hablar con mi hermana Audrey mañana mismo, no quiero que retrasemos la boda... cuanto antes hagamos el compromiso mejor, creo que podríamos celebrar el enlace en Chatsworth House, sería bonito...

—Espera, espera...— pidió él mirándola con esa mirada tan suya del demonio y haciendo caer un bote de agua helada sobre Gigi, que comprendió en ese preciso instante que se la había jugado.

— ¿Qué tengo que esperar Thomas? — frunció el ceño ella.

—Nos casaremos en Gretna Green.

— ¿Queeeeé? Ni se te ocurra, no nos vamos a casarnos en Gretna Green. Tú vas a pedir mi mano como un buen y respetable caballero a mis tutores y, luego nos casaremos con una ceremonia llena de invitados. ¿A caso hay algo que nos impida actuar de ese modo? —sospechó Gigi cubriéndose con su vestido y enfrentándolo con decisión. Había que ser muy inteligente para igualarse a Thomas y Georgiana lo era, tan sólo había pecado de inocente y de enamorada.

—Mi Gigi querida, ¿no podrías dejar que el hombre tomara las decisiones?

— ¿Perdón?

Georgiana empezó a coger objetos que tenía alrededor y se los lanzó con furia contra ese hombre medio humano, medio demonio.

—Nos casaremos en Gretna Green y no se hable más, deja de tirarme cosas como si fueras una niña. Ya no eres virgen, ningún hombre te querría, así que aceptarás mis condiciones— se incorporó él fingiendo estar enfurecido.

—El peor error de mi vida fue conocerte, Thomas Peyton—se le aguaron los ojos a Gigi mientras salía corriendo del lugar.

A Thomas le dolió en el alma que esa noche hubiera terminado de ese modo,

ni si quiera pensaba de verdad lo que había dicho. Pero esa era la única manera de que su futura esposa no supiera que ya estaba casado. Si Gigi hubiera sabido que él ya tenía una mujer, su lógica aplastante la hubiera alejado de su lado para siempre. Y no estaba dispuesto a eso. Lo hacía por él y por ella también. Algún día, quizás después de muchos años, se lo agradecería.

CAPÍTULO 4— PINCELADAS DE DECEPCIÓN

Gigi retornó a la intimidad de su alcoba tras serpentear entre las sombras. Su respiración estaba agitada y sus piernas temblaban, por lo que decidió despojarse de su vestido para lavarse cuidadosamente. Con un poco de agua que reposaba en una vasija, empapó aquellas partes que más necesitaban del frescor y se cubrió con un camisón para estirarse sobre la cama.

A esas alturas de su vida no se arrepentiría por lo que acababa de ocurrir, era evidente que hacerlo no la ayudaría a solventar el problema. Y el problema era que Thomas le ocultaba algún asunto que la inmiscuía a ella directa o, indirectamente.

Si negaba que estaba perdidamente enamorada de él sería una necia, pero el modo en el que la había tratado sería motivo suficiente para que lo detestara el resto de su vida. Primero, le llenó el corazón de esperanzas y sueños adolescentes cuando tan sólo era una niña para luego desaparecer y quebrarle el alma en cien pedacitos lúgubres; y ahora, apenas hacía unos instantes, la había manipulado falazmente hasta arrastrarla en el punto que él había deseado. Y ese punto era el de estar atada a él sin más opciones. Acababa de entregarle aquello por lo que una mujer era cotizada en el mercado y bien podía confesarle a Audrey lo sucedido y, quizás, escapar de Thomas; ¿Pero era lo lógico? ¿Era consecuente con sus actos? ¿Hacer perder el prestigio de su familia por algo que ella había aceptado? No había sido tomada a la fuerza. Ella había deseado todo cuanto Thomas le había proporcionado. Pero no esperó ese final.

Estaba claro que Lord Peyton había hecho uso de sus artimañas para hacerla caer en medio de su telaraña y ella lo había consentido, pero ese no era el quid de la cuestión. Lo que la atormentaba, era no saber por qué Thomas había actuado de esa forma. ¿Por qué había querido que ella cayera tan rápidamente en su lecho para luego desposarla en Gretna Green? ¿Por qué su premura? ¿Por qué la clandestinidad?

Eran cuestiones que en ese preciso instante no podía resolver; así que decidida a no pasar toda la noche en vela rememorando hechos que no podía ni quería cambiar, llamó a su doncella y mandó que le preparara una infusión para dormir.

La señorita Maison, la doncella de Gigi, se quedó un poco sorprendida por la

petición de su Señora a esas horas; sin embargo, no era del todo extraño que una joven debutante necesitara de algún incentivo para dormir, debido al ajetreo que sufrían durante el día. Así que la sirvienta, obediente y discreta, obedeció.

—Tienes mal aspecto— convino Karen en cuanto la vio a la mañana siguiente, a pesar de que se había esforzado en cubrir sus prominentes ojos hinchados, nada había sido fructífero.

—No es nada, tan sólo me dolían tanto los pies... que no he podido dormir — mintió ella sin que se le notara, era hábil en ocultar sus verdaderos pensamientos y consiguió que su melliza aceptara la explicación y volviera la vista hacia la gran sala del desayuno.

—Audrey, ¿podemos sentarnos con mis nuevas amigas? — demandó Karen en cuanto vio a Diana, Sophia y Catherine; sentadas en una mesa dispuesta frente a un gran ventanal.

—Por supuesto— accedió la tutora, que veía muy conveniente que sus dos hermanas menores entablaran relación y amistad con personas que no fueran de la familia. Nunca se sabía de quien se podría necesitar, por mucho dinero y posición que se ostentase.

La pelinegra arrastró a su hermana hacia la mesa de sus nuevas amigas y tras presentarlas debidamente, Gigi quedó petrificada al saber que Sophia Peyton era la hermana de Thomas. Trató de no aparentar ninguna clase de agitación o nerviosismo que pudiera mal interpretarse, así que muy quedamente se sentó y dejó que Karen llevara el peso de la conversación mientras ella aparentaba estar muy ocupada con su pequeño pastelito de confitura.

No obstante, toda calma que quisiera aparentar fue zarandeada con violencia en cuanto el causante de todos sus males, Thomas Peyton, hizo acto de presencia en el lugar. Haciendo gala de toda su bravuconería y gracia, se acercó a su posición— sin dejar de mirarla— para depositar un corto y casto beso sobre la frente de su coqueta hermana, Sophia.

Georgiana apartó la mirada rápidamente, tratando de no atragantarse con el sorbo nervioso que le dio al té. Sin embargo, sentía que debía ser la única de toda la mesa que no estaba mirando a aquel indeseable, ya que todas las presentes tenían su atención puesta en él.

Sólo fue un instante, un miserable instante en el que Gigi se atrevió a clavar sus ojos en él —aguardando la esperanza de no morir en el intento— pero Lord Peyton no se contuvo y le dedicó una de sus sonrisas más insolentes antes

de desaparecer tras un caballero hacia la sala de los hombres.

—Sophia Peyton, ¿puedo saber por qué no me habías dicho que tenías a semejante centurión como hermano? Exijo ser tu cuñada ahora mismo — bromeó Diana que solía quedarse prendada de la belleza masculina con facilidad, aunque en realidad solo Henry conseguía cautivarla verdaderamente.

— Oh querida, eso es porque ya tiene dueña — repuso la blonda removiendo sus bucles y dedicando una mirada significativa a Gigi, la cual se quedó desconcertada ¿Sería que Sophia sabía algo de lo ocurrido? ¿La dueña de Thomas era ella? Y si no era así, ¿por qué la había mirado de esa forma?

—No me digas que está casado — fingió lloriquear Diana.

—De golpe me siento mareada— se llevó, Sophia, la mano a la garganta mientras apretaba los ojos dramáticamente — Gigi, ¿puedes acompañarme al tocador?

—Eh...Oh sí... — se sorprendió la pelirroja ante la petición, levantándose al tiempo que seguía a esa joven de pequeña estatura pero muy femenina — ¿se encuentra mejor? — quiso saber en cuanto vio que la desfallecida de golpe se giró hacia ella y la arrastró hacia un rincón como si cualquier rastro de desvanecimiento se hubiera extinguido.

—Escúchame bien Georgiana, ¿puedo tutearte? — esbozó una risa nerviosa— sí yo creo que sí puedo, no en balde de aquí poco seremos familia— los ojos verdes de Gigi amenazaron en desplomarse contra el mármol — no pongas esa cara, sé muy bien lo tuyo con Thomas y he de decirte que estoy encantada de que por fin podáis estar juntos...no sabes los días que tuve que soportarlo hablando de ti. Eres más hermosa de lo que me imaginé. Estoy tan feliz — aplaudió haciendo saltar a su abultado pecho y mirándola con verdadera devoción — por fin tendré una cuñada en condiciones. Adiós Virgin, fue la peor esposa que mi hermano pudo haber tenido...en cuanto consiga la anulación tú serás la nueva futura Condesa de Norfolk, como siempre tuvo que haber sido — rio ella sin darse cuenta de lo que acababa de decir, hasta que el rostro porcelanoso de Gigi pareció quebrarse — No...no me digas que no lo sabías...— Georgiana retrocedió dos pasos y la miró incrédula — Georgiana, por favor...— trató de detenerla sin éxito.

Georgiana sintió como si el alma quisiera abandonarla, sintió como si el demonio quisiera poseerla y adueñarse de su ser. Una mezcla de decepción y rabia tiñó su rostro y corrió en busca de ese maldito bastardo. Así que era eso

lo que había estado haciendo todos esos años. ¡Se había casado con otra! Y pensar que había pasado meses y meses esperándolo y llorando por su ausencia... ¡Condenado Thomas! Se había entregado a un hombre casado. ¿Cómo había podido cometer tal atrocidad? ¿Cómo había podido yacer con ella si ya estaba en matrimonio? Jamás imaginó tal aberración, era cierto que la actitud jocosa y el talante engatusador de ese vil rastrero no le habían sido nunca indiferentes, pero como siempre le había dicho que ella sería su esposa... como siempre le había jurado... ¡cerdo mentiroso!

No podía ni imaginar el dolor que acababa de causar a esa mujer, aunque se sintiera celosa no dejaba de entender que ella no era la esposa. No era la esposa del hombre con el que tanto había soñado.

Llegó hasta el salón en el que la mayoría de los caballeros estaban reunidos y desde la puerta dirigió una mirada más que sintomática a Thomas; el cual entendió —sin necesidad de palabras— que Gigi ya sabía la verdad.

Lord Peyton se excusó cordialmente con su interlocutor y corrió —disimuladamente— tras Georgiana; la cual, ya había emprendido un paso acelerado hacía un espacio del jardín bien escondido.

Una sonora cachetada cayó sobre el embaucador en cuanto Gigi se aseguró que estaban lo suficientemente apartados de las miradas curiosas.

—Gigi...déjame que te explique...— se llevó la mano sobre su faz, la cual ardía por el estruendoso golpe que le acababa de propiciar la dama.

—Eres el peor ser humano que he conocido— los ojos empezaron a inundarse de lágrimas presas de la impotencia — Eres despreciable. ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo has podido coger aquello que no te pertenecía? Me has engañado...Me has hecho engañar a otra persona... pero juro por Dios que yo no lo sabía Thomas... ¡yo no sabía que tenías esposa! — se exasperó llevándose las manos a la cabeza.

—Sé que no lo sabías.

— ¿Entonces reconoces que me engañaste?

—Era la única forma de retenerte...De casarnos. Si lo hubieras sabido antes, jamás te hubieras acercado a mí, aunque me ames tan fervientemente como yo te amo a ti.

—Definitivamente, eres un desquiciado — lo miró de arriba a abajo con repulsa— ¿Casarte conmigo? ¡¿Por qué diablos quieres casarte conmigo?! Te has pasado cuatro años con otra mujer o quizás más, quién sabe... Sólo eres un caprichoso, un egoísta, querías poseerme a cualquier precio...

—Eso no es verdad— la cogió por la manos provocando que Gigi se zafara bruscamente.

—No me toques, no oses tocarme nunca más. Y no me digas que me amas, tú no me amas.

—Por favor, deja que te explique Georgiana...

— No, no me expliques nada. No quiero escuchar ninguna más de tus mentiras — se cerró en ella misma.

— Te recuerdo que nos vamos a casar de cualquier modo, así que tú decides si quieres saber la verdad o no — cambió la actitud Thomas esbozando un semblante serio y mirándola de forma desafiante.

— No quiero saber la verdad. No quiero saber nada. ¿Has querido tenerme a cualquier precio? Me tendrás. Pero sólo figuraré en un papel porqué a partir de este preciso instante, no volveré a confiar en ti en ningún sentido. No hablaré con usted de nada que no sea estrictamente necesario hablar, no compartiré el lecho con usted ni volveré a amarlo como una vez lo hice.

Los dados estaban echados, su destino había sido fijado. Jamás tendría el valor suficiente para confesar a Audrey lo que había hecho así que no le quedaba otra opción que acceder al matrimonio con Thomas. Sería tildada la adúltera de Londres, seria despreciada por un largo tiempo...Pero lo peor de todo era que, una vez más, su sentimientos debían ser ahogados y lapidados.

CAPÍTULO 5—TRAZOS DE AMARGURA

La función debía continuar. Tras el desayuno, Audrey no tardó en demandar su presencia y pedirle explicaciones sobre dónde había estado. Afortunadamente, la cuartada de que Sophia Peyton se había indispuerto, fue suficiente como para que no le exigieran más explicaciones.

Si Gigi disponía de alguna habilidad, era la de enmascarar la verdad. No era una joven embustera, pero cuando la ocasión lo requería, sabía muy bien como jugar sus cartas para no ser descubierta. A pesar de eso, empezaba a notar a su hermana mayor un tanto más controladora de lo habitual porqué, seguramente, sospechaba algo. Así que era cuestión de tiempo que se diera cuenta de lo que sucedía.

Como era habitual, las actividades de media mañana dieron comienzo en el jardín. Por lo visto, los Pembroke, habían pasado todo el año acondicionando el parterre para que en una esquina de éste, los mejores jardineros de Inglaterra construyeran un grande y dificultoso laberinto. El juego consistiría en que parejas— escogidas al azar— debían llegar al otro extremo con presteza. Si alguien se perdía, tan sólo debía hacer sonar un bonito silbato — que sería entregado a cada una de las parejas— y un lacayo iría en su busca.

Edwin miró con desgana a la tía de su esposa en cuanto ésta explicó el juego, así que con las manos en el bolsillo decidió dar media vuelta y volver al interior de la mansión; sin embargo, se encontró con que Audrey ya estaba depositando a Alice en los brazos de la Señorita Murray para poder apuntarse. ¿Ahora a la Duquesa de Somerset le daba por adentrarse en laberintos? Cada día le sorprendía más esa mujer. Con un gesto resignado se acercó a ella y esperó pacientemente a que los emparejaran, puesto que aquellos matrimonios que querían participar juntos, también lo podían hacer sin necesidad de ser emparejados con otros.

—No sabía que te gustaran este tipo de juegos— musitó el teniente a su esposa adentrándose entre las paredes de arbustos.

— Sólo tenía curiosidad...— aparentó no estar emocionada sin éxito puesto que su esposo ya sabía leer entre sus vetas azules la emoción.

—Lady Remilgada...— susurró él haciendo que Audrey se enrabiara y le diera un codazo bien disimulado, que no causó otra cosa que gracia en Edwin. Bethy, por su lado, al no estar su esposo decidió quedarse junto a Rony y

Áurea mientras éstos jugaban con sus primos, Mary y Anthon.

Karen miró entusiasmada a Gigi, pero encontró con que ésta— muy disimuladamente— trataba de escabullirse.

— ¡Gigi! No me digas que no quieres participar— la melliza de cabellera rojiza, sabedora de su poca fortuna, optaba por quedarse lejos del lugar ya que no quería arriesgarse a quedarse emparejada con Thomas; el cual ya estaba rondando por el lugar cual ave carroñera.

—No, Gigi, no te quedes apartada — interfirió la Baronesa viuda, acercándose a ella con su bastón— es una buena oportunidad para conocer a un caballero que pueda ser de tu gusto. Recuerda que todos estos eventos se hacen para que las muchachas casaderas puedan encontrar a alguien digno de su posición.

— Dirás que todo este teatro se hace para poder vendernos mejor— removió sus orbes verdes indignada, mientras la Señora Royne hacía caso omiso y se sentaba a su lado.

—Vamos niña— insistió la anciana.

—Sí, porfiis, será divertido— alentó Karen.

— ¡Ooooh está bien! — se exasperó Gigi— creo que algún día imitaré a Lady Christine y me internaré en un convento lejos de todos — bromeó ella un tanto hastiada por ser siempre arrastrada.

"Que no me toque con Thomas. Que no me toque con Thomas", se repetía Georgiana a sí misma apretando los ojos y cerrando sus puños frente a la entrada del laberinto. Implorándole a Dios que tuviera clemencia. Pero poco podía concentrarse en sus súplicas mientras el vil embaucador la miraba fijamente y la rondaba cual depredador hambriento a su presa.

— Thomas Peyton y Claire Donoval— resonó como una bendición divina sobre los tímpanos de la joven Gigi.

¡Bien!, se alegró ella haciendo vibrar sus ojos sin que el gesto pasara desapercibido por Thomas, que la miró con desaprobación esbozando una sonrisa burlona.

— Georgiana Cavendish y Sophia Peyton

Sabía que al final caería en desgracia. No era que Sophia le resultara desagradable, era una joven muy risueña y resuelta mas no le apetecía nada tener que compartir su tiempo con la hermana del diablo. Con cara de no estar en ese lugar, se acercó a su acompañante —que ya daba pequeños saltitos de entusiasmo —sin darse cuenta del poco ánimo que tenía su futura cuñada de

estar con ella.

— ¿No es fantástico? — la cogió por el brazo empujándola hacia el interior del dichoso laberinto.

—Em...sí, fantástico— mintió pésimamente adrede para que se diera cuenta que para ella no tenía nada de fabulosa esa situación.

A medida que iban avanzando en el interior de los caminos sin salida, se iban quedando más solas. Sophia no cesaba en su empeño por establecer conversación con Lady Cavendish mas ésta se limitaba en responder con monosílabas o, simplemente, no responder.

— Georgiana...espera un momento— finalmente pidió la blonda cogiendo por el brazo a la mujer más bella que había visto jamás. Ciertamente, Sophia era una mujer exenta de cualquier tipo de envidia o recelo; al contrario, estaba tan centrada en sí misma y en su coqueteo permanente, que le era imposible poder celar a alguien — no me mires así — rogó tras ver la mirada dolida de la que sería la próxima esposa de su único hermano — tienes que entender que nada es lo que parece...

— ¿Cómo puedes estar de acuerdo con esto? — gritó en un susurro la afectada haciendo volar sus falda azulada de la indignación— por mucho que sea tu hermano no puedes pensar que lo que hace está bien. Por Dios, ¿habéis pensado una sola vez en su esposa? ¿Su verdadera esposa?

— Virgin nunca debió ocupar ese lugar, sino tú... verás, esa mujer...

—No me interesa, por favor, no me lo cuentes — le dio la espalda ofuscada para darse de bruces contra el torso del demonio personificado, que olía condenadamente bien. ¿Qué hacía él ahí? Se suponía que debería haberse perdido junto a Claire por algún camino. Pero ni tenía el semblante de haberse perdido ni pretendía hacerlo.

— Querida hermana, ¿puedes acompañar a Lady Donoval? Está sufriendo de una disminución de la glucosa en la sangre— señaló a su acompañante, una dama de frágil estatura y pelo oscuro sin ningún tipo de belleza especial, que daba la sensación de que iba caerse de un momento a otro sosteniéndose del brazo del noble.

—Por supuesto— accedió de buena gana la demandada, recogiendo a la desvanecida dama y haciendo resonar el silbato para que un lacayo fuera en su ayuda.

— ¿Le importa que siga con Lady Cavendish? — esbozó Thomas, un gesto petulante, hacia la joven a punto de desmayarse que negó con la cabeza dando

su consentimiento.

—Pero yo no deseo continuar Lord Peyton— trató de guardar las formas ante Claire.

— Sería una lástima que se perdiera el juego Lady Cavendish, ¿no es así Lady Donoval? — Thomas la zarandeó del hombro para que diera la respuesta que él quería, a pesar de su estado semi convaleciente, para así obligar a Gigi.

Ante la presencia— aunque bastante desvanecida— de esa dama que tenía una red de contactos bastante amplia y era conocida por sus chismorreos, Gigi no quiso dar a entender que tenía algo en contra de Lord Peyton; así que siguió los pasos del alto caballero que esbozaba una sonrisa triunfal.

Como ella había previsto, el juego había terminado en fatalidad: primero la hermana y ahora él. No pensaba hablar ni inmutarse, de hecho casi tenía resuelto el camino por el que debía seguir, así que se limitó a dar pasos en dirección a la salida. Deseosa de terminar con esa tensión que pesaba entre ambos.

— ¿Quiere un caramelo Lady Cavendish? — extendió un pequeño dulce hacia la joven para endulzar su humor.

— Quiero que no me hable ni me mire, céntrese en salir de aquí— lo miró de reojo con recelo, observando como él se tragaba esa porción de azúcar. Era un canalla con derecho a premio, pondría la mano en el fuego que se había guardado esa inyección de glucosa a sabiendas que podría haber ayudado a Claire. Por supuesto, era mejor aprovechar la fantástica ocasión de ir en su busca y volver a acosarla, que ayudar a alguien.

—Creo que te equivocas— se detuvo él, en seco, con un ademán de autosuficiencia y mirando a su alrededor con una ceja alzada— la salida es hacia allí— señaló.

—Está bien, usted vaya hacia allí y yo seguiré mi camino...

— Está bien— imitó su tono de voz, burlándose de ella— voy a seguirte a riesgo de morir de hambre y de calor...—Georgiana le dedicó una de sus miradas más aniquiladoras y decidió no seguirle la corriente para continuar el camino en silencio.

La luz y el campo abierto empezaban a vislumbrarse al final de uno de los pasillos. Georgiana lo había conseguido y ya estaba a punto de poder alejarse de ese mal nacido, pero toda esperanza siempre quedaba desvanecida, cuando se trataba de Thomas. Lord Peyton la cogió y la empujó hasta debajo de un enorme matorral en el que nadie podía verlos. Ella luchó con todas sus fuerzas

para escapar de su carcelero, pero era en balde. Y la sonrisa ladina de ese petulante no la ayudaba a sentirse mejor. Llegaría a odiarlo profundamente si no fuese porqué en ese preciso momento— en el que sentía su cuerpo tan cerca del suyo— se sentía más viva que nunca.

—Suélteme, suélteme o gritaré— amenazó ella sin mirarlo y cruzando sus brazos sobre su pecho —queriendo cerrarse en ella— mientras Thomas la sostenía por la cintura con fuerza y mantenía sus labios a escasos centímetros a los de ella — Deje de jugar Lord Peyton, le dije que no quería que se acercase a mí.

— Sólo quería decirte que pasado mañana nos iremos. Ya lo tengo todo preparado.

— ¿Ya ha preparado mi sentencia? ¿Mi muerte social? Perfecto, entonces iré avisando al enterrador.

—Gigi...

— Ya hemos hablado de lo que teníamos que hablar, ahora suélteme — viendo que Thomas no obedecía, le clavó la punta de su bota en el tobillo con una fuerte coz a la que él tuvo que reaccionar sin remedio. Momento en el que Georgiana aprovechó y salió corriendo de él y del laberinto.

Ya tenía fijado el día de su condena, tan sólo quedaban menos de dos días para dejar a toda su familia atrás y embarcarse en una odisea con un hombre casado. Debería ser muy hábil para hacerlo, así que lo haría a escondidas. No sería capaz de faltarle el respeto a Audrey diciéndole que se iba a marchar con Thomas. Lo mejor sería escribir una carta a modo de disculpa para que no se preocupara cuando no la viera. En cuanto a Bethy, le sería imposible despedirse de ella sin confesarle sus verdaderos sentimientos puesto que su hermana mayor era tan inocente y cándida, que no podría ocultarle su decepción y su frustración para con su futuro marido. De la única que se despediría sería de Karen, la conocía muy bien y si se iba sin hacerle creer que era lo que ella deseaba, sería capaz de cometer cualquier locura. Debería de ensayar mucho para cuando llegara el momento y convencer a su melliza de que su corazón no estaba roto.

CAPÍTULO 6—LA INMENSIDAD DEL FIRMAMENTO

El día había llegado y con él, el fin de la función. Durante una jornada y media había aparentado ser la dama más disponible de la temporada, bailando con unos y con otros. Sin que nadie supiera que en realidad, ya era propiedad de alguien. Que su cuerpo ya no le pertenecía y que su alma había sido vendida.

Un pequeño maletín de piel marrón fue transportado hasta un carruaje que la esperaba al exterior de la mansión de su tía, en un lugar un tanto apartado, lejos de la multitud. Dos vestidos y sus joyas más preciadas, era todo cuanto se llevaba con ella.

Inhaló aire profundamente hasta que sintió como sus pulmones se llenaban del mismo y, con esa carga, entró en el salón del desayuno. La esplendorosa cabellera oscura de su hermana fue lo primero que vio, Karen. Así que es imagen fue la que la ayudó a concentrarse para llegar hasta ella y rogarle que la siguiera a un lugar apartado.

— ¿Qué ocurre? ¿Por qué tienes esa cara? — ahí estaba su melliza, haciendo gala de su personalidad fuerte y directa, debía hacerle frente. No podía notar su aflicción, porque si lo hacía, no la dejaría marchar.

—Debo marcharme— respondió ella sin más tratando de que no se le notara la pesadez.

— ¿Audrey ya quiere irse? Seguro que Edwin debe estar cansado de estar en este teatro...pero eso no es para que pongas esa cara. Asistiremos a otros eventos...

—No es eso Karen, debo irme yo sola...— los ojos oscuros de la pelinegra se clavaron sobre ella. Era el momento de hacer la mejor actuación.

— ¿Sola? — zarandó su faz, desconcertada — ¿De qué estás hablando? ¿No sabes que Audrey nos prohibió beber?

—No ,escúchame, por favor— suplicó ella sin poder contener las lágrimas — he hecho algo Karen, algo de lo que no estoy orgullosa pero no hay vuelta atrás — su hermana endureció sus facciones, la conocía bien y estaba a punto de remover cielo y tierra para que lo que fuera que la estaba afectando, desapareciera — y si te digo la verdad, no me arrepiento — no era mentira, el arrepentimiento no entraba en su juicio, pero sí que era adornar la verdad para sosegar a su interlocutora. Parecía haberlo conseguido, puesto que un pequeño destello deambuló más conforme entre los pozos oscuros de Karen.

— Cuéntamelo, yo te ayudaré, como siempre. Sabes que estoy siempre para ti, no en vano nacimos juntas.

—Esta vez no puedes ayudarme, lo he arruinado todo, y me siento muy mal por Audrey después de todo lo que ha hecho por nosotras...— esa era la verdad— pero es lo que deseo y lo deseo con todas mis fuerzas— y esa la mentira.

— ¡Pero cuéntame de una vez por todas que ocurre! Me estás poniendo nerviosa — se removió inquieta y Gigi entendió que era el momento de soltar el primer perdigón.

—Hermana...he perdido mi castidad— Karen cambió el semblante y pareció enfurecerse, no con ella sino con el bastardo que se hubiera aprovechado — y antes de que empieces con un séquito de amenazas y perjurios debo decirte que ha sido consentido— consiguió frenar el fuego que había empezado a prenderse en el interior de su hermana.

—No entiendo nada— replicó Karen llevándose las manos a las sienes— entonces, ¿Por qué no habláis con Audrey y Edwin si todo ha sido deseado por los dos? No te avergüences, si realmente los dos estáis de acuerdo...— ahora venía el otro perdigón.

—Karen, no podemos casarnos...

—Pero ¿Por qué?

—Él ya está casado...— ni el mejor poema de los tiempos hubiera conseguido describir la faz de Karen en esos instantes.

— ¿Cómo? frunció el ceño la pelinegra mientras abría la boca —No, Gigi, no te conozco, no puede ser. Esto que me estás contando es una de tus bromas.

—Es más complicado de lo que crees y es difícil de explicar — ni ella misma sabría explicarlo— pero tengo que irme, me voy con él ahora mismo. Sólo entrégale esta carta a Audrey por favor, yo no soy capaz...

—Pero no te puedes ir así, sin más... sin decirme de quién se trata, ni a dónde te diriges... ¿Acaso quieres torturarme? ¿Quieres que me vuelva loca? ¿Acaso piensas que te dejaré ir así? ¿Con un hombre que a todas luces es un aprovechado? — y ahí recordó que Karen tampoco era ninguna ingenua, así que si quería salir indemne del lugar debía acabar con esa conversación en ese preciso instante. De lo contrario, le contaría lo sucedido, y ardería Troya.

—Karen, por favor, no puedo seguir hablando de esto. Hoy no, espero que me perdones y que cuando nos reencontremos me dejes explicarte todo lo sucedido. Confía en mí.

—Es una locura. Tus planes de estudiar medicina, tu familia, tu hogar —

¿Estudiar medicina? ¿Habría Thomas terminado sus estudios? Era un asunto que había olvidado por completo o, que simplemente, había quedado secundado —todo para huir con un hombre, y encima casado. Creo que no estás actuando correctamente Gigi y mira quien te lo dice. Pero si me pides que confíe en ti, lo haré— se abrazaron en un cálido intento de transmitir todo aquello cuanto se amaban haciendo que la cobriza estuviera a punto de romper en llanto, por lo que decidió dar media vuelta e irse antes de que fuera demasiado tarde.

—Sólo dime su nombre— escuchó pedir.

— Lord Peyton— "*El diablo en persona*", pensó para sí misma al mismo tiempo que abandonaba el lugar y apresuraba el paso hacia el vehículo. Anduvo unos cinco minutos a paso presto hasta poder ver su sepultura a escasos metros.

Era un carruaje negro, lúgubre, siniestro, como él. Él estaba delante de la puertecita, esperándola, con un cigarrillo y gesto altivo. Al verla llegar, sonrió, satisfecho. Le ofreció la mano para ayudarla a subir pero ella no aceptó, no quería tocarlo, no quería sentir su contacto, ni recibir nada que viniera de él. Así que con impulso, y la mirada puesta en el maletín marrón— lo único que se llevaba de su hogar— se sentó en un rincón tratando de arremolinar su falda rojiza a un lado. No quería sentir su roce ni en el tejido de su vestido. Thomas la imitó tras deshacerse del asqueroso cigarro para dar dos potentes golpes contra el techo avisando al mayoral que ya podían partir. Sin embargo, esos golpes fueron el aviso de la muerte para Gigi.

Pasaron horas pero ella no cambió ni su posición ni su semblante, así como tampoco emitió palabra a pesar de los burdos intentos de su único acompañante por establecer conversación. Ya no era que Thomas quisiera atraerla de alguna forma o hacerla enfadar; sino que, verdaderamente, necesitaba hablar con alguien antes de que la boca pastosa terminara en putrefacción. Pero no había forma humana de que Georgiana emitiera sonido, gesto o mirada... Lo estaba torturando, era eso. Quería torturarlo y como magnífica estratega que era, lo estaba consiguiendo. Su futura esposa no era fría ni tímida, pero su arrogancia y su autocontrol, superaban con creces a esos dos estados haciéndola inalcanzable.

—Pernoctaremos aquí — notificó entrada la noche en cuanto el cochero paró frente a una pensión rural, pero esa grata noticia para el estado físico de cualquier ser humano tras haber pasado más de cinco horas en la misma

posición, pareció importarle tan poco a Gigi como todo lo demás. La cual se limitó a descender del carruaje como si nada. Thomas hubo esperado algún movimiento torpe por las piernas engarrotadas o algún desequilibrio por el entumecimiento de los músculos pero nada. Nada, esa era la palabra.

Debió imaginárselo en cuanto entró al lugar, que Gigi sería el centro de todas las miradas. No en balde era una mujer muy hermosa, ya lo era cuando tan sólo tenía catorce años, mas se había convertido en una esplendorosa dama de colores y formas atrayentes. Mirarla, era como mirar al firmamento, cuando todos los astros se aglomeraban y daban una visión tan placentera, que te hacían sentir pequeño y miserable pero, a la vez, fascinado y magnetizado.

Tratando de andar lo más cerca posible de ella para que el resto de los presentes comprendieran que era suya y solamente suya, llegó al mostrador donde una agradable señora de edad avanzada los aguardaba.

—Prepárenos una habitación buena mujer— solicitó él haciendo una seña a un lacayo que los acompañaba, para que acercara el equipaje, sin mirar a la casera; la cual le dedicó una mirada un tanto ofendida por el trato.

—Disculpe, Señora, mejor que sean dos habitaciones. Le estaría muy agradecida si pudiera ser así— la soprano demandó con muy buenas formas y ganándose, sin quererlo, el aprecio de la anciana al instante.

—Oh claro, Señorita, le preparé la mejor habitación que tengo...

—No, no. Espera un momento, no permitiré que duermas sola en este lugar— sentenció Thomas cogiéndola por el brazo.

—Oh, pero si no están casados no puedo permitir que duerman en la misma habitación, esto no es un burdel es una casa decente— refunfuñó la casera en pos de la dama pelirroja que tan bien le había caído.

— Ya ha oído a la dueña del lugar, aunque quisiera... no podría dormir con usted...por qué no soy su esposa— lo miró significativamente y cargando las palabras de segundas intenciones a lo que Thomas resopló y accedió a mala gana.

La siguió muy de cerca hasta que Gigi le cerró la puerta en las narices, no le importaba. Amarla le resultaba sencillo pero protegerla era su prioridad, aunque muy pocos lo creyeran.

—Usted dormirá aquí— señaló la anciana, tras haber abandonado la estancia de Lady Cavendish, a una recámara colindante a la de la joven.

—Pensé que esto no era un burdel, ¿si me deja aquí tan cerca de esa preciosidad, cree que me podré contener? — pinchó Thomas a la

administradora.

— Soy vieja pero no estúpida Señor— removi6 sus lentes para poder enfocarlo mejor y clavar su achinados ojos sobre 6l — usted no me preocupa, me preocupar6a m6s dejarla completamente sola. Aunque hago lo posible para que este sitio sea seguro, es imposible lidiar con seg6n que sujetos. Usted haga de perro guardi6n, s6 que lo har6 bien — r6o la anciana, dej6ndolo descolocado. Una mujer que pasaba los ochenta a6os acababa de mofarse de 6l. Eso no pod6a ser, deb6a practicar m6s el arte de ser un cretino.

Georgiana sent6a como sus piernas quer6an desintegrarse y pasar a ser polvo de un instante a otro, no pod6a contar las veces que 6stas se hab6an dormido o acalambreado durante el tortuoso viaje. Pero prefer6a mil veces quedarse sin ellas, que demostrarle alg6n atisbo de emoci6n a ese truhan.

Jam6s hab6a tenido que prepararse una tina ella sola y el d6a hab6a llegado, no era que le pesara hacer ese tipo de trabajos, pero le impactaba el golpe de realidad que estaba sufriendo. Con un poco de agua tibia calm6 sus venas henchidas y limpi6 su sudor. Agotada, se tumb6 en ese lecho, que era m6s c6modo de lo que le hab6a parecido al principio y cay6 dormida al instante con una fina camisola, la que iba debajo del vestido que hab6a llevado.

Se encontraba en el segundo sue6o y la vela se hab6a consumido, dando paso a la oscuridad de la noche, cuando not6 una mano que le sub6a por la pierna. El primer pensamiento fue Thomas, pero no tard6 ni una fracci6n de segundo en saber que no era 6l. Su aroma varonil no estaba impregnado en el ambiente y el contacto de ese ser le causaba repugna, en lugar del placer que Lord Peyton acostumbraba a proporcionarle con su solo aliento. El grito que emiti6 reson6 como el momento m6s dram6tico de una 6pera.

Thomas estaba leyendo cuando escuch6 a Gigi, hizo bien en no dormirse; carg6 su arma y tard6 menos de un minuto en ir a solucionar algo que 6l, ya hab6a previsto que suceder6a as6 como avisado.

—Vamos, ap6rtate de ella — apunt6 hacia el borracho que babeaba al lado de Gigi y que se hab6a ca6do sobre la cama tras la bofetada que 6sta le hab6a propiciado. El hombre apenas se sosten6a en pie y en cuanto vio a ese caballero armado, se tir6 al suelo con las manos en alto suplicando perd6n. Thomas lo arrastr6 y lo tir6 escaleras abajo sin m6s.

Georgiana trat6 de cubrirse con la s6bana en cuanto su salvador volvi6, dejando caer su melena rojiza sobre su pecho. Thomas la mir6 con una ceja alzada y apoy6ndose en el marco de la puerta.

—Sí, muy bien, tenías razón— terminó diciendo ella, exasperada, puesto que aquello era lo que estaba esperando que dijera, ese malnacido desde la puerta.

—Al final me darás la razón con todo, ya lo verás — se hizo el gallo mientras cerraba la puerta tras de sí y acomodaba unas almohadas en el suelo ante el ceño fruncido de su dueña y señora.

— ¿Dormirás ahí?

— ¿Puedo dormir en la cama?

—Nooo— se alarmó ella.

—Entonces dormiré aquí...— ultimó él acomodándose y recordando las palabras de la vieja casera.

"Si esta es tu penitencia, entonces págala", pensó Gigi volviendo a estirarse y tratando de conciliar el sueño, a pesar de lo que el perfume de Thomas le provocaba.

CAPÍTULO 7—NIÑA

Inamovible. Esa era la disposición de Gigi, otra vez, dentro del carruaje fúnebre. No era que fuera un vehículo preparado para transportar sepulcros, sino que su aspecto sombrío e incluso, para algunos, macabro daba la sensación lúgubre de la muerte. Todo, absolutamente todo, era de color negro a excepción de los sillones que estaban tapizados por una tela burdeos y del emblema de los Norfolk, que se mostraba orgulloso en una de las puertas, en tonos azules.

Ese día, y no acostumbrada a llevar el mismo vestido dos días seguidos, Gigi se vistió ella misma con un sencillo atuendo de color magenta que, a decir verdad, le realzaba la figura más de lo que habría deseado para la ocasión. Sin embargo, con los nervios de la huida, no fue capaz de prever ese inconveniente al preparar su equipaje. Para tratar de ocultar su prominente busto, se sirvió de una pequeña mantilla blanca que había cogido por si sentía frío en algún momento. Tras ser precavida con su atuendo, se peinó el pelo sencilla y llanamente liso y sin recoger. No pensó que podía llegar a verse bonita de esa guisa pero, en realidad, sí se veía hermosa con la naturalidad de la que se había servido; aunque hubiera preferido verse horripilantemente fea, con tal de no tener que soportar las miradas fugaces que Thomas le dedicaba en ocasiones.

Thomas, por otro lado, parecía no haber soportado ninguna hora de viaje ni haber dormido en el suelo. Bien repeinado, y con una barba de dos días que le favorecía, se veía realmente apuesto; aunque, por supuesto, eso él ya lo sabía. Gallardo como no había otro, mostraba orgulloso al mundo, un pantalón de traje estrecho y una camisa blanca impoluta. Había abandonado la chaqueta sobre el asiento, por tratar de disminuir el calor sofocante que, de vez, en cuando lo invadía. No sabía si era la primavera o si era ese vestido hecho a medida y pegado en el cuerpo del deseo personificado, de Gigi.

Ese día, y habiendo aprendido la lección, Lord Thomas Peyton no se molestó en entablar conversación con su cómplice de fuga. Directamente y decidido a no asesinar sus neuronas con el largo viaje que quedaba por delante, sacó de la esclusa *“Lecciones de Medicina para Cirugía”* e inició su lectura; sin embargo, no imaginó que ese fuera el único motivo por el cual Gigi se dignaría a mirarlo directamente. Dos grandes y curiosos orbes verdes, se

clavaron sobre el tomo que sostenía entre sus manos; no obstante, cuando él alzó la vista, habiendo notado el escrutinio de Gigi, ella — decidida a no dar su brazo a torcer— apartó su mirada rápidamente como si no lo hubiera mirado en ningún momento.

Con una ceja alzada y, un ademán presuntuoso que lo caracterizaba, Thomas sacó de ese mismo compartimiento —que empezaba a antojársele a Gigi un rincón mágico— otro libro que rezaba” Principios *básicos del arte de curar*”, y lo dejó justo al lado de donde se sentaba la joven deseosa de ser médico algún día. No tardó Georgiana, a pesar de sus intentos de mostrarse indiferente, en sucumbir a su pasión por la medicina y coger ese tomo para leerlo.

Así pasaron ambos horas y horas, sin mediar palabra y concentrados con sus respectivas lecturas hasta que el cochero detuvo su marcha. Lord Peyton, como si nada en el mundo pudiera sorprenderle, dejó tranquilamente su libro reposando sobre el asiento y se asomó por la ventana para demandar explicaciones al conductor.

— Mi Señor, este emisario nos ha alcanzado porque dice traer un documento importante para usted— se apresuró en justificarse el lacayo, mientras señalaba a un pobre muchacho polvoriento a lomos de un caballo que trataba de no ahogarse.

Thomas Peyton, sin inmutarse ni dar las gracias, estiró su mano para que la carta le fuera entregada. Tras haber roto el sello y leer atentamente lo que en esa misiva había escrito, lanzó un saco de monedas al mozo por las gratas noticias que le había traído. Esbozando una de sus tan características sonrisas triunfales, ordenó reemprender la marcha.

Georgiana trató de no preguntar ni mostrar interés por lo que acababa de suceder, centrándose en la página que estaba leyendo antes de la interrupción. Pero el talante jocosos que había vuelto en el que sería su marido en poco tiempo, no la tranquilizaba.

— ¿Puedo saber de qué se trata? — hizo resonar sus cuerdas vocales por primera vez en ese cubículo, provocando que el negro se tornara más luminoso y que la lúgubre sintonía se disipara.

—Esto, querida, es mi libertad. Nuestra libertad — mostró triunfante el certificado. Gigi entrecerró sus ojos haciendo que sus largas pestañas se chocaran para poder llegar a leer algo de lo que en esa supuesta carta de liberación había escrito, pero no hizo falta que forzara la vista puesto que

Thomas no tuvo ningún inconveniente en cederle el documento.

Georgiana tuvo que leer y releer esas palabras varias veces para comprenderlo. Era la anulación del matrimonio anterior de Thomas. De un arrebatado colérico de los suyos, tiró esa carta como si le quemara y giró la cara hacia el lado opuesto del, ahora divorciado, Lord Peyton.

Thomas alzó sus dos cejas a la vez —en un silencio ensordecedor— y guardó la anulación en el bolsillo para volver su atención en el libro. Tan sólo se limitó a comprobar, de vez en cuando, y con miradas furtivas, que Georgiana seguía enfadada. Y es que no sabía si era su vileza o que era un verdadero cretino, pero ver a esa cautivadora fémica enfadada se le antojaba lo más bello que había visto jamás.

— ¿Puedo saber por qué estás enfadada ahora? — decidió romper con esa tensión que se había apoderado de ambos llevándose una mirada para nada conciliadora de su musa.

— No puedo creer que haya divorciado a una mujer así como así, ¿quién dice que no haga lo mismo conmigo si se encapricha usted de otra? — demandó ella, sin esperar el destello de ofensa que emanaron los ojos grises de Thomas tras esa pregunta.

—Hmm..— removió la cajita de cerillas altanero y encendiéndose un cigarrillo con bravuconería— Ya veo que no comprendes nada— clavó su afilada mirada sobre ella— será mejor que sigas callada— espetó arrojando todo el humo sobre la cara de la dama intencionadamente, ganándose así una segunda y sonora cachetada por parte de Gigi, que se tumbó indignada y dándole la espalda, sin importarle que Thomas se riera de ella.

Georgiana aparentó dormirse tras la pequeña discusión mas no dejaba de darle vueltas al asunto en cuestión. En realidad, los divorcios no eran algo fácil de conseguir. Al contrario, aunque fuera un hombre quien lo solicitase, debía presentar motivos y pruebas suficientes para ello.

¿Tendría Thomas los motivos suficientes como para divorciar a su esposa? ¿O simplemente habría hecho uso de sus artimañas para salirse con la suya? Si meditaba consciente y profundamente sobre el asunto, recordaba a Sophia referirse a esa tal Virgin bastante peyorativamente. ¿Sería que Virgin le había sido infiel a él? Esa era la causa principal de los divorcios en esa sociedad, si la mujer resultaba ser una adúltera era condenada al divorcio y al escarnio público automáticamente.

Aunque fura ese el motivo, no justificaba la forma en que Thomas la había

usado. Le había hecho creer que él estaba disponible y, por eso, ella se había entregado a él, en cuerpo y alma. ¿Sería que quería pasearla como a un trofeo? ¿Sería que quería demostrarle a Virgin que él también podía hacer lo mismo? O, simplemente, ¿cuándo la vio en la fiesta se encaprichó tanto que no le importó urdir una trampa contra su verdadera esposa para poder deshacerse de ella? ¿Quién era verdaderamente Thomas Peyton?

Lo había conocido cuando ella tan sólo tenía catorce años y él diecinueve. Lo recordaba igual de sarcástico y embaucador, pero no lo recordaba como a un egoísta cretino. Tampoco lo consideró nunca capaz de casarse con otra, que no fuera ella. Cuando le prometía que serían un matrimonio, no le pareció ver engaño en sus palabras; y a pesar de su desaparición, siempre conservó la esperanza de que algún día iría en su busca. Muy en su interior, una esperanza endeble y ahogada en descomposición, pero la había albergado.

Por eso, cuando lo vio en su debut, al otro lado del salón, sintió como su cuerpo revivía. Por mucho que intentó ser consecuente con el tiempo en el que él la había abandonado, cedió a sus besos y a sus caricias. Las cuales se le antojaban la mismísima vida personificada en un solo hombre. Lo amaba, lo amaba desde que era una niña. Esa era la realidad, un amor adolescente... Un primer amor que permanecía encendido en medio del elixir. ¿Cómo no sucumbir? Sin embargo, ponía a Dios por testigo, que si hubiera llegado a saber que él ya tenía una esposa a su lado, jamás se hubiera acercado; aunque tuviera que haber escapado con lo poco que tenía a su alcance para que el demonio no le diera caza. Pero ¿Una vez perdida la virginidad qué podía hacer?

Podría haberse quedado como una solterona, pero eso no aportaba ningún tipo de honor a su familia, al contrario; con el tiempo, hubiera resultado una carga y una mancha familiar. Hubiera podido ingresar en un convento... pero ¿cómo decirle a Audrey lo que había hecho? ¿Sus verdaderos motivos para no querer casarse? Admiraba tanto a su hermana mayor y tutora, que le resultaba claramente imposible confesarle que había yacido con un hombre casado. Ahora que Thomas se había divorciado, el escarnio público sería menor; pero no dejaría de ser "la otra" por un largo tiempo y, seguramente, la culpable de esa desunión para muchas malas lenguas.

Inmersa en ese mar de confusión y en el intento de descifrar el enigma que suponía Thomas, finalmente cayó en un sueño profundo. Ni si quiera se dio cuenta de cuando el vehículo se detuvo para comer.

—Traiga la comida en paquetes y sigamos— susurró Lord Peyton al lacayo, al notar a Gigi tan agotada y a expensas de que le hubiera gustado estirar las piernas y tomar un merecido trago.

— ¿Hemos llegado? — musitó Georgiana después de un sueño lo bastante profundo como para haber pensado que, al despertar, se encontraba en Dunster.

— Falta poco— informó Thomas apartando la cortina para que Gigi viera la oscuridad y así comprendiera que habían avanzado bastante — Toma, come un poco — le ofreció un paquete de comida que había guardado celosamente para cuando ella despertara.

— ¿No estará envenenada? — preguntó seriamente, incorporándose y mirando el ofrecimiento con recelo.

—Está bien— sentenció él amenazando con llevarse a la boca uno de los dulces que había en la bandeja.

—No, no...démelo...— corrigió su actitud al sentir como las tripas le rugían ferozmente.

Thomas rio disimuladamente al ver a esa bella y refinada dama comiendo como si no hubiera un mañana, realmente era una joven bastante glotona, pero le gustaba. Le gustaba que fuera ella misma frente a él y, sobre todo, se le antojaba muy sensual verla comer con los dedos. No había dejado de ser la niña de la que se enamoró hacía cuatro años.

— Niña, te has dejado uno — recogió un pequeño mazapán y lo introdujo a traición en su boca, rozando sus labios.

Gigi lo miró indignada aunque no escupió la tartaleta.

—No me llame niña Lord Peyton, no lo soy. Tan sólo soy una mujer hambrienta por culpa de un desalmado que me ha encerrado entre estas cuatro paredes por más de ocho horas — se apresuró ella en reprenderlo sin dejar de comer y alejándose de él, dentro de lo que podía, para que no volviera a cogerla de improviso.

CAPÍTULO 8— SORPRESIVAMENTE PELIGROSO

La frialdad de la madrugada se empezaba a condensar en el interior del carruaje debido a las pequeñas ranuras que éste ofrecía al exterior. Gigi se acomodó todo lo que pudo la mantilla blanca que portaba, tratando de que ésta se estirara lo suficiente como para cubrirla, mas no lo conseguía; sintiendo así como el frescor empezaba a hacerle mella en su interior. Si no hacía algo de inmediato para aliviarlo, enfermaría.

Thomas, por otro lado, estaba durmiendo apaciblemente desde hacía varias horas y Gigi no quería despertarlo para hacerle partícipe de sus incomodidades; lo último que quería era el favor o la ayuda de ese miserable. No obstante, un estornudo a tiempo fue su delator.

Lord Peyton entreabrió un ojo y la vio hecha un ovillo en un rincón, con la intención de que la tela del carruaje le diera protección.

—Pero mujer, ¿por qué no me has dicho que tenías frío? — se molestó él al verla en esas condiciones, aunque más le molestó que ésta ni si quiera se dignara a mirarlo o a responderlo a pesar de que estaba sufriendo. ¿Escogía sufrir antes que pedirle ayuda a él? Hastiado por esa situación la levantó entre sus brazos— haciendo caso omiso de las quejas de Gigi al respecto— y la sentó sobre él, para luego colocar su frac por encima de los dos.

—Suélteme— suplicó Georgiana con un hilo de voz, pero orgullosamente soberbia. Trató de zafarse de su agarre, pero él no se lo permitió. Así que helada y agotada como estaba, al final se rindió a esa fuerza mayor que los brazos de Thomas suponían.

La sensación agradablemente térmica que emanaba el cuerpo de Thomas tras el suyo provocó que el frío en su interior huyera despavorido por el fuego que amenazaba en encenderse. El vaivén del torso masculino contra ella y su respiración en su cuello eran como pequeñas oleadas del mar placenteramente estimulantes. Tratando de serenarse, decidió concentrarse en el sol. Thomas acababa de correr las cortinas y se podía ver, tras las montañas, como una esfera rojizamente anaranjada empezaba a despuntar en el firmamento. Y, con esa visión, se quedó dormida por unos minutos, embriagada y empapada por el aroma de Thomas.

—Señor, hemos llegado — anunció el cochero que lucía unas considerables

ojeras de cansancio con dos golpes sobre la puertecita.

Georgiana se desveló por completo al escuchar tal afirmación y tardó menos de un segundo y medio en separarse de Thomas deseosa por bajar del vehículo. Salir, le supuso una bocanada de vida materializada en el aire. Las piernas agradecieron el contacto con el suelo, los ojos se adaptaron a la luz solar y los pulmones se hincharon gozantes del viento fresco, pero agradable.

La joven dama miró a su alrededor observando aquello sobre lo que tanto había escuchado hablar: Gretna Green. Habría esperado una ciudad repleta de indecentes y mujeres de vida fácil, pero lejos de eso, se trataba de un pequeño pueblo con casas modestas rodeadas por campos. A decir verdad, el ambiente que se respiraba era bastante agradable y los lugareños parecían honrados y, lo más interesante, no parecían extrañados por su presencia.

—Vamos— la estiró del brazo Thomas sacándola de sus pensamientos y arrastrándola por caminos polvorientos.

—No me estire— apartó con violencia la mano de su secuestrador e hizo una seña para que anduvieran separados.

La dama de alta alcurnia, ataviada con su ceñido vestido magenta y mostrando sus hermosos atributos al mundo, siguió al que se convertiría en su marido en breves instantes hasta una herrería. Ella, al llegar a la puerta de la tienda, paró para quedarse fuera ya que imaginó que Thomas quería encargarse alguna clase de artilugio para el carruaje o los caballos. Estaba segura de que con todo ese ajetreo, algo se habría roto.

— ¿Por qué te quedas parada? — se giró Thomas clavando sus ojos grisáceos sobre la preciosa joven que, muy elegantemente, se había apartado a un rincón para esperarlo.

— No veo necesario que entre para encargarme un trozo de hierro, estoy segura de que está lleno de polvo y tras tantas horas de camino prefiero quedarme aquí y respirar aire fresco — explicó ella alzando su mentón y mirando hacia un pequeño puente de piedra que estaba dibujado en la lejanía.

— ¿Un trozo de hierro? Querida, aquí es donde vamos a casarnos.

Georgiana dirigió una severa mirada hacia él como si éste quisiera tomarle el pelo; sin embargo, cuando comprendió que ese truhan endemoniado no estaba bromeando, dejó caer su maxilar inferior abriendo su boca dramáticamente.

— ¿No estarás hablando en serio? — consiguió articular tras dedicar varias miradas inquisitivas a ese taller andrajoso. Y pensar que había soñado en casarse en un gran edificio rodeado de ventanales y personas ilustres... No era

que Georgiana fuera una dama remilgosa, pero no dejaba de ser la hija de un Duque; y como tal, sus ideas preconcebidas sobre la vida eran de otra magnitud y no se adecuaban a esa realidad a la que estaba viviendo.

—Sí, estoy hablando en serio — contestó sin más Thomas sin darse cuenta de lo que significaban esas palabras para la que iba a ser su esposa. A Georgiana le empezó a temblar el labio inferior y unas lágrimas traicioneras amenazaron en desbordarse en cualquier momento — No llores, por favor...— suplicó Lord Peyton sintiéndose por un segundo, el ser más miserable de Inglaterra.

— Señora, señora...— una voz infantil intervino en la escena captando la atención de los dos y haciendo que Gigi se olvidara por un momento de donde estaba. Se trataba de una delicada niña de ojos marrones y pelo dorado ataviada con un sencillo vestido azul —señora— repitió cuando notó que tenía los dos grandes ojos de esa distinguida aristócrata sobre ella — si quiere puede pasar dentro, mi madre puede arreglarla para la ocasión— Georgiana quedó sorprendida, estaba claro que en ese lugar estaban muy acostumbrados a recibir visitas similares a la suya. No queriendo parecer desagradecida ni altanera, dedicó una sonrisa sincera a la pequeña y la siguió sin darse cuenta de que Thomas también andaba tras sus pasos más aliviado.

Un suelo amaderado y una gran chimenea fueron las dos primeras cosas que vio Gigi al entrar en esa morada. Sin mencionar, claro estaba, el sinfín de artefactos metales que colgaban de las paredes y se acumulaban en los rincones.

—Oh, pase por favor, pase — una mujer de facciones desgastadas pero con buena apariencia se acercó de forma familiar hacia ella, cogiéndola por el brazo y acompañándola hasta una silla que reposaba en medio de la estancia— Yo soy Teresa, ahora vendrán mi marido y mi hijo...— No tardaron en aparecer, dos grandes y forzudos hombres cubiertos por largos delantales y guantes de forja.

—Buenas tardes caballero— inició uno de los dos herreros acercándose a Thomas, el cual repuso con un movimiento de cabeza al mismo tiempo que sacaba de su frac un cuantioso saco de monedas.

— Id en busca del casamentero, no tenemos tiempo que perder— ordenó el futuro Conde de Norfolk dejando caer la propina sobre el guante metálico. El artesano pasó el estipendio a su doble envejecido, quien se apresuró en guardarlo a buen recaudo, y salió presto para cumplir la petición.

— Alexander, ofrécele al caballero algo para beber— imperó Teresa a su

marido el cual no tardó en sacar una botella de Whiskey que Thomas aceptó sentándose en una banqueta — ahora que ellos están ocupados, nos encargaremos de usted — posó una cariñosa mano sobre la mejilla de la muchacha. Teresa había visto pasar todo tipo de jóvenes casaderas y nunca vio a ninguna que no necesitara de sus buenas palabras y cercano trato. No importaba si eran hijas de un Duque o la hermana de un abogado, todas eran iguales a la hora de la verdad: mujeres lejos de sus familias a punto de dar un gran y decisivo paso.

—Es muy bonita ¿verdad mamá? — admiró la pequeña haciendo caer su cabeza sobre sus dos manos.

— ¿Cómo te llamas? — fue lo primero que dijo Georgiana en todo ese tiempo.

—Todos me llaman Mimi—respondió con simpleza.

— Es un bonito nombre...

— ¿Y tú cómo te llamas?

— ¡Mimi! ¿Qué te dije acerca de preguntar el nombre a nuestras invitadas? Ella es una dama y debemos llamarla por su apellido...

— Oh no, no importa de verdad— le restó importancia la pelirroja removiendo sus manos en señal de negación— me llamo Georgiana, pero puedes llamarme Gigi— se dirigió a la niña que la miró orgullosa de sentirse cercana a una princesa, puesto que así era como la veía ella desde su perspectiva inocente e inmadura.

—Tómese este té, le sentará bien, estoy segura de que ha tenido que hacer un largo viaje — dispuso una taza cargada de infusión que olía a maravillas o así lo percibió la pobre viajera.

Tras haber tomado ese merecido descanso, Teresa hizo que Gigi la siguiera hasta una recámara apartada en la que había una tina y algunos vestidos colgados de un perchero.

—Sé que no es a lo que estará acostumbrada, pero podemos hacer que sea un poco mejor con un buen baño y uno de estos vestidos — resolvió la bondadosa señora abocando un cántaro de agua caliente en el interior del rústico barreño. A Georgiana no le importó la austeridad, vio a ese trocito de agua acumulada como a un manantial, por eso no tardó en despojarse de la polvorienta ropa que llevaba, para adentrarse en él.

— ¿Qué te parece este Gigi? — removió Mimi una tela blanca de encaje y se la mostró a la joven que aún se estaba relajando en el agua.

— ¿Crees que me podría quedar bien?

—Muuuy bieeen— arrastró las letras queriéndole dar énfasis a lo bien que ella pensaba que le quedaría.

—Por fin ha llegado buen hombre— espetó Thomas al ver aparecer un señor con barba blanca tras el hijo del herrero ganándose una mirada despreciativa por parte de este — Vamos Gigi, sal— vociferó harto de esperar por todo y por todos.

Un trozo de cielo con el sol poniéndose; eso fue lo que Lord Peyton vio en cuanto Georgiana apareció engalanada con un traje blanco de corte sencillo y que le favorecía en demasía. No esperó verla de esa guisa con todo lo acontecido, y agradeció— interiormente— a Dios por esa concesión, que sabía que no merecía.

Como testigos se ofrecieron los herreros y como altar, un yunque fue suficiente.

El oficial inició el discurso mientras Thomas miraba de reojo a Georgiana, la cual rehusaba mirarlo. Estaba más bella que nunca, por fin sería suya. Como siempre tuvo que ser. La amó desde que la vio; sabía que se había comportado como un ruin pordiosero, pero no le importaba si con eso podía tener al amor de su vida entre sus brazos. Sólo esperaba que algún día lo perdonara, tenía la certeza de que sí, de que ella lo amaba tanto como él lo hacía con ella y que llegaría el momento en que Gigi lo perdonaría.

—...Los anillos...los anillos...— repitió el religioso esperando a que el caballero sacara las alianzas mientras Georgiana le dirigía una mirada furibunda. "*Las condenadas arras*", se maldijo a si mismo mirando a su alrededor.

—En el pueblo hay un joyero...—trató de ayudar Alexander que entendió que el caballero se había olvidado de las alianzas.

—No hay tiempo para joyeros— aventó acercándose a dos tubos de metal que había en la sala y cogiéndolos con ademán chulesco — Corte esto...

Georgiana rebufó y miró hacia otro lado, no quería ni mirarlo. Su cara se le antojaba la representación del demonio en esa tierra y no tenía ganas de abalanzarse sobre él para asesinarlo. ¿No tenía suficiente con casarla en medio de la nada? ¿No había traído alianzas? ¿Dos hierros?

— ¿Tragándote la bilis? — bromeó, como siempre él al oído de ella, mientras

esperaba a que los artesanos terminaran la obra original que serían esos anillos.

— ¡¿Por qué le gusta verme siempre enfadada?! — reventó ella haciendo que el orador retrocediera dos pasos por el sobresalto que le provocó la soprano.

"Porqué es cuando estás más hermosa", pensó él sin querer delatarse.

La ceremonia fue rápida y los novios apenas se miraron así como tampoco se besaron al final de esta; Thomas, no queriendo quedar en ridículo frente a los presentes, no se arriesgó en besarla en los labios— por miedo a que lo reprendiera— por eso la besó en la frente.

—Y que lo que ha unido Dios, que no lo separe el hombre...— Teresa y Mimi estaban a punto de aplaudir cuando la puerta de la herrería se abrió violentamente dando paso a dos hombres armados que apuntaron sobre la novia.

Thomas vio cómo su vida entera se desvanecía frente a él, como si le arrancaran el corazón cruelmente para devorarlo... no le había dado tiempo a reaccionar, no había podido detenerlo por qué no lo había previsto.

Gigi se llevó sus impolutas manos —con la alianza metálica— sobre el vientre, pero no pudo detener la sangre que empezaba a salir, alborotadamente, desde su interior. Trató de remediarlo, pero cayó sobre Teresa, sin poder mantenerse en pie.

Thomas, enloquecido por ver a Georgiana en ese estado, sacó su revólver rápidamente y disparó en la sien de uno— matándolo en el acto— mientras el otro intentaba huir. Sin embargo, el hijo del herrero lo cogió a tiempo para que Lord Peyton descargara toda su furia sobre él.

—Debemos buscar a un médico inmediatamente— se desesperó la señora cuando vio que los maleantes ya habían sido ajusticiados, tratando de detener la hemorragia de la joven con las telas que Mimi traía corriendo.

—Yo soy médico — se despojó Thomas del frac abalanzándose sobre su esposa.

CAPÍTULO 9— CONJUNCIÓN DE LOS ASTROS

—Afortunadamente la bala pudo ser extraída. La velocidad del disparo no fue suficiente como para que ésta se perdiera entre sus tejidos interiores. Lo que más me preocupa es la infección y la recuperación de la supuración— escuchó el barítono de su esposo en la lejanía.

— He traído estos ungüentos, a base de cera de abejas y caléndula, para que ayude en el proceso de cicatrización— oyó al Doctor Mellison. ¿El Doctor Mellison? No, no podía ser verdad. Tenía demasiado sueño y, seguramente, estaba confundiendo la realidad con la imaginación.

Georgiana divagó entre la consciencia y la falta de la misma, por varios días. Sin embargo, en todo momento notó la presencia de Thomas a su lado. No tenía ni idea de donde estaba ni qué había ocurrido verdaderamente, mas saber que su marido estaba cerca, le daba una ilógica sensación de tranquilidad.

Una noche tras otra, un sol tras otro, estrellas y lunas... días y noches pasaron hasta que ese maravilloso ser que era Gigi volvió a la realidad para no irse de nuevo.

—Gigi, Gigi...— susurró Thomas al verla abrir los ojos con nitidez y sin ningún ápice de sombra titubeante.

—Lord Peyton— arrastró las cuerdas vocales en la sequedad, haciendo que esas pocas notas emitidas se clavaran con crueldad en los tímpanos del indicado. No era que Thomas esperara una reacción amorosa por parte de esa joven a la que había cuidado sin descanso por dos semanas, pero sí que al menos hubiera deseado que no se dirigiera a él por su apellido. Al fin de cuentas ya era su esposa, aunque eso disgustase a gran parte del mundo incluida a la susodicha.

— Toma, bebe un poco— puso él un vaso de caldo nutritivamente beneficioso, sobre esos labios enfermamente atrayentes, a lo que la afectada correspondió positivamente, deseosa de algún bálsamo para su lastimada garganta. Georgiana miró a su alrededor tras aliviar la sed. Era una recámara bastante amplia, pero totalmente oscura, tan sólo se filtraba la luz por unas rejas transversales que cubrían una pequeña ventana y las velas ayudaban a no quedarse en la penumbra. Así como tampoco era precisamente que los muebles fueran muchos ni que la decoración fuera exquisita — Estamos en el

sótano de Alexander y Teresa— informó él viendo como los orbes de su paciente rodaban por su alrededor.

Georgiana trató de incorporarse respondiendo a las exigencias de su musculatura, mas al hacerlo, recordó por qué estaba en esa situación. Un afilado umbral de dolor atravesó su vientre sin piedad.

—Espera, por favor— demandó Thomas cogiéndola por las axilas y recostándola sobre una mullida montaña de almohadas que ayudaron a Gigi a mantenerse sentada. Sintiéndose un poco más humana y menos felpudo, se llevó su mano sobre la herida viendo como la alianza metálica relucía con el movimiento. ¿Quién la había disparado? ¿Por qué? ¿Qué estaba ocurriendo verdaderamente? Eran cuestiones que iba a preguntar mas la interrupción fue su yugo.

—Oh, ¡Ya ha despertado Señora Peyton! ¡Qué grata noticia! — irrumpió en la soledad de la estancia una animada Teresa cargando un succulento plato de ave cocida.

— ¡Gigi! ¡Gigi! — cantaleó la pequeña Mimi saltando de alegría y corriendo hasta su lecho para mirarla alegremente. Verdaderamente, esa niña era un trocito de cielo en medio de toda la polvareda en la que estaba viviendo, literal y metafóricamente.

—Te pareces mucho a mi hermana, hmm... bien, cuando ella era más pequeña claro— sonrió Georgiana a la niña que, verdaderamente, le recordaba a Liza.

— ¿Tienes hermanas? Yo sólo tengo hermanos.

—Sí tengo hermanas— recordó melancólicamente sin que ese gesto pasara desapercibido por Thomas, el cual se sintió el cerdo egoísta más repugnante de todo el país.

—Vamos, vamos... dejemos al matrimonio a solas, ya habrá tiempo para hablar con la Señora — empujó la casera a su hija tras haber dejado la comida encima de una mesa — me alegra mucho que se haya recuperado — ultimó dedicando una sonrisa sincera a la joven para salir del lugar cargando a su niña con ella.

—Come—animó Thomas acercando el plato mas no hizo falta animar mucho a su esposa para esa labor; en menos de cinco minutos y a una velocidad extraordinaria, Gigi había devorado, muy elegantemente, todo el guiso provocando una sonrisa de satisfacción en el médico.

—Lord Peyton...— musitó ella limpiándose las manos con el agua que éste le ofrecía— ¿quiénes eran esos hombres que me dispararon?

La pregunta que tanto había temido Thomas había llegado y aunque se había preparado todo tipo de respuestas se había quedado tan bloqueado como había temido que sucedería. A decir verdad, ni él mismo sabía realmente quienes eran, pero podía imaginarse quién los había mandado. Pero ¿cómo contárselo? Lo último que quería era que su mujer tuviera que cargar con sus dichosos problemas. No se merecía sufrir más de lo que ya lo estaba haciendo.

— Eran ladrones...— mintió él preparándose para salir de la estancia.

— ¿Ladrones? No creo que fueran tal cosa puesto que nada más abrir la puerta dispararon, y no a cualquier persona, sino a mí. Creo que sabían muy bien cuál era su objetivo...

— No lo sé, no sé quiénes eran— interrumpió él— Sólo puedo decirte que acabé con ellos — apretó esas últimas sílabas con rabia— así como acabaré con cualquiera que pretenda hacerte daño — amenazó al aire, colocándose su pañuelo de cuello y abandonando el lugar.

Gigi levantó sus dos cejas, estaba claro que su recién esposo sabía más de lo que decía. Pero también estaba claro que no quería contar nada. ¿Cuánto más habría que sufrir por ese matrimonio? Después de unos segundos de meditación sobre el asunto, miró sobre la mesita que tenía al lado, reparando que había uno de los frascos que el Doctor Mellison solía preparar. ¿Entonces no había sido una alucinación? ¿Cómo había podido venir el médico de su familia? ¿Sería que Audrey sabía algo del asunto?

Sombras, una habitación cerrada. Dos mujeres, una mayor que la otra. Una cuna. Un bebé.

—Esos dos zopencos que mandaste no hicieron su trabajo, estoy segura...si no, ¿por qué habrían de desaparecer sin cobrar la otra mitad de lo prometido?

—No se preocupe, mandaremos a otros...

—No, ya no serviría de nada...Ahora Thomas estará en guardia y no podemos arriesgarnos a que, por su obsesión con esa mujer, arriesgue su vida o peor, atente contra Charles. Ya sabes que si Charles se llegara a enterar de lo que hemos hecho... no dudaría en matarnos...

—Cierto...

— ¡Virgin! ¡Virgin! — una voz truncada por el exceso de alcohol hizo que la

joven se separara del niño que había en la mecedora y se estirara su escote.

—Tenga cuidado... ese hombre no es de fiar— la detuvo por el brazo la anciana, alertando a la bella mujer en la que se había convertido su Señora.

—No te preocupes, por favor — pidió ella poniendo su mano sobre la de su nana para calmarla y dispuesta a aparecer ante ese viejo perdedor que la estaba solicitando.

—Virgin te estaba llamando — expuso lo obvio el hombre, sosteniendo un vaso de whiskey entre sus manos y apestando a humo, al ver a aparecer esa joven de escote pronunciado y pelo corto en su salón.

—Lo sé Charles...estaba con el niño...

— ¡Ese niño no debería haber nacido nunca! — se enfureció al recordar a su propio hijo, al cual aún no había puesto nombre. Apretando sus dedos contra el cristal del vaso que resguardaba su tabla de salvación y haciendo que la blonda de pelo corto bajara su mentón temerosa — te dije que Norfolk sólo tiene y tendrá un heredero hasta mi muerte, pero tu ambición de mujer te superó...— la miró clavando sus ojos grisáceos sobre ella —está bien, está bien... no hablemos de ese bastardo por ahora...— arrastró su saliva levantándose del sillón y pasando sus dedos por la parte visible de los pechos de Virgin — no tuviste cuidado cuando tuviste que hacerlo...pero no importa... — olfateó el perfume de su cuello como si de un perro hambriento se tratara— vamos ven, haz lo que mejor sabes hacer— la instó empujándola hacia un diván.

— ¿Ha mejorado Georgiana? — preguntó Edwin a su esposa al verla con la mirada nostálgica puesta en la recámara de su hermana pelirroja.

—Sí, ha mejorado...— esbozó una leve sonrisa cargada de preocupación — Por lo visto esos dos estaban preparados, ni si quiera nuestros espías pudieron preverlo. ¿Crees que habrá sido el padre de Thomas? No me fio de su sonrisa claramente hipócrita. Estoy segura de que no quería que sospecháramos de un ataque contra mi hermana.

—No estoy seguro... ¿por qué debería de atentar contra su único heredero?

—No iban a por él, sino a por ella.

— Como sea, si él se hubiera interpuesto o cualquier imprevisto hubiera sucedido, hubiera sido él el afectado. Dudo mucho que un noble con un solo

hijo arriesgue la vida de éste.

—No he contado nada de todo esto al resto, a Bethy...o a Karen... por qué no quiero que se preocupen.

—Lo sé— la abrazó.

—Debemos mover ficha— hizo brillar sus ojos añiles sobre los del teniente — alguien ha intentado acabar con Georgiana y no podemos permitirlo. Por mucho que me duela su actitud y no la comprenda. Sigue siendo una Cavendish aunque se haya cambiado el apellido por el de los Peyton. Dices que no crees que sea su padre... ¿su antigua mujer?

—Eso tendría más sentido...

—Nuestras familias no han hablado a pesar de que, claramente, se han unido ¿vamos a hacer una visita a la mansión de los Peyton?

—Representa que has repudiado a Georgiana, sería un poco estrambótico que ahora visitaras la familia de su esposo...

—Sabes que más allá del daño que me ha hecho al irse sin decirme nada... la he repudiado para que ni ella ni nosotros sufriéramos de las consecuencias. Mi tío está a la espera de cualquier error por mi parte, para sembrar la deshonra en mi familia. Es mejor para todos que por el momento se mantenga alejada y más ahora que sabemos que tiene un enemigo, no olvides que aún tenemos a Liza en casa. Pero no estaría de más, hacer una visita al padre de Thomas... con la excusa de la dote. Podemos decir que aunque no estamos de acuerdo con los ademanes de Gigi, no queremos deber nada a nadie. Creo que si eres tú el que habla con él, podemos conseguir más información, me han dicho que fue un General del ejército, quizás te tenga aprecio...

—Ni si quiera coincidimos en el campo de batalla, ni en la guerra... hace años que se retiró por causas evidentes a su avanzada edad...No sé qué maldición me cayó el día que pisé Chatsworth House que desde entonces me he visto obligado a acceder a estupideces— fingió exasperarse Edwin que, verdaderamente, su vida había cambiado mucho desde que había conocido a esas mujeres.

—Mandaré que preparen tu ropa para el viaje— hizo caso omiso a su esposo mientras se alejaba.

—Espera, espera... ¿y no me vas a recompensar por mis esfuerzos? — solicitó él deteniéndola por la muñeca para luego cargarla entre sus brazos hasta la habitación.

CAPÍTULO 10—EL GATO Y EL RATÓN

Tras un camino considerable mas no agotador, Georgiana vislumbró la que sería su nueva morada por un largo período de tiempo o, al menos, eso fue lo que le comunicó su recién esposo, Lord Thomas Peyton.

Se trataba de una construcción sencilla y, bastante modesta, con tan sólo dos plantas y de dimensiones reducidas. Sin embargo, se veía bien cuidada y disponía de un frondoso jardín lo suficiente amplio como para pasear en él.

—Bienvenidos Señores— se apresuró en recibirlos con entusiasmo una señora gruesa, gruesa era la palabra que la definía. Sus brazos, sus piernas e incluso su faz parecían haberse hinchado por una extraña afección mas no había afección alguna, sino una afición por la buena comida bastante contagiosa.

— ¡Buenos día Clarissa! — saludó con confianza el Señor al ver a su buena y simpática empleada — ella es Georgiana, Georgiana Peyton— se apresuró en remarcar el apellido para que no hubiera lugar a dudas de que se trataba de su esposa. Clarissa abrió los ojos significativamente entendiendo la indirecta por parte de su patrón y rápidamente hizo la reverencia que correspondía a su nueva señora.

— ¡Qué hermosa es! Si me permite decirlo por supuesto...— rio entre dientes observando el cambio positivo que había hecho Thomas.

—Sí, por supuesto— se abrumó un poco la joven esbozando una sonrisa cordial— gracias.

—Pasen, pasen, avisaré a Rudolph de que han llegado para que vaya preparando la leña y el agua caliente— dio media vuelta, graciosamente, para correr hacia el interior.

Al entrar en la propiedad, Georgiana pudo constatar que había esmero en el lugar para que se viera bonito. Grandes y luminosos jarrones decoraban los rincones así como cuadros de paisajes se erguían de las paredes, paredes que estaban empapeladas con un bonito diseño floreado. Los muebles, si bien un tanto sencillos, eran elegantes y estaban bien distribuidos a juego con las cortinas burdeos y los sillones rojos.

Sin dejar de guardar en su memoria cada rincón y cada detalle de su nuevo hogar, siguió a Thomas hasta la planta superior, en la que estaban las

recámaras. Temió en lo más profundo que su esposo no tuviera la delicadeza de prepararle su propia habitación más si debía pedirlo, lo haría. No pensaba compartir alcoba con alguien que le había demostrado tener muy poca confianza con ella y que se había servido de manipulaciones y engaños para obtenerla.

—Esta es nuestra recámara— señaló Thomas a una de las tres habitaciones que había, la más amplia y mejor decorada.

—Yo prefiero dormir en esta— contrapuso la pelirroja removiendo su pelo y mirando en dirección a una habitación pequeña más con ventanales grandes y un bonito escritorio.

—No sé si cabremos, pero si te gusta más esta...

—No— lo detuvo— prefiero dormir en ésta, yo sola — entrecerró los ojos sobre los platónicos de su esposo que, si se ofendió no lo demostró, y se limitó a girar sobre sí mismo para retomar su camino hacia la recámara que primeramente había indicado.

"Por fin sola, tranquilidad", agradeció Gigi el silencio de su pequeño espacio, cerrando la puerta tras de sí. Jamás había dormido en un sitio tan minimizado, pero lo encontraba bonito y, sobre todo, acogedor. Por extraño que pudiera parecer, se sentía extrañamente relajada en esa casa. Escasa de empleados, con pocas habitaciones, sin tanto espacio ni tantos salones exuberantes...Sencillez, pero bonita sencillez.

Ella misma se despojó del vestido magenta que Teresa le había lavado para el viaje dejando así a la vista el vendaje que aún portaba alrededor de su vientre. La herida ya no supuraba y estaba cicatrizando bastante bien.

—Señora, le traigo su equipaje y un poco de agua caliente— informó Clarissa aliviando la congoja de Georgiana puesto que no encontraba ningún camisón con el que dormir y uno de los vestidos que traía consigo le haría el servicio. Así que sin salir ni dejar entrar a nadie, sacó su mano por el hueco de la puerta y arrastró su maletín marrón hacía dentro primero y la vasija de agua después.

Una mantilla blanca, un vestido burdeos, unos guantes, un perfume y un peine. Era todo lo que tenía de su antigua vida en ese preciso instante. Mentira, en el trasfondo del equipaje había algo más. Un retrato, una pintura en la que salían todas las hermanas Cavendish.

Se colocó el vestido limpio del que disponía tras haberse sacado la acumulación de polvo que portaba con un trapo húmedo y se durmió.

Unos toques firmes y estudiados la despertaron y gracias a Dios que lo hicieron porqué ya era entrada la noche y no le gustaba juntar las horas durmiendo. Desde el accidente su sueño se había acrecentado, Thomas decía que era bueno más ella empezaba a aburrirse de tanta debilidad.

— ¿Sí—? repuso con la boca pastosa y con la única luz de la luna puesto que no sabía cómo encender las velas ni sabía dónde estaban.

—Soy Thomas, ¿bajarás a cenar?

Su primer pensamiento fue negarse más sus tripas rugieron con ímpetu y no deseaba tener que pedir que le trajeran la comida a la habitación en su primer día en esa casa.

—Sí, bajo.

Otra vez no encontró qué ponerse para la ocasión, aunque se tratara de una simple cena en la tranquilidad de su hogar, le hubiera gustado poder escoger entre más opciones que un vestido polvoriento o con el que acababa de dormir. Sin embargo, acabó decantándose por el arrugado de dormir puesto que el magenta empezaba a resultarle repetitivo.

¿Peinarse? ¿Cómo? ¿En la oscuridad? ¿Debería llamar a Clarissa? Se pasó las manos por el pelo y con el agua— ya fría— se refrescó la cara.

Bajó las escaleras de madera y rápidamente encontró el salón en el que se serviría la cena, puesto que sólo había dos y uno tenía luz mientras que el otro permanecía a oscuras. Al entrar, vio a Thomas leyendo un diario en medio de una mesa redonda — extraño mueble puesto que a la gente le gustaban las mesas cuadradas — y bebiendo una taza de lo que parecía sopa.

—Buenas noches— irrumpió Gigi captando la atención de su esposo, el cual había simulado no verla hasta que lo saludó.

—Buenas noches— la observó de arriba a abajo. Como siempre, se veía increíblemente hermosa y el color de su vestido no hacía otra cosa que resaltar sus colores naturales. No pudo evitar centrarse unos segundos de más en el pronunciado cuello que el traje mostraba más rápidamente trató de solventarlo inventando que había visto una mancha en el lugar.

—Aquí tiene su sopa mi Señora y, por aquí, un puré de patatas con brócoli— entró la mujer dejando dos platos, que olían exquisitamente bien, frente a Gigi. Por lo visto Clarissa era la única empleada y sólo había otro hombre

encargado de las tareas más arduas.

—Gracias— sinceró Georgiana llevándose una cucharada ardiente a la boca, haciendo que su esposo reparara en cómo sus labios se tornaban más rojos con el calor.

—Mañana iremos a comprar todo lo que te haga falta — convino Thomas en cuanto Clarissa se retiró.

Georgiana asintió con la cabeza porque realmente necesitaba piezas esenciales para la vida, pero lamentó un poco no poder tener su propia ropa. Si se hubiera casado como de costumbre, su familia le hubiera mandado todas sus pertenencias en baúles...

— ¿Cree que podría pedirle a mi hermana que me mandara algunos trajes? — quiso saber antes de actuar de alguna forma que pudiera complicar el asunto.

—No veo inconveniente, si tu hermana accede yo no tengo ninguna objeción. Sé que esto no es a lo que estarás acostumbrada— señaló a su alrededor — pero espero que sea suficiente por el momento.

Georgiana asintió, verdaderamente le gustaba el lugar pero no dejaba de preguntarse por qué el hijo de un Conde estaba viviendo tan privado económicamente. No era que le faltase el dinero, podía vivir por encima de las posibilidades de la gran mayoría de la población inglesa, pero no era acorde a su rango. ¿Sería que su padre no aceptaba ese matrimonio? Aunque le había dicho que no quería saber nada, cada día tenía más curiosidad y, en parte, se sentía banal al no vivir en la realidad que la rodeaba.

A medida que la cena iba diluyendo la tensión entre ambos iba aumentando y Georgiana era consciente de eso. Las miradas cada vez se hacían más intensas y más seguidas hasta el punto de que la propia respiración se hacía agua. Los ojos grisáceos de Thomas discurrían sobre su cuerpo una y otra vez, y su nariz afilada parecía olfatearla, deleitarse con el perfume que la caracterizaba. Violetas. Gigi no podía vivir sin su perfume de violetas, era el que le regaló su padre de pequeña y el que había usado toda su vida.

Había sido una tortura, convivir con esa mujer, su propia mujer; y no poder tocarla. Él mismo le había curado la herida día tras días y aunque al principio sólo podía concentrarse en eso, en curarla; con el paso de los días y sabiendo que su estado iba mejorando, no había podido evitar rozar más de la cuenta su fina piel al colocar el unguento. Sin corsé, su esposa no podía llevar corsé todavía— ni lo había llevado en todo el mes— debido a la perforación de su vientre. Sin embargo, sin ese objeto era mucho más deliciosa. El movimiento

natural de sus senos se le antojaba la ondulación de las olas del mar, uno de esos movimientos que quieres retener pero es imposible y por eso te limitas a admirarlos. Cuando era la hora de cambiarle el vendaje ella trataba de ocultar su feminidad con las telas, mas no podía escapar del ojo observador de su Doctor. Con todo, sospechaba que había sido descubierto en su deleite y su gozo personal puesto que hacía algunos días que Gigi había pedido hacerlo ella misma, argumentando que se encontraba mucho mejor. Él no tuvo más remedio que acceder, sino quería delatarse con pruebas, pero fue como si le arrebataran un delicioso dulce de la boca.

—Si no le importa, me retiro— temió Georgiana al ver como la mirada de su esposo se oscurecía más de lo habitual, levantándose rápidamente.

—Me importa— la retuvo por la muñeca mirándola fijamente a lo que ella titubeó.

—Lord Peyton...— estiró, tratando de escapar, sin éxito.

—Gigi— nombró él saboreando su nombre y arrastrándola hacia él hasta sentarla sobre sus piernas, momento en el que devoró el elixir de sus labios. Se adentró en ella cual hombre voraz y dejó que todo el placer lo invadiera con el solo contacto de esa lengua contra la suya. Gigi sintió como si el mismísimo sol la tragara, todo el cuerpo le ardió hasta doler. El aire se hacía un intruso entre los dos y sólo quedaban ellos.

—No, no, no...— imploró ella separándose de él —no...— se levantó corriendo, huyendo hacia su alcoba, acelerando su paso en cuanto vio que Thomas la seguía. Finalmente, tuvo que correr porque su cazador era tan alto que sus zancadas hacían el doble de las suyas.

—Deja de huir.

—Déjeme— se encerró en su alcoba pasando la llave, justo en el momento en el que Thomas llegaba a ella.

—Gigi, abre — ordenó el caballero, apoyando sus puños contra la puerta y oliendo el perfume de la mujer que se escondía tras la misma— abre, Georgiana.

—No, váyase— gritó ella desesperada.

—No podrás escapar siempre de mí, soy tu esposo— bramó a punto de enfurecerse.

—Si algún día se ha valorado como caballero no pondrá una mano sobre mí sin mi permiso...

—No juegues conmigo mujer.

—Es usted el diablo, el diablo personificado, lo odio ¡váyase!

Thomas Peyton se enfureció al oír tales palabras, estaba harto de tener que contenerse con su propia mujer, a sabiendas de que ésta lo deseaba tanto como él a ella. ¿Por qué no se había interesado nunca por los motivos que lo habían llevado hasta ahí? Sí. Se había comportado como un verdadero cretino, pero había pasado un mes. Un condenado mes en el que un hombre no podía yacer con su esposa. Una mujer esculpida para el placer. ¿Qué quería? ¿Qué quería que hiciese? La había consentido con todo aquello que ella había querido, e incluso se había callado sus explicaciones, pero sus desplantes se habían tornado intolerables.

—Deme el juego de llaves— ordenó de forma temeraria Thomas a su empleada tras haber ido a buscarla a la cocina.

—Señor... ¿Está seguro? — abogó Clarissa por la joven como mujer que era, ya que había escuchado los gritos. Sin embargo, unos ojos inundados en cólera hicieron que entregara lo solicitado de inmediato.

—Quieres jugar al gato y al ratón, entonces veamos quién gana— habló consigo mismo preso de la furia que lo carcomía haciendo tintinar el manajo de llaves hasta llegar a la puerta de su esposa.

Georgiana miró a su alrededor, estaba desesperada. El monstruo que habitaba en el interior de Thomas se había despertado y ahora no tenía como escapar. Sabía que una esposa tenía obligaciones, pero él no se lo merecía. No la merecía por haber jugado con ella como lo había hecho. Miró el retrato de sus hermanas y rompió a llorar. Las echaba de menos, se sentía tan sola...

La llave se detuvo.

Thomas escuchó el llanto de Gigi y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Si lo apodaba el diablo, se lo tenía merecido. Sacó la llave del picaporte y tiró el manajo contra el suelo para salir inmediatamente de la casa.

—Llévame a la taberna más cercana — ordenó al mozo en cuanto salió al patio, montando en el vehículo bajo la mirada de su esposa que lo observó desde su ventana.

CAPÍTULO 11—BOCETOS

Cuatro caballos tiraron del carruaje de los Duques de Somerset. Audrey y Edwin no querían retrasar más la visita a la propiedad de los Condes de Norfolk. Su primer propósito fue el de ir a casa del suegro de Gigi nada más surgió la idea, sin embargo, las repetidas misivas que mandó Audrey a Charles Peyton nunca fueron contestadas. Finalmente, y haciendo uso de su poder, se impusieron y en lugar de pedirlo, exigieron verlo.

El espigado Conde que —sin exagerar— debía rondar los dos metros de altura si no fuera por la curvatura que se había formado en su espalda con el pasar de los años, apartó una de las cortinas de terciopelo azul que custodiaban su despacho para observar como los Duques descendían de su vehículo decididos a entrar en su casa. No era que no hubiera recibido más de ocho misivas en las dos últimas semanas avisándolo de su llegado, mas no tenía ningún deseo de tener que socializar con la familia de la joven que había huido con su único hijo varón.

Cerró sus ojos plomizos y dejó que el humo de su puro discurriera por su larga nariz. Contó mentalmente los segundos que tardaba su viejo mayordomo en venir a avisarlo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

—Señor, los Duques de Somerset desean verlo — crepitaron las cuerdas vocales del empleado, tras la imponente puerta que lo separaba de su Señor.

...Veinte. Abrió la puerta y, sin mirarlo, descendió la larga y enroscada escalinata hasta el salón de visitas; si es que se podía llamar así, puesto que no tenían una desde hacía años.

Audrey se quedó de pie con su espalda erguida y su mentón alto— como se de costumbre— mientras Edwin se sentaba con un ademán bastante despreocupado en uno de los sillones que había en el lugar. No era que la decoración fuera horrenda, al contrario, se notaba la mano de una mujer con buen gusto, más había quedado obsoleta. Tal parecía como si todos los objetos, llevaran veinte años — o casi—en el mismo estado.

Edwin miraba hastiado hacia el exterior hasta que el mayordomo anunció la entrada del Conde, momento en el que se incorporó para recibir la reverencia que merecía como Duque.

—Lord Seymour— inclinó la cabeza imperceptiblemente ese trozo de carcoma vieja, puesto que debido a su altura era difícil que pudiera realizar una

reverencia en condiciones. —Lady Seymour— se giró hacia la dama de pelo negro chocando con su mirada impávida y depositando un corto beso sobre su mano enguantada.

—Lord Peyton— contestó el matrimonio, devolviendo el saludo con una pequeña inclinación del mentón y respondiendo a la invitación gesticulada de sentarse.

— ¿A qué debo el honor de su visita? —esbozó una de esas sonrisas que pretenden ser triunfales y a la vez, molestas.

—La familia Seymour no quiere deber nada, hay una dote pendiente por entregar — respondió Edwin, adelantándose a su esposa, un tanto fastidiado.

—Con el debido respeto Lord Seymour, no es a mí a quien deben entregar esa dote sino a mi hijo. Él fue quien decidió casarse con esa joven— carraspeó su garganta anhelante de tabaco y sirvió una copa al teniente para luego sentarse con la suya propia.

— ¿Sabe dónde podemos encontrarlo? — indagó Audrey, que sabía perfectamente donde estaban Thomas y Gigi, entendiendo que ese hombre era un completo estúpido retrogrado ya que ni si quiera la miraba, como si no existiera; tenía toda su atención puesta en su marido. Claro, ella era una inservible "dama".

—No tengo ni idea de dónde se encuentra — repuso sin mirarla, como si hablara con la nada— si pudiéramos controlarlo todo, ¿verdad teniente? — buscó la mirada cómplice del otro macho de la manada. Edwin decidió darle un trago al whiskey para no responder, no deseaba tener que lidiar con su esposa cuando salieran de ahí, porque sabía que su perfecta esposa era un auténtico pozo de rebeldía en cuanto a los derechos de la mujer concernía.

—General— decidió nombrarlo Audrey entrando en su terreno, sabía que era inútil lidiar con el sentimiento de superioridad masculina de ese carcamal, así que era mejor unirse a su juego si quería sonsacarle información. Diana. El hombre la miró por segunda vez— yo, como mujer que soy, también me gustaría poder controlarlo todo; más aún si se trata de mis propias hermanas, a las cuales he cuidado desde que eran unas niñas. Y en honor a mi difunto padre, las cuidaré hasta el día que no me quede más vida. Lamentaría mucho tener que hacer uso de todos mis recursos para defenderlas— tiñó sus ojos azules de amenaza. Gigi había sido disparada, no era una broma, habría podido morir y no podía consentir que algo semejante ocurriera otra vez. Esperó un titubeo por parte de ese rufián o algún ápice de emoción, pero no,

simplemente asintió acorde con sus palabras. No se había dado por aludido ni amenazado. ¿Eso confirmaba que él no sabía nada del ataque?

— ¡Papaíto! — una joven de tirabuzones rubios y con una sonrisa que iluminó la estancia entró sin saludar para abrazar a esa pieza de colección, para sorpresa de los Seymour que se miraron cómplices. Charles se limitó a dar dos palmaditas —un tanto amorosas— sobre la espalda de su hija y a sonreírle por medio segundo. — ¡Oh tenemos visita!; Qué alegría! — saludó como era acorde al rango de los invitados.

—Hija, estamos hablando de asuntos importantes, ¿por qué no esperas un poco fuera?

—Pero papá... por un día que hay visita... ¿quieren visitar los jardines? — propuso entusiasmada al matrimonio un tanto desbordado por tanta alegría y dulzura.

—Sería un placer— fue todo lo que dijo Audrey desde su postura ofreciendo una sonrisa estudiada a la amiga de su hermana Karen, que parecía un pájaro revoloteando en medio de cenizas.

—Está bien Sophia, llévalos a los jardines— Audrey miró significativamente a su esposo, para que no dejara escapar al objetivo principal por el que habían ido ahí.

—No pretenderá dejarme a solas con dos mujeres— correspondió Edwin a la petición velada de su esposa, llevándose una mirada intimidatoria de la misma por lo que acababa de decir.

—De ninguna manera— retrocedió esa vieja gloria haciendo gala de su estupidez masculina.

El jardín era hermoso. Pocos se veían como ese. Las flores, los árboles y las fuentes estaban distribuidas con sumo gusto y refinería.

— ¿Quién se encarga de la decoración del jardín—? — quiso saber Audrey, dirigiéndose a la joven casadera que la acompañaba, mientras los dos hombres andaban por delante.

—Se encargaba mi madre. Cuando ella murió, mi padre ordenó que todo se mantuviera de la misma manera en la que ella lo dejó.

—Lo lamento.

— Y yo, pero hace muchos años de eso...— sonrió la joven que parecía no perder el ánimo en ninguna circunstancia.

La visita al Conde de Norfolk no estaba resultando tan desagradable como imaginó Audrey que sería, aunque no sabía si era por la presencia de su

animada hija o por lo previsible que era Charles. Charles, era a todas luces un hombre desencantado con la vida, de mentalidad arcaica, autoritario y encerrado en sus propias convicciones y deseos, mas no parecía ni malvado ni loco.

Sentadas en una banqueta observando una enorme jaula de pájaros que había en medio de una jardinera, mientras Edwin y Charles andaban por la zona, un carruaje paró delante de la entrada principal. Audrey observó como el rostro de su joven acompañante, Sophia, cambiaba de golpe al ver a la mujer de pelo corto que descendía del mismo.

— ¿Algún familiar?

—No, Señora Seymour— a punto de hacer un puchero dramático— es Virgin. Vive en la casa de invitados, normalmente no aparece por el edificio principal, pero le gusta husmear por todos los rincones.

— ¿La antigua mujer de tu hermano vive aún con vosotros? — se atrevió a preguntar dado al fácil carácter que tenía Sophia.

— Por favor, Señora, no mal piense de mi hermano. No es culpa de Thomas, él ama a su hermana. Se lo prometo...

Audrey asintió sin dejar de mirar a esa tal Virgin y tocó suavemente la mano de la hermana de Thomas, comprendiendo su congoja y queriendo tranquilizarla.

—No te preocupes.

Sophia estaba aterrada, la hermana de Georgiana era tan inexpresiva e imponía tanto... que ver a Virgin descender del carruaje, le hizo temer que la Duquesa arremetiera contra Thomas. Sin embargo, algo le decía que Audrey era más inteligente como para hacer eso.

—Sophia— la voz estridente de la blonda resonó entre medio de los arbustos haciendo que los pájaros enjaulados aletearan despavoridos — Sophia, ¿dónde está tu padre? — finalmente, preguntó llegando a su altura.

— Ella es la Duquesa de Somerset— respondió la hija de Charles haciendo caso omiso a la pregunta de esa víbora y señalando a Audrey, Virgin dio un respingo al verla y tembló por unos instantes. Primero, porque esa mujer era intimidante y, segundo, porque si descubría que había mandado a matar a su propia hermana sería carne para buitres.

—Un placer— hizo la reverencia pertinente mas no obtuvo ningún ápice de respuesta sensorial por parte de la indicada.

—Igualmente— muy educadamente respondió Audrey, sin dejar de observarla.

Era ella. Ella había mandado a asesinar a su hermana. Estaba segura. Su nerviosismo la delataba. Llegaría hasta al final de la investigación, y cuando confirmara que había sido ella, sus días estarían contados.

Lo evitaba. Así de simple. Su esposa lo evitaba, lo rehuía y lo esquivaba.

Había tocado su puerta implorándole perdón cada día hasta que sintió que hacer eso, tan sólo la alejaba más y, de pasada, lo hacía parecer un completo idiota. Así que decidió colmarla con todo tipo de regalos que dejaba frente a su recámara: camisones, vestidos, batas, zapatos... Pero nada, los bienes materiales parecían ser tan poca cosa como lo era él para ella en ese momento. Luego creyó que debía esforzarse un poco más y no ser tan simple, así que cada mañana bajó al jardín para cortar flores y entregárselas a Clarissa, quien las llevaba hasta la habitación de Gigi. En balde. Nada.

—Señor, ¿y unos dulces? — propuso la sirvienta haciéndole recordar a Thomas que su mujer era una amante de la comida.

Esa idea se estiró por una semana, en la cual, cada tarde Clarissa llevaba un postre diferente a su Señora. Sin embargo, Georgiana se limitaba a engullir todos y cada uno de ellos sin decir nada.

Thomas se sentó en un pequeño estudio que tenía en la planta baja, su propia mujer era el enigma más complicado que debía resolver. Nada le convencía. Ofuscado y mal humorado, decidió concentrarse en la pequeña fábrica que tenía ya que en esos momentos, era cuando más necesitaba de su rendimiento. Su padre le había arrebatado su renta y no podría tocar ni una sola libra de su fortuna hasta que él muriera. Ese era el precio que pagar por no acatar sus órdenes ni sus desvaríos.

La gestión de su negocio era lo más aburrido que debía hacer, por eso en cuanto tenía la oportunidad, se daba un respiro leyendo uno de los tantos libros de medicina que tenía en la estantería. Era Doctor, se había graduado en una de las mejores Universidades del país, pero como siempre, su padre le había obligado a desistir de su función. "*Un noble no es un curandero*", repetía.

¡Libros! ¡Eso era! Si Georgiana había demostrado debilidad por algo en todo ese tiempo era por los libros. Cuando la conoció en esa exposición, ella solo se acercó a él por el monto de volúmenes que había en una mesa. Cuando iba

a verla a escondidas en su casa, el único motivo por el que decía ir a su encuentro era porqué siempre le traía algún ejemplar interesante. Y en el carruaje, sólo salió de su posición enfrascada cuando descubrió que podía leer.

Rápidamente recogió todos sus documentos y los subió a su recámara para luego ir en busca de Clarissa.

—Clarissa, entrégale esta llave a la Señora, dile que has pensado que le gustaría leer. Pero no le digas que he sido yo quien te lo ha dicho, ¿de acuerdo?

La empleada removió su faz positivamente y subió, causando un estruendo, las escaleras de madera hasta llegar a la bella dama encerrada en su alcoba.

—Pase Clarissa— convino la soprano que ya sabía que era ella por sus notables pisadas.

—Mi Señora— se adentró en esa alcoba que olía a violetas— he estado limpiando el estudio del Señor y he pensado que le gustaría ir a leer allí, hay muchos libros — indicó al único libro que tenía Gigi sobre la mesa, el mismo que había leído en el carruaje y que había cogido para su lectura. La pelirroja se removió inquieta— no se preocupe, el Señor no usa esa estancia— se apresuró a argumentar.

Georgiana frunció el ceño y anduvo hacia Clarissa hasta coger la llave de sus manos. Era cierto que ya empezaba a aburrirse de ese manual, el cual había releído tres veces. Y un poco de diversidad en sus lecturas le sentaría bien a su mente.

—Gracias— sonrió tan sinceramente que hasta la empleada se sintió pordioseramente cómplice de los tejemanejes de Thomas.

Georgiana se deslizó como cual gato silencioso hasta llegar a esa pequeña recámara repleta de libros. Era cierto que no había ningún documento sobre el escritorio ni ninguna pluma. Parecía un despacho en desuso.

Thomas se acercó al resquicio de la puerta tras unos minutos y, observó que, efectivamente, Gigi se había sentado en un sillón con un tomo en la mano. La observó por un tiempo desde ese rincón, la amaba. Su corazón se dilataba con solo verla. Satisfecho con haberla sacado de su habitación, volvió sobre sus pasos y la dejó tranquila, por el momento.

CAPÍTULO 12—TINTA

—Señor, unos lacayos de Somerset preguntan por la Señora — se apresuró en informar Clarissa.

Thomas miró por la ventana y comprobó que, efectivamente, dos mozos engalanados y ostentado el escudo de armas de los Seymour, esperaban respuesta junto a un vehículo cargado de baúles.

—Avisa a mi esposa.

Georgiana dejó el libro que tenía entre manos en cuanto supo que su hermana le había mandado sus pertenencias. Rebosante de alegría prácticamente corrió hasta el recibidor para abalanzarse sobre los arcones y abrirlos como si de regalos se trataran. No era el valor económico lo que la entusiasmaba, sino el sentir que Audrey seguía escuchándola aunque no le hubiera respondido ninguna de las misivas que le había mandado. Eran ya varias las cartas sin respuesta; sin embargo, en la última, le había pedido que le mandara su ropa, y ahí estaba. Eso significaba que la leía.

Estaba todo: los vestidos que Audrey le regaló para su debut, los trajes que había cosido entre temporadas, sus joyas... Por primera vez, en muchos días, sentía que las cosas empezaban a desarrollarse correctamente.

— ¿Lady Georgiana Peyton? — demandó un hombre con el frac de los sirvientes de Dunster, a lo que Georgiana respondió con un gesto afirmativo— la Duquesa me ha pedido que le entregara este paquete en mano— extendió un pequeño bulto atado a consciencia.

En cuanto los dos mozos se marcharon, Georgiana ordenó a Rudolph y a Clarissa que llevaran sus enseres personales a su habitación y los colocaran en el armario— si cabían — mientras ella se encerró en su estudio— porque ya lo consideraba suyo— y abrió el paquete que celosamente le había sido entregado.

Tratando de controlar la respiración y serenando el temblor de las manos, con mucho tiento desempaquetó el interior. Eran tres cartas: dos de ellas llevaban su nombre y la última, el de su esposo. Apartó la de Thomas a un lado a pesar de la curiosidad que sentía, y cogió sus dos mensajes. La primera que quiso leer era la que estaba sellada con el emblema de los Devonshire. Rompió el sello que un día fue de su padre, y soltando un sonoro suspiro empezó a leer.

A mi bella hija Georgiana Cavendish,

Sé que no podré elegir por ti cuando te cases; sin embargo, sólo te pido que lo hagas con un hombre que lo dé todo por ti. No miento si confirmo que eres el ser más bello que he visto, mirarte es como ver todos los colores en uno solo y, eso hija mía, es una bendición y a la vez, puede ser tu perdición. Estoy seguro de que cuando un hombre se enamora de ti, lo hará de tal forma que puede llegar a ser peligroso. Por eso trata de estar segura antes de casarte, busca un hombre honrado y que sepa apreciarte.

Eres inteligente, usa tu capacidad para desenvolverte ante cualquier situación, pero si te equivocas tampoco te mortifiques por ello, todos hemos sido jóvenes. Posees dos grandes cualidades: la belleza y la inteligencia. Pero ambas pueden verse enterradas por la soberbia, no seas orgullosa ni caprichosa. Trata de ser siempre digna mas no altiva.

Te ama,

Tu padre

PD: Quedan a tu nombre la casa y las tierras de Bath colindantes a las de Karen así como una cuantiosa dote que deberá ser entregada a tu marido.

Las manos temblorosas y empapadas en lágrimas apartaron la carta que su padre un día le había escrito. Tratando de serenarse y de no perder el sentido ni la orientación en el pasado, se levantó tambaleante y escondió esa carta que había sido un soplo de aire cálido sobre su pecho, en uno de los cajones del escritorio, que ya había hecho suyo con todos los derechos inscritos en esa nada delatora.

Retrocedió por instinto en cuanto reparó en que aún le quedaba una carta por leer. No quería que la melancolía la arrastrara entre la penumbra, pero debía afrontar lo que fuera que hubiere escrito Audrey en esa misiva.

Audrey.

Su hermana. Su amada hermana. Su favorita aunque no lo reconociera nunca, incluso por delante de Karen. La admiración que sentía por ella sobrepasaba los límites. Unos límites que la hacían sentir pequeña a su lado. Miserable.

Inspirando una oleada de aire dormido y humedecido, arrastró ese papel con el emblema de los Seymour y se lo acercó. Una parte de ella tenía miedo.

"Hay algo en la familia de tu esposo que no me hace sentir segura en cuanto tu bienestar. Mantente alejada por el momento"

Era todo. Ligeras punzadas de decepción la invadieron. Con cierto deje de resentimiento, aunque no quisiera sentirlo, depositó esas dos frases en el mismo cajón en el que había depositado la de Anthon, su padre.

Ni un cómo estás. Ni un te echo de menos. *Rien*

Tantas cartas que ella le había mandado...tantas promesas de amor y explicaciones... para recibir una advertencia. Sólo una advertencia de vuelta. ¿La familia de Thomas? Si ni si quiera los conocía, sólo había podido compartir alguna que otra conversación con Sophia y en cuanto al padre, lo había visto cuando tan sólo era una niña. Pero no sabía ni su nombre ni si la aceptaba. Solo sabía que apestaba a whiskey y a tabaco. Era el único recuerdo fresco que tenía de él. Eso y su altura. Tan alto como su hijo o, su hijo tan alto como él, mejor dicho.

Se llevó una mano en el lugar que aún estaba vendado, la herida se había cerrado más las curas seguían. Era una de las tantas consecuencias de las heridas de bala: las infecciones. ¿Habría tenido algo que ver su familia política?

Gigi se detuvo delante de la carta que correspondía a Thomas. Su dualidad interior mantenía una batalla bastante firme. Por un lado, quería abrirla. Abrirla y saber qué había escrito en ella. Si descubría que su hermana le había dedicado más líneas a él que a ella quizás, incluso, se sentiría estúpidamente celosa. Apartó esa idea infantil de la mente, y se adaptó a su estado actual: madurez fingida. Dentro de las cualidades de una mujer inteligente estaba la de fingir.

Por otro lado...si no la abría dejaría que solamente Thomas fuera dueño de esa información. Él decidiría si la hacía partícipe de lo que había en su interior o, por lo contrario la mentía. Porqué dudaba mucho que Thomas fuera a decirle la verdad en algún momento y en alguna circunstancia. El problema era saber qué tipo de mentira era la que usaba ese embaucador profesional. Porqué las mentiras tenían muchos carices. Las había piadosas ¡Já! se rio de ella misma al enumerar esa primera posibilidad. ¿Thomas haciendo gala de su talento para el engaño en pos a otros? No. Sencillamente no. Eso la llevaba a las destructivas, aquellas que se usaban para destruir a una persona deliberadamente. ¿Lo haría con alevosía? También existía la remota probabilidad de que fueran compulsivas. Que se tratara de una enfermedad patológica. ¿En ese caso tendría cura?

Definitivamente si su calculadora hermana hubiera querido que esa nota fuera

directamente entregada a Thomas, hubiera sido así y no la habría puesto en el mismo paquete que llevaba su nombre: Gigi. Era una señal inequívoca de que debía conocer su contenido antes de dársela a su marido. Y le importaría muy poco lo que él pensara cuando viera que había abierto su correspondencia. No es como si fuera un secreto que no le profesaba confianza alguna.

El lamento del sello roto duró un segundo, corto y sonoro.

"Lord Thomas Peyton,

no hendiré en el hecho de que se haya llevado a mi hermana sin mi consentimiento puesto que, por razones obvias, no pudo haber pedido su mano aunque hubiese querido y su egoísmo prevaleció ante la honorabilidad. A pesar del desarrollo, lamentable, de los sucesos y, conociendo, de su escasez de recursos no quisiera que Georgiana sufriera ninguna penalidad. Por ese motivo, le hago entrega de la dote que le corresponde."

Un cheque de quince mil libras a nombre de Thomas cayó fastuoso ante la mirada sorprendida de Gigi.

En poco tiempo había recuperado sus pertenencias, heredado la casa de Bath y, por si fuera poco, recibido su dote. Bien, no lo había recibido ella, sino Thomas pero tal y como lo relataba Audrey en la carta parecía que fuera suya. Sólo se la entregaba a ese rufián para que ella no sufriera. ¿Sufrir? Miro a su alrededor. No le desagradaba esa propiedad, sí que era pequeña y apenas contaba de empleados —solamente dos— pero tenía una extraña sensación de confort en ese lugar. ¿Si le daba ese cheque a Thomas cambiarían de casa? Seguramente se mudarían a una grande con extensos pasillos, una de esas que puedes pasar meses sin ver al resto de ocupantes. Quizás cambiarían a la de Bath. No, no era una posibilidad. Bath estaba en el meollo de la sociedad y serían la comidilla de todo el territorio.

Las grandes zancadas de Thomas amenazaron con descubrirla, así que escondió todo en el mismo cajón de siempre y aparentó leer un libro que tenía sobre la mesa. Sabía que Thomas la espiaba por el hueco de la puerta de vez en cuando y así fue. Sintió su mirada sobre ella, exhaustiva e inquisitiva, como si de un cervatillo en el punto de mira de un cazador hambriento se tratara. Pero, por fortuna, y por algún extraño designio del Señor, jamás llegaba a entrar. Siempre se limitaba a mirarla por unos minutos para luego irse. Tenía serias dudas acerca de la salud mental de Thomas, sin embargo, y aun en expensas de que fuera un loco desquiciado, su mirada se sentía arder sobre su

piel hasta doler. No había nada de amble en Thomas Peyton, sin embargo, por algún extraño trauma infantil o desquicio, su cercanía se le hacía terriblemente placentera.

En cuanto se fue, sintió un gran vacío, como siempre que la dejaba ahogada en ese teatro candente. Pero sintió cierto alivio al poder esconder— libremente — ese cheque entre los libros de la estantería. Que nadie le preguntara por qué no se lo entregaba, simplemente no lo haría. No, por el momento.

CAPÍTULO 13—ESCLAVO

El corazón amenazó en salirle por la boca en cuanto los gritos estridentes de su rolliza empleada llegaron a su alcance.

— ¡Señor Thomas!; Señor Thomas! — repetía Clarissa con claro desasosiego.

Gigi apartó su mantón abandonando cualquier ápice de sueño que pudiera tener en esa alcoba para salir despavorida por el pasillo hasta llegar al pretil. Cuando miró hacia abajo vio a Clarissa cargando a un niño empapado en sangre.

Thomas bajó la escalinata a toda prisa y en cuanto llegó a la altura del herido lo cogió y lo llevó a un salón que nadie ocupaba. Georgiana decidió ir en busca de su bata para bajar y ayudar en lo que fuera menester. Sería la primera vez tras varias semanas que compartiría estancia con su esposo, pero el motivo lo valía. Era un niño malherido y había que actuar.

— ¿En qué puedo ayudar? — hizo temblar sus cuerdas vocales dirigiéndose a Thomas, el cual si no fuera por el niño que reclamaba su atención se hubiera parado a pensar en lo agradable que era esa voz cuando se dirigía a él.

—Limpia las heridas que tiene en las piernas— se limitó a decir extendiendo un suero casero.

Así pasaron al menos una hora entera, en silencio y tratando de aliviar el dolor de ese pequeño que resultó llamarse Robin.

Robin era el hijo del tabernero, uno de los nueve que tenía con diferentes mujeres de dudosa reputación y, por eso carecía totalmente de vigilancia y cuidados, llegando a pasar horas enteras en la calle. En una de esas horas de callejeo habituales fue cuando, tratando de llegar a un edificio abandonado, cayó sobre un cerco de espinas quedando enredado entre los alambres y desgarrándose su piel. El pequeño lloró por minutos y minutos, pidiendo auxilio y tratando de zafarse mas no fue hasta que un obrero lleno de hollín lo encontró, que pudo salir. Y precisamente en ese instante, en el que Robin pudo liberarse de las garras metálicas —ensangrentado y dolorido— fue cuando Clarissa lo vio y decidió llevarlo al médico que ella conocía, Thomas.

—Ahora será mejor que descanses— ultimó el Doctor en cuanto todas las heridas fueron lavadas, curadas y, algunas de ellas, cosidas dándole de beber

un brebaje que inducía al sueño.

En cuanto el pequeño Robin quedó dormido sobre una de las mesas de ese salón en desuso, Gigi dejó ir un fuerte suspiro agotada. No era que el trabajo se le hubiera hecho duro, pero ver a esa criatura padeciendo había resultado anímicamente exhausto.

Thomas la miró de soslayo, no quería delatarse ni dar a entender lo mucho que Georgiana afectaba a sus sentidos. Su perfume de violetas, su tono de voz tan femeninamente arrebatador, su pelo rojizo cayendo sobre sus hombros... Incluso empapada de sangre como lo estaba, le parecía la mujer más condenadamente sensual que había en esa Tierra. Su extraña frialdad ante las heridas y la carne abierta, cuando otra mujer habría esgrimido un grito de terror, hacía que aún se excitara más. No hacía falta que nadie le dijera que era un perturbado, lo sabía.

Georgiana reparó en que tenía toda la bata embotada de sangre así que, sin pensarlo mucho, se despojó de ella, entregándosela a Clarissa quien había movido al pequeño sobre uno de los sofás para que descansara mejor. Presurosa en obedecer las pocas órdenes que su Señora le daba, salió retumbando por el suelo para limpiar la ropa y dejando solo al matrimonio. Un matrimonio que era tal cosa porqué un papel así lo decía por qué si alguien, sin mucha capacidad de observación, los hubiera visto, hubiera pensado que se trataba de dos conocidos lejanos. Sin embargo, solo aquellas mentes perspicaces hubieran notado el tambaleo de ambos cuerpos, uno frente al otro, como si un extraño magnetismo quisiera juntarlos.

—Ha hecho una gran labor, Lord Peyton.

Alabó Gigi acomodándose sobre la moqueta y pasando sus brazos sobre sus rodillas, sin darse cuenta de que ese gesto hacía bullir de deseo a su interlocutor; el cual — muy disimuladamente— dedicaba miradas fugaces al prominente escote que el camisón turquesa le ofrecía.

Thomas alzó sus dos cejas inconscientemente. No había esperado algo positivo hacia su persona por parte de ella. De hecho, si hacía memoria, eso era la primera cosa "bonita" que sus esposa le dedicaba. Aunque le siguiera doliendo que se dirigiera a él por su apellido lo pasaría por alto tratando de saborear esa pequeña victoria en la que Gigi, por fin, había visto algo bueno en él.

—Gracias.

La voz de que Lord Peyton era médico corrió por el pueblo como un caballo galopando puesto que no había ningún otro en unas cuantas millas. Todo tipo de pacientes: de edad avanzada, jóvenes, mujeres en cinta, heridos de gravedad... iban en busca de Thomas cuando lo necesitaban. No era que Thomas fuera dado a las obras de caridad— ni mucho menos— más su afición por la medicina y sentirse valorado por su esposa, lo empujaban a recibir a todos y cada uno de esos convalecientes en ese salón que había pasado de estar abandonado a ser una consulta con todas las de la ley.

Era egoísta sí. Pero si en su egoísmo podía ayudar a los demás tampoco hacía daño. Sería la primera vez que actuaría egoístamente sin perjudicar a alguien. Había días que deseaba que algún enfermo llamara a su puerta solo para poder pasar tiempo junto a Gigi. En eso se había convertido su convivencia: no se veían, no compartían ni comida ni cena, no hablaban... tan sólo se reunían en esa consulta improvisada cuando algún pobre desgraciado necesitaba de su ayuda.

Georgiana, por su lado, estaba encantada con la nueva tonalidad que había adquirido su vida. Estaba aprendiendo mucho y muy rápido y aunque eso no le otorgara ningún título ni distinción honorífica, le bastaba con enriquecer su alma con esa fuente de conocimiento que era Thomas cuando atendía a algún lugareño indispuerto.

—Puede estar contenta de que su esposo le deje trabajar a su lado— comentó Antonia, una de las ancianas habituales que iba con frecuencia para recibir tratamiento en sus rodillas.

A Georgiana, primeramente, le chocó ese comentario pero luego entendió que, verdaderamente, no era habitual que un hombre y, menos uno con ínfulas de caballero, permitiera a su esposa trabajar de ningún modo. ¿Debía agradecersele? Por agradecimiento el de los pueblerinos hacía ellos, aunque la gran mayoría no podían dar ni una libra en compensación por el servicio prestado, no faltaban las viandas o los truques. Antonieta, cada vez que iba, llevaba una bonita pasamanería cosida para decorar algún mueble. Johan, cuando acudía por su bronquitis crónica siempre hacía entrega de algunas verduras de su huerto personal... Y así fue, como esa pequeña casa ocupada por dos grandes personalidades de alta alcurnia se tornó un hogar repleto de vida, visitas y buenas acciones entre seres humanos de toda clase.

Nadie podía imaginar que cuando esa consulta se cerraba, el silencio y una soledad acompañada llenaban los espacios. Fingir ser indiferente a los encantos de Georgiana era mucho más complicado que cualquiera de las otras tareas del día. Por eso, él mismo había decidido empezar a rehuirla también. Tenía suficiente con verla durante sus diagnósticos, era una contradicción en sí mismo. Un masoquismo placentero y lleno de veneno. Por un lado hubiera creado un virus solo para que toda la población fuera en busca de su ayuda y así retener a ese ser huidizo a su lado durante el proceso, pero por otro... se sentía obligado a evadirla cuando estaban a solas. Tenía miedo, eso era. Debía admitir que tenía miedo a perderla. A espantarla. Porque si dejaba correr todo aquello que se estaba guardando no sería amable, no sería cortés con ella... no le diría nada, tan sólo la saquearía como un vil pirata y se llevaría todo lo bueno que tenía ...en definitiva, la robaría de sí misma.

Para patetismo y ridiculez de los que estaba siendo artífice eran los celos. Esos celos que lo reconcomían cuando la veía ser amable con un paciente, no importaba si éste tenía ochenta años o estuviera sufriendo de tuberculosis. Le molestaba que alguien más pudiera verla sonreír, incluso se había sentido estúpidamente envidioso de la bata blanca que portaba su compañera de trabajo. Gigi se había inventado, desde hacía pocos días, el llevar un batín de esos que llevaban las enfermeras. Y lo peor de todo era que le sonreía más a ese bien material, a esa pieza de ropa... que a él. Debía conformarse con las migajas que su dueña y señora le ofrecía: "*bien hecho*", "*gracias por enseñarme esto*", "*me alegro de que lo hayas podido curar*".

Se había convertido en su esclavo, sin que ella lo supiera. Bebía de sus limosnas y trabajaba para satisfacerla.

Gigi llegó a la cocina y se despojó de su camisola blanca para dejar a la vista uno de los lujosos vestidos que su hermana había tenido la deferencia de mandarle. Como siempre que terminaban la jornada, la joven Señora iba en busca de Clarissa para que limpiara su ropa externa, no quería que posibles infecciones corrieran libremente. Extrañamente y con cierta culpabilidad, cada vez se acordaba menos de sus hermanas. No era que no las echara de menos, sin embargo, el trabajo y la satisfacción que éste le proporcionaba eran tan gratificantes que todo lo demás parecía carecer de importancia.

—Ahora le subo la cena— se apresuró Clarissa a decir cuando vio que su hermosa señora no se retiraba de la cocina. No la estaba echando, por supuesto que no, pero no quería que una joven de noble rango se paseara entre fogones.

—A decir verdad Clarissa, me agradecería poder ayudarte en la cocina— cogió un cucharón entre su mano blanquecinamente impoluta.

— ¡Pero Señora! ¿cómo va usted a cocinar? Ya está haciendo demasiado...

Desde que había aprendido a tener un horario y responsabilidades, Georgiana cada vez era más diligente. Trabajos que nunca había realizado, se estaba acostumbrando a ellos. Podría haberlos dejado a Clarissa, pero se sentía extrañamente útil al hacerlos y no quería desistir. Además, Thomas no se lo impedía, en ese sentido era muy liberal y poco le importaba lo que los demás pudieran pensar.

Thomas.

Si era completamente sincera debía reconocer que otro de los motivos por los que quería ocuparse, era él. No quería pensar en ese hombre, ese hombre que la enloquecía. Por fortuna, era una gran actriz y él se había creído que no significaba nada para ella. Fingir siempre se la había dado bien.

Dándole vueltas al puchero no esperó que el protagonista de sus pensamientos tomara forma frente a ella. Por lo visto, su esposo no era uno de esos caballeros que se encerraba en su despacho o su recámara sino que gustaba de pasearse por toda la casa, incluso por la cocina.

Por la reacción de él— que intentó enmascarar— parecía que también se había sorprendido al verla ahí.

—Ahora que lo recuerdo tengo que tender la ropa— desapareció Clarissa, expresamente, a través de una portezuela.

Gigi quiso aparentar concentración en la carne que bailaba en medio de las verduras pero supo que a esas alturas era imposible mostrarse ajena a los acontecimientos. Tener a Thomas a tan sólo unos centímetros de su faz husmeando la olla en la que estaba trabajando la ponía nerviosa. Así de simple, sus nervios se crispaban si su perfume la invadía o si su calor se filtraba en sus poros.

—Le falta sal.

Y como si conociera a la perfección ese lugar, cogió el potecito donde Clarissa guardaba el sodio y se lo agregó ante la mirada estupefacta de Georgiana.

— No me diga que también sabe cocinar

— ¿También? ¿Hay algo más de lo que sé? — la atrapó.

—Tan sólo era una forma de hablar— escapó.

—Debería ser más comedida en sus palabras Lady Peyton — arrastró su apellido tras el lady— no me gustaría que pudiéramos confundirnos— exhaló confundiendo su vapor con el de la comida empapando el aire de sarcasmo recargado.

—Gracias por la advertencia, a partir de ahora mediré mis palabras en cuanto hable con usted.

Usted.

— ¿Hay algo que usted— la imitó— no mida? — levantó una ceja clavando su mirada gris, tan contradictoria como sus palabras, sobre ella.

—No medí la consecuencias de encontrarme con un hombre a solas— ahí estaba, el resentimiento empezaba a supurar. Había tardado días, semanas e incluso meses en salir ese primer mililitro de pus. Ahora podía decidir si seguir reventando la infección o ponerle un ungüento para que fuera diluyendo por sí sola.

— ¿No conoce el placer de dejarse llevar? — decidió presionar un poco más.

— ¿Para luego terminar casada en una herrería y con un tiro en mi vientre? No, gracias, prefiero seguir siendo como soy. — removi6 su faz altiva.

— Quizás si se molestara en conocer los motivos de esas consecuencias fatales del deseo, no sentiría que debe volver a encerrarse en ese caparaz6n de bilis revenida— estaba molesto, Gigi lo supo en ese momento, estaba molesto por qu6 no había querido escucharlo, no había querido escuchar sus justificaciones para la manipulaci6n y la malversaci6n de vidas humanas.

—Hay veces que los motivos no son suficientes para comprender ciertas actitudes o comportamientos, por eso es mejor mantenerse firme en sus propias convicciones y no dejar que otros puedan interferir en ellas— dio dos pequeños golpecitos a un huevo para batirlo con frenesí aunque no tenía ni idea de cómo se hacía.

— ¿Es malo aprender de otros? — se acercó de nuevo a ella arrebatándole el tenedor para remover la yema como correspondía.

—No es malo aprender conceptos y teorías de otras personas, lo que es malo es influenciar una misma personalidad con la de los demás — observó la mano hábil batiendo ese huevo con maestría, como todo lo que tocaba...sus curas, sus atenciones... esas manos eran arte, un prodigio de Dios en la tierra.

—Es bueno modelar nuestra personalidad para corregir nuestros defectos. ¿O acaso un defecto puede ser considerado parte de la esencia de la persona? Hay personas que así lo creerían pero en mi opini6n debemos enmendar nuestras

partes equívocas.

— ¿Esa es una teoría para ponerla por escrito o un consejo que aplicarse a uno mismo? — *touché*, se había ahogado en su propio barro.

Removió su cajetilla de cerillas como solía hacer en silencio y la miró de reojo apoyado sobre una de las mesas centrales. Estaba enfadada, pero era tan hermosa cuando lo estaba... No tenía ni idea de cocinar pero le gustaba verla tan sencilla, tan dé a píe, poniendo la pimienta en lugar del tomillo y quemando la *omelette*. Aun con todo eso, ella no se redimía. Vanidosa.

Gigi notaba su mirada cargada sobre ella, como cuando estaba en el despacho. Le daba la sensación de que ni escapando al centro de la tierra podría huir de esos iris grisáceos. Trató de concentrarse en lo que estaba haciendo, fingiendo...aparentando no sentir la corriente que le atravesaba la espina dorsal. Estaba a punto de dejarlo todo y correr hacia su alcoba mas no lo haría, si lo hacía demostraría que su presencia la mortificaba. Orgullosa de la tortilla que había hecho la depositó sobre un bonito plato que escogió con esmero, como todo lo que hacía aunque no lo hiciera bien.

—Huele bien— separó sus labios contenidos tragándose las notas olfativas requemadas, diciendo algo positivo e hizo su efecto. Ella lo miró con menos odio e incluso le extendió una porción en un tenedor. Recordó que tenía un bálsamo para el dolor de estómago en la habitación y haciendo un esfuerzo aceptó el ofrecimiento. Removió dramáticamente el paladar y fingió estar realizando una valoración exhaustiva.

— Está buena — mintió, ¿piadosamente?

Gigi esbozó una tierna sonrisa. ¡Una sonrisa! ¡A él!

—Dame más — cogió el plato comiéndose esa acumulación de acrilamida simulando satisfacción.

CAPÍTULO 14— CAMALEÓN

No pensaba tocarla. Aunque la putrefacción le recomiera las entrañas y le saliera por la boca. Era la manzana roja del edén, eso era Gigi. Gigi, Georgiana, hasta su nombre le parecía terriblemente seductor. Ahora compadecía a la pobre Eva y se alegraba de que el demonio no tomara forma de serpiente para tentarlo, aunque no estaba del todo seguro si éste vivía dentro de él.

Desde la escena de la cocina, su formidable y entregada esposa, había incorporado una nueva afición en su larga lista: cocinar. Después o antes de

atender los pacientes, Gigi se encerraba junto a Clarissa y aprendía nuevas recetas o, simplemente, trataba de mejorar las pocas que ya sabía. Debía admitir que había mejorado, sí. Eso era, había mejorado como cocinera, como enfermera aspirante a médico, como Señora Peyton y como mujer. Todo un prodigio, él como marido, había probado su comida, le había permitido trabajar a su lado y le había permitido cumplir sus funciones como esposa en cuanto a decoración, invitados y ropa. Perfecta.

Solamente había un pequeño detalle, un detalle que empezaba a exasperarle y que ennegrecía todo lo anterior: su cuerpo. Su cuerpo inalcanzable, no podía: ni besarla ni yacer con ella. Al principio porqué su perfecta esposa se había permitido la osadía de decidir no compartir el lecho con él, pero ya se había vuelto una cuestión de orgullo masculino. No pensaba arrastrarse por el fango, sí en su interior sabía que era su mascota. Una de esas mascotas con pedigree, pero hasta los mastines tenían cierta dignidad al remover su cola pomposa.

Tortura. Pura tortura. Inquisidora sin compasión. Encima tenía desfachatez de presentarse frente a él con esas batas blancas que tan bien le sentaban o, incluso, de ir a buscarlo engalanada con sus mejores ropas y mostrándole su nueva receta. Su amigo. ¿Eso pensaba que era él? ¿Su amigo? Si no fuera por el maldito ser que inventó el respeto y la caballerosidad ya le habría demostrado qué clase de amigo era él. Pero no, no podía. No podía tocarla ni demostrarle que ardía con su solo aroma, porqué si lo hacía correría como un ratón asustado a esconderse a su madriguera, otra vez.

"Un hombre tiene necesidades"

"Y seguramente una mujer también, ¡pero Diablos! Qué forma de disimularlo"

"¿Lo haría expresamente? ¿Era su forma de castigarlo? Gigi necesitaba una tesis doctoral para ser investigada y, de seguro, quedaría estancado. Un caso sin resolver. "

Iba a enloquecer, estaba seguro. Sería uno de esos nobles empobrecidos y encerrados en un manicomio, uno en el que contaría que era médico y todos se reirían. Esa era otra cuestión, el dinero. La fábrica amenazaba con desplomarse en cualquier instante y su labor como Doctor en un pueblo no daba ni para pagar las cerillas. Por si fuera poco, la mayoría de los medicamentos que suministraba a los pacientes corrían por su cuenta...Todo por impresionar a esa joven de la que se había quedado prendado hacía cuatro años. ¡Dios Gigi!

Sin embargo, cual camaleón al color, Gigi se adaptaba a todas las circunstancias con admirable facilidad. Si se sentía ofuscada por el cambio de vida que había sufrido, al menos no lo demostraba. Y si no fuera un tanto ingenuo, incluso pensaría que le agradaba vivir de ese modo. Era eso o pensar que no confiaba en él. No quería su dinero, no lo necesitaba y antes moriría que pedirle algo a ella. Pero no era muy agradable que escondiera su dote entre los libros. Otra cosa más que pasarle por alto. ¿La vigilaba? ¿La espiaba? No del todo, digamos que se trataba de una obsesión mezclada con psicosis. Como fuera, la había visto escondiendo esa carta y no pudo contener su curiosidad por saber qué era. Al principio por celos, sí era eso. Llegó a pensar que fuera la carta de un antiguo amor pero en cuanto vio las quince mil libras a su nombre, *Thomas*, no supo si reír o llorar...si aliviarse o sentirse peor.

— Gigi, Gigi... — repitió para sí mismo como un verdugo a punto de dejar caer su hacha en la soledad de su salón, el otro que no servía para atender a ningún enfermo.

Un recibidor, dos salones, una cocina, un despacho y un cuarto dividido en dos para los empleados. Primera planta.

Tres habitaciones. Segunda planta.

Eso era todo. Nada que ver con la fastuosa propiedad de su padre, ni con ninguna de las que éste tenía. Pero no se lamentaba, cuando el viejo de Charles muriera, iría a buscar lo que era suyo y daría a su esposa la vida que se merecía. Por el momento, no pensaba ceder a ninguna de las órdenes ni exigencias de ese rufián.

Su padre, un general. Un general chapado a la antigua. Sus órdenes, su ley. Y él, él un inconformista. Un revolucionario ideológico...

—Lord Peyton, Lord Peyton — repitió Georgiana sacando de sus pensamientos a su esposo el cual la miró con fastidio.

—Lady Peyton— imitó él harto de que su mujer todavía no lo llamara por su nombre.

—He venido para informarle que voy a salir al pueblo, ha venido la hija de Roxanne y dice que su madre no puede levantarse del sillón. Deben ser las piernas otras vez así que creo que yo misma podré solventarlo— removió sus caderas sin ser consciente del efecto que hacían sobre un hombre que llevaba mirándola durante tres meses sin tocarla.

—Está bien, pero dile a Rudolph que te acompañe.

Era habitual que Georgiana saliera a casa de los más enfermos y Thomas jamás se lo había prohibido. Ella, por su lado, no era indiferente de la libertad que disfrutaba con su esposo y, por eso, había decidido aligerar su actitud hacia él aunque con eso también se dañara a sí misma.

Cada día era más difícil rehuir de las miradas oscurecidas de Thomas, de su respiración agitada cuando se acercaba a él... El problema era que ya no quería rehuirlo. Eso era lo que le estaba sucediendo y se sentía una completa idiota y una traidora a su propio ser. Estaba segura de que si Thomas intentara besarla no podría pararlo, así como tampoco lo detendría si la encerrara un día entero en su alcoba haciéndola suya sin descanso. Por suerte, o no, Thomas no intentaba nada con ella. Todo se quedaba en una mirada o en un vocablo. ¿Debía preocuparse? ¿Tendría alguna amante? No soportaba el tiempo que él pasaba en la taberna, cuando se iba su corazón se encogía en un puño. Realmente era la mujer más estúpida del mundo, había luchado para que la dejara en paz y ahora que lo había conseguido, no estaba conforme.

Inmersa en sus pensamientos y con la vista puesta en el guante que no quería entrar en su mano chocó con un muro al salir de casa. Un muro de carne y huesos y que reconoció al instante: ¡el padre de Thomas! Solo lo había visto una vez hacía mucho tiempo y si alguien le hubiera preguntado qué aspecto tenía no hubiera sabido responder pero lo reconocía. Era inconfundible su olor a puro y a whiskey. Sí, si la guardia le preguntara por su descripción eso diría.

Tuvo que hacer crujir la última vertebra de su cervical para poder enfocarlo debidamente y llegar a sus ojos cenizos. La estaba mirando, escudriñando. La miró de arriba a abajo un par de veces sin expresión alguna para luego emitir un sonido de puerta oxidada al sonreír. Ella, sin saber cómo reaccionar y por educación se apresuró en devolverle la sonrisa. Aunque no estaba segura de qué cariz era la suya, si era una sincera o una de esas que significan todo lo contrario.

—Bue...Buenos días — se recordó a Bethy.

Por toda respuesta, Lord Peyton, removió su nariz ganchuda como si algo oliera mal y la miró de soslayo pasando al interior de la propiedad sin ser invitado. Creyéndose el dueño de todo lo que toca. Gigi estuvo a punto de seguir su camino hacia casa de Roxanne, estaba claro que ese hombre no necesitaba de su presencia pero su lógica le decía que no. Que no debía dejar a su suegro solo en el recibidor aunque éste no se hubiera dado cuenta de

quién era ella o, simplemente y peor aún, no le interesara reconocerla.

Así que dio un giro dramático de los que ella solía hacer literal y figuradamente y volvió a traspasar el umbral de su casa dejando su sombrero en un perchero y mirando con atención a ese hombre. Sólo esperaba que Thomas no envejeciera tan mal, no era que el señor fuera feo pero su aspecto era lúgubre y su altura le había pasado factura.

— ¡Oh! ¡Pero si es el papá del Señor! — exclamó Clarissa alertada por los pasos desconocidos que había escuchado en la entrada.

—Hmm— hizo crepitar su cuello asintiendo mirando a la empleada como si no fuera de ese mundo.

—Ahora mismo voy a avisarlo...

—No hace falta — intervino Thomas sin mirar a nadie más que a su padre, como si de un duelo de pistoleros se tratara.

—Thomas...

—Padre...

Sin más palabras ambos se dirigieron al despacho, uno detrás de otro dejando a las dos mujeres desconcertadas.

Gigi alzó ambas cejas significativamente a Clarissa y ésta le hizo una señal para que la siguiera, y así fue como las dos clavaron sus orejas a la puerta que esos dos hombres habían cerrado tras de ellos.

Clarissa se había vuelto una amiga, ya no era una empleada cualquiera. Georgiana le había contado muchas cosas sobre su desarrollo en el matrimonio y aunque Clarissa poco pudo decirle de la vida de Thomas, porque simplemente no sabía, siempre la había escuchado y aconsejado desde su punto de vista.

— ¿Qué hace aquí? — espetó el dueño de la casa con evidente malestar.

— ¿Un padre no puede visitar a su hijo?

Thomas le dedicó una mirada de soslayo lo suficiente elocuente como para que las palabras sobraran así que decidió tomar asiento frente a Charles, el cual ya se había acomodado en un sillón sin esperar a que nadie le ofreciera asiento. A veces era mejor ahorrarse una mala respuesta que hundirse en una conversación sin sentido.

—Sabes bien que siempre quise que te alistaras al ejército para que de ese modo, perpetuaras la larga trayectoria de nuestra familia en la milicia — tosió no acostumbrado a entonar más de dos palabras seguidas — pero te empeñaste

en estudiar— arrastró sus cuerdas vocales haciéndolas chirriar en tonos bajos — no me gustaba esa idea , pero accedí siempre y cuando luego no ejercieras...de matasanos por ahí, ensuciando el buen nombre de los Peyton y el del Condado Norfolk— Thomas rodó los ojos y decidió encenderse un cigarrillo mirando al techo— el otro día, en una de las reuniones del club, escuché que había un noble atendiendo pueblerinos por estos lares y no me hizo falta atar muchos cabos para llegar a ti; sin embargo, lo peor fue escuchar que la mujer de dicho noble también ejercía junto a él — Gigi abrió los ojos como platos desde el otro lado de la puerta— no puedo permitir...

—No, usted no va a decidir lo que tiene que hacer mi esposa y mucho menos lo que yo tengo que hacer— lo cortó Thomas desafiante pero sin perder el control— son demasiados los años que he estado a sus órdenes "general" — llevó el rango a la mofa sin inmutarse por eso ni por la cara de incredulidad de esa carcoma vieja.

—Si no desistes en tu empeño por seguir con esta vida me veré obligado a....a desheredarte— tosió otra vez.

—Está claro que ahora que tiene otro hijo no tiene por qué seguir aguantándome y, sinceramente, ni yo a usted. Pero haga el favor de ahorrarse los asesinatos a sueldo, la próxima vez, si es necesario, yo mismo lo iré a buscar, ¡es mi esposa! ¡debería matarlo aquí mismo! — se alteró levantándose del sillón.

—Espera, espera...— alzó su larga mano frunciendo el ceño — ¿asesinos a sueldo?

— ¿Ahora va a eludir su implicación? El mismo día de mi boda, con la mujer que amo, dos hombres dispararon al vientre de mi mujer, está claro que habían sido enviados por alguien que no deseaba nuestra unión y no puedo imaginar a otro que...

— ¡Virgin! — deformó su rostro el achacoso hombre apretando sus puños y haciendo saltar el corazón de la mujer que estaba escuchando desde fuera.

— ¿Se confabuló con su amante para matar a la esposa de su hijo? No lo creía tan miserable...

— ¡Diablos Thomas! ¿Qué gano yo en querer matar a esa mocosa? ¿Y si por casualidad te hubieran hecho algo a ti? Lo último que haría sería arriesgar la vida de mi único hijo...aunque este sea un estúpido.

—Le recuerdo que tiene otro.

—Un bastardo— refunfuñó.

— ¿Pero no acaba de decir que me va a desheredar? ¿Va a dejar su título a algún primo lejano?

—Thomas Peyton, no juegues conmigo.

—No entiendo el motivo de su visita. La última vez que hablamos me dijo que no podía hacer uso de su dinero ni de sus propiedades si me casaba con Georgiana, o más bien si me divorciaba de su amante, Virgin. Pero ahora que me estoy buscando la vida por mí mismo, quiere también decirme cómo lo debo hacer. Hay hombres que apuestan, que se emborrachan, que se acuestan con las esposas de sus hijos...pero yo, que soy un médico decentemente desposado, soy el malo de esta obra de teatro. ¿Qué quiere? Hable de una vez y no me haga perder más el tiempo, ya perdí suficiente con personas que no lo merecían.

— Quiero que vuelvas, vuelve con la mujercita que te has buscado y cumple con tus obligaciones.

—No voy a volver, no mientras usted esté vivo— Charles alzó ambas cejas, no se esperaba esa respuesta, era evidente que su hijo no estaba en su mejor momento económico y aun así lo había rechazado — Prefiero ser pobre y libre que un rico sometido a su yugo.

—No me desafíes, sabes que ganaré, volverás a casa aunque tenga que obligarte a ello. Ningún hijo mío vivirá en la pobreza y ensuciará mi nombre, ¿lo has entendido? Encima esa mujer paseándose como una curandera cualquiera, no tenéis vergüenza ni sabéis cual es vuestro sitio...en mis tiempos os hubiera mandado a atar con una cuerda y os hubiera arrastrado...

—Ahórrese los discursos padre, de nada le servirán.

—Obedecerás...ya lo verás como obedecerás...—amenazó el Conde de Norfolk dispuesto a irse — Por cierto, el cuñado de esa tal Gigi vino para entregarme la dote... pero le dije que tú debías recibirla ¿te la han enviado? — Georgiana se llevó las manos a la boca, acababa de ser descubierta.

— Sí, la he recibido — mintió Thomas. Charles miró a su alrededor sospesando que tipo de dote sería si vivían en esas condiciones, y sin más dilación abrió la puerta — ¡Estas mujeres! ¡Sólo sirven para chismorrear! — vociferó en cuanto vio a su nuera y a Clarissa tratando de desaparecer sin éxito debido a los sonoros pasos de la última.

CAPÍTULO 15—ESTALLIDO DE COLORES

Gigi miraba a su alrededor con nerviosismo, había decidido encerrarse en su habitación. Debía pensar, meditar qué iba a hacer o, simplemente, decir. Dos eran los motivos principales que la tenían en ese estado: primero, haber sido descubierta espiando la conversación entre su esposo y su suegro — nadie podría haberse imaginado que Clarissa no huiría a tiempo— y segundo, los motivos de Thomas para divorciarse de su primera esposa. Había quedado completamente claro que esa mujer, a la que no conocía pero que se hacía inevitable recordar, era una mujer de dudoso carácter y salud mental. Ya que era incomprensible, al menos para ella, que una joven pudiera dejar a Thomas para irse con el padre de éste. No sólo por el parentesco, que ya era bastante nauseabundo, sino por el aspecto de uno y de otro.

Sí, se había quedado más tranquila. Thomas no había urdido un plan diabólico de los suyos para librarse de su antigua esposa y, al parecer, tenía motivos de peso para ello. No solo esta le había sido infiel, sino que lo había hecho de la forma más mezquina posible: con su padre y quedándose embarazada. Sin embargo, todavía quedaba una cuestión que la inquietaba: ¿por qué se había casado con ella? ¿cuándo se casó? No podía olvidar, aunque lo intentara, los cuatro años que había pasado llorando por su ausencia y en los que había llegado a pensar que estaba muerto. ¿Habría estado todo ese tiempo con ella? ¿La habría amado?

Otro motivo, no menos importante —aunque no principal— era la dote. A pesar de que Thomas había mentido acerca de ello, nada le aseguraba de que sólo lo hubiera hecho para protegerla o librarse del interrogatorio... y ahora estuviera subiéndose por las paredes preguntándose por el paradero de ese dinero.

Con esos pensamientos estuvo encerrada hasta altas horas de la noche e incluso decidió cenar en la recámara. Se sentía egoísta, a ella no le molestaba vivir de ese modo, incluso era beneficioso para su alma la sencillez que la rodeaba, sin embargo, no había pensado en ningún momento en su esposo. Sí, su esposo, por extraño que pareciese el calificativo eso era él y debía empezar a reconocerlo. ¿Quién le aseguraba de que Thomas no estuviera sufriendo por la modesta vida que estaban llevando? Lo veía atendiendo a un enfermo tras otro sin pedir nada a cambio y eso la llenaba de satisfacción pero no era necia, Thomas Peyton no era la clase de hombre que daba caridad. Lo hacía

por ella, podía verlo en sus ojos, cuando ella se acercaba...como se tensaba...y como se tensaba ella.

Las paredes parecían estrecharse y la oscuridad hacerse pesada, necesitaba salir. Al menos bajar a su despacho y leer, para abrir la mente y relajarse lejos de la realidad de la situación. Miró el reloj y comprobó que, efectivamente, era una hora lo suficientemente avanzada como para no encontrarse a nadie en el trayecto. Thomas era un hombre de costumbres y horarios y a partir de las once de la noche no salía de su alcoba, si no era estrictamente necesario.

Desde que había dejado atrás la vida de aristócrata refinada había encontrado un gran gusto por los ropajes ligeros y los corsés menguados. Así que como tan sólo iba a bajar a la parte baja de su propia casa, se colocó una camisola de lino blanco con un discreto encaje rojo en el cuello, dejando caer la melena cobriza sobre los hombros. Muy silenciosamente abrió la puerta, no había luz y reinaba el silencio. Una punzada de remordimiento la atravesó, ¿debería haber preguntado cómo estaba Thomas? Por lo que había notado su relación con su padre no era, precisamente, buena ni agradable. ¿Sería Charles capaz de acometer contra su propia familia para salirse con la suya? Era un pregunta retórica, estaba completamente segura de que así lo haría. El Conde de Norfolk era un hombre acostumbrado a vencer y salirse con la suya. De tal palo tal astilla.

De puntillas, tratando de hacer el menor ruido posible y con la ayuda de un candil, inició el recorrido hacía su objetivo principal. Sin embargo y, a pesar de haber intentado ser sigilosa, no consiguió recular a tiempo en cuanto vio a Thomas sentado en un sillón con una copa de brandy, en medio de uno de los vestíbulos.

Sus miradas chocaron como una ola contra una roca aunque era difícil discernir quien era la ola y quien era la roca. Ambos jugaban muy bien el papel de la indiferencia a pesar de que por dentro fueran dos volcanes en erupción masiva.

—Buenas noches— fue todo cuanto consiguió articular Gigi a pesar de la conmoción del momento y del sobresalto que había intentado disimular.

—Buenas noches— contestó él con el mismo tono de voz desinteresado y volviendo la mirada a su copa.

Una bata de terciopelo azul era todo; todo cuanto cubría el cuerpo del médico que hacía esfuerzos por no mirar a esa joven que había aparecido cual ángel frente al demonio. Que Gigi era hermosa ya lo sabía, pero lo que no imaginaba

era que podía llegar a ser tan mortificadoramente erótica. Sus cuantiosos pechos se desbordaban a través de la camisola, que si bien era larga, era ceñida y no cumplía con su función opaca.

Gigi sintió su orgullo dolido sin saber el motivo, por un momento temió no poder detener a su esposo si éste decidía abalanzarse sobre ella, pero lejos de eso, la había ignorado. ¿Debía estar orgullosa de la honorable cordialidad de la que hacía gala Thomas en ese momento? ¿O por el contrario debía empezar a patear contra el suelo cual niña quitándole su dulce máspreciado?

— ¿Todo bien? — las notas de soprano flotaron en la penumbra hasta darse de bruces contra los tímpanos del diablo, quien la miró con los ojos más oscuros que Gigi jamás había visto, haciéndole dar un paso atrás y lamentándose por no haberse ido en cuanto tuvo la oportunidad ¿o no?

— ¿Haría usted el favor de acompañarme? — le preguntó satanás a la muchacha removiendo sus largos dedos, levantándose del sillón con una elegancia característica — no le haré daño— prometió ese descuartizador sanguinario tratando de parecer buena persona por un instante y aparentando una salud mental de la que no disponía.

Gigi lo miró de arriba a abajo, sospesando las consecuencias de seguirlo y de creerlo en lo último que había dicho. Sin embargo, poco tiempo tuvo para reflexionar, Thomas ya le había dado la espalda y empezado a andar. Con un paso cauteloso y tratando de equilibrar su respiración, sin éxito, lo siguió como si estuviera a punto de entrar en el mismísimo infierno, con su mirada puesta en esa espalda ancha que parecía acostumbrada a moverse en la oscuridad.

El infierno resultó ser el estudio, su estudio. Thomas se acercó sin emitir palabra alguna ni expresión significativa a la estantería de libros y sacó aquel que guardaba su dote. Gigi quiso que los orbes le salieran de las órbitas con tal de no tener que presenciar semejante escena, pero no cedieron a su demanda. Tuvo que verlo, tuvo que ver como ese nigromántico de la magia oscura alzaba ese cheque entre sus manos y se lo mostraba triunfante.

—Tengo una explicación... — removió su pelo inquieta.

—Estaré encantado de oírla— tiró el talón sobre la mesa y se posicionó frente a ella con los brazos cruzados, estudiándola. Estaba segura de que ni siendo la mentirosa más hábil de ese mundo podría escapar de esos ojos grisáceos que la estaban analizando, así que decidió lanzarse a la verdad.

—Al principio la escondí por rencor, no quería que tuviera ninguna clase de

compensación por haberme obligado a casarme con usted. Con el tiempo, se me hizo difícil revelar la verdad e, incluso debo confesar que tuve miedo de que ese dinero nos cambiara.

— ¿Nos cambiara?

— Sí, las consultas...

— Ah, ya entiendo... quiere seguir jugando a la muchacha pobre que hace de enfermera, ¿no es así?

— Para mí no es ningún juego Señor— arrastró el señor como si de un peyorativo se tratara.

— Lo sé, lo sé... nada que no pueda perdonarle...

— ¿Perdonar? ¿Usted a mí? — se irguió mostrando aún más su voluptuosidad, sin darse cuenta, y mirándolo desafiante — En todo caso quien debe de perdonar algo, aquí, soy yo— se señaló a sí misma haciendo que su áter ego se ensanchara hasta el techo.

— ¿Sabe que la soberbia es un pecado capital?

— Y viene el diablo a hablarme de pecados...— lo miró de soslayo sin darse cuenta de que esa mirada que trataba de ser mortífera resultaba de lo más encantadora para un hombre como Thomas, aficionado a los retos y a las complicaciones.

— ¿Diablo yo? — esbozó una sonrisa irónica dejando caer sus brazos y acercándose a su presa con delirio.

— Sí, usted...

— Entonces, ¿usted qué es? — interrogó a escasos centímetros de la pálida piel femenina.

— Una persona, una persona normal— quiso parecer inmune a la cercanía calorífica de ese hombre al mismo tiempo que levantaba su cabeza para poder enfocar sus ojos.

— ¿Normal? — pasó su largo brazo alrededor de la cintura de Gigi, acercándola a su cuerpo y haciéndola chocar con su torso parcialmente descubierto por la poca capacidad de su bata para cumplir su cometido, ahogando a esa mortal entre su perfume varonil y olvidándose por un instante de que su esposa, no tenía nada de normal — ¿sabe lo que es el firmamento?

— ¿Dónde están las estrellas? — dejó ir un suspiro ahogado y tratando de concentrarse en la pregunta al mismo tiempo que trataba de no deshacerse en medio de los brazos de Thomas.

—No solamente las estrellas. El firmamento es donde todos los astros se mueven. Es un lienzo de colores y formas, compuesto por todo aquello que vemos en el cielo... soberbio por naturaleza...solidario por excelencia...

—No entiendo...— trató de buscar algún rastro de burla o de embriaguez en su rostro sin resultados.

— No eres una persona, no eres una mortal que arrastraré al infierno... eres el cielo que intento alcanzar — aprisionó sus voluptuosos labios entre los suyos y los rozó con cada suspiro de su ser, acariciando cada pliegue y cada rincón de ellos hasta que estuvieron dispuestos a dejarlo pasar.

Su cuerpo ardía hasta doler, sus puntos más álgidos se tensaron y su mente inició un descenso a las catacumbas del raciocinio. Había sucumbido y solo la tenue luz de dos lámparas de aceite estaban siendo testigos.

— ¿Está tratando de añadir otro pecado capital a mi lista? — interrogó ahogada de placer cuando Thomas la alzó entre sus brazos tras haber saqueado su lengua con frenesí.

—¿Acaso no es eso lo que hacen los de mi especie?— se deleitó con su roce hasta ponerla encima del diván que reposaba en una de las esquinas de la estancia — gula, te he visto comer...— desabrochó los botones de la camisola que tenía entre manos liberando los pechos que se removían cuantiosos y deseosos de su mano, la cual no tardó en responder apresándolos y acariciándolos con ambrosía hasta que succionar y lamer fue más divertido, sobre todo por los pequeños cantos libidinosos que Gigi ofrecía en respuesta — soberbia...— arrancó la tela que quedaba, obstaculizando la maravillosa vista que quería contemplar. Gigi tuvo la intención de taparse, aunque no había sonrojo alguno en su faz ...más Thomas se lo impidió adustamente, golpeando sus manos con cierto gusto hasta que estas se apartaron — lujuria— introdujo su larga mano en la parte más húmeda de su esposa haciendo que esta se retorciera de deleite. Jugando con sus pliegues más íntimos para luego abandonarla y mirarla hasta que frunció el ceño ofendida— ira...— sonrió él, triunfal, acariciando sus muslos, haciéndola estremecer, haciéndola desear más hasta el punto de que ella cogió su mano con decisión y se la colocó en su centro exigente, su dueña... su ama... — avaricia — obedeció volviendo mover sus habilidosas manos en ese punto estratégico y vibrante— no seré compasivo ni agradable— la avisó.

—No lo espero...— removió sus pupilas verdes sobre aquellas que ya no eran grises sino negras hasta el punto de intimidar.

La mordió, mordió sus labios, sus pechos y otros lugares que ni si quiera sabía que existían. Eran mordiscos leves, acompañados de besos generosos y sorbos necesarios. No pensó que Thomas llegaría a eso, no pensó que llegaría a besarla en lo más íntimo, pero así lo hizo. La estimuló con su propio lengua hasta que vilmente la llevó hasta el clímax. Momento que sus pechos se tensaron hasta lo impredecible y en el que él se adentró en ella, embistiéndola con fuerza y susurrándole al oído palabras indecorosas y algún que otro te amo.

— ¿Por qué te casaste con ella?

CAPÍTULO 16—BORRÓN Y NADA

La pregunta que había esperado que le hiciese su esposa desde el inicio, había llegado. No sólo la había esperado sabiendo que algún día llegaría, sino que había deseado que se la hiciera. Quería poder explicarle todo, aunque no lo creyera. Él se había comportado como un verdadero cretino, lo sabía, pero la obstinación de Gigi por no hablarle ni querer escucharlo, tampoco había sido fácil.

Queriendo aparentar un mínimo de decencia, se colocó la bata que había desechado minutos antes en un rincón y se repeinó el pelo sentándose ante la atenta mirada de la joven que lo miraba expectante.

No sabía se lo creería, ¿qué esperar de Thomas Peyton? Sin embargo, el conocimiento de las causas de su divorcio bien le merecían el beneficio de la duda. Por eso, trató de serenarse tras lo que acababa de acontecer y se recolocó el camisón dispuesta a escucharle.

— ¿Te acuerdas del último día que fui a verte al cobertizo?

Pensó seriamente en negarlo más si iban a hablar no merecía la pena mentir.

—Sí— sinceró ella sin querer dar más detalles de cómo había rememorado ese día una y otra vez durante su ausencia.

—Bien, ese mismo día cuando llegué a casa me encontré con Virgin— esperó algún ápice de desconcierto en la faz de su esposa, pero no había ninguno— se había quedado huérfana tras la muerte de su padre ya que su madre hacía muchos años que estaba enterrada, como la mía. Así que rogó a mi padre que la dejara quedarse en nuestra propiedad, apelando a la gran amistad que habían tenido su madre y la mía y a que no tenía ningún otro lugar al que ir, ya que su progenitor había muerto endeudado y no le quedaban recursos. Así fue como se introdujo en nuestras vidas. Yo estaba en la universidad y apenas la veía, aunque cuando lo hacía, trataba de mostrarme siempre cordial y amable con ella — Gigi se removió incómoda, ¿celos? — sólo porque me sentía identificado, sobre todo cuando hablaba de mi difunta madre y recordábamos como era— trató de aclarar— en uno de los días de descanso que el seminario me daba, me quedé en casa con la intención de ir a verte al día siguiente... todavía recuerdo el libro que quería llevarte... — se pasó la mano por la frente— estaba en mi habitación, desvistiéndome, cuando Virgin entró sin llamar. Inmediatamente quise echarla pero empezó a llorar. Así que

me cubrí y traté de saber qué le sucedía. Hablamos durante bastante tiempo, me contó que recordaba a su padre, que se sentía sola, que en mi ausencia no tenía nadie con quien hablar... incluso me sirvió una copa y eso...eso es lo último que recuerdo. Tomé ese brandy y al día siguiente estábamos los dos desnudos en mi cama— Gigi se levantó ofendida pero Thomas la detuvo y la sentó a la fuerza en su regazo — no la toqué, no sé qué pasó pero yo no la toqué. Puedes imaginarte el escándalo que se formó cuando su nana vino en su busca y descubrió que estaba en mi lecho. Yo repetí una y otra vez que no había hecho nada con ella más cuando la examinaron resultó que ya no era virgen y tanto ella como su dichosa doncella aseguraban que no había yacido jamás con otro hombre que no fuera yo, que en mi alcohol y en mi confusión lo había olvidado pero que no se podían negar los hechos. Mi padre se enfureció, había cometido "*un terrible acto bajo su mando*" y me obligó a casarme. Me amenazó, me dijo que si no lo hacía no podría seguir estudiando, que me desheredaría...y que si iba en tu busca... porque sabía que yo te amaba... haría lo posible para detenerme. Era un muchacho, sólo tenía diecinueve años, y no entendía nada de lo que había sucedido ni sabía qué podía hacer, no tenía nada mío. Dependía totalmente de él y fue ahí cuando decidí crear mis propios recursos. Accedí al matrimonio pero jamás lo consumé — Gigi lo miró intensamente queriendo creerlo — no fui un santo, tenía mis amantes y mis cortesanas favoritas...— recibió un merecido cachetazo por parte de la joven que estaba sentada en sus piernas— pero en mi mente— se pasó dramáticamente la mano por encima de donde había sido abofeteado — en mi mente, sólo estabas tú. Me propuse terminar de estudiar medicina, compré mi propia fábrica con algunos ahorros y adquirí esta casa. Quería dejarlo todo preparado para cuando te fuera a buscar. Y llegó el día, sabía que era tu debut. Virgin me lo había puesto en bandeja, se había quedado embarazada de mi propio padre. Obviamente no podía alegar tal cosa en un tribunal pero sí presenté las pruebas necesarias para probar su infidelidad con otros hombres... con el tiempo comprendí que debió tenderme una trampa para ganar posición... Aun con todo eso, no recuerdo ningún día más feliz que en el que te vi en medio de la multitud, ataviada con ese vestido amarillo, eras mía y siempre lo habías sido, así me lo demostraste cuando me devolviste la mirada. No iba a dejarte escapar... por nada del mundo quería dejarlo hacer...esa vez no... y el resto de la historia supongo que ya la conoces...

Georgiana buscó en sus ojos algún ápice de fraude en sus palabras, y aunque sabía que Thomas era muy buen actor, algo le decía que no mentía.

— ¿Crees de verdad que esa mujer te puso algo en la bebida?

— O eso, o tengo un trastorno psicótico tan acusado como para no recordar que he hecho en algunas ocasiones... aunque fuera joven, por mi altura y mi masa muscular, no podría haberme quedado tan ausente con una sola copa de brandy...

— Tiene su lógica...

— ¿Y tu padre no te creyó?

— No — arrastró las letras con amargura.

— Tranquilo ya verás que... — Gigi se acurrucó entre los brazos de Thomas y su corazón empezó a latir desenfrenadamente sin comprender qué había sido ese ruido.

Botellas incendiarias atravesaban los vidrios del despacho y por el estruendo debían estar haciéndolo por toda la casa. La propiedad empezaba a arder, y era inevitable. Por mucho que intentaban sofocar el fuego, eran tantos los flancos abiertos que era imposible detener aquello que estaba ocurriendo. Debían ser varias las personas que estaban trabajando para que la casa quedara en cenizas, los artilugios cargados de fuego no cesaban en irrumpir al interior. No había nada que hacer.

— Tenemos que salir — anunció Thomas tirando de ella para aprovechar que la puerta aún no estaba rodeada por las llamas.

— ¡La dote! — gritó ella desesperada señalando sobre la mesa, la cual ya había empezado a arder.

— No podemos cogerla, hay que salir — la cargó entre sus brazos viendo que ella no reaccionaba — ¡Clarissa! ¡Clarissa! — la doncella apareció corriendo esquivando una llamarada que salía del salón principal y apareció en el vestíbulo que, por fortuna, aún no estaba ardiendo.

— ¡Ay Señor pero qué es lo que pasa! ¿Y Rudolph?

— Mis cosas, todos mis vestidos, mis joyas, la carta de mi padre... — Gigi estaba en un estado de alucinación mental. Sólo podía ver llamas por todos lados y seguía sin comprender qué sucedía.

— ¿Rudolph no duerme en la habitación contigua a la tuya?

— ¡Señor! — una voz ronca y ahogada apareció por detrás, era el lacayo — señor, tenemos que salir — abrió la puerta instando a que todos salieran y así lo hicieron.

Georgiana tocó con sus pies desnudos la tierra y observó el crepitar de su

hogar y todas sus pertenencias. Thomas rápidamente inició una cadena con los pueblerinos que se acercaban para ayudar, en la que se pasaban vasijas para sofocar el incendio. Ella colaboró y trató de mostrarse lo más entera posible, trató de disimular hora tras hora, hasta llegar a la madrugada, su pena y su amargura.

CAPÍTULO 17—AÑIL

Al llegar a Bath tras un largo y costoso viaje nadie la reconoció como Georgiana Cavendish ni mucho menos Peyton. Su aspecto era tan lamentable que todos pensaron que se trataba de una impostora, y no fue hasta que especificó algunos aspectos concretos de su familia al administrador— Tommy— que, todos se dieron cuenta de su error.

—Oh disculpe Señorita Cavendish— se apresuró en disculparse Tommy— hacía tanto tiempo que no la veíamos— eludió la parte en que iba vestida como una lugareña y cubierta de polvo.

—Señora Peyton— señaló a Thomas que se sintió orgulloso al ver que su esposa se apresuraba en enmendar ese error.

—Sí, sí por supuesto, Señora Peyton. Bienvenido Señor— hizo una corta reverencia al joven que tenía un porte orgulloso más sus ropas eran las de un obrero.

—Hemos tenido un viaje muy difícil, como puede ver, y nos gustaría poder tomar un merecido baño y comer algo.

—Sí, Señora, ahora mismo.

Gigi suspiró aliviada al ver como Tommy se apresuraba en cumplir las órdenes, por un momento llegó a pensar que habrían hecho ese viaje en balde. Subieron guiados por la mujer del administrador, Lucine, que los preparó en pocos minutos la habitación principal.

Una vez en la soledad de la estancia, se despojaron de sus ropas e hicieron uso de algunas batas que había en el guardarropa, aunque no terminaban de ser de su talla.

— ¿De quién fue esta casa antes?

—De mi padre... pero no sé si ha vivido alguien en ella en el último cuarto de siglo. Las batas... tienen las iniciales de mi padre y de mi madre, supongo que deberían haber estado aquí por un tiempo...

— ¿Cómo eran tus padres? — se dejó caer sobre un sillón exhausto, esperando a que llenaran las tinas con agua caliente.

—Mi padre era muy bueno...mi madre... no tanto, dijéramos ... — removi6 sus ojos recordando el calvario que había vivido con su progenitora— ¿y los tuyos? Aunque conozco a tu padre, sospecho que no siempre fue como lo he

visto ahora...

—No, mi padre hubo un tiempo en el que estaba lleno de vida. Al igual que mi madre. Debo admitir que no tengo queja alguna de ellos en cuanto a mi niñez. Me trataron y me educaron acorde a los preceptos que deben impartirse al hijo de un Conde mas no fueron estrictos ni distantes; al contrario, mi madre era bastante afectuosa y mi padre... mi padre supongo que lo era porque ella era así. Mi hermana es su vivo retrato... ver a Sophia es ver a Geraldine, mi madre.

—Tu hermana es muy hermosa, la inglesa perfecta — convino sinceramente Georgiana recordando los bucles dorados de su cuñada y su piel pálida — además, tiene un carácter muy fácil y es muy modesta por ser quien es...

—Así es, por eso mi padre la quiere más a ella. Sé que suena infantil o el discurso de un niño de trece años, pero créeme cuando te digo que mi padre tiene predilección por ella.

— ¿Siempre ha sido más duro contigo?

—Siempre...

— Eso es porque eres el hombre, y según su mentalidad debes dar más o demostrar algo...

—Entre otras cosas, sí— se despojó de la bata improvisada en cuanto las doncellas terminaron de llenar la tinaja para poder sentir como el agua lo libraba del peso del camino — Primero, porque soy hombre— continuó relatando viendo como su esposa hacía lo mismo que él pero en otra pila— Segundo, por qué no cumplí con sus expectativas cuando me negué a alistarme al ejército...matasanos me llama— Gigi soltó una pequeña carcajada a la que Thomas no supo si ofenderse o unirse a ella, al final se decidió por lo último; dejando ir , junto a la suciedad del trayecto, ese dolor que había arrastrado por tanto tiempo.

El matrimonio cayó en un estado casi inconsciente en cuanto se secaron y se tumbaron en la cama. Habían sufrido lo indescriptible. Horas y horas de viaje a lomos de un caballo, durmiendo en medio del bosque por no poder pagar un hostel... Comiendo lo que algunos pueblerinos buenamente les ofrecían... o simplemente, pasando hambre. Habían sufrido en carne propia la pobreza en toda su expresión. Y comprendieron, que las vidas que habían llevado en esas mansiones repletas de sirvientes y cuantiosas comidas eran desagradecidas e innecesarias. No vivirían en la pobreza pero tampoco querían ese modo de vida repleto de excentricidades... Se dieron cuenta que combinaban mucho

más de lo que habían llegado a pensar al principio, ambos eran dos almas progresistas. Diferentes. Revolucionarios. Almas gemelas.

Gigi sintió como sus tripas se aquejaban hasta el punto de hacerla despertar, no así Thomas que seguía en su quinto sueño. Se tapó con la bata que ostentaba las iniciales E.C con cierto recelo y bajó en busca de comida. Así mismo: comida. Estaba hambrienta, famélica. Recordó con pesar a Clarissa cuando se encontró con una doncella insípida que le ofreció un plato de comida igual de insustancial, pero que no pensaba despreciar. Comió hasta la garganta y se prometió a sí misma traer a Clarissa a esa casa o en la que viviera. Por el momento, estaba claro que vivirían ahí, no tenían otro lugar al que ir. Miró a su alrededor, era un edificio bonito. Más grande que en el que había vivido hasta ahora y con algunos empleados más. Era una típica casa señorial decorada al estilo victoriano. Las tierras que rodeaban la propiedad eran las que sostenían a esa gente y todo el gasto que conllevaba, así como dejaban una pequeña renta para ella. Renta anual que todavía no podía obtener, por qué no había pasado un año desde la herencia de la misma. Sin embargo, no le importaba, tenía todo lo necesario para vivir y con todo lo que había sufrido le parecía un lujo.

— ¿Sabe si hay algún lugar con ropa? Mi esposo y yo hemos sufrido un incendio en nuestra anterior propiedad y nos hemos quedado sin nada, literalmente... —Lucine, que ya ostentaba el pelo canoso, la miró apenada al conocer esa noticia. Para nadie era indiferente la Señorita Cavendish, hija de su anterior Señor, el Duque de Devonshire...el cual había siempre sido tan benevolente con ellos.

—Claro, Señora, venga... hay un desván arriba con algunos trajes que la anterior dueña de esta casa había usado... Así como algunos pantalones y camisas de hombre... Claro, supongo que estarán muy anticuados...

— No importa, de verdad que no...—negó con la cabeza la joven levantándose dispuesta a seguirla al lugar que la administradora quería mostrarle. — ¿Y cuál fue la anterior dueña? ¿Mi madre?

—No... la madre de su madre, esta casa fue la de su abuela materna... luego fue entregada como dote a su padre...

— ¿De verdad? — se asombró Georgiana al conocer ese hecho, había tenido muy pocas oportunidades de relacionarse con la familia materna debido al carácter de su madre, la cual se había pasado los días enfadada con todos.

—Mire, aquí están— abrió un baúl polvoriento en medio de la buhardilla

sacando unos preciosos vestidos muy lujosos pero, ciertamente, del siglo pasado. Gigi dejó ir un suspiro...

—Veré que puedo hacer...— cogió a uno de ellos entre manos — espero que las clases de costura con la institutriz me sirvan para algo...

—Pero Señora, esas clases son para bordar o tejer no para enmendar arrapos antiguos...deje que yo se los arregle...

—No, de verdad, no quiero molestarla...

— ¿Molestarme? Ay Señora, el tiempo que hacía que aquí no venía nadie... y ahora que ha llegado usted es un placer para mí poder complacerla con esto. Ahora mismo iré en busca de mi cinta métrica y prepararé las medidas. Espere...espere...ahora vengo...

Georgiana levantó los hombros a la vez, resignada, y esperó. Miró por el desván, apartó sábanas encontrándose con muebles antiguos y descubrió retratos que no sabían de quien eran hasta llegar a uno en el que salía su madre. Su madre cuando debía tener unos catorce años, al lado de la que parecía la abuela. ¿Qué le llegó a pasar a Elizabeth para haber sido tan cruel con sus propias hijas?

— ¿Conoció a mi madre? — quiso saber en cuanto la empleada volvió con un bloc de notas lista para apuntar las medidas de Georgiana.

— La conocí, claro...

— ¿Siempre fue así?

— ¿Así cómo Señora? — quiso evadir la respuesta la anciana anotando 39,76 inches de busto.

—Sabe a lo que me refiero...— la miró significativamente alzando un brazo para que midiera su longitud.

—Digamos que fue una niña normal, y que cuando llegó a la edad casadera cambió... la Señora Basset fue muy estricta con ella.

— ¿La Señora Basset?

— Su abuela, Mary Basset.

— ¿Fue estricta?

—Mucho... — parecía que Lucine no quería hablar más de lo debido.

—Hable Lucine, ahora yo soy su nueva Señora— hizo uso de su poder, sintiéndose un poco culpable e incómoda, más quería saber que se ocultaba tras la historia de su madre.

—Ay Señora, no es mi intención ofenderla... solamente que no quisiera faltar a

la memoria de su familia.

—No lo haré, cuéntemelo, al final de cuentas yo soy su hija y su nieta... ¿qué daño haría? — Lucine pareció estar de acuerdo con aquello y tras apuntar 27,55 inches de cintura se aclaró la garganta.

— Su madre era una niña muy educada y coqueta; le encantaba ir a la moda...lo que no sabía era que estaba siendo preparada para ser vendida como a un ternero , perdone mi expresión... la Señora Mary quedó viuda muy pronto quedándose con Elizabeth ella sola, apenas podía costear su debut... Elizabeth suplicó una y otra vez que no quería casarse todavía, apenas tenía quince años... pero nadie la escuchó... no era por el Señor Anthon, por supuesto que no... pero hay cosas que quizás no deberían ser impuestas a tan temprana edad... peor fue cuando se quedó embarazada de Audrey, Mary la insultó por inútil y así consecutivamente con todos los partos... por ser hembras..

— Puedo comprenderla un poco ahora... aunque no la justifica...

—La verdad es que nosotros dejamos de saber de ella en cuanto contrajo nupcias, Mary dio esta casa al Señor Anthon y se retiró en otra más humilde a las afueras de Londres...

— ¿Sigue viva? — preguntó en voz alta un poco abochornada por no saber ese dato, pero ciertamente su madre había cortado todo tipo de relación con la suya propia hacía muchos años, haciendo que ellas tampoco supieran nada al respecto.

—Diría que sí... me parece que tengo su dirección anotada por alguna parte... si quiere se la doy en cuanto la encuentre...

—Sí, estaría bien...— aceptó Gigi aunque en realidad no tenía ningún deseo de ir a visitar a alguien que había considerado su nacimiento una inutilidad — También deberíamos arreglar los pantalones para Thomas...

— Oh, el Señor es tan alto que quizás tengamos que añadirle tela a este par de aquí...

Gigi rio estrepitosamente ante el comentario inocente de la anciana, la cual pareció desvanecerse en cuanto vio a Thomas asomado a la puerta.

— ¿Riéndose de mí Señora Peyton?

CAPÍTULO 18—GRIS

—Señora, tiene una visita— Lucine sacó de su lectura a Georgiana, la cual estaba ataviada con un vestido totalmente reformado y adaptado a la moda de ese momento; si bien había quedado demasiado sencillo, no desprestigiaba a la figura social que representaba, verdaderamente, esa dama pelirroja.

— ¿Una visita? — se extrañó ella dejando el libro en la mesa y mirando a su marido, el cual arrugó el entrecejo.

— ¿De quién se trata?

— Es su hermana, Elizabeth Talbot.

El viento fue todo lo que quedó de Gigi en esa estancia, la cual corrió como si jamás hubiera recibido clases de etiqueta, hasta llegar a la mujer de pelo perfectamente recogido y dorado que esperaba pacientemente, sentada, en el salón principal.

— ¡Elizabeth! — lloró abalanzándose sobre el regazo de su misma sangre y dejando correr todo aquello que había soportado durante meses: la soledad y la melancolía. El olor corporal de su hermana mayor, tan familiar, solo la alentaba a sollozar todavía más.

—Pensé que la niña de los pucheros era yo— se permitió bromear la Marquesa de Salisbury pasando una mano afectuosa por el pelo de la menor, que ya no era tan menor.

—Oh Bethy, te he extrañado tanto...— consiguió articular abrazada a su falda, haciendo caso omiso a los empujones intermitentes de la aludida para que se levantara del suelo.

—Vamos, vamos Gigi, ya eres una mujer casada, debes demostrar un poco de entereza...

Georgiana aceptó el pañuelo que le extendió la doncella de su hermana, Briana, y se sentó tratando de aparentar una normalidad que no sentía.

— ¿Cómo has sabido que estaba aquí? — finalmente cayó en la cuenta de que ella había dejado de cartearse desde hacía meses con sus hermanas, por miedo a que esos mismos atacantes supieran su paradero y tomaran represalias contra ella o su familia.

—Me ha informado Audrey— hizo una seña para que su doncella abandonara la sala y poder tener un poco de intimidad— creo que ella quería que yo viniese aunque no me lo dijera abiertamente, sobre todo para entregarte este talón— extendió un cheque firmado por el valor de su antigua dote— por lo visto se han dado cuenta que los fondos nunca fueron retirados y pensó que quizás el antiguo talón se había perdido... o quemado...

— ¿Lo sabe?

—Lo sabemos, en cuanto lo supe, inmediatamente puse rumbo hasta aquí. En contra de cualquier prejuicio que pudiera conllevar... digamos que me salió la vena Karen...

— ¿Y Karen?

—Bien... digamos que estamos servidas de escándalos familiares... — soltó un pequeña carcajada contagiosa, recordando la cara que ponía Audrey a cada desastre social que causaban sus pequeñas consentidas.

— ¿Se ha casado?

—Nada de eso, se ha escapado... se escapó tras un escándalo con el Conde de Derby y ahora...bien... ahora está en Francia.

— ¡Al final se salió con la suya! ¿Pero y el Conde?

—El Conde... el Conde digamos que va a ser padre y todavía no lo sabe.

Georgiana abrió sus orbes verdes, haciéndolos nadar en los de su hermana, que eran del mismo color.

— ¿Qué?

—Te explico...

Ambas Cavendish, aunque ya no ostentaran dicho apellido, hablaron largo y extenso de todo cuanto había acontecido en la ausencia de Gigi en el seno familiar; y a su vez, Georgiana contó muchos de los pormenores que había sufrido desde su matrimonio. Durante todo ese tiempo de conversación necesaria, Thomas prefirió quedarse alejado en el despacho que había preparado para él y desde el que intentaba resucitar sus finanzas de algún modo. No era de esos hombres que pensaban que las mujeres eran inferiores, ni nada por el estilo, pero seguía teniendo esa innecesaria dignidad de no querer depender de su esposa. Se sentía incomodo viviendo en su casa y comiendo de su comida. Era un hombre, al fin y al cabo. Lo peor de todo era que estaba seguro de que detrás de su desgracia económica estaba su padre... ¡Maldito Charles!

—...Una cosa más... y muy importante... no te la he querido decir nada más

llegar— amenazaba con terminar la visita Bethy mirando como el sol empezaba a desaparecer en el horizonte — debéis marcharos... me ha dicho Audrey que está tratando de pararle los pies a los que van detrás de vosotros, de hecho, me consta que ha parado dos ataques que estaban planeados... por eso lo del cheque— un destello enfurecido asomó por las pupilas de Georgiana, estaba harta de tener que huir. Ella misma acabaría con su enemigo, fuese quien fuese — quizás podríais ir a Francia... y así ves a Karen... trata de convencerla para que informe al Conde de Derby sobre su estado...

—Ir a Francia... me parece atractiva la idea— contestó demasiado complaciente y dejando volar su mente en una nueva estrategia.

—Gigi— cogió sus manos — por favor, debéis ir... si Audrey me lo ha hecho saber así, es porqué teme que no pueda seguir parándolos...

— ¿Y pasar la vida huyendo? Cuando me casé... tuve que huir... ¿por qué? Porqué la sociedad es demasiado obtusa para comprender nuestro matrimonio...

—Con el tiempo no se acordarán...

—Apenas puedo ir a Bath, me paso los días aquí encerrada para no tener que soportar como me insultan por la calle de forma muy mal disimulada...

—Entiéndelo, Thomas era un hombre casado...

—Sí, es cierto. No fue correcto, pero nadie sabe qué paso realmente. Todos hablan, todos opinan... pero nadie sabe qué pasó...

—Ahora yo lo sé y se lo diré a Audrey también...

—Gracias— dio dos palmaditas sobre la mano rosada que sostenía la suya — después de casarme, tuvimos que recluirnos en un sótano, porqué me habían disparado y no sabíamos cuando podían volver a hacerlo— Bethy cerró los ojos tratando de asimilar el dolor que había padecido su hermana— no contentos con eso, quemaron nuestra casa y tuvimos que volver a huir. Caímos en desgracia y no teníamos ni para comer, ¿puedes creerlo? Si cualquiera de esos estirados nos hubiera visto... nos hubieran escupido a la cara, pero la gente del pueblo nos ayudó, nos dieron comida y cobijo... y hasta ropa...

— ¡Hipócritas! Por eso me enamoré de Robert...él es tan natural...— recordó a su esposo con ensoñación, siempre había estado muy enamorada de él.

—Ahora, debo volver a escapar... como si fuera un ratón asustado, como si yo hubiera hecho algo malo...— la mirada astuta de Gigi se clavó en la siempre inocente de Bethy — tranquila, ve tranquila, vuelve con tu esposo... nos

iremos a Francia, ahí me encontraré con Karen.

— ¿De verdad? — se alegró la mayor que no entendía la mente retorcida de Gigi, levantándose dispuesta a irse con la satisfacción de haber hecho los deberes.

Thomas tuvo la misma reacción que su esposa al enterarse de las palabras de su cuñada. Estaba harto de huir, debían contraatacar y ahora tenían los medios para hacerlo, y lo harían.

— ¡No tienen suficientes pruebas contra mí! — refutó Virgin apartando su corta melena de la oreja.

— ¡Pero estoy segura de que sospecha de usted! ¿No lo ve? Es cuestión de tiempo de que llegue hasta nosotras si seguimos mandando a hombres, debemos detenernos— argumentó la nana — ha detenido todos nuestros ataques, ¿cree que no lo sabe? Sólo está esperando a que demos un paso en falso para cogernos... acabaremos en el fondo del río Támesis o de cualquier océano... no tendrán piedad de nosotras... no tenemos nada...

— ¡Cállate! — ordenó abriendo sus manos desesperada— ¡cállate de una vez!
— se acercó al bebé que seguía sin nombre para acunarlo, puesto que había roto en llanto tras su grito— Charles nos ha echado de su propiedad, pero mira — señaló a su alrededor— sigue costeando nuestros gastos, ¿sabes por qué? Por él — señaló al bebé— ese viejo quiere a sus hijos, aunque tenga sus preferencias... y mientras este pequeño esté con nosotras será nuestra protección. Debemos terminar con el otro varón de Charles Peyton si queremos que el nuestro herede el Condado...

— Pero si el Conde descubre que nosotras hemos matado a Thomas, no tendrá ningún reparo en entregarnos a los lobos, ya la advirtió que si le pasaba algo a su hijo vendría a buscarla... ¿o acaso no recuerda los golpes que le dio en cuanto se enteró que había mandado a quemar su casa?

—Me acuerdo...pero... ¿y si terminamos con los dos? — hizo brillar sus orbes oscurecidas— padre e hijo muertos. El único vivo, mi hijo.

—Le recuerdo que ha sido usted divorciada por adulterio... ¿la creerían? ¿creerían que es hijo de Thomas?

—Mire— rebuscó en una cajonera hasta sacar un documento.

— ¿Cómo puede ser? — se asombró la anciana releyendo esas palabras — ¿cómo ha podido reconocer Thomas el hijo de su padre?

— He aprendido de la mejor maestra, zarandé un pequeño frasco relleno de un líquido burbujeante...

— ¿Lo drogó?

— Como el primer día...

—No pensé que llegaríamos tan lejos— se removió incómoda la mujer, frotándose las manos— el día que murió su padre, le aconsejé de tratar de buscar el favor del Condado de Norfolk para que no nos quedáramos en la calle... pero luego usted se enamoró de Thomas y accedí a ayudarla para atraparlo... pero todo esto...todo esto se está hiendo de las manos... esto ya es maldad Virgin, tu madre no lo hubiera querido, nos estamos extra limitando...

— ¡Oy mi pequeño! — miró a su hijo — la nana ya está perdiendo facultades, ¿por qué no le damos la jubilación que se merece?

— ¿Pero cómo?

—Tome, aquí están sus estipendios, le dará para rentar una modesta casa donde usted desee... y vivir medianamente bien... — extendió un sobre en el que, efectivamente, había un talón.

— Pero señora... la he cuidado como a mi hija... le he dado mi vida... mi vida entera...— seguía sin creérselo mirando a Virgin, buscando en ella un ápice de afecto o de compasión, pero nada. Comprendió que había criado a un monstruo y se marchó mientras la joven de pelo dorado jugaba con su hijo, sin mirarla ni despedirse de ella.

—No quiero que le quitéis el ojo a esa zorra... estoy seguro de que estará tramando lo peor...

—Señor ¿acabamos con ella?

—De momento no, de momento no— recordó la cara de su propio vástago que seguía sin nombre con cierta carga, ya eran muchas las que pesaban sobre sus hombros, y estaba agotado.

CAPÍTULO 19— BROTES TRUNCADOS

La brisa fresca del mar acariciaba el porcelanoso rostro de Gigi mientras miraba hacía al horizonte. Extrañamente y por ser la primera vez que viajaba en barco, no se sentía mareada sino al contrario: se sentía más viva que nunca. El repicar del agua salada contra el buque y el leve sonido del motor del mismo, eran una fuente de paz y sosiego para la joven que había tenido que sufrir tantos percances a tan corta edad.

Todo empezó el día que conoció a Thomas quien la abandonó — queriendo o no— y sufrió por el desamor. La secuencia de fatalidades continuó cuando su padre murió asesinado a manos de su propia madre y, para rematar, todos los ataques hacia su persona desde el día en que se había casado. Era el momento de hacer frente a la situación y dar la cara al enemigo.

Por fortuna, disponían del capital suficiente para terminar con todo aquello que los estaba atormentado y los hombres de confianza ya empezaban a ir y venir con nuevos datos. Precisamente, si dejaba un momento la grandiosa visión que la naturaleza le brindaba y centraba su atención en Thomas, lo podía ver hablando —muy disimuladamente— con un hombre de avanzada edad y ojos pequeños, los cuales parecían estudiar todo cuanto estuviera a su alrededor.

—Señora, creo que pronto llegaremos a Francia — la sacó de sus reflexiones Clarissa. En cuanto volvieron a disponer del capital suficiente no dudaron en volver a contratarla, no así con Rudolph porque se había casado y había decidido ocuparse del negocio de su esposa. Clarissa, seguía siendo la misma y allí estaba, ofreciéndole compañía a Gigi...como siempre... tan animada, tan jocosa, tan natural...

— ¿Ha hecho este viaje antes?

—No — se aguantó una pequeña risotada— pero ya huelo el pan desde aquí...

— ¿El pan?

—Sí mi Señora, en Francia hacen un pan riquísimo y unos pasteles...verá, la prima de una tía mía fue a ese maravilloso país hace unos cinco años, creo... sí, cinco años. Cuando regresó, traía consigo unos manjares... para chuparse los dedos— esbozó una sonrisa feliz mostrando su mano más hinchada de lo que era común, pero bonita también.

—Entonces habrá que probarlo todo — devolvió el entusiasmo sin apartar la mirada de su esposo. En ocasiones, lo temía, su mente siempre manipuladora y perspicaz era para ella todo un reto. A veces no sabía cuál era la verdad o cual era la mentira y si no fuera por la conversación que había escuchado a escondidas, quizás ni si quiera le habría creído en lo referente con Virgin. ¿Su propia esposa con su padre? Era demasiado, incluso con todo el historial de su madre eso le parecía una aberración. Ahora que sabía un poco del pasado de Elizabeth Cavendish podía comprenderla un poco mejor, no justificarla, pero sí entender que el pasado puede condicionar mucho a la actitud de una persona. ¿Qué habría sufrido esa mujer, Virgin, para actuar de ese modo? Fuese como fuese, no podía sentir lástima, era su enemiga declarada y todavía no la había visto. Porque estaba completamente segura de que Virgin estaba detrás de los atentados. A pesar del carácter autoritario y manipulador — debía ser algo genético— de su suegro, estaba del todo segura de que no arriesgaría la vida de su hijo. En cuanto al dinero, no había lugar a dudas de que el Conde de Derby estaba detrás, solamente un hombre influyente y con suficiente capital como para sobornar a un banquero, podía arrebatarse los fondos de otro hombre sin ser descubierto. Eso era algo que podía perdonar, al menos ella, no estaba segura de que Thomas lo llegara a hacer algún día.

—Señoritas, id poniéndoos los guantes y los sombreros, en cuestión de veinte minutos estaremos en el puerto — anunció Thomas mirando a su reloj de bolsillo y dando una calada al aire.

— ¿Has estado antes Thomas?

—Mi querida esposa, no hay ningún país en Europa en el que no haya estado — fanfarroneó esbozando una de sus ya comunes sonrisas triunfales y que, desgraciadamente, le quedaban tan bien.

—Oh perdone Señor— se burló Gigi deslizándose su guante de muselina blanca — pensé que habría estado ocupado con su anterior matrimonio— susurró con una mirada inquisitiva.

— Estuve ocupado en escapar— musitó en su oreja, haciendo que cada poro de esa piel pálida se estremeciera.

— ¿Entonces debería estar preocupada o preparada para encontrarme un sinfín de amantes de todas las nacionalidades? — se apartó del efecto fatal que le provocaba ese hombre pegado a su espalda.

— No creo que a donde vayamos nosotros, las podamos ver... a no ser que te apetezca probar algo nuevo.

—Es usted un cerdo — gritó en murmullo colocándose el sombrero y corriendo, con toda la elegancia que pudo reunir, al lado de Clarissa, la cual se había apartado para dejar un poco de intimidad al matrimonio.

Thomas la observó, con ese magnífico vestido nuevo que se había comprado, blanco en su totalidad y con encaje de color crema. Estaba más hermosa que nunca, o quizás era que el brillo del sol y la corriente marina la hacían ver más astral de lo que jamás había pensado que podía verla. Con las manos en los bolsillos, se quedó prendado de ella por un largo tiempo, estudiando cada paso, cada mirada que le dedicaba. Había resultado ser toda una mujer, su mujer. Ingeniosa, inteligente, con carácter... Hermosa por dentro y por fuera.

El tintineo de una campana dio el aviso a todos los ocupantes de que ya estaban a punto de tocar tierra, se hicieron dos colas: una para los más adinerados y otra para los menos afortunados. Ambas, separadas por una considerable altura, mientras los primeros descendían de lo más alto, los últimos debían hacerlo desde la parte más baja.

Georgiana inició su descenso por la tarima del brazo de su esposo— como era correctamente protocolar— y observó la gran injusticia de la vida. Mientras ellos pasaban muy cómodamente por una pasillo ancho y bien limpio, había decenas de niños y personas mayores aglomeradas en un ridículo pasaje, esperando para poder bajar. No podían hacerlo hasta que los ricos terminaran de salir. Le llenó de impotencia entender que hasta uno de esos perros que llevaba la mujer de delante, eran más importantes que esa pobre niña que se estaba ahogando de calor por no poder salir; una niña pelirroja que tenía su mirada clavada en ella.

—No quiero vivir esta vida— se lamentó, apartando la mirada— no quiero pasar por encima de los demás— se le aguaron los ojos.

— ¿Te gustaría volver al pueblo? ¿Dónde ejercíamos como médicos?

—Sí— se le iluminaron las pupilas — quiero poder hacer algo por ellos... quiero sentirme parte de la verdadera población, y no vivir engañada en mis cuatro paredes de oro macizo. ¿Te imaginas que hubiera sucedido si uno de esos adinerados nos hubiera visto andando con esos ropajes por el medio del bosque?

—Nos hubieran escupido.

—En cambio, ellos...sin tener nada, nos lo dieron todo...sin importarles nuestro nombre.

— ¡Te he dicho que no puedes pasar! ¡Te voy a dar una lección sucia rata! —

una fusta cayó sobre la espalda de un muchacho ataviado con una boina.

Georgiana, que ya estaba llegando a tierra se giró de inmediato para ver qué sucedía, sintiendo como su corazón se aceleraba por momentos.

—Señor, mi hermana...— intentó justificarse el delgaducho niño, más otro golpe cayó sobre él— mi hermana ha caído al agua...

— ¡Una rata menos! — se dispuso otra vez a levantar la vara ese señor que llevaba una gorra y que presumía de ser uno de los mozos que garantizaban el bienestar de los tripulantes. Sin embargo, no cayó el palo sobre el mozuelo porque una mano larga y fuerte, enguantada con uno de los tejidos más caros de Londres, detuvo ese tercer golpe — Oh, Señor Peyton— se extrañó el barrigudo buscando algún ápice de comprensión en los ojos de ese caballero que no le hizo falta hablar para darse a entender— Señor, este muchacho a desobedecido las órdenes...

—Tírese a coger esa niña — señaló a una pequeña que braceaba exhausta.

— ¿Cómo Señor? Pero yo...

—Le he dicho que se tire a coger esa niña— clavó sus ojos grises en él, haciendo que el barrigudo se tirara de inmediato al agua.

Gigi se acercó al lugar que estaba siendo foco de atención de todos los presentes y se posicionó al lado de su esposo, del cual no podía estar más orgullosa en ese instante.

— ¡Gracias Lord! — resolvió el muchacho sacándose la boina y bajando la cabeza ante ese caballero que se le asemejaba a un gigante, a lo que Thomas le respondió con dos palmadas sobre el hombro.

—Ya está mi Lord— salió del agua el mozo chorreando por todos lados y dejando a la niña en el suelo.

— ¿Pero iba a permitir que esta niña se ahogara? — se enfureció Gigi al ver a la niña pelirroja tratando de sacar toda el agua que se la había metido en la garganta y acercándose a ella para revisarla.

— Son órdenes Lady Peyton, no podemos dejar pasar a los de tercera clase antes que los demás, pueden llevar enfermedades, piojos...— el muchacho bajó la cabeza avergonzado, gesto que no pasó desapercibido por Gigi.

—El único piojo que veo aquí, Señor, es usted— espetó cargando a la niña mojada entre sus brazos y saliendo del lugar, no sin antes dirigirle una mirada nada halagadora a ese trabajador que se limitó a hacer la reverencia protocolar mientras el bigote le goteaba.

—¿Y vuestros padres? — preguntó la dama empapada por el contacto con la

pequeña, dejándola un momento sobre tierra firme.

—Mi Lady, no tenemos padres, somos huérfanos. Hemos venido para trabajar — respondió el hermano, colocándose al lado de la pequeña que parecía tener problemas con el habla.

— ¿Trabajar? — se horrorizó mirando a su esposo, el cual se limitó a hacer una mueca desaprobatoriamente resignada— ¿pero de qué vais a trabajar?

En medio de la muchedumbre del puerto, el cual estaba abarrotado de todo tipo de personas, apareció una mujer de aspecto totalmente macabro en busca de esos dos niños que Gigi tenía delante, tal parecía que esa mujer ni si quiera se había peinado ese día.

— ¡Oh aquí estáis! ¡Ya pensé que había perdido mi dinero! Vamos, hay mucho trabajo... — empujó al muchacho mostrando su dentadura ennegrecida y en un francés perfectamente comprensible para ambos ingleses presentes.

—Espere un momento—imperó Georgiana cogiendo al niño por el otro brazo y atrayéndolo hacia ella, escondiéndolo tras su falda— Clarissa coja a la niña también— la doncella obedeció y Thomas se acercó más a su esposa temiendo lo que venía — usted no puede llevarse a estos niños.

— ¿Cómo qué no? He pagado por ellos a una tía mía que vive en Inglaterra, trabajarán para mí en mi hostel. Son míos...

—¿Pero de qué van a trabajar estos niños? ¿Acaso no ve que son criaturas? — señaló a los hermanos que por primera vez en su vida se estaban sintiendo protegidos.

—El niño servirá para mantener la caldera y la niña... por el momento para limpiar, cuando sea más mayor tengo otros planes...

— ¿Cómo se atreve? No se los llevará— negó rotundamente la cobriza alejándose todavía más de esa mujer sin escrúpulos.

— ¡Le digo que he pagado por ellos! Por muy señoritinga inglesa que sea— la miró de arriba a abajo con desdén— no puede robarme con este descaro.

—Está bien, está bien— levantó la palmas de la manos Thomas, para luego hacer una seña al escolta que lo seguía desde que habían salido de Portland— llévatela a un callejón oscuro y dale esta cantidad de dinero, si se niega a aceptar amenázala — susurró al oído del tétrico hombre de ojos pequeños que no tardó en asentir y cumplir las órdenes.

— ¿Pero qué...? ¿Qué? — se aquejó la malhechora siendo arrastrada entre la multitud.

—Gracias Thomas — sinceró Gigi mirando hacia esos huérfanos, ¿ahora que

iba a hacer con ellos? — ¿tenéis algún familiar?

—Gigi no podemos perder más tiempo...— no era que no le gustara el carácter bondadoso de su esposa, ni si quiera él permitiría que esos pequeños se fueran con esa bruja, pero no podían hacer nada más por ellos. Lamentablemente Europa estaba llena de niños en semejantes condiciones: esclavos, trabajadores infantiles, sin alimentos...

—Espera amor mío— Thomas abrió los ojos desmesuradamente ¿una nueva técnica de manipulación? Aprendía rápido, "amor", si nunca lo llamaba nada más que Thomas y era todo un logro... vil engatusadora.

—No, mi Lady...nuestros padres eran jornaleros en Portland, al morir ellos nadie nos quedó. Una mujer nos acogió a su casa, y luego nos mandó hasta aquí diciéndonos que nos había encontrado un trabajo.

— ¿Sabéis francés? — el muchacho negó. ¿Qué iban a hacer dos niños en medio de un puerto sin dinero ni saber el idioma?

—Thomas...— se giró hacia su esposo con la cara más amorosa que jamás le había dedicado.

—No— inició su camino hacia el carruaje que los esperaba.

— ¡Pero Thomas! No podemos dejarlos aquí...

—Inglaterra está llena de niños como ellos, Francia lo está, el mundo... ¿crees que arreglaremos algo llevándonoslos? Tampoco es como si nosotros lo tuviéramos todo resuelto, te recuerdo que tenemos una misión. ¿Sería justo embarcar a dos criaturas en nuestro mundo de constantes ataques? — argumentó subiéndose al vehículo.

—Más injusto es dejarlos desamparados— se irguió ella tratando de no gritar y quedándose fuera.

—No Gigi, luego te encariñarás y querrás quedártelos— le hizo una seña para que subiera.

—Estás hablando como si fueran gatos o perros... ¡son niños por el amor de Dios!

—Sé que son niños Georgiana, lo has repetido como veinte veces— la encaró estirándose el frac— pero no puedo adoptar a unos niños que no son míos— ahí estaba la verdad, la cruda realidad. Habían pasado prácticamente nueve meses y Gigi todavía no se había quedado embarazada, primero por la evidente falta de contacto y luego, porque simplemente Dios no le había otorgado esa bendición.

— ¿Quién dice de adoptarlos? — se recompuso decidida a salirse con la suya

y a no dejar que sus frustraciones personales afectaran en la vida de dos personas a las que podía ayudar— simplemente podemos acogerlos y luego iremos viendo qué lugar les podemos dar, quizás podrían criarse con los hijos de los demás jornaleros en Bath y cuando fueran más mayores podemos contratarlos en nuestra casa.

—Está bien...— accedió finalmente llevándose las manos a las sienes— que suban con Clarissa al otro carruaje.

Nota de la autora: Chicos de 10 o 12 años e incluso de menos edad, eran empleados en las minas, la industria textil o la siderurgia. Su horario de trabajo era de 12 o 14 horas, trabajando incluso los sábados. En la "civilizada" sociedad victoriana se aceptaba como algo "normal".

CAPÍTULO 20— TENTACIONES

El mal humor iba *in crescendo* a la par del aburrimiento. Solo. Esa era la palabra que mejor lo definía en ese carruaje en el que estaría encerrado por más de cuatro horas seguidas hasta acercarse, meramente, a París.

Georgiana, a la media hora de compartir vehículo con él, había empezado a lamentarse por no poder estar con los dos huérfanos. " *Pobres niños, me gustaría poder conocer sus nombres, la niña está mojada, tendrán hambre, tendrán sueño, sentirán dolor...*" hasta que no pudo soportarlo más y mandó detener la marcha antes de adentrarse en los caminos.

Todo había resultado una pérdida de tiempo: comprar ropa para la niña para que no tuviera frío, comprar un trajecito para el niño para que no se sintiera descuidado, comprar comida, revisarlos por si padecían de alguna enfermedad... No salieron de Caen hasta pasada la tarde y se les haría de noche justo en el momento de empezar el viaje. Vincent, su escolta fiel, se había quedado cerca de las mujeres por si ocurría cualquier incidente, mientras que él se había quedado más abandonado que un perro con sarna.

No nos equivoquemos, Thomas no estaba para nada en contra de ayudar al prójimo, pero no era tan solidario como para cargar a dos mocosos durante todo un viaje y menos si estos le restaban atención de su esposa, justo en ese momento que empezaba a recuperarla. Todo fuera por la causa, todo fuera por ella. Mejor sería dormir o al menos intentarlo.

—Se han quedado dormidos— musitó Gigi a Clarissa, observando a los hermanos recostados en el asiento delantero.

—Sí, a saber por qué penalidades habrán pasado...— negó con la cabeza sintiendo verdadera lástima por ambos — ha hecho una gran labor Señora, no todas las damas hubieran actuado así, muchas los consideran portadores de enfermedades y temen morirse con solo mirarlos.

— Que estupidez...por cierto Clarissa... ¿sabe de algún remedio para...? Ya sabe— señaló su vientre.

—Oh ¿para quedarse en cinta?

—Sí, eso— sonrió ante el poco tacto de la doncella.

—Sé de algunos mejunjes que mi madre me enseñó pero para eso Señora, permítame que se lo diga, no hay nada mejor que... ya sabe... todas las veces

que puedan.

— ¡Clarissa! — se sonrojó Georgiana sin dejar salir el carmesí a través de su piel más llevándose una mano por delante de los labios, horrorizada.

—Señora, señora... esa es la gran diferencia entre ustedes y nosotros los pobres... ¡es algo natural! Verá, no me mal interprete, yo soy una doncella en todos los sentidos... sin embargo, tengo grandes amigas que me lo han contado todo...

— ¿Contado? ¿Qué hay que saber?

—Déjeme que se lo explique, por favor, quizás le sirva...para ya sabe...— y a voz baja y controlando que los niños durmieran a cada segundo, Clarissa relató demasiado detalladamente algunos aspectos del lecho que Gigi jamás había escuchado y que con solo oírlos se sentía avergonzada.

Los golpecitos en la puertecilla alertaron a ambas mujeres de que habían llegado al hostel en el que descansarían.

—Gigi, sal— se escuchó la voz de contrabajo de Thomas, la cual y sin saber por qué, encendió todos los rincones de esa joven que había aprendido más sobre asuntos de cama en una horas, que en toda su vida.

—Sí, Thomas, no hace falta que grites— fingió refunfuñar dejando que Clarissa abriera la puerta — vamos, Emma, despierta — removió con cariño a la pequeña que lucía una cabellera tan roja como la de la dama que la estaba amparando.

—Señora Peyton...— se refregó los ojitos tratando de orientarse.

—Vamos Geremy, tú también— lo cogió en volandas Clarissa para cargarlo hasta el interior mientras Gigi hacía lo propio con Emma.

—Dámela— se ofreció Thomas al ver a su esposa cargando con esa niña.

Al entrar en el hospedaje, fue mejor de lo que Gigi pensó. No había mujeres de mala vida— o al menos no se veían— y se podía sentir un ambiente hogareño y afable.

— ¿Cuántas habitaciones querrán?

—Que sean tres— ordenó pensando en ellos, los niños y Vincent.

—Claro, Señor...síganme— instó el posadero y así lo hicieron— esta puede servir para el caballero— mostró una sencilla habitación de una cama para

Vincent, el cual accedió mas no se adentró en ella ya que debía seguir a su Señor — y esta para sus hijos y la doncella — señaló otra con varias camas con una hoguera en un rincón...

¿Hijos? Ambos se miraron como si fueran dos desconocidos, jamás lo habían pensado ni hablado — aunque era evidente que así tenía que ser—Thomas iba a aclarar el asunto pero lo vio innecesario.

—Puedes retirarte Vincent— finalmente dispuso Thomas en cuanto llegaron a una recámara de matrimonio bastante reconfortante.

—Thomas... inició Gigi haciendo deslizar el vestido de muselina blanca que llevaba hasta hacerlo llegar al suelo — ¿quieres ser padre?

— ¿Y quién no? — le quitó hierro al asunto desabrochándose el botón de la camisa sin perder detalle de esos nuevos movimientos que su esposa estaba realizando.

—Me preocupa...

—No hay nada de lo que preocuparse, todo es cuestión de tiempo.

—Y de intentarlo— sonó más tentadora de lo que habría deseado, armándose de valor para acercarse a su esposo y despojarlo de la camisa....

Georgiana no sabía cómo lo haría, pero debía demostrar a Thomas de lo que era capaz y lo que había aprendido. Hasta ese momento siempre había dejado a él la iniciativa en el lecho puesto que le habían enseñado que una dama debía mostrar reparo y cierto recelo al deleite carnal. Por una parte tenía un poco de miedo, por si su esposo pensaba que ella era impura o si consideraba que su comportamiento era impúdico. Pero por otro lado, no era ninguna novedad que Thomas era un hombre con la mentalidad bastante abierta así que por ese motivo, se atrevería a dar ese paso.

Con todos estos pensamientos, y con la mano temblorosa, empezó a desabrochar esa camisa blanca que todavía cubría el torso de su esposo, uno a uno aquellos dichosos botones que tanto le estaban costando y dificultando el trabajo de la primera lección que había aprendido y que iba a poner en práctica. El aliento del caballero, cada vez más acelerado, sobre sus manos no la ayudaba.

"Señora, no debe dejar que sea él quien se desvista siempre; a los hombres también les gusta ser desnudados de vez en cuando"

El primer botón. Hecho. El segundo. Hecho.

— ¿Te ayudo? — preguntó él a media voz a una Gigi que no osaba mirarlo, la cual tenía sus ojos clavados en el trabajo. Mejor eso que mirarlo, porque si lo hacía perdería todo el valor que había conseguido reunir para iniciar.

Así que con esa dificultad para ni si quiera enfocar su mirada, mucho menos lo respondió. Hasta que Thomas acercó sus manos y las depositó sobre las temblorosas de su esposa. Dándole esa seguridad que le faltaba. Lo miró entonces. Sus orbes verdes temblaban, chispeaban nerviosos y se clavaron en los grises.

—Déjame hacerlo— suplicó en un susurro que se le antojó al caballero lo más seductor que había escuchado jamás y, obedeciendo, apartó sus manos y la dejó hacer. Sin dejar de observarla, sin dejar de disfrutarla. Porque no le hacía falta más para poder complacerse. Verla, intentando satisfacerlo, lo llenaba de orgullo y satisfacción masculina. Aunque se preguntaba de dónde habría sacado esas ideas, ¿o sería que su Gigi tenía escondida esa faceta?

Al fin lo consiguió y no supo que la excitaba más, si haber sido capaz de despojar a ese hombre de su camisa o verlo desnudo, frente a ella. Todavía le temblaban los dedos, y con ese temblor repasó el fino vello oscuro de su esposo, con delicadeza y muy lentamente.

Tan lentamente que se le hacía un tortura al médico, una tortura en la que podría estar horas y horas hasta sucumbir a ella voluntariamente.

Gigi no sabía que tomar la iniciativa en esos casos fuera tan alentador, y le estaba gustando.

Miró con horror a los pantalones, esa parte le costaría más y a Thomas no le pasó desapercibida esa mirada de miedo así que rápidamente se dispuso a sacárselos pero ella lo detuvo. Lo de tuvo con un beso. Y un pequeño empujón.

"Señora, béselo, no deje de besarlo", segunda lección en marcha.

Muy lenta y delicadamente, casi dolorosamente, descendió la palma de su mano pálida por ese torso tenso por la excitación y se paró en la altura de esos pantalones. Con cierta torpeza, por no decir que mucha, finalmente consiguió despojarlo de esa pieza de ropa que tanto le había horrorizado quitar al inicio. Y haberlo conseguido, otra vez, le resultaba muy satisfactorio. Tanto, que empezaba a sentir a ese hombre suyo. El extraño poder de llevar las riendas la hacía sentir extrañamente poderosa en algún sentido.

Thomas quería dejarla hacer y verdaderamente se estaba esforzando mucho para ello mas no podía retener su ímpetu, sus ansias. Y acostumbrado a

mandar, la levantó en volandas besándola fervientemente hasta dejarla sobre la cama. Muy gustosamente ella accedió a esa entrega por unos instantes, perdiéndose en un beso intenso y trabajado. Un beso de esos que no tenían explicación, ferviente y pasional. Sin embargo, ella pareció enfadarse, no deseaba que él la guiara esa vez. Sino que deseaba guiar, así que enfurecida — muy encantadoramente— se levantó y se despojó del cinturón de su vestido para atar las manos de su marido quien la miró entre la confusión y la satisfacción.

—Esta noche, déjame a mí—imperó ella tratando de parecer molesta sin éxito puesto que la situación le estaba agradando tanto que incluso le era imposible poder disimularlo.

Una vez atadas esas largas y habilidosas manos de su esposo para que no la interrumpieran más durante su cometido, se concentró en la labor de seguir las lecciones.

"Tóquelo, tóquelo por todos lados, Señora"

Deslizó sus manos por todos los rincones de Thomas el cual no sabía si satisfacerse o sentirse en el infierno por no poder cogerla entre sus brazos. Aunque al final optó por la primera opción y dejarse llevar.

Esa pálida y delicada mano, suave, se movió por el torso, los hombros, las piernas... ¡y finalmente, sí, lo tocó ahí. En la virilidad masculina que tanto la había asustado.

"No tenga miedo de lo del hombre, bien hecho puede resultar muy placentero"

Movió su mano por esa parte y escuchó a Thomas gemir por primera vez, lo tocó muy torpemente pero Thomas no sabía que le gustaba más: si que lo tocara o sentir su inocencia sobre él. Lo acarició, subió y bajó instintivamente.

"Desnúdese usted misma delante de él"

Lo dejó por un momento— con gran pesar para él — y con la cabeza gacha y removiendo su melena rojiza, se deslizó el traje hasta dejarlo caer en sus pies. Quedándose en corsé y enaguas.

Thomas pensó que se había muerto en algún momento y que se habían equivocado al dejarlo en el cielo.

Con cierta habilidad, se deshizo del corsé y dejó a la vista su maravillosa exuberancia.

"Muévase sobre él, mueva las caderas hacia delante y hacia atrás"

Era el momento de la verdad, el momento de hacerlo. Se subió a la cama a

gatas sin darse cuenta de lo que esa visión estaba provocando en el caballero que seguía maniatado.

Sin mirarlo, no lo quería mirar, pero si lo hubiera hecho hubiera encontrado la mirada más candente, oscurecida y complacida que jamás hubiera podido ver. Se subió sobre él y para no hacerse daño, muy lentamente se dejó caer sobre esa virilidad endurecida.

—Relájate— musitó él captando su atención. Ella lo obedeció y ambos llegaron al culmine juntos.

El camino hasta París fue sin complicaciones aunque Thomas todavía no acababa de acostumbrarse con tener que estar solo en el carruaje. Por un momento pensó que tras esa noche Gigi no podría resistirse de viajar junto a él, pero no. Haciendo gala de su maravillosa testarudez, quiso ir con Emma y Geremy.

— ¡Mujeres! — se lamentó en la soledad de su cubículo mirando hacia el exterior, hastiado.

CAPÍTULO 21—INTRIGAS

París era una ciudad realmente hermosa, Londres también lo era — por supuesto— mas la capital francesa tenía un aire especial que no pasaba desapercibido para Georgiana.

—Vamos niños esperad aquí con Clarissa— instó la cobriza clavando su mirada sobre el edificio en el que teóricamente vivía Karen, en ese que Bethy le había dicho que tenía que ir para poder ver a su melliza, a la cual no veía desde hacía nueve meses y según había podido saber, estaba embarazada.

— ¿Es aquí? — preguntó extrañado Thomas observando la modesta edificación y meditando sobre el funesto estado actual de ambas hermanas Cavendish y lamentándose por no poder dar unas condiciones mejor a su propia esposa.

—Según me dijo mi hermana Elizabeth, sí — repuso la joven posicionándose al lado de su esposo y engalanada con un vestido turquesa, sencillo pero elegante.

—Entonces vamos...

Subieron los peldaños desgastados entre paredes estrechas que olían a humedad, hasta llegar a una puerta simple de madera económica.

Georgiana, deseosa de ver a su hermana, tocó enérgicamente hasta que una doncella de pelo dorado abrió.

— ¿Está mi hermana? — exclamó Lady Peyton con ansias y entrando sin pedir permiso hasta ver, efectivamente, a la pelinegra con el vientre abultado.

— ¡Gigi! — se animó Karen al verla.

— Karen, no te levantes por favor— corrió a abrazarla, reteniendo esos instantes que se habían perdido durante meses de separación y oliendo su perfume como si de un elixir de extraño placer familiar se tratara. Se dedicaron palabras, palabras de esas que solo unas mellizas pueden dedicarse, hasta que decidieron serenarse, puesto que ya no eran unas niñas jugando en el salón de Chatsworth House, sino dos mujeres.

—Thomas, querido — quiso aparentar la máxima normalidad frente a su hermana para que no se preocupara por nada, acto que no pasó desapercibido por el doctor— pasa.

Lord Peyton, futuro Conde de Norfolk, dio unos pasos hacia delante, saliendo

del vestíbulo en el que se había quedado para dejar la intimidad de la que eran deseosas esas dos jóvenes. Notó la intensa mirada oscura de su cuñada sobre él, estudiándolo, estaba sintiendo en sus propias carnes la fortaleza de la hermana de Gigi, de la que tanto había oído a hablar; pero aun así, había algo en su mirada que le decía que lo había aceptado. Por lo que había escuchado, el carácter de Karen era el más fuerte del de todas las hermanas, sin embargo, había algo en ella que le transmitía más tranquilidad que la mayor de ellas, Audrey.

En cuanto las presentaciones fueron dadas, Thomas decidió dejarlas a solas e ir a hablar con unos viejos amigos que lo ayudarían con el cometido que habían venido a hacer ahí. Tenía poco tiempo, porqué esa misma tarde tenían que volver a Inglaterra. Ese era el plan: despistar a los atacantes con cambios de ruta y volver a Inglaterra bajo una identidad falsa para poder moverse con más libertad, al menos por un tiempo, y así poder encontrar a su enemigo: saber si era su propio padre, su antigua mujer o ambos los que estaban intentando terminar con ellos. Los niños, Emma y Geremy, serían más beneficiosos de los que había pensado inicialmente — aunque sonara demasiado egoísta para su propio gusto—.

— ¿Has podido conseguir eso? — se apresuró en saber Gigi al salir de casa de su hermana, satisfecha por haberla podido ver y por haber compartido al menos dos horas con ella. Tenía unas extrañas ganas de llorar por tener que separarse de ella otra vez, sin embargo, era algo que no podía evitar. Una de las duras realidades de abandonar la casa paterna o en su caso, la casa de su hermana Audrey, era la de tener que soportar largos períodos de soledad.

—Sí, aquí están — extendió los papeles con disimulo el Doctor, en el interior del vehículo, vehículo en el que había conseguido que su esposa se sentara, junto a él. Como siempre debería ser. La relación entre ambos había mejorado notablemente, incluso podía sentir como ambos luchaban contra viento y marea para poder ser felices y sobre todo, para sobrevivir.

Gigi siseó con su mirada verdosa por encima de los documentos.

—Así que ahora me llamo Scarret— habló definitivamente haciendo ondular sus cuerdas vocales con demasiado hincapié.

—Sí, y yo, David. Somos un matrimonio decente, y buscamos trabajo en una casa noble. Yo como leñador y tú como ayudante de cocinera. Tú te infiltrarás en casa de mi padre, ahí nadie te reconocerá, tan solo deberás tener cuidado

de que mi padre no te vea.

— ¿Y tú?

— Vincent me ha informado de donde vive Virgin y ya me ha conseguido un trabajo ahí, no es el trabajo de una mujer controlar la leña así que no reparará en mí siempre y cuando me mantenga en las dependencias de los empleados.

El gesto de la cobriza se torció y miró con disimulo por la ventanilla, queriendo apartar la mirada para no demostrar el leve aguijón celoso que se le estaba clavando en el centro del pecho. No obstante, sus esfuerzos para disimularlo eran en vano ante el ojo clínico de su esposo.

— Sabes que nunca he sentido nada por ella.

—¿Pero por qué tienes que ir a su casa? — refunfuñó ella cruzando los brazos por encima de su pecho.

— Porque si yo fuera a la mía todos me reconocerían al instante, además, por el momento temo menos a mi padre, aunque te descubriera no llegaría a hacerte daño... y menos con el ojo de los Seymour encima de él.

—Está bien— soltó un sonoro suspiro de resignación.

— Por el momento, hemos despistado a los espías que según Vincent teníamos detrás de nosotros, todavía nos buscan en el último hotel en el que paramos. Debemos apresurarnos en volver a Portland, y ahí separarnos a nuestros respectivos destinos. Alquilarémos una casa en medio del camino entre ambos lugares, y ahí será nuestro lugar de encuentro para mantenernos informado, nuestros oficios no nos requieren estar atados a las casas señoriales, así que aparentaremos ser una familia feliz con Jeremy y Emma.

Otro aguijón. ¿Aparentar ser una familia feliz? Instintivamente se llevó la mano al vientre, Thomas no era feliz, ¿Cómo serlo? Si después de nueve meses tan sólo habían huido de la muerte, los engaños y las confabulaciones... todo por un matrimonio forzado, un amor prohibido, y una obsesión enfermiza.

— Claro, me preocupan un poco los niños...

— Nada de lo que preocuparse, Clarissa estará con ellos.

La casa rentada era la acorde a un matrimonio de la posición que querían aparentar, constaba tan sólo de dos habitaciones y Clarissa fingiría ser la hermana mayor de Gigi mientras Vincent se mantendría en las sombras,

vigilante.

— Pronto nos veremos— depositó un cálido beso sobre los dos pequeños que, sin saberlo, estaban siendo parte de una trama bien urdida. Aunque para Gigi no eran eso, sino que el afecto que les profesaba cada día iba en aumento, hasta el punto de temer quererlos demasiado. Thomas, por su parte, se limitaba a ser cordial, y para nadie era indiferente que hacía lo posible por evitar a las criaturas. Simplemente, no quería que se confundieran las cosas, y era imprescindible que cada uno supiera cuál era su lugar, por muy amables que fueran.

Gigi ataviada con unas sencillas ropas de trabajadora al igual que su esposo, salió montada en un carruaje de alquiler en dirección al caserón de su suegro. Era el momento de la verdad, el momento de espiar y saber quiénes estaban detrás de sus desgracias. Del tiroteo, del incendio, de su ruina... E incluso empezaba a pensar, de su infertilidad. Ya fuera por la bala en el vientre o por el estrés del momento, no podía ser madre de ninguna de las maneras. Thomas y ella, lo habían intentado varias veces, de distintas maneras.

Un gran edificio blanco con columnas de mármol se erguía en el horizonte mientras el emblema de los Norfolk lucía orgulloso a lo alto de la reja junto al de los Peyton. El corazón empezó a latirle con frenesí y sus manos sudaban. Había tenido el tiento de cubrir el pelo con una peluca negra— comprada en París— para ocultar su rojez, y el hecho de que el carruaje fuera directo a la entrada de los empleados también le facilitó la tarea.

—Vamos, espabila muchacha, hay mucho trabajo— fue lo primer y único que le dijo una mujer muy poco acicalada y con manchas de aceite por toda la ropa y delantal: la cocinera de la familia.

—Sí. — repuso ella que, a pesar de haber sufrido penalidades económicas y de tener que fingir un estatus que no era el suyo, las órdenes le cayeron como un balde de agua fría no, helada.

— Pasa, pasa— la hizo entrar con muy poca delicadeza a la cocina al mismo tiempo que le tiraba un delantal sarnoso para que se lo pusiera, quehacer que se le hizo complicado — a ver— cogió sus manos y las examinó— estas manos no son de trabajadora— otra vez la taquicardia volvió en ella.

— Es que hasta ahora no he tenido que trabajar, pero el empleo de mi esposo ha menguado y nos vemos con la necesidad...

—¡Una novata! ¡Me han traído una novata! — se exasperó — en fin, supongo que sabrás cortar cebollas — lo hubiera sabido hacer si fuera una mujer

corriente, pero no lo era, y no tenía ni idea de cómo coger el cuchillo... solo agradeció esos días que aprendió con Clarissa en la cocina, y recordando esos momentos, inició aquello que le habían mandado con cierta agilidad.

Toda la mañana pasó de esa guisa, y aunque había intentado escapar a los pasillos principales para poder investigar un poco, todo había sido inútil. No querían dejarla escapar, era una empleada y así se lo hacían saber con creces. Nadie era amable con ella, ni cordial, al contrario, había algunas de las trabajadoras que incluso parecían molestas hacia su persona o más bien, eran así por naturaleza.

— Tú, ve a buscar las tazas al comedor— a media tarde le ordenó una de las doncellas más antiguas del lugar pensando que así la incordiaba, sin saber, que le acababa de dar una magnífica oportunidad.

— Por supuesto— se apresuró en obedecer mientras escuchaba las risas de las demás tras de ella. Se habían pasado todo el día burlándose por su forma de hablar, "demasiado fina", decían.

Las manos le temblaban y el corazón la estaba amenazando con desbordarse en cualquier instante. Aunque estuviera en la casa de su suegro y, teóricamente, la de su marido en el futuro, no dejaba de sentir miedo. Charles Peyton no era un hombre afable ni de lejos amable, pero se aferraba a la idea de que al menos era un hombre que amaba a sus hijos, y en el caso de ser descubierta, no le haría daño...por su hijo y sino por él, por el respeto hacia sus orígenes Cavendish.

Los salones se abrían paso delante de ella, enormes y bien decorados, aunque anticuados. Sacó del bolsillo de su delantal el esquema que le había hecho Thomas sobre la casa, y le echó una ojeada rápida para llegar al estudio principal. Se apresuró dando pasos cortos pero seguros hasta la segunda planta, pasando por delante de la estantería de tazas sin prestarle el menor interés, tuvo la delicadeza de equiparse con unos zapatos que no taconeaban así sus momentos de espía improvisada parecían más profesionales.

Tras haber pasado, como mínimo, cuatro salones y dos grandes corredores, dedicó una última mirada su papel ya arrugado para asegurarse que aquella puerta de madera maciza que tenía en frente esos momentos era la que buscaba. Era arriesgado, muy arriesgado, pero según le había dicho su esposo, el estudio solo estaba ocupado por Lord Peyton en la madrugada y al anochecer... y que las costumbres en la familia raramente se perdían. Basándose en la meticulosidad de la familia conyugal, pegó la oreja para ver

si escuchaba algo, silencio absoluto.

Todo estaba hiendo a pedir de boca, tan sólo debía hacer girar el pomo y adentrarse en la guarida de la alimaña, sin embargo, el chirriar de una puerta cercana la hizo retroceder y simular que estaba sacando el polvo de una lámpara: demasiado tarde.

—No es hora de limpiar— resonó una voz cercana a la risa, que inspiraba alegría. Se trataba de Sophia.

— Perdón— gruñó Gigi, intentando deformar su voz de soprano con dificultad, sin mirarla e iniciando su fuga.

— Espera, espera — la pelirroja con la peluca negra se detuvo, así como también lo hizo su respiración dando paso a un sudor frío que recorrió la columna espinal. Su cuñada no tardó en posicionarse frente a ella, y con ello, la miró a los ojos. Hizo temblar sus ojos típicamente ingleses sobre los verdes que le eran conocidos hasta que lo supo. Frunció el ceño por un momento hasta que rio y la abrazó como si el hecho de que estuviera allí infiltrada de criada y con un disfraz, no fuera nada raro.

— ¡Gigi! — la estrechó.

— ¡SShhht! — suplicó la joven, en parte aliviada, por la facilidad de carácter de la única mujer Peyton, al parecer la única sin complicaciones en esa familia de sagaces lagartos. En comparación a su hermano y a su padre, Sophia era más bien de estatura pequeña, un tanto baja pero con facciones realmente hermosas y muy británicas rozando el estilo caucásico — por favor...

— Ven, ven— la estiró hacia el interior de la recámara que había cerrado instantes antes, la suya por supuesto. La recámara de Sophia era tan dispar con el resto de la casa como ella misma en su misma familia, era moderna, con mucha luz y con toques muy femeninos y divertidos. Inclusive, colgaba una jaula con un loro en una de las esquinas — ¿qué haces aquí? O sea, es tu casa teóricamente, pero ¿dónde está Thomas? ¿Y por qué llevas el pelo negro? Ay no, me gustaba más en rojo...

— Es una peluca... he tenido que infiltrarme...

—¿Pero por qué? — quiso saber la joven sin perder la sonrisa.

— Hemos sido atacados, varias veces, y arruinados... Le quitaron a tu hermano todo el dinero, nos quemaron la casa, me dispararon... y siguen tratando de aniquilarnos... si no fuera por mi hermana y sus hombres...— confesó apresuradamente, sintiendo que con ella...que con Sophia, podía

confiar.

—¿Qué te han disparado? — Gigi se llevó la mano en la zona del vientre en la que le habían disparado instintivamente a modo de respuesta y por primera vez, vio en Sophia un destello de tristeza y congoja.

— ¿Pero y por qué tienes que venir a investigarnos a nosotros? No pensarás que yo...

— Oh no, no. Por supuesto que no, sé bien que tú no tienes nada que ver — se sentó en un diván sintiéndose libre como para ello, a lo que Sophia la siguió — pero Thomas cree que tu padre...— dijo avergonzada a esa hija que soltó una carcajada sonora al escuchar tal afirmación.

—¿Mi padre? Mi padre jamás pondría en peligro la vida de Thomas te lo aseguro...

— Eso mismo pienso yo, de verdad... tan solo que ya no sabemos nada... son tantas cosas...piensa que solo un hombre con poder puede haber arrebatado los ahorros de Thomas...

—Eso podría ser... no te lo niego, mi padre es un hombre que cuando quiere algo mueve todos los hilos para conseguirlo...ahora mismo voy a preguntárselo.

— ¡No! ¡Dios mío no! No podemos ser tan directos... recuerda que hemos sido atacados varias veces...

— Estoy segura de que Virgin está detrás de eso, cuando mi padre la echó de la casa de invitados, vi en su cara que no se quedaría tranquila.

—¿Pero una mujer sola y sin título puede pagar a esos malhechores?

— Mi padre sigue manteniéndola...Por lo del niño...

—Es tan complicado...— bajó la cabeza por unos segundos la repentina pelinegra que seguía sin poder entender cómo había podido nacer ese niño, no era que no fuese agradecida con las bendiciones de Dios, pero ella que estaba casa debidamente no lo conseguía... y esa mujer, con su suegro... ¡Dios mío! ¡Qué aberración!

—Sé lo que estarás pensando, a mí también me repugna cada vez que lo pienso, pero en defensa de mi padre diré que Thomas y esa... bruja, no tuvieron jamás relaciones carnales, ni si quiera compartían habitación, mi hermano ni la hablaba...

— No lo juzgo...

— Haré una cosa, quédate aquí, entraré en el despacho yo misma con la

excusa de buscar a mi gato y miraré si encuentro alguna evidencia...

—¿Harías eso?

—Por mi hermano y, ahora por ti, haría eso y mucho más. Recuerda que eres la futura madre de mis sobrinos a no ser que ya...— clavó su mirada en su barriga.

—No, no.... todavía nada...

—Tranquila, ya llegarán... — y con esa última frase salió sin mirar atrás, dejando tan sólo su perfume de rosas tras ella y el viento de sus bucles dorados amansando la tensión alrededor de Gigi.

CAPÍTULO 22— PÚRPURA MANCHADA

Los espasmos de la aguja del reloj que colgaba en el centro de la habitación de Sophia empezaban a desesperar a Gigi, sentada en el borde de la cama forrada con satén rosa y observándose de vez en cuando en el espejo que tenía a su derecha.

En cuanto escuchó el primer carraspeo del pomo se incorporó de inmediato y se posicionó tras un armario hasta que comprobó que se trataba de su cuñada.

—¿Has visto algo?

—Mira...— se apresuró en mostrar la blonda unos documentos que rezaban a nombre de Charles Peyton y en los que había inscritos unos movimientos determinados de dinero a su favor, entre ellos desde el banco de Thomas.

—No puede ser...

—Sí... Mi padre me dijo que quería que os mudarais aquí, con nosotros, por eso lo habrá hecho.

— Tuvimos que viajar sin nada a lomos de dos caballos hasta llegar a una pequeña propiedad que tengo en Bath, ni si quiera teníamos para comprar comida... — trató de calmar su cólera, puesto que aunque sabía que Sophia estaba de su parte, parecía que realmente amaba mucho a su progenitor.

— Lo siento tanto, no lo justifico... no me mal interpretes— desencajó un poco su immaculado y porcelanoso rostro, dejando atrás su sonrisa impertérrita — seguramente esto distanciará más a Thomas de nosotros...— Georgiana se dio cuenta del amor que se profesaban, a pesar de todo. Y se sentía en parte culpable, sin razón por ello, puesto que ella fue arrastrada por un Peyton... quizás su cuñada y ella tenían más en común de lo que imaginaba.

— Trataré de convencerlo para que esto no sea un motivo más para su lejanía, aunque creo que lo de entre tu padre y Thomas va más allá que dé un poco de dinero arrebatado... ¿crees que también pueda estar detrás del desastre de la fábrica?

— Pienso que sí... ya que era el único sustento que podía seguir permitiéndoos cierta independencia.

—Entiendo...

— El problema viene de muchos años atrás — cogió de las manos a Gigi y la arrastró suavemente para que se sentara en el mismo diván de hacía unos minutos— creo que tienes derecho a saberlo, ya eres parte de la maravillosa

familia Peyton— esbozó una sonrisa tan sincera que intimidó a la joven esposa, la cual no supo si alegrarse o no por lo que acababa de escuchar— cuando mi madre murió, hace unos años, mi padre se tornó más taciturno y distante de lo que ya era antes. Como ya sabrás Charles Peyton fue un general, no es un hombre dado a los sentimentalismos, pero puedo asegurarte de que amaba con locura a Natalie, mi madre. Mi hermano siempre fue más de mamá y yo, más de papá. Y eso causaba muchas discusiones, más que nada porque padre esperaba cosas de Thomas que él no quería dar. Thomas siempre fue un alma independiente y muy inteligente así como su mente siempre volaba más allá de los convencionalismos, por eso quiso estudiar y no seguir la tradición familiar en el ejército. Al poco tiempo de morir madre, ocurrió todo el incidente con Virgin, estoy segura de que ella le puso una trampa, Georgiana sé que te amó desde el principio... En cierto modo tú nos recuerdas mucho a ella...

—¿A tu madre?

— Sí, no en el aspecto físico, ella era muy rubia... como yo... o yo como ella... pero tu forma de mirar, tu educación y tus comportamientos son similares....

—¿Lady Peyton era aficionada a la lectura también?

— Por supuesto, hay una librería enorme de ella... papá a veces se encierra ahí para recordarla...

—Me gustaría verla algún día...

— Es tuya, solo tenéis que venir a vivir aquí.

— Es un poco complicado— soltó un suspiro nada cortés— digamos que Thomas cree que no podríamos ser nosotros mismos bajo el mando de Lord Peyton.

— Si se refiere a ejercer de médico, tiene razón, papá nunca lo consentirá.

—En fin... creo que ya he cumplido mi misión...ahora vamos a ver si Thomas ha cumplido la suya...

— ¿Dónde está él?

—En casa de Virgin, haciéndose pasar por leñador.

Los troncos húmedos rascaban su camisa envejecida, y el frío se colaba por su

piel, más nada era lo suficiente duro comparado con lo que había vivido. Había visto arder su propiedad, su fábrica destruida, a su esposa disparada...Era el momento de saber la verdad y desenmascarar a los que atentaban contra él y Gigi.

Virgin vivía en una casa acomodada, seguramente costeadada por su padre, ya que ella no disponía de ningún recurso. Seguro que en el fondo, Charles Peyton, no quería dejar a su bastardo en la calle. Ni si quiera sabía qué hacer con él, eso estaba claro, o de lo contrario por lo menos le hubiera puesto nombre o lo hubiera dado a las doncellas para que lo criaran.

Thomas debía actuar con agilidad y aprovechar el factor sorpresa que suponía el estar en su propia casa sin que ella lo supiera. En cuanto el capataz de la propiedad le quitó el ojo de encima, corrió a escabullirse al interior del caserío solitario, apenas había trabajadores, y el llanto de un niño invadía las estancias de forma pesarosa.

La cautela era primordial, solo Dios sabía lo que el diablo de Virgin podía llegar a hacer, y no estaba dispuesto a ponerle en bandeja su cabeza así que cubierto por esa gorra —tan acorde con su atuendo— recorrió los pasillos escondiéndose cuando era necesario y apretando el paso cuando las circunstancias lo requerían. Era una tarea complicada, no conocía el lugar así como tampoco sabía dónde estaba escondida la alimaña en cuestión.

Suponía que su antigua esposa, si es que se podía llamar de esa forma ya que nunca la consideró como tal cosa, debía estar en el interior de la recámara que parecía contener el llanto de su hermano sin éxito. *Su hermano*. Qué extraño sonaba.

— ¡Vamos Silvine! Ni si quiera sabes preparar el té con limón como a mí me gusta...— las notas de contrabajo de la joven en cuestión repicaron sorprendentemente contra la madera que lo separaba de ella, haciéndolo retroceder para esconderse en la habitación contigua y poderla escuchar mejor.

—Disculpe Señora.

—Llévatelo y hazlo de nuevo, esto no hay quien se lo beba, por lo menos para eso sí servía esa estúpida vieja... pero se había vuelto demasiado preguntona y entrometida — agregó cuando la sirvienta ya abandonaba el lugar presurosa para cumplir las órdenes de su exigente señora. *¿La nana de Virgin ya no estaba con ella?* Eso era demasiado extraño, esa anciana no se había separado jamás de su "niña", como ella la nombraba, ¿qué habría llevado a su

separación? Era un dato importante para tener en cuenta, y suficiente para continuar con la investigación, así que con mucho disimulo deshizo el camino dándose cuenta de que había calculado el tiempo perfectamente. Su capataz, todavía no había vuelto de su descanso diario. Terminó de cortar la leña que le quedaba, y habiendo hecho los deberes, volvió a la modesta casa que había rentado con un pequeña paga a cambio de sus servicios como leñador improvisado.

Al llegar al edificio envejecido, Clarissa ya había servido la cena a su esposa, la cual estaba hambrienta. No estaba acostumbrada a trabajar y las doncellas de su casa, en Norfolk, no se lo habían puesto fácil.

— ¡Thomas! — se levantó presurosa de recibir a su esposo, el cual sonrió disimuladamente por verla comiendo con tanto afán, aunque lo más gracioso de todo era intuir el esfuerzo que hacía Georgiana para disimular su gula.

— Tranquila, sigue comiendo, tengo que hablar con Joseph...

— Pero primero habla conmigo por favor, ¿qué ha ocurrido en casa de Virgin?

— Era complicado poder buscar algo más que alguna conversación tras una puerta o algún comentario mordaz por parte de algún sirviente... lo único que he podido saber es que su nana, una anciana de la que no se separaba nunca, ya no está con ella...

— ¿Habrá muerto? — se llevó inconscientemente, la mano sobre los labios afectada por la muerte de una persona, aunque no la conociera. Así era Gigi, dramáticamente benevolente.

— No lo creo, por eso quiero hablar con Joseph para que haga las averiguaciones pertinentes, si sigue viva, sería una buena fuente de información.

—¿Pero crees que nos revelaría algo? Si dices que estaban tan unidas...

— Hay que intentarlo — se sentó dejando su gorra de leñador sobre el perchero y sentándose en el extremo de la mesa, acto que imitó Gigi pero en su silla— ¿a ti cómo te ha ido en casa de mi padre?

— Mejor de lo que pensaba — dejó ir un resoplido sonoramente tranquilizador— tu hermana me ha ayudado...

—¿Mi hermana?

— Sí — esbozó una sonrisa al recordar a su siempre feliz cuñada — me descubrió en la planta superior y rápidamente me hizo pasar a su recámara para luego ir ella al despacho de tu padre, sacó esto— desenfundó de entre los pliegues de su falda unos documentos que Thomas releyó torciendo la

comisura de los labios al tiempo que asentía la cabeza a modo " de lo sabía".

— Queda resuelto el asunto de nuestra ruina, de mi fábrica...— tiró las pruebas encima de la madera envejecida sobre la que tenían que comer como simples jornaleros y dando gracias a Dios que ningún petulante de la sociedad inglesa los había reconocido en la desgracia económica, no por él, sino por su esposa. Aunque fuera una mujer adelantada a su tiempo, y progresista, no soportaría el desprecio de su propia sociedad.

— Así es. No obstante — lo sacó de sus pensamientos— Sophia asegura que tu padre nunca ha querido hacernos daño...

— Quizás no físico, pero esto ha sido una forma más de hacernos sufrir, jamás olvidaré los días que andamos sin comida, ni los días que no teníamos para comprar unos simples pantalones... todo por su autoridad, su ego, las cosas como él las quiere... sin dar espacio, ni libertad de movimiento a los demás, siempre me ha querido manejar, su frialdad...

—Es un hombre de los de antes, Thomas — se incorporó la cobriza poniendo su mano sobre el hombro masculino, el cual se erizó con el contacto de la pálida mano, la cual estaba llena de arañazos y magulladuras, hechas — muy probablemente— en su primer día de labor...

— Mañana no vayas — cogió su mano entre las suyas, dándole un amoroso beso que pretendía ser tan sanador como sus remedios caseros.

— Oh no, no puedo hacer eso, Sophia me ha hecho prometer que iré.

— No hagas caso de mi hermana, es una eterna soñadora, y no mide las consecuencias de sus actos. Quédate aquí, con Clarissa y Joseph.

— Por favor Thomas, ella está muy preocupada por ti, cuando le dije que habías ido a casa de Virgin se angustió tanto que su común sonrisa se evaporó... me suplicó que volviera mañana para contarle cómo te había ido en la cueva de la alimaña o de lo contrario, avisaría a las autoridades... ella está segura de que Virgin es la que está detrás de nuestros constantes ataques...

—Yo también empiezo a estarlo... ¿Qué es eso que bebes? — frunció el ceño el Doctor viendo como su mujer tragaba un líquido de aspecto desconocido.

— ¿Esto? Me lo dio Clarissa hace tiempo, dice que es bueno para...ya sabes...quedarme embarazada...— Thomas cogió el vaso sin preguntar y lo olió, para salir sin mediar palabra en busca de su doncella, dejando a Gigi desconcertada.

CAPÍTULO 23— EXPLOSIÓN DE MATICES

Georgiana removió su melena alborotada tras el arduo día de trabajo que había tenido que vivir en casa de su propio marido, haciéndose pasar por una simple doncella, siendo objeto de burla por parte de las demás sirvientas. Y no pudo evitar acompañar aquel grácil movimiento con un suspiro mezclado de alivio y exasperación.

Aliviada por saber que su suegro no era tan vil como había imaginado, si bien era un hombre totalmente inflexible y demasiado controlador, no era ni sería capaz de atentar contra la vida de aquellos que él consideraba parte de su familia. Tan solo había que ver el espíritu risueño y alegre que conservaba Sophia para comprender que sus hijos lo eran todo para Charles Peyton. Sin embargo, el haber superado ese objetivo impuesto por ella misma, le hacía considerar hasta cuando deberían vivir en esas condiciones. Era cierto que Georgiana era una mujer de fácil carácter, soberbia en muchas ocasiones, pero en contraposición muy humilde en lo a que la vida cotidiana se atañía. Todo un estallido de colores difícil de descifrar. Pero en su humildad para con los más desfavorecidos, no dejaba de ser una dama de alta alcurnia por lo que todavía, si cerraba los ojos, podía escuchar las burlas de esas jóvenes trabajadoras y un aire de estilo Audrey le recorría a través de la columna vertebral. ¿Quiénes se creían que eran esas zarrapastrosas para humillar así a alguien?

Si alzaba el mentón podía ver su reflejo en un pequeño espejo que tenía delante e inconscientemente se pasó la mano a través de sus mechones rojizos, tratando de peinarse y borrar el sufrimiento, con ese gesto inadvertido, que su cuerpo había tenido que padecer durante meses. Despidiendo esa placentera enajenación mental que había vivido por unos segundos retornó a la realidad visualizando de nuevo la copa que había causado en Thomas un cambio de humor tan brusco, tan brusco como para salir de la estancia sin despedirse. No era que su esposo fuera un caballero, ni si quiera se podría considerar un hombre de educación intachable, si bien trataba de fingir unos modales pedantes que no la engañaban. Pero incluso en él era extraño ese proceder. Frunció el ceño levemente, el cual ya empezaba a dibujar una sensual línea vertical por la frecuencia de ese movimiento y volvió a oler el vaso tratando de saber qué era ese olor.

"*El olor de la traición*", pensó para sí misma. Todavía no había escuchado nada, ni había visto a Clarissa hacer las maletas pero no era muy difícil entender que había sido engañada. Si pretendía ser una doctora algún día, esos casos tan simples no podían suponerle un calvario mental, engañada. Simplemente traicionada. Clarissa, la entrañable doncella que había sido su amiga y su confidente por meses, la había envenenado para que no se quedara embarazada y a saber qué más.

—Gigi— la voz de barítono de Thomas anunció la llegada física de esa declaración de engaños.

— ¿Sí? — sonó extrañamente fría mirándolo a través del espejo, sin ni si quiera tener esa necesidad humana de girarse para enfrentar al enemigo.

— ¿Qué hacemos con ella? — entrecerró sus ojos grisáceos tratando de llegar a los dos orbes verdes que lo miraban con cierto deje de aburrimiento.

— ¿La has interrogado?

—No para de llorar y negarlo todo, pero no hay duda, te estaba dando un brebaje para que...

—Sí para que no concibiéramos un heredero... puedes decirlo y alegrarte también, no soy estéril por la herida que uno de tus enemigos me causó en el vientre sino por el veneno de una de tus sirvientas.

—Gigi...

—No, no te equivoques— se giró y lo enfrentó, levantándose de la silla— no son reproches, no tienes la culpa— Thomas se quedó sorprendido, lo último que esperaba en ese momento era comprensión hacia su persona— no la tienes, has sido víctima de un complot, no tienes culpa— repitió con la mirada perdida por unos instantes— pero no pensaste en solventarlo antes de arrastrarme a mí en él... no pensaste...

— Tenía miedo a perderte, a que otro... a que otro te pidiera la mano y tú...

— ¿Y que yo aceptara tener una vida acorde a mi rango? ¿Una vida tranquila y sin miedo a ser asesinada o envenenada?— se acercó a él buscando arrepentimiento en su mirada y lo encontró— no, no te arrepientas — lo cogió por la mano— tendremos la vida que una vez soñamos — Thomas se sorprendió por segunda vez en una misma conversación, arrastrado por ese mar de sentimientos que esa joven le provocaba — seremos médicos, y ejerceremos como tal, viviremos en paz y nos desharemos de las garras del demonio que nos tiene coaccionados, sí, podría haber tenido una vida lejos de tus manipulaciones e intrigas, pero no sería la vida que había soñado. Ya no

me importa como hemos llegado a este punto, ni si quiera recuerdo los motivos de esa trifulca, solo quiero volver a ese punto en el que tenía quince años y me prometías que sería tu esposa. En ese punto en el que recibimos pacientes en nuestra casa, en ese punto en el que podemos ser nosotros mismos sin importarnos ni los de arriba ni los de abajo. ¿Quién iba a decir que lo que parece un desastre terminará siendo lo mejor que nos ha pasado en nuestras vidas?

—Georgiana— la acercó arrastrándola por la cintura para retenerla en un abrazo de esos que prometen ser eternos.

Clarissa fue encerrada en una sala por Vincent, no podían dejarla ir hasta que la misión fuera completada, Thomas todavía tenía que investigar más acerca de Virgin y aunque la doncella no hubiera confesado su complicidad con dicha sospechosa, no podían permitirse dejarla libre para que corriera a delatar su posición, si es que no lo había hecho ya.

Ni los interrogatorios por parte del lacayo de Thomas ni los de este mismo sirvieron para que la traidora dijera algo más a parte de " yo no lo sabía". Así que Georgiana, ataviada con sus ropajes de simple esposa de leñador, decidió adentrarse en esa habitación en la que su antigua amiga estaba encarcelada, aprovechando que ninguno de los hombres se encontraba en la casa.

Giró el pomo sin olvidar que Clarissa podía derribarla fácilmente en cualquier instante, no en balde doblaba su masa corporal. Sin embargo, lejos de encontrar a una combatiente hiena herida se encontró con un cervatillo abandonado en medio del bosque helado. El sentimiento se tornó ligeramente confuso, entre la amargura de la deslealtad y el remordimiento.

—Señora, tiene que creerme, yo no sabía nada de esto...— lloriqueó la ingrata haciendo que el ceño de la dama a la que debería haber servido con fidelidad se volviera a contraer, incómodo.

—Por favor, Clarissa, no sigamos con esto, tú me preparabas ese brebaje día tras día...sabías perfectamente lo que me estabas haciendo. Has jugado conmigo...— se llevó la mano sobre el vientre lamentando su infertilidad por meses y temiendo que no tuviera vuelta atrás.

—No, fue mi amiga la que me recomendó esas hierbas, me las recomendó el mismo día que me contó todos esos trucos de alcoba que le relaté.

—Ni me los menciones, a saber cuál fue tu intención al provocar una actitud en mí tan desinhibida, he tenido mucha suerte de que Thomas no sea un marido conservador, si no quizás ya estaría en la hoguera...— los ojos de Clarissa se aguaron al mismo tiempo que negaba con la cabeza frenéticamente, sentada en un borde la incómoda cama sin intención alguna de arremeter con alguien que podía terminar con ella en cualquier instante por lo que decía que había hecho. Y fue esa extraña tranquilidad lo que despertó en Gigi un aguijón de duda.

—¿Quién es esa amiga que te recomendó esas hierbas?

— Es una doncella que servía en casa de los Peyton Señora, ahora está retirada en una casa a las afueras de Londres.

—¿Una doncella retirada? ¿Es muy mayor?

— Oh sí señora, yo solo la vi una vez acompañando a esa tal Virgin pero me pareció muy amable, desde entonces siempre quiso mantener mi amistad a través de correspondencia o con algunas reuniones. Yo aprendía de ella Señora, jamás imaginé... pero estoy segura de que fue ella, ella tenía otras intenciones...

— ¿Georgiana? — Thomas preguntó turbado al encontrar a su esposa frente a una mujer que le había hecho daño.

—Thomas...— lo miró— escucha lo que dice Clarissa...

Thomas escuchó pacientemente el relato de la doncella y no tardó en demandar la dirección de esa casa en la que habitaba esa sirvienta retirada. Estaba convencido de que se trataba de la nana de Virgin y, seguramente, había usado a Clarissa para afectar a su esposa con esos brebajes que tan maliciosamente solía usar.

—Pero hace mucho tiempo que no me escribe Señor... pareciera que se la hubiera tragado la Tierra...

Todo encajaba para Thomas, la nana se había separado de Virgin e incluso, por lo visto, abandonado las intenciones de dañarlos. No obstante, seguía siendo un misterio el motivo de tan escandalosa separación.

Dotado del ímpetu que lo caracterizaba no tardó en ordenar a Joseph que preparara la montura para dirigirse al encuentro de esa anciana para sonsacarle todo lo que pudiera, a expensas de que pudiera llegar a delatarlo frente a sus enemigos, era la vía de información necesaria para terminar con toda esa maraña de confabulaciones y, de pasada, confirmar que lo que Clarissa decía era verdad.

—Espera, iré contigo.

—No, puede ser...

— ¿Peligroso? ¿Qué puede pasar? ¿Qué me disparen o me envenenen? — resumió tan sarcásticamente que incluso para Thomas fue difícil de saber si su esposa estaba bromeando o se regocijaba en el ardor que le causaba no haberla podido proteger cuando era necesario.

Las horas siguientes pasaron entre calles sucias y polvorientas, cubiertas de tanto fango como el corazón de los que los acechaban.

— ¿Has pensado en algún momento en volver con tu padre y contarle todo lo que nos ha sucedido ahora que sabemos que él no tuvo nada que ver con los ataques hacia nuestras personas? Tu hermana también insiste en que volvamos, tiene la esperanza de que tu padre reflexione... y sea menos exigente hacia ti...

Thomas dejó ir un suspiro y torció la comisura de su labio inferior, meditando la fatal conjunción que hacían su esposa y su hermana en contra de sus decisiones. Una por insistente y la otra por manipuladora. Ese tema había salido a coalición en diferentes ocasiones, de diferentes formas y aunque la respuesta siempre había sido la misma parecían no querer comprender. Thomas Peyton no viviría bajo el techo de su padre bajo ningún concepto, le importaba bien poco si no había intentado matarle, pero después de haberlo arruinado y haber engendrado un bastardo con el demonio de su exmujer tenía suficiente.

— Estoy un poco preocupada por Emma y Jeremy, ¿estarán bien solos en casa?

— Peor hubieran estado trabajando explotados. Les hemos dado una vida lejos de la esclavitud, tienen que estar bien.

— A veces me disgusta la forma que tienes de hablar de ellos, pareciera que son animales...— se disgustó Georgiana mirando hacia la ventana del carruaje que finalmente habían alquilado.

—Solo digo...

—Sí que no quieres que me encariñe con ellos por qué no son tus hijos, y tú quieres los tuyos...

—Ahora que has dejado de tomar esas hierbas, lo más seguro es que...

Los toques en la puertecilla detuvieron el rumbo de la conversación. Habían llegado al punto clave. A ese punto en el que pensaban hallar respuestas contundentes.

Se trataba de un edificio modesto, nada que los sorprendiera a esas alturas,

aunque las ratas recorriendo el suelo no dejaban de intimidar a Georgiana por muchos días de penuria que tenía que pasar. Siguiendo las indicaciones de Clarissa llegaron al tercer piso, no sin antes pasar por algunas puertecitas de dudosa reputación e higiene.

Tratando de serenarse, y concentrarse con el cometido, Gigi obligó a Thomas a esconderse tras la pared para que la nana no lo reconociera nada más abrir la puertecilla. Así que ella misma y sin pensar mucho, dio el paso de dar los golpes en la puerta y no fue tras unos tediosos minutos que escuchó unos lastimosos pasos acercarse a su posición. El correr de los pestillos anunciaron la llegada de la verdad y justo cuando la anciana ya tenía abierta la puerta el matrimonio la empujó hacia dentro como si de dos bandoleros se tratara, de hecho, si alguien los hubiera visto de esa guisa y en esa acción los hubiera catalogado de todo menos de lo que realmente eran.

— ¿Pero qué? ¿Qué? — trató de zafarse si éxito la antigua sirvienta del agarre de los intrusos, los cuales cerraron la puerta tras de sí dejando que solo Vincent pasara para terminar de asegurarse de que no había nadie más en el pequeño apartamento.

La anciana tardó unos segundos en orientarse más cuando vio a Thomas lo comprendió todo. Había llegado el momento que tanto había temido.

CAPÍTULO 24—ACROMÁTICO

Embestir a una anciana fue relativamente fácil y ligeramente inmoral, sin embargo, teniendo en cuenta que ella era una de las artificies principales de todo el dolor que habían padecido a lo largo de cuatro tediosos años, cualquier ápice de moralidad era rápidamente eliminada.

— Señora, siéntese, haga el favor— pidió a modo de exigencia Thomas, tras confirmar que la nana de su antigua esposa estaba completamente sola, exigencia a la que accedió la señora con cierto reparo— ¿qué hace tan lejos de Virgin?

— Señor Thomas yo...— bajó la cabeza la mujer que parecía estar afectada.

— ¿Señora Newport? ¿Me equivoco?

— No, Señor, ese es mi apellido.

— Está bien, Señora Newport, imagino que sabe los motivos de nuestra visita, ella es mi esposa. Por cierto— señaló a una Gigi que no había quitado ojo a esa mujer que la había estado envenenando por tantos meses.

— Sí, Señor— rompió en llanto al mirar a la joven que la estaba observando con claros reproches, aunque no hubiera hablado todavía.

— ¿Cómo ha podido hacerme esto? — finalmente se atrevió a preguntar Gigi. La esterilidad en pleno siglo XIX era considerado lo peor que podía pasarle a una mujer de su posición, y lo había sufrido a pesar de las pocas exigencias familiares que había tenido al respecto.

— Señora...yo...yo sólo cumplía órdenes...ya no tiene sentido seguir encubriéndola...la quiero como a mi hija... pero lo que está haciendo...lo que ha hecho...

— ¿Está hablando de Virgin?

— Sí, Señora... cuando conocí a Clarissa por casualidad en un evento familiar, ella me obligó a hacerme amiga de ella...quería tenerlo todo controlado... y en cuanto supo de usted...me obligó a usar a su doncella para sus planes... ella no quería que concibiera...

— ¿Pero por qué? Es que ama...a....— miró a Thomas que no se perdía ni una palabra de la anciana, con gesto serio, analizando y decretando que decía la verdad.

— ¿Amar? Oh no — sonrió la anciana al notar la ingenuidad de la nueva esposa del heredero de Norfolk — No lo ama... desgraciadamente mi niña no

concede ideas tan románticas...Al principio yo pensé que sí, que lo amaba... que el amor es lo que la hacía actuar de esa forma... pero Virgin, Virgin está comiendo por la avaricia...

— ¿Entonces qué importancia tenía para ella el que yo no me quedara embarazada?

— No quería que engendraras un heredero... No quiere competidores en la línea de sucesión del Condado...

— No tiene sentido...

— Claro que no lo tiene, su hijo no está reconocido por mi padre, ni lo reconocerá, ¿de qué le sirve? — intervino Thomas creyendo que lo tenía todo controlado más la reacción de la Señora Newport lo alertó — ¿por qué mi padre no lo ha reconocido verdad? Ni si quiera tiene nombre. Es un bastardo.

— Señor Thomas... fue precisamente ese punto el que me hizo dar cuenta de que Virgin ya no era Virgin, de que ya no era la niña a la que yo mimé y crié en ausencia de su madre...

— ¿Qué quiere decir? Haga el favor de hablar de una vez...

— Yo la ayudé a que se casara con usted...— bajó la cabeza arrepentida, dejando caer su moño grisáceo tras de ella — hice uso de uno de mis antiguos brebajes para que usted quedara inconsciente...— Thomas abrió los ojos, sintiéndose aliviado de que, de una vez por todas, aquello que había sospechado por tanto tiempo le fuera confesado, pero lejos de sentir rabia, una extraña paz lo invadió — pensé que no había mal, ella era joven y bonita y usted un muchacho fuerte y joven también, así que harían un buen matrimonio a pesar del pequeño empujón que había tenido que dar con malas artimañas... pero jamás pensé que un muchacho de diecinueve años ya tuviera el corazón ocupado— dedicó una mirada significativa a Georgiana que a cada palabra se sentía menos enfadada con su esposo por todo lo acontecido— usted la rechazó desde el primer día, y la aconsejé para que tratara de buscar la felicidad en otro lugar, pero ya había puesto el ojo en su fortuna... había saboreado el título de Condesa y no quería dejarlo escapar... desesperada por tratar de mantener su posición, se aprovechó de la debilidad de su padre con el alcohol para cometer una de las peores atrocidades... yo pensé que el Conde la mataría, pero cuando supo que ella estaba embarazada, la moralidad que todavía habita en su padre lo retuvo... — Gigi miró a Thomas buscando un gesto de compasión hacia su progenitor y lo encontró — ella sabía que en cuanto fuera el debut de la hija de los Cavendish, usted la divorciaría sin

pensarlo, por eso hizo eso... para reafirmar su posición en Norfolk...

— ¿Con un hijo no reconocido?

— Aquí viene la peor parte...y de la que juro que yo no sabía nada...— las manos manchadas por el tiempo temblaron— el niño está reconocido...bajo el nombre de Johan Peyton.

— Es decir, que mi padre lo reconoció, por eso Virgin trató de matar a mi esposa en repetidas ocasiones, para que no engendrara ningún competidor, puesto que después de mí vendría mi hermano menor...

— No es del todo así...la ambición de mi niña...oh Virgin qué has hecho...— volvió a sollozar tratando de serenarse en la medida de lo posible— lo reconoció usted — el cuerpo de Georgiana se tensó, ¿su esposo tenía un hijo reconocido?

— ¿Qué está diciendo? Jamás hice tal cosa— se removió incómodo Thomas señalándola con el dedo índice.

— Lo drogó, como el día en que los descubrieron en el mismo lecho...no debí enseñarle nunca esos venenos...es mi culpa...— dejó caer una mirada ausente sobre la nada.

Georgiana y Thomas se miraron, la telaraña de Virgin había resultado ser más extensa de lo que imaginaron, y más complicado de solventar. Podían terminar con ella, pero no con un bebé inocente...Un bebé que portaba el apellido Peyton.

—De nada le servirá— pasó sus largos dedos por el flequillo que la caía masculinamente por la frente— cuando tenga mis propios hijos con la mujer aquí presente, los nombraré herederos— otra vez esa mirada envejecida que le decía que no le tenía todo controlado — confiese todo de una vez vieja sarnosa — perdió los papeles Thomas— tan sólo la estoy respetando por su edad avanzada...

— Thomas, por favor...— lo cogió por el brazo Gigi.

—Las hierbas que ha tomado su esposa, por tanto tiempo... no tendrán un efecto reversible...

Georgiana sintió como todo a su alrededor desaparecía y carecía de sentido. Incluso el contacto con el brazo de Thomas se le hacía desagradable por alguna razón. Era como si toda su vida anterior y toda la que le quedaba por vivir se hubieran extinguida. Ella, estéril. Ella, sin hijos. Ella, vieja y sola. Sin descendencia. Sin nietos. Olvidada.

—Georgiana, no la creas, tenemos el conocimiento médico suficiente como

para encontrar una cura, ya lo verás — dejó a un lado su rencor y su ardor para consolar a su esposa, la cual parecía haber desaparecido del salón en unos instantes.

— ¿Cómo puedo permitirlo?

La anciana chocó con la mirada verde de esa muchacha a la que le había quitado una de las bendiciones más importantes de la vida.

— Ya no podía controlarla...incluso llegué a temerla...— fue toda su explicación, una explicación insulsa, falta de argumentos e inútil para un mujer yerma.

— Le juro que si no fuera una anciana, la mataría, pero no le daré ese placer. Voy a hacer del resto de sus días un infierno...se lo juro...se lo juro por los hijos que usted ha matado— declaró la melliza Cavendish saliendo del lugar sin esperar a nadie y dejando el ambiente cargado de peligro.

— Me lo merezco— se resignó la Señora Newport sin dejar de llorar, sintiéndose la peor persona del mundo por haberle negado a una criatura tan hermosa el poder ser madre.

— ¿Algo más que quiera decir? Se lo advierto, dígamelo todo ahora, o no me importará volver y estrangularla con mis propias manos...

— No hará falta, no hace falta... se lo diré todo Señor Thomas...ya no me queda nada... Virgin planea deshacerse de todos, para que su hijo herede el Condado, no pretende esperar a que la vida siga su curso natural...

— ¿Matarme?

— Sí, y a su padre...

El regreso a la casa alquilada fue en silencio, a pesar de los intentos de Thomas por aliviar a su esposa con palabras de aliento, todo fue en vano. Gigi seguía con la mirada ausente, y Thomas no podía evitar sentirse culpable de su desgracia. Si no la hubiera arrastrado a esa vida... Si la hubiera dejado ir, si se hubiera hundido él solo en esa miseria... ¡Dios mío! ¡Qué egoísta había sido! Y ahora se daba cuenta... había roto con sus manos aquello que más había amado en su vida. Se sentía avergonzado consigo mismo, y por eso quiso respetar el silencio de Georgiana.

— ¡Georgiana! ¡Georgiana! — Emma y Jeremy exclamaron de alegría al ver a su salvadora llegar, actitud que ella agradeció y correspondió con un abrazo sincero a cada uno para luego ir corriendo en busca de Clarissa para pedirle disculpas.

— Pero Señora, ¿cómo me va a pedir disculpas? Disculpas tengo que

pedírselas yo a usted...— no paraba de lagrimear la pobre sirvienta que había pecado de confiada y había arruinado la felicidad de sus señores sin saberlo.

La tarde transcurrió entre charlas infantiles animadas y una Clarissa renovada mientras Thomas meditaba cual era la solución de todo.

— Tienes que hablar con tu padre, él es el único que puede ayudarnos— interrumpió sus pensamientos Georgiana en un momento en el que los niños habían ido con la doncella a comer.

—Lo haré, iré ahora mismo— aceptó sin más, aceptaría ir al mismísimo infierno si Gigi se lo pidiera. Le debía mucho, y jamás podría compensarla.

— Vicent, quédese al cuidado de mi esposa hasta que vuelva— cogió su sombrero saliendo por la puerta, como buen perro obediente.

— Señora, alguien pregunta por usted en la puerta trasera— alertó Clarissa — parece de fiar.

— Iré yo primero— dio dos pasos por delante el lacayo fiel que los había custodiado todo ese tiempo — sí, Señora, es un enviado de su hermana Audrey — Gigi corrió a su encuentro.

— ¿Georgiana Peyton?

— La misma.

— Su hermana Audrey requiere su presencia inmediata a esta dirección y me ha ordenado entregarle esta carta — era el Condado de Derby el que figuraba en la tarjeta, se trataba de su hermana Karen, debía ir de inmediato, después de la boda a la que fueron invitados muy discretamente no había vuelto a saber de ella. Quizás estuviera en problemas. Abrió la carta con premura.

"Querida Georgiana,

lamento entrometerme en vuestros objetivos, más creo necesario informarte de que nuestra pequeña hermana Liza, ha sido violentada en todos los sentidos. Requerimos tu presencia en casa de los Derby.

Audrey".

— Vincent, prepare un carruaje para ir.

— Pero Señora, podría delatar nuestra posición.

— A estas alturas, querido Vincent, me importa un carajo delatar nuestra posición. Ve y prepara el dichoso carruaje ahora mismo— sorprendió a todos los presentes. Aunque Gigi no era tan refinada como Audrey siempre intentaba guardar la compostura.

— Sí mi Señora, como usted ordene.

— ¿No quiere cambiarse de ropa Señora? Tenemos esos vestidos nuevos que compramos con la dote de su hermana...

— No, Clarissa, ¿para qué? ¿para qué?

—Dile a Thomas que he ido a casa de mi hermana Karen— salió de la casa tras despedirse de los pequeños sin más equipaje que el ropaje envejecido de la mujer de un leñador.

CAPÍTULO 25— POLÍCROMO

Debió suponer que no sería reconocida por los lacayos de su hermana al llegar a las puertas de su propiedad. Era extrañamente una intrusa en ese lugar, desde que se había casado, había sido repudiada por su hermana mayor, Audrey Cavendish. La sociedad no contemplaba la idea de que una mujer se escapara para casarse con un hombre ya casado. Y a nadie le importaban los motivos, los sucesos o el sufrimiento de los protagonistas. Aunque debía admitir que el aspecto que lucía no la ayudaba demasiado a identificarse.

— Ya os lo he dicho, soy Georgiana Peyton — repitió por tercera vez en las puertas del caserío en el que se alzaba el escudo de los Derby, orgulloso e imponente.

— Vuelve a tu sucia madriguera — la empujó uno de los sirvientes con desdén hacia el interior del carruaje.

— ¿Cómo os atrevéis? ¡Soltad a mi hermana ahora mismo! — resonó una voz de soprano tras de ellos. Ahí estaba ella, fuerte y erguida como siempre, Karen — Oh Gigi — corrió a abrazarla su hermana pelinegra — ¿Qué te ha ocurrido? ¿Y tu esposo? — interrogó notando la falta evidente de Thomas.

— Es una larga historia — trató de evadir el tema Georgiana. En esos precisos instantes, lo único que le importaba era su hermana menor Liza. ¿Liza violentada? Era la peor noticia que le habían dado desde la muerte de su padre. De hecho, si no fuera por esa extraña energía que todas las Cavendish portaban en su interior, incluso la vida empezaría a carecer de sentido para Georgiana.

— Pasemos, Liza estará contenta de verte — se miraron de forma cómplice, entendiéndose la una a la otra sin necesidad de hablar. No había palabras, y no querían invadir el silencio con el ruido. En otro momento, en otras circunstancias, todo habría resultado un jolgorio de palabrería, risas y niñerías. Pero ya no era ese momento, e incluso se planteaban si volviese a haberlo.

Cruzaron salones majestuosos, llenos de detalles lujosos y de sobrinos revoloteando entre ellos. ¡Niños! ¡Qué egoísta se sentía al no poder alegrarse cuando los veía! Eran sangre de su sangre, los hijos de sus hermanas: Mary, Anthon, Áurea, Alice, William, Rony... Rony era adoptado, fue acogido por su hermana Bethy y su cuñado Robert cuando tan sólo era un bebé. No obstante,

Robert era un hombre de fácil carácter y de corazón tan bondadoso como su hermana blonda, nada que ver con Thomas. Thomas ni si quiera concebía la idea de acercarse a Emma y Jeremy.

El paso de Karen se detuvo, habían llegado a la recámara de Liza. La última de las Cavendish. Liza era, sin lugar a duda, la más bella de las cinco, concebía todas las cualidades de sus hermanas mayores en ella sola, no solo en lo que al aspecto físico concierne sino en personalidad y carácter. Era un ángel en la Tierra, un ángel que algún desgraciado había osado tocar y romper.

—¿Quién le ha hecho esto ha recibido su merecido? — quiso saber Gigi antes de entrar a la alcoba.

— Edwin, Asher y Robert se han encargado— fue toda respuesta por parte de Karen, que convenció a su melliza. Georgiana conocía muy bien a su cuñado Edwin, y sabía que habría empleado toda su fuerza e ingenio para castigar al mal nacido que había cometido tal atrocidad con su protegida.

Lo que vio cuando Karen abrió la puerta le rompió el alma. Era lo que faltaba a su vida para acabar de hundirla. Liza en un rincón, ausente. Inamovible. Solo un pequeño respingo y una sonrisa leve le dieron la bienvenida, nada que ver con esos abrazos y ese cariño que solía darle nada más verla. La habían roto. Alguien le había robado a su hermana pequeña.

— Hola pequeña, mi amor— se acercó Gigi con tiento hacia ella descubriendo que un gatito tan bonito como ella jugueteaba entre sus manos — ¿cómo se llama el gato? ¿Edwin? — Liza amaba a su cuñado mayor, lo consideraba su hermano y por eso llamaba a la mayoría de los juguetes por su nombre.

— No, se llama Roderick — Gigi frunció el ceño y miró a Karen la cual le hizo una seña para indicarle que luego le contaría por qué Liza había puesto el nombre del lacayo de Bethy a su nuevo gatito.

— Es muy bonito, ¿puedo tocarlo?

— Sí — cantaleó una voz de ruiseñor un tanto ensombrecida.

Y así fue como a través de esa criatura inocente, se acercó a otra de similar naturaleza. Las monerías del felino eran la conversación que mantenían y de vez en cuando un pequeño destello, casi efímero, traspasaba la córnea turquesa de su hermana menor.

Con el pasar de los minutos, llegó Bethy, la hermana más sensible de todas y se unió al grupo. Tan sólo faltaba Audrey, y para ninguna era indiferente su

ausencia. Estaba claro que no quería unirse, por Georgiana. Si lo pensaban, hacia casi un año que Gigi y Audrey no se veían.

—Esto no puede continuar así— determinó Karen una vez fuera de la recámara de Liza y en medio del salón principal — tenéis que veros.

— No lo sé Karen...— dudó Gigi no queriendo quebrar las decisiones de su hermana mayor Audrey — si ella no desea verme...

—¿Qué no desea verte? Lo que tenéis que hacer es dejar la soberbia, tanto una como la otra y dar vuestro brazo a torcer.

—¿Soberbia yo? No es eso Karen.

— Podríamos decir que es setenta por ciento respeto y un treinta por ciento soberbia, por tu parte. Y por la suya un sesenta por ciento testarudez y un cuarenta por ciento orgullo.

—¿Y qué sabrás tú de tantos por cientos si ni si quiera podías aprobar un solo examen de la Señorita Worth?

— Dejad de discutir — exigió Bethy, que aunque no lo pareciera por estatura y maneras, era mayor que las dos — Señorita, usted va a ir a ver a Audrey y no se hable más — intentó parecer autoritaria a lo que las mellizas la siguieron por compasión más que por verdadero respeto — primero vamos a mi alcoba, tienes que cambiarte de ropa.

— No hace falta...

— Sí que hace, no puedes presentarte de esta forma delante de ella, dirá que estás ensuciando la imagen de tu familia. A ella no le importará que sea una tapadera.

— Es verdad. Pero eres un tanto baja en comparación a mí — Bethy la miró ofendida haciéndola callar. Bien, si su hermana blonda insistía en dejarle un vestido, hecho que al parecer le hacía ilusión, lo aceptaría a pesar de las constantes burlas de Karen.

En un momento crucial. Ahí se encontraba Georgiana Peyton en esos instantes. Frente a la puerta de Audrey con sus dos hermanas instándola a entrar. Habían pasado muchos meses. La había repudiado. Audrey tenía muchas responsabilidades y un nombre que mantener, lo sabía. Pero no podía negar que su rechazo le había dolido. Ciertamente era que siempre se había mantenido a su

lado de alguna forma, desde las sombras. Sabía que seguía con vida en gran parte gracias a ella, la cual tenía sus propios lacayos tras la pista de los que querían terminar con su vida.

— Vamos, toca la puerta— insistió por enésima vez Karen que ya estaba dispuesta a hacerlo ella misma.

— No te he dejado uno de mis vestidos más caros para nada— reprochó Bethy provocando que Gigi se mirara los talones otra vez, los cuales habían quedado un poco descubiertos por la falta de tela.

Cogió aire y se mentalizó. Ella debía dar el primer paso. Al fin y al cabo ella era la menor y la que había defraudado a todos con su comportamiento. A nadie le importaba que hubiera sido víctima de una manipulación. Ella había actuado mal. Por eso era mujer. Un toque. Segundo toque. Silencio. Miradas cómplices entre las hermanas expectantes, que tenían quedarse en la misma puerta.

—¿Sí?

— Soy Gigi— anunció la mezzosoprano.

Silencio. Movimientos sudorosos de manos.

—Pasa.

Suspiro de alivio.

Georgiana ya era una mujer pero se sentía la niña que un día fue a punto de ser amonestada por su tutora. Ahí estaba ella. Audrey. Imponente, perfectamente vestida y peinada con la postura más correcta de Inglaterra tras la Reina Victoria. Una luz tenue iluminaba la sala, pero dos luceros azules despuntaban desde el otro extremo, clavados en ella. Estudiándola. Georgiana mantenía las manos cruzadas por delante y la cabeza un tanto baja, no sabía qué decir ni qué hacer. Pasaron los segundos más largos de su vida hasta que sucediera lo que nunca esperó. Audrey dio zancadas rápidas hasta su posición y se abalanzó sobre su cuerpo para abrazarla. Audrey abrazándola. Debía estar en un sueño. Le costó unos instantes adaptarse a la coyuntura y devolver el gesto con lentitud, tan lento como el paso de sus lágrimas por sus mejillas.

— Mi Georgiana— musitó a su oreja, extendiendo el abrazo. El abrazo más largo que jamás nadie le había dado.

— Lo siento—al fin pudo expresar una demasiado emocionada Georgiana, de la cual se había evaporado todo rastro de soberbia, ingenio o astucia. Simplemente se había vuelto una hermana en brazos de otra.

—¿Cómo estás? — soltó su agarre para sostener su cara entre sus manos

pálidas y brillantes como la mismísima luna.

—Agotada— se derrumbó, se dejó caer sobre sus rodillas mientras Audrey la acompañaba sin dejar de sostenerla.

— No te vayas, quédate aquí, aquí estarás a salvo. No puedo traerte a Dunster, lo siento Georgiana. No quería repudiarte — la obligó a mirarla, haciéndola chocar con una pequeña grieta en su hielo— no quería, pero tengo a tío David tras mis pasos, y hasta que no termine la tutoría con Liza no puedo permitir ningún error más. Primero fue Bethy, no fue un escándalo pero el hecho de que se escapara de casa levantó la primera corriente de negatividad. Después Karen... ¿sabes qué pasó con Karen verdad? La descubrieron en medio de un acto indecoroso y luego dejó plantado a su prometido... hasta que Liza no cumpla la edad de soltería y termine mi tutoría legal...

— ¿Soltería?

— No pretendemos casarla si ella no lo desea...

— Lo entiendo— se serenó por un momento Gigi, recordando a su pobre hermana.

— Por eso, Georgiana, por eso tuve que hacer público mi repudio hacia ti...pero no puedo negar que me dolió, me dolió mucho, me lo podría haber esperado de Ka pero de ti...no debiste olvidar que primero es la familia — la obligó a incorporarse y la dirigió hasta un sillón en el que la sentó para luego sentarse ella también en el del frente.

— Audrey, me vi obligada... me manipuló.

—¿Te obligó? — se extrañó la mayor.

— No, no me obligó — se avergonzó por el transcurso de la conversación — pero digamos que pensé que pediría mi mano, no sabía que ya tenía esposa...

— Entiendo... de todas formas, como mujeres que somos sabes que aunque todo eso sea cierto, las impúdicas somos nosotras — Gigi soltó otro suspiro, se sintió entendida de alguna forma — ¿dónde está él?

— Ha ido a Norfolk, tiene que hablar con su padre, ¿puedo contártelo todo? — se atrevió a pedir.

— Es lo que más deseo— repuso Audrey planchando una arruga inexistente de su bajo camisa.

La explicación desde el suceso del invernadero con Thomas hasta el encuentro con la anciana nana duró una larga hora y media en la que Audrey solo hacía apuntes cuando lo creía necesario, escuchándola con detenimiento.

—Desde el principio me dio mala sensación Virgin, cuando la vi en la propiedad de tu suegro me imaginé que sería ella la causante de todo— ultimó Audrey — acabar con ella será fácil, sólo me preocupa el bastardo reconocido, no sería capaz de...

— Oh no, no, ni yo lo haría por favor — apeló al sentido común — la criatura no tiene culpa.

— Lo más sencillo será que Thomas y su padre interpongan una querrela judicial para solicitar la anulación de ese parentesco, o de otra forma, desheredarlo automáticamente.

—Sí— bajó la mirada inconscientemente Gigi.

—En cuanto a lo de tu infertilidad, dudo mucho que no tenga cura, antiguamente se creían muchas cosas... incluso que la luz del sol era mala para las madres novicias... seguramente esa anciana cree que sus brebajes tienen efectos astrológicos. Pero lo que tú tienes que hacer es dejar que la medicina te aconseje, y creo que no debería de ser yo quien te de ese consejo, siendo tu esposo Doctor como es... y siendo tu una genial aprendiz del oficio. A veces, todo está aquí — señaló muy disimuladamente a su propia cabeza.

—Tienes razón...— se sintió extrañamente renovada.

—¿Dónde llega la maldad humana? ¿Cómo una sola mujer ha podido causar tanto daño? Virgin debe ser realmente malvada. Pero no le voy a perdonar que se atreviera a mandar una y otra vez a sus perros para acabar contigo... Todavía puedo sentir el miedo que pasé cuando supe que te habían disparado...de todas formas, para que nos vean públicamente juntas, todavía tiene que pasar un tiempo... ¿lo entiendes verdad?

— Por supuesto, lo último que quisiera sería que Liza acabara en manos de nuestro tío David y menos ahora...

CAPÍTULO 26—HETEROCROMÍA

—¡Thomas! — exclamó de júbilo Sophia Peyton al ver a su hermano, su adorado hermano, entrar por el recibidor de la casa familiar como si no hubiera pasado el tiempo—¿cómo te has atrevido a dejarme sola por tanto tiempo? — demandó con una sonrisa tan amplia que apenas pareció una queja.

— Necesito ver a papá— fue toda su respuesta tras el abrazo asfixiante que su hermana le había regalado con sincero afecto.

No hizo falta que Sophia le indicara dónde se encontraba su progenitor ni si quiera fue necesario ir en su busca, Charles Peyton salió de las sombras para aparecer frente a sus dos vástagos.

—¡Papaíto! Thomas está aquí— señaló lo evidente la única fémina del lugar. Charles torció la comisura de su labio en un intento fallido de transmitir alegría.

—Vamos hijo, pasa dentro—carraspeó su dormida garganta siendo aquello lo más afectuoso que había conseguido decir en décadas.

—No he venido para quedarme — se apresuró en aclarar.

—¿Cómo qué no? — se quejó Sophia cruzando los brazos por delante y removiendo sus bucles dorados con tanto atractivo que, para su desgracia, no parecía tan enfadada como quería demostrar.

—He venido para alertarte, papá.

—¿Alertarme? — alzó una ceja molesto por la insinuación de que él pudiera estar corriendo peligro de alguna forma. Él, que lo tenía siempre todo controlado.

—Virgin es peor de lo que pensábamos— se sentó en uno de los sillones del salón sintiéndose con la libertad de hacerlo, acto que imitaron su padre y su hermana para escucharlo.

Las explicaciones fueron largas, y dolorosas.

Para nadie fue agradable saber que habían sido víctimas de engaños, pócimas y manipulaciones. Así como ningún Peyton se quedó tranquilo al saber que había otro Peyton en la familia, un bastardo.

—Dios mío, ¡qué enredo! — se aquejó la británica— mi hermano, resulta que ahora es mi sobrino...

— No es tu hermano— convino Charles que ni si quiera se había inmutado durante toda la narración de sucesos.

— Ni tu sobrino— agregó Thomas.

—Ay no, no me lo puedo creer. ¿Entonces qué es señores? — se puso seria de golpe, alzando el dedo índice y señalando a ambos hombres con autoridad— No está bien el egoísmo en el que viven, no está bien. Ese niño es un ser humano como cualquier otro y no merece ser tratado como a un palco de escoria — bajó el dedo y volvió a sonreír— Johan Peyton, es tu hijo, papá. Te guste o no, así que ya pueden arreglar el papeleo, y traerlo en esta casa mientras mandan a Virgin a los confines del mundo.

—¿Reconocerlo? Jamás.

— No hablo de reconocerlo papá, hablo de que anuléis ese documento en el que dice que Thomas es su padre y que luego traigáis al bebé aquí. Yo se lo daré a una de las doncellas de la casa para que lo crie como si fuera suyo, ella sabrá mantener el secreto y tiene la edad suficiente como para cumplir con la responsabilidad. De ese modo, no echaremos a la calle a un pobre bebé y le daremos un poco de la dignidad que se merece como familiar nuestro qué es, nos guste o no.

—Se confundirán las cosas, cuando crecerá tendrá preguntas y si descubre la verdad... Mejor sería darlo a una familia que no pueda tener hijos— Thomas se removió incómodo.

—Ahora lo que menos nos preocupa es el apellido de Johan, lo que tenemos que hacer es acabar con la víbora que nos ha estado envenenando por tantos años— escurrió el tema.

—Eso será fácil— determinó Charles levantándose.

Virgin Monroe hizo brillar sus ojos impares en medio de las sombras. Esas sombras en las que le gustaba vivir. Esa oscuridad en la que permanecía inmóvil desde que su padre murió. La muerte de su progenitor no era una justificación a su maldad, por supuesto que no. Sin embargo, se podía decir que la semilla del mal inició su crecimiento a raíz de ese suceso.

Cuando ella nació, fue la primogénita y única hija del importante empresario Dannis Monroe, dueño de una de las tabacaleras más prestigiosas de Inglaterra. Como única infante que era, en el seno de una familia acaudalada, creció colmada de atenciones y ajena a todo tipo de moralidad o valores que le deberían de haber sido impuestos y, que una simple nana— demasiado afectuosa— no pudo impartir. Obviamente, no toda la culpa la tenían sus instructores, su naturaleza tampoco ayudó.

Virgin, descubrió que no compartía los mismos sentimientos que los otros

seres humanos cuando su madre murió por tuberculosis, dejándola sola a la edad de trece años. Todos los presentes achacaron la falta de lágrimas por parte de la hija de la fallecida a causa de un bloqueo emocional. Lo que nadie supo en realidad, ni si quiera su propio padre, fue que Virgin no era capaz de sentir compasión, lástima, o nada que se le pareciera.

—Ay mi niña, mi niña Monroe, ven con papá— recordaba con frecuencia esas palabras de consuelo que su padre le había dedicado instantes después de recibir la noticia de la muerte de Sarah Monroe, unas palabras que verdaderamente no necesitaba pero que aceptó y fingió necesitarlas para que nadie pensara que algo en ella estaba mal.

Así pasaron los años y los sucesos. Algunos creían que era una joven fría y otros demasiado consentida pero nadie sabía realmente a que se debía esa personalidad naturalmente pasiva en todas las situaciones. Aquello que sí todos podían ver, eran sus ojos heterocromáticos. Sí, así era, Virgin tenía un ojo de cada color. No eran colores muy dispares, mientras el derecho era verde el izquierdo podía considerarse azul, pero sí eran diferentes al fin y al cabo.

Virgin, empezó a cortarse el pelo cuando empezó a tener consciencia de su aspecto personal. No era nada habitual que una joven de su posición, ni de ninguna otra, gustara de cortarse su pelo. Sin embargo, ella no quería tener que estar pendiente de una melena larga hasta las rodillas a la que cuidar y peinar cada mañana y noche.

—Nana, corta ya— insistió la pequeña Monroe de dieciséis años.

—Pero mi niña, no está bien, una mujer debe llevar el pelo largo. Cuanto más largo, mejor. No sé cómo su padre le ha consentido tal atrocidad.

—Sólo me lo cortaré hasta los hombros, déjame a mí— cogió las tijeras de entre las manos de la nana, al ver que ésta no se atrevía a dar el primer corte.

Y así fue como dio paso a su particular y, desgraciadamente para algunos, atractivo aspecto. Porque Virgin, era hermosa. Bien podría haberse cortado el pelo en el barbero de su padre y haber quedado igualmente bella. Su cara redondeada y sus cejas delicadamente dibujadas hacían de ella una criatura especial y acompañada de atributos que para nadie le eran indiferentes. Sobre todo, para los hombres. Así fue como su tío Marcus Monroe se fijó en ella, se fijó en ella más de lo que un tío se debería haber fijado nunca.

—Qué pena que tío Marcus tuviera que morir tan joven— cantaleó para sí misma recordando la fatídica muerte prematura del hermano de su padre,

acompañando la frase con una sonrisa que no concordaba con el sentido de sus palabras —Mmmm...mmm...— hizo resonar sus cuerdas vocales a modo de melodía mientras se vestía ella misma con un bonito vestido color púrpura.

El hermano pequeño de los Monroe, Marcus, murió ahogado en su propia tina sin signos de violencia. El médico decretó paro cardíaco a los treinta años. Lo que nadie supo fue que, en realidad, Marcus quedó dormido bajo el efecto del polvo de amapola para luego ser ahogado con alevosía bajo el agua. Sí, había sido Virginia. Y nadie lo supo nunca, ni si quiera su nana. Aunque a decir verdad, Marcus se lo merecía. Marcus Monroe, abusó de Virginia durante un año entero, la coaccionó y la amenazó para que no lo contara a nadie... para que la pequeña no revelara que su propio tío la besaba, la tocaba, y le hacía hacer cosas que no deseaba hacer.

Y así lo hizo Virginia, no lo contó a nadie. Ella no era de ese tipo de personas que necesitaba contar sus cosas a alguien; de hecho, encontraba una estupidez hablar si no era estrictamente necesario. Por eso, le fue tan difícil encajar en la sociedad cuando tuvo que hacer su debut. Veía como las jóvenes se reunían en grupos y parloteaban sin cesar de nimiedades, así como los caballeros se empeñaban en entablar conversaciones banales a cada segundo. Otra vez, hizo el esfuerzo de aparentar que era como los demás cuando en realidad todo aquello le era completamente indiferente. Esa era su gran habilidad, saber que los demás tenían sentimientos pero, a la vez, no tener que sentirlos ella. Era un gran don saber que existía la culpabilidad pero no sentirla, de ese modo podía hacer que alguien se sintiera culpable sin compasión.

Las empresas de tabaco se multiplicaban por días, y papá tenía que hacer grandes esfuerzos para seguir manteniendo los beneficios que había obtenido hasta el momento en su empresa. Incluso se vio obligado a pedir préstamos a sus más allegados para seguir costando los pagos.

—Por favor, Charles, por nuestra vieja amistad...déjame que te los devuelva de aquí seis meses...toma, aquí tienes diez cajas de los mejores cigarrillos que hemos fabricado a modo de compensación por la espera— escuchó suplicar a su padre, por casualidad, un día que pasaba por delante de su despacho. Se asomó por la puerta y vio a un hombre de piernas quilométricas y manos todavía más grandes al otro extremo del amplio escritorio de papá. Era Charles Peyton, Conde de Norfolk, conocido por ser uno de los prestamistas más solventes de Inglaterra. Por supuesto que existían los bancos, pero Charles ofrecía otro tipo de beneficios y garantías. Era un hombre que imponía, no sólo por su estatura y aspecto sino por su poder económico y su

rango en el ejército del Rey Jorge.

—No puedo hacerlo— resonó la voz más oxidada que Virgin había escuchado jamás— no puedo seguir perdonándote, ya ni si quiera recuerdo la última vez que cumpliste alguno de nuestros acuerdos— se rasgó el mentón afeitado con el dorso de sus uñas bien cortadas, fingiendo una preocupación que verdaderamente no sentía— por nuestra vieja amistad— apartó su mano de la barbilla a modo de explicación— he tolerado afrentas graves hacia mi persona...me siento burlado Dannis.

—Sabes que no te los he devuelto por qué no he podido, jamás quise ofenderte — Virgin vio cómo su padre bajaba la cabeza, derrotado, y cruzaba las manos en forma de súplica.

—¿Esta es tu hija? — la sorprendió Charles, que la había estado observando de reojo durante todo ese rato.

—¿Eh? — se giró Dannis hacia la puerta descubriendo a Virgin al lado de ella. Virgin acostumbraba a ser así, a quedarse quieta mirándolo todo, callada y con el semblante serio. A veces hasta él mismo sentía cierto reparo de su hija más era su niña, y la quería tal y como era. —Sí, es mi hija. Virgin ve, estamos hablando los hombres. Sube a tu habitación, luego iré a verte—forzó Dannis que no le gustó la mirada de Charles sobre su pequeña, que ya no era tan pequeña pues había iniciado su debut hacía poco, y por lo tanto, estaba en la edad casadera. Virgin obedeció y se apartó, pero se quedó al lado de una pared, desde la que de igual forma podía escuchar lo que decían sin ser vista.

—¿Puedo encenderme un cigarro?— la repentina formalidad del Conde asustó a Dannis, que empezaba a sospechar el camino de la conversación, y dio el permiso a Charles para que se encendiera el cuarto cigarrillo que llevaba en esos treinta minutos de conversación— soy un pobre prestamista— dejó salir la primera bocanada de humo, dejando caer sus hombros en la tapizada silla y cruzando su extensa pierna derecha sobre la izquierda—a penas sobrevivo de lo poco que me dais... aquellos que venís a mí— mintió descaradamente haciendo que su oyente le diera la razón a sabiendas que no la tenía—no os hago falta, hoy en día hay muchos bancos, pero acudís a mí porque sabéis que soy compasivo. Que yo no os arrebataré la casa ni las empresas— volvió a mentir—por eso Dannis, por eso todavía mantienes esta bella edificación— fingió admirar el habitáculo mal decorado, ¿no es verdad?

— Es verdad, es verdad...

—Pero no puedo irme, otra vez, con las manos vacías... ¿habías visto una de

estas antes? — desenfundó un revólver de pólvora, uno de esos que habían sido fabricados recientemente.

—Oh— dio un pequeño respingo tratando de fingir una calma que no podía sentir de ninguna de las maneras—no, no había visto ninguna... ya sabes que las armas no son de mi gusto, prefiero dedicarme a los negocios...

—Querido Dannis— lo interrumpió— las armas también pueden ser un negocio muy gratificante si sabes cómo usarlas, te sorprendería saber cuántas cosas puedes ganar apuntando a un hombre...cuantas cosas puedes hacer que haga por ti...— fingió limpiarla con un pañuelo de seda rojizo y cuadros amarillos.

—Por favor Charles, nuestras esposas eran íntimas amigas, por ellas...— finalmente se tiró de rodillas el pequeño Dannis que tan sólo mantenía la mitad de su pelo, a diferencia de Charles, el cual a pesar de su edad, todavía lucía su frondosa cabellera oscura — por favor— suplicó otra vez frente al Conde, arrodillado...y sin saber que Virgin lo estaba escuchando todo.

—¿Qué he hecho para merecer que me insultes Dannis? — preguntó tranquilamente Charles sin ni si quiera mirarlo— no pienso matarte, no soy un mercenario— los ojos del empresario se iluminaron al verse liberado y se atrevió a levantar la cabeza para mirar a su viejo amigo—siéntate, siéntate en la silla...

—Sí, sí, Charles...— se apresuró a obedecer dejando caer una gota de sudor frío tras él.

—¿No puedes pagarme lo que me debes? — el Señor Monroe negó con la cabeza pesaroso —está bien, entonces dame a tu hija— Dannis se había olvidado por un momento del hilo de la conversación inicial, esa era la habilidad de Charles, la manipulación y había caído donde él había querido desde el principio.

—¿A mi hija? — Virgin no se exaltó ni se inmutó, solo agudizó su sentido auditivo para saber qué sería de su destino — Pensé que tras la muerte de tu esposa...

— No es para mí. Es para mi hermano — el hermano de Charles rozaba los setenta, era mayor que Charles y el propio Dannis. Ya se había casado cuatro veces. Todas ellas muertas en el parto o circunstancias desconocidas. Su fama no era del todo favorable y las malas lenguas decían que él mismo mataba a sus mujeres por placer, por eso ninguna familia decente del reino había querido darle su hija en matrimonio en los últimos cinco años.

—¿Mi hija? Ella apenas sabe nada del matrimonio, es muy pequeña todavía. No estoy seguro de que fuera una grata compañía para su hermano. Virgin todavía juega con muñecas, no sé qué conversación...su hermano tiene setenta años y...

—Este es el pago que exijo en compensación a tus deudas— sonó exigente y cortante al tiempo que dejaba el revólver encima de la mesa, en frente de Dannis—de otro modo, ahórrame el trabajo— una mirada de miedo se clavó en el General, el cual se levantó haciendo que su sombra invadiera todo el espacio—mañana miraré mi correo, espero encontrarme una de estas dos cosas: una invitación de boda o una invitación al funeral de un viejo amigo. Y esta vez, no rompas el trato, no seré tan clemente la próxima vez que nos veamos.

Virgin se apresuró en dar la vuelta a la recámara en la que su padre se había quedado solo pero para cuando llegó a la puerta, Dannis Monroe ya se había disparado en la sien. El sonido de ese disparo invadiría los sueños de la joven el resto de sus días.

CAPÍTULO 27—JUEGO DE MATICES

Dejó que su batín recorriera su aterciopelada piel hasta caer contra el mármol sin emitir ruido, temeroso de entorpecer la fabulosa visión que esa creación de Dios— o del diablo— ofrecía al mundo.

El tintineo del agua de la tina contra el suelo era el único sonido que acompañaba a Virgin durante su baño semanal. Algunas mentes prodigiosas decían que el agua era perjudicial para la salud femenina —y la salud en general— pero a ella, a ella, le resultaba demasiado placentero sumergirse en agua ardiente al menos una vez por semana. Le gustaba ver como su piel se tornaba rosada e incluso roja en ocasiones.

Sumergida hasta las orejas, ocultando la mitad de su rostro y dejando tan solo sus ojos dispares a la vista, escuchó como dos cuerpos caían contra la puerta de su recámara.

"Los guardias han sido abatidos", comprendió al instante. Pero no se inmutó, no se apresuró en salir de esa agua que la hacía tan vulnerable. Sino que esperó. Se había creado enemigos, enemigos poderosos. Y ella tan solo era una mujer. Una mujer sola, sin la ayuda de un padre, de un marido o de un amante. Pero aunque la mataran— hecho que no la atemorizaba— nadie podría borrar la identidad de su hijo y, sabía, que nadie mataría a un bebé. Demasiado buenos, esa era la carta con la que jugaba Virgin Monroe, la estúpida bondad de la gente. Los estúpidos sentimientos. Aún no comprendía por qué su padre se había quitado la vida para no darla en matrimonio. A pesar de no comprenderlo, podía entender que en cierto modo lo había hecho por ella y no era ninguna nimiedad devolverle el favor, haciéndoselo pagar caro a Charles Peyton.

—¿Quiénes sois vosotros? — exigieron los hombres de los Seymour, concretamente de Audrey Seymour, al encontrarse con cuatro individuos que, claramente no eran sirvientes de la mujer a la que venían a buscar.

—¿Y vosotros? — levantaron el rifle los aludidos. Por toda respuesta, los lacayos de los Duques de Somerset y Devonshire mostraron una insignia que debería de valer para aquellos que estuvieran de su lado, si por el contrario no comprendían el emblema, debían ser aniquilados al instante. Sin embargo, esto

último no hizo falta en cuanto los mercenarios del Conde de Norfolk, Charles Peyton, mostraron una insignia similar.

Y así fue, como de pronto, una situación crítica se tornó algo cómica. Eran ocho hombres, cuatro de la casa Peyton y cuatro de la casa Seymour, y los ocho iban en busca y captura de una sola mujer: Virgin Monroe. Virgin, ella sola, sin la ayuda de nadie, había conseguido poner en jaque a dos poderosas familias. Había disparado a la hermana de la Duquesa, puesto un apellido a su hijo bastardo, quemado la casa del hijo de un Conde...por no mencionar los repetidos intentos de asesinato contra Charles y Thomas Peyton.

—Tenemos que llevarla a nuestra Señora— susurró el lacayo que parecía liderar el escuadrón de los de Somerset, tras acabar con todos los sirvientes que había en la casa.

—Imposible, Lord Peyton quiere que se la llevemos a él, seguro que vuestra Señora lo comprenderá— apeló a la superioridad de la palabra masculina contra la femenina.

—Pero Lord Seymour no— contrapuso hábilmente dejando ir un suspiro nervioso.

—Ya lo decidiremos cuando la tengamos presa, si seguimos en esta tesitura puede escapar por la ventana, estoy seguro de que habrá escuchado como estos dos caían— alertó uno de los hombres de menor rango, señalando a los hombres caídos y llevándose una mirada desaprobatoria por interferir en la conversación; no obstante, nadie podía negar la razón de sus palabras así que con un estruendoso golpe en la puerta y preparados para correr tras una mujer intentando huir, se adentraron llenos de furia en ese cubículo lleno de vapor.

El vapor nublaba los sentidos de los lacayos en busca de su objetivo. Un vapor contundente, denso y perfumado hacía de cortina entre ellos y Virgin, la cual, no se había movido de la tina. Seguía con la cabeza medio hundida y con los ojos puestos en esos intrusos, intrusos que entraban eufóricos; con ese furor típico de los mercenarios, esperando siempre lo peor y preparados para devolver cualquier ataque. Sin embargo, esos hombres, que habían esperado encontrarse con una mujer huyendo o armada de alguna forma, quedaron totalmente atónitos al verla.

Ninguno de los ocho, fieles a sus respectivos señores, osó dar un paso hacia esa fémina cubierta por la simple opacidad del agua. Las órdenes eran claras, tanto para unos como para otros: capturar a Virgin Monroe. Se habían imaginado otra situación, otro tipo de conflicto. Ninguno de ellos estaba

preparado para ese tipo de enfrentamiento: el enfrentamiento moral. ¿Cómo arrestar a una mujer desnuda? ¿A una mujer inmóvil? ¿Desarmada? ¿Debían pedirle que se vistiera? ¿Debían girarse para respetar su desnudez? No eran simples guardias, eran representantes de las casas más prestigiosas del país y no podían— ni querían— actuar como seres sin ética ni moral.

Virgin miró a su hijo, dormido a un lado de la habitación, lo miró de reojo mientras esos desconocidos parecían estar meditando. No lo amaba, sabía que existía el amor maternal, lo había visto y vivido con su madre mas no sentía nada hacía él. Sólo era un peón más en su estrategia, y como tal, no podía permitir que nada le sucediera, si fuera de esa forma perdería todo lo que había hecho. Johan Peyton, un bastardo reconocido por el hijo del padre. Sí, un poco confuso, complicado tal vez; solo una forma más de perjudicar al verdadero villano de toda esa historia.

Tras unas miradas significativas entre los de Somerset y los de Norfolk, uno de ellos se atrevió a hablar.

—Señora Monroe, vístase, debe acompañarnos— exigió, haciendo ademán de darse la vuelta pero no pudo hacerlo. Antes de poder hacer gala de su caballerosidad, Virgin se alzó. Dejando, sin ningún tipo de pudor, toda su voluptuosidad a la vista y contemplación de todos. El agua le resbalaba por el cuerpo, y para ninguno de los presentes— por muy caballerosos que quisieran ser— fue indiferente la belleza de esa mujer. Incluso algunos se lamentaron por su triste final. A pesar de que no tenían órdenes de matarla, por el momento, no era difícil saber cómo terminaría.

Alta, hermosa por donde se mirará, bien definida y ataviada de colores atractivos. Por no mencionar sus ojos y su pelo, estrambóticos y condenadamente sensuales. Abatidos, así quedaron todos, abatidos. Si hubiera venido un enemigo a traición, los hubiera matado sin complicaciones. Porque Virgin no era solo un cuerpo, su halo de rareza y su extraña forma de mirarlo todo, la hacían extrañamente encantadora.

Como si no tuviera a nadie observándola, salió del agua como lo hubiera hecho en una situación normal. Incluso anduvo hasta la cama para poder coger un paño con el que secarse. En su proceder, no había vergüenza ni nerviosismo así como la vulgaridad o la altivez innecesaria, tampoco estaban presentes.

—Se. Señora Monroe— tartamudeó otro—apresúrese por favor— trató de parecer autoritario sin éxito.

Ninguno supo qué fue más excitante, si verla salir del agua como Dios la trajo

al mundo o ver como se vestía, porque había que ser realista, por muchos disimulos e intentos de fingir que no miraban, lo hicieron.

—Estoy lista— habló por primera vez provocando más de un pensamiento desorbitado y un pequeño combate, muy disimulado, por quién de ellos la ataba y la guiaba hasta el carruaje—¿Y mi hijo?

—No se preocupe, no tenemos órdenes de hacerle daño.

"Estúpida bondad humana"

—Entregádmela— imperó Thomas Peyton a la salida del edificio sorprendiendo a los sirvientes por su presencia.

—Señor, tenemos órdenes de entregársela a su padre.

—Nosotros debemos llevarla a Somerset con los Seymour.

—El único señor presente soy yo, así que me obedeceréis, entregádmela de inmediato.

—Sí, Señor— se apresuraron a obedecer al futuro Conde de Norfolk, entregando a una Virgin completamente ausente e indiferente, que no ofrecía ningún tipo de resistencia.

—¿Qué hacemos con el niño Señor? —preguntó un muchacho flaco que cargaba con una criatura que no cesaba en su llanto.

—Podéis tirarlo en cualquier cuneta— hizo un gesto despreciativo con la mano sin ni si quiera mirar a su medio hermano, haciendo que Virgin reaccionara a punto de protestar; no obstante, la presencia de otra mujer la hizo callar.

—¿Cómo puedes ser tan ruin? — invadió los tímpanos presentes la soprano. Georgiana descendió del carruaje dejando que la oscuridad fuera invadida por miles de colores, ofendida por las palabras de su esposo.

—Déjalo morir— hizo brillar sus ojos grises Thomas Peyton, haciendo gala de su malicia, malicia que nada tenía que hacer contra la luz que emanaba Georgiana, la cual ya había cogido al pequeño Johan en sus brazos y lo cargaba hacia dentro del vehículo, acto que no pasó desapercibido para Virgin, que veía como sus planes seguían su curso.

—Si no te hubieras divorciado de mí, no tendrías por qué soportar estos estúpidos actos de bondad— clavó su mirada dispar sobre el que un día fue su esposo.

—No te atrevas a hablar de mi esposa, el demonio jamás se enamorará de otro

demonio.

—¿Ella es un ángel? — fingió mofarse, aunque en realidad no le importaba nada el amor que pudiera profesar Thomas por esa mujer.

—No, no es un ángel. Es Georgiana, que eso es mejor que ser un ángel. Para ti, Señora Peyton. Ahora, anda, tus minutos están contados— la arrastró de mala gana hasta tirarla dentro de otro carruaje en que el lacayo de Thomas estaba esperándola.

CAPÍTULO 28—LIGERAMENTE ENLOQUECEDOR

Vincent, el lacayo de Thomas Peyton, miró de reojo a la criminal que su Señor acababa de tirar contra el asiento delantero. Por más que la miraba, no podía terminar de creer que un ser tan hermoso fuera malvado. Llevaba años no, toda una vida, como mercenario al servicio de los caballeros más adinerados y jamás se había lamentado por el triste destino de ninguno de los malhechores a los que había tenido que liquidar. Pero con esa bella creación de Dios, sentía que algo quemaba en su interior, sentía que no le podría quitar la vida aunque quisiera. Y se sintió un desgraciado por ese sentimiento, por ese pensamiento que atentaba contra su honor y sus deberes al servicio de una casa tan prestigiosa como los Peyton. No era la primera vez que tenía que matar a una mujer, ni si quiera era la primera vez que tenía que matar a una mujer bonita. Pero Virgin era mucho más que una cara bella y un cuerpo exuberante. Su mirada, tan atípica y, el movimiento casi imperceptible de sus labios la hacían terriblemente atrayente...Por no mencionar el dulce aroma que desprendía su tersa y pálida piel.

Ella seguía con la cara contra el asiento, ni si quiera había hecho el esfuerzo para incorporarse, tal y como Thomas la había dejado caer, se había quedado. Ajena a todo, y a todos. Ausente. O quizás no era ausente el mejor término, sino carente de interés.

En cuanto el carruaje emprendió la marcha, Vincent la incorporó. Lo hizo despacio, casi con indolencia, no supo el porqué de su acción, pero lo hizo. No debía mostrar ningún tipo de amabilidad ni cordialidad con la persona que había intentado asesinar, repetidas veces, a sus señores. Sin embargo, ese acto tan simple, lo consumió de deseo. Por ambas partes. Y fue consciente de ello al instante puesto que Virgin clavó —por primera vez— su mirada sobre él.

Vincent no era precisamente joven, sino más bien entrado en años; sin embargo, tenía la gran ventaja de no aparentar la edad que verdaderamente tenía. Teniendo así la impresión de estar con un hombre vigoroso y enérgico con toda la experiencia y características de un caballero de antaño.

—¿Quién es usted? — finalmente preguntó Virgin tras haber estudiado a ese hombre que había conseguido remover su interior con un solo toque.

—Vincent— ¿por qué diablos le había respondido? ¿desde cuándo un verdugo se presenta a su víctima? Se sintió estúpido y se decepcionó con él mismo.

Tal vez uno de los principales atractivos de Virgin Monroe, concluyó cuando ella también se presentó, era que parecía totalmente ajena a su extraordinaria belleza. Porque era poco menos que deslumbrante.

Vio que apartaba su mirada en dirección a la nada y se sintió extrañamente ofendido.

—¿Por qué ha hecho todo esto? — demandó sintiéndose con el derecho de demandarle el porqué de su suicidio. Volvió a captar su atención.

—No tengo nada en contra de Thomas ni de su esposa, solo quería hacer justicia...

—¿Justicia era querer matar a una persona inocente?

—Si con eso perjudicaba a Charles Peyton me daba por satisfecha.

—¿Por qué quería perjudicar a Charles Peyton?

Virgin lo miró e hizo vibrar sus pupilas sobre esas dos orbes azules que parecían estudiarla con detenimiento. Y sin saber por qué, empezó a narrar con detalle el día en que su padre murió. No tenía ni idea de por qué estaba siendo sincera con ese extraño, ni por qué estaba contando algo que ya no tenía sentido contar.

Vincent se asombró por la forma tan inexpresiva en que Virgin narraba el suicidio de su progenitor. No sabía si era realmente ajena al dolor o era demasiado fuerte como para demostrarlo.

—¿...entonces Charles Peyton coaccionó a su padre?

—Lo obligó a que se quitara la vida.

—No justifica sus actos...

—¿A caso quiero justificarlos?

"Tú no, pero yo sí", pensó él, que estaba buscando un clavo ardiendo al que agarrarse. Una justificación, una excusa, un argumento...con el que escapar de ahí con esa mujer, con el que cogerla por la cintura y saltar del vehículo para echar a correr lejos de ahí. Él sería capaz de reconducirla, de guiarla, lo sentía en su corazón. Sentía que eran almas gemelas; dos creaciones del todopoderoso para equilibrarse mutuamente. Tantos años sin casarse, sin encontrar a la mujer indicada, y ahora que había aparecido, tenía que matarla. Él mismo se sentía extraño, sabía que era una locura lo que estaba pensando y sintiendo, y precisamente por eso no podía eludir que algo inexplicable había nacido entre ellos dos. En cuestión de segundos. Toda una vida viajando, solo, matando por dinero... y en ese preciso instante, frente a él, estaba ella: su mujer, aquella que había esperado con tanto anhelo. Se llevó la palma de la

mano— inconscientemente— sobre la sien dejando a la vista tan solo su nariz y sus labios condenadamente masculinos y que, por alguna extraña razón, no pasaron desapercibidos para Virgin.

—¿Por qué se preocupa? — ladeó la corta melena —¿Por qué se preocupa por una mujer a la que tiene que matar? ¿No es su trabajo cumplir órdenes sin preguntar?

El carruaje se detuvo. Y Thomas Peyton no tardó en aparecer para seguir el plan establecido: fusilar a Virgin y enterrarla. Luego irían a Norfolk y decidirían qué hacer con el bastardo.

—Vamos Vincent bájala— ordenó Thomas desde abajo y dejando que la oscuridad invadiera el interior del vehículo. El lacayo obedeció y arrastró a Virgin hasta fuera, no sin volver a sentir como su cuerpo se incendiaba con solo tocarla.

—Señor, ¿puedo hablar un momento con usted? — Thomas lo miró alzando una ceja, obviamente no era el momento de hablar ni de titubear.

— Habla— ordenó el alto caballero observando como el mercenario al que había contratado, dejaba a Virgin en el interior del carruaje de nuevo.

—He hablado con ella y me ha contado...— narró toda la historia y sucesos relacionados con Charles Peyton sin que Thomas se inmutara ni parpadeara.

—Su padre le debía dinero al mío, no estoy defendiendo al canalla de Charles pero ya sabes cómo se solucionaban las cosas en vuestra época... de todas formas, todo lo que me has contado no justifica sus actos. Virgin es el diablo personificado y si la dejáramos viva solo permitiríamos más caos y destrucción en esta tierra. Tráela y terminemos con esto. — trató de sonar conciliador con el hombre que debía obedecerle sin más.

—Señor...

—Vincent...se me está acabando la paciencia. Sabe bien por qué estamos aquí, no he venido a tomar el aire fresco y menos en su compañía, así que termine de una buena vez y si no es capaz de hacerlo, yo mismo lo haré.

—Señor, yo puedo ocuparme de ella, me la llevaré lejos. No permitiré que vuelva a acercarse a sus señorías—se atrevió a proponer, delatándose, delatando su deshonor y su deslealtad— incluso puedo convencerla para que ponga mi apellido a ese niño— Thomas hizo brillar sus ojos grises en medio de la noche para luego dejar ir una de sus sonoras carcajadas.

—¿A caso crees que la dejaré viva? ¡Intentó matar a mi esposa! — propinó un duro golpe sobre la barbilla de Vincent, el cual lo aceptó y agradeció que no

lo matara, puesto que se lo merecía por traidor.

—¿Qué ocurre? — descendió del carruaje Georgiana, la cual había rehusado irse a casa para quedarse con su esposo.

—Este desgraciado parece enamorado de ese demonio— espetó Thomas encendiéndose un cigarrillo mientras hacía repicar las cerillas contra el cajetín. Gigi miró a Vincent, no le había prestado demasiada atención hasta ese momento. Siempre fue ese lacayo fiel a su esposo, presente en los momentos más duros y ocupándose de las tareas más arduas. — Me importan un comino tus inclinaciones Vincent, yo mismo acabaré con ella—empezó a dar zancadas hacia donde Virgin permanecía encerrada.

—Espera Thomas—lo retuvo por el brazo Georgiana, brillando tanto como lo estaba haciendo la noche en ese preciso instante. Juntando su belleza con la del firmamento y embelesando a su esposo con sus colores — he escuchado todo lo que ha contado Vincent, así como también he oído la propuesta que nos ha hecho. Puede llevársela lejos, que se lleve a su hijo, bajo la condición que cambiarán su apellido. No tenemos por qué mancharnos las manos de sangre, no tenemos por qué ser como tu padre o...como mi hermana Audrey, por muy buenas intenciones o motivos que tuvieran o tengan... Actuemos con la lógica, con otra mentalidad, dando segundas oportunidades...

—¿De qué estás hablando? Esa mujer nos ha hecho mucho daño, no sé a ti, pero a mí me lo hizo. Me drogó para casarme con ella y luego me volvió a drogar para reconocer a un hijo que no es mío. Se acostó con mi padre, intentó matarte, te ha estado envenenando para que no tuvieras hijos, quemó nuestra casa...quemó tus joyas, tus vestidos... ¿y quieres que la deje marchar? Sería un deshonor para mí como hombre y como futuro Conde de Norfolk. Si no puedo eliminar a una mujer, ¿Cuántos enemigos se me echarán encima?

—Pensé que no te importaban los títulos, pensé que...

—¿Qué pensaste? Una cosa Gigi...— la cogió por las manos al ver que se alejaba de él— una cosa es que sea un hombre con una ideología progresista y otra...otra es que haya dejado de ser hombre.

—¿Ser hombre es quitarle la vida a una persona teniendo la oportunidad de solucionarlo de otra manera?

—¿Sabes qué dirá tu hermana si la dejas ir? Te recuerdo que sus hombres estaban en casa de Virgin para llevarla frente a ella y no creo que fuera para dejarla escapar, precisamente. Es una cuestión de honor. De familia, de prestigio.

—Lo sé, pero no soy ella Thomas. No soy ella. La respeto...incluso demasiado...pero no puedo dejarme influenciar por sus métodos, así como tú no puedes dejarte influenciar por los métodos de tu padre. Esto, es lo que haría Charles Peyton, pero no tú. ¿Estás seguro de que esto es honor?

—Me sobreestimas— dio una calada nerviosa admirando la capacidad de manipulación de su esposa — quizás me parezco más a mi padre de lo que piensas...

—Pero para eso estoy yo...para que no te parezcas...— chispearon sus orbes verdes.

Thomas miró hacia el cielo: oscuro y manchado de luces. Dejó ir una fuerte bocanada de aire mezclado con humo, para luego clavar su mirada oscura sobre Georgiana, la cual provocaba que sus ojos grises se tornaran más claros.

—Dices que puedes convencerla para que cambie el apellido del bastardo, quiero verlo. Vamos— desenfundó su revólver y apuntó sobre la sien del hombre que tanto lo había servido hasta ese momento, pero con el que ya no podía confiar — Entra en el vehículo — Vincent obedeció y entró con Virgin para luego escuchar como cerraban la puertecilla con llave. Thomas dio las indicaciones al cochero para ir a la ciudad más cercana, no le importaba que fuera de noche, quería terminar con esa historia de una vez. Levantaría de su cama al juez si era necesario. De lo contrario, ni Vincent ni Virgin llegarían al amanecer.

—¿Por qué lo ha hecho? Aborrezco los estúpidos actos de bondad. No me conoce de nada, ¿quiere acostarse conmigo? ¿es eso? Es como todos, solo quiere aprovecharse de mi cuerpo. Un sucio hombre.

Una sonora cachetada cayó sobre la mejilla de Virgin y Vincent no se arrepintió de haberla pegado.

—Esta ha sido la primera y última vez que te pongo una mano encima— imperó Vincent observando como la blonda pasaba su mano por la parte afectada — creo que comprenderás que lo merecías. No en balde has intentado matar a dos personas repetidas veces y te has comportado como una niña mal criada y egoísta.

—¿Quién es usted para hablarme así? Le repito que no nos conocemos de nada, no es lógico, ¿qué quiere de mí? — dibujó una pequeña muestra de indignación en su mirada.

—Que se case conmigo— propuso muy tranquilamente el mercenario haciendo

que Virgin dejara escapar una risa burlona.

—¿Qué me case con usted? ¿Y cuál es su plan? ¿Tenerme dominada a base de cachetadas? — se refregó el semblante todavía adolorido.

—Ya le he dicho que no la pegaré nunca más, le recuerdo que debería haberla fusilado y no lo he hecho.

—¿Por qué?

—Porqué veo en usted lo que ningún hombre jamás ha visto, porqué veo en usted a mi futura esposa.

—Está loco.

—Está bien, seremos dos locos.

—¿Me está llamando loca?

—A la vista está, muy normal usted no es.

Virgin resopló y giró la cara. Jamás la habían hablado tan directamente, ni si quiera cuando era pequeña. Jamás nadie le había dicho que había hecho algo mal. Lo miró de reojo, debía reconocer que era apuesto. Mayor, pero apuesto.

—Me matarán, me lo merezco. Aunque Thomas decida liberarme, la hermana de su esposa no me perdonará...la vi una vez, no es una de esas mujeres que me perdonarían...por no mencionar a Charles...

—Haz una buena obra. Haz algo bueno, para que se olviden de ti.

—¿Una buena obra? Ni cien buenas obras borrarían el disparo que recibió la hermana de la Duquesa por mi causa...además, no tengo miedo a morir.

—Todos tenemos miedo a morir.

—Yo no, no siento ese tipo de emociones— lo dijo sin sorna ni un ápice de niñería, por lo que Vincent la creyó. Obviamente Virgin Monroe no era una persona común, pero nadie podía decir que era malvada en su totalidad. Era una persona a la que nadie había sabido guiar, una persona que necesitaba que alguien la guiara porqué su naturaleza así lo demandaba. — Además no me importa, lo único que me importa es que Charles pague por lo que hizo a mi padre, la única forma de hacerle pagar es con mi hijo...Tener un hijo bastardo reconocido no debe ser un plato fácil de digerir para una carcoma vieja como él.

—Virgin— colocó sus manos desgastadas sobre las finas de ella, haciendo que todo ese torbellino de emociones tornara a ellos— no me niegues lo que sientes cuando te toco — los ojos heterocromáticos parecieron emocionarse —¿es la primera vez que sientes algo así?— ella no contestó

pero él supo que era así—¿crees en Dios?— ella negó con la cabeza mirándolo con autosuficiencia— yo sí, yo creo en Dios y sé que un ser como tú debe ser guiado, unida a mí podrás sentir estas sensaciones y muchas más...quédate conmigo— apretó el agarre haciendo que Virgin se estremeciera por primera vez en su vida— quédate conmigo, o muramos los dos esta noche. Porque ten por seguro que si no pones a ese niño mi apellido, Thomas nos matará sin importarle la opinión de su esposa.

—No entiendo nada...Vincent.

Vincent se cernió sobre ella para besarla. El beso se tornó incendiario. Devoró su boca e incluso estuvieron a punto de perder el control. Sin embargo, quería que entre ambos hubiera algo más a parte de ese deseo irrefrenable y enloquecedor, de esa pasión surgida en un lapso y que nadie podría creer real o sensata.

—No entiendas, por una vez, no entiendas y decide —se apartó de ella.

CAPÍTULO 29— CARMESÍ

Thomas removi6 la ciudad y pag6 sumas considerables de dinero hasta que un juez acept6 cambiar el apellido del bastardo por Weston a las cuatro de la madrugada. Ese era el poder del dinero y del apellido Peyton.

—Toma aqu6 tienes a tu bastardo— desech6 al peque6o como si le quemara en las manos encima de su antigua mujer, la cual se hab6a sentado al lado de Vincent en un carruaje de alquiler que los llevar6a lejos de ellos. As6 lo hab6an acordado, y no cumplir ese acuerdo significar6a la muerte inmediata para ambos.

—Desear6a hablar con tu esposa— tom6 entre sus brazos a un hijo que no amaba dej6ndolo encima de Vincent, el cual lo recog6 promet6ndose cuidarlo como si fuera el suyo propio.

—No tienes nada que hablar con ella, vete y no vuelvas jam6s. Est6s viva gracias a ella, recu6rdalo— espet6 con desd6n a punto de cerrar la puertecilla, no obstante Gigi apareci6 con todo su esplendor. Virgin descend6 del carruaje no sin antes ser amenazada por Thomas.

—¿De qu6 quieres hablar? —se dirigi6 a la mujer que tanto la hab6a perjudicado en su vida. Si no fuera por ella, se hubiera podido casar con Thomas sin esc6ndalos...si no fuera por ella, no tendr6a una cicatriz en el est6mago de por vida, si no fuera por ella...quiz6s ya ser6a madre.

—¿Puedo hablar a solas contigo? — Georgiana la estudi6, no comprend6a que en solo unas horas esa mujer hubiera accedido a hacer algo bueno por ellos, y segu6a sin creerla en demas6a. No obstante, en sus ojos, totalmente distantes no hab6a impregnada la amenaza. Tampoco le ten6a miedo, Gigi era igual de alta e incluso m6s voluptuoso que ella y sin ning6n problema podr6a derribarla si llegara a ser necesario.

—No. — determin6 el doctor haciendo que Gigi clavara su mirada aceitunada sobre 6l e hiciera una se6a aceptando la conversaci6n.

Ambas se apartaron un poco de los hombres. Eran hermosas, dos beldades como pocas en Inglaterra. Aun as6, Georgiana era m6s atractiva por el color de su pelo y sus rasgos bien definidos.

—Habla—la odiaba, le hab6a concedido la vida pero la odiaba.

—No he tenido nunca nada en contra de ti— habl6 sin 6pice de resentimiento o culpa, cosa que molest6 a Gigi que empezaba a arrepentirse de que siguiera

viva— solo quería hacer justicia.

—No sé qué concepto tienes de justicia. Me has dejado estéril, yo no tenía nada que ver con todo lo que te pasó. — argumentó con rabia.

—¿Estéril? ¿Por la bala?

—Por el veneno que le diste a tu nana y que ella dio a mi doncella.

—No, no serás estéril por ese brebaje. Solo era un remedio anticonceptivo, no afecta para nada a tu salud, si has dejado de tomarlo puedes quedarte en cinta en cualquier momento.

—Tu nana dijo que era irreversible.

—Esa anciana todavía cree que el agua es dañina para el cuerpo, una ignorante. Sé bien lo que te di, y sé bien que no te causará problemas en el futuro — en sus palabras no había intención de hacerla sentir mejor o de pedir perdón, sino simplemente de explicar la verdad, por lo que por una extraña razón, la creyó.

—Está bien, vete.

—Sólo quería decirte que no volveré para hacerte daño, dice Vincent que tenía que decírtelo para que tu hermana no nos persiga— su sinceridad desbordante hizo ver a Gigi que algo en Virgin no funcionaba corrientemente.

—Está bien te creo— la blonda aceptó con un movimiento lento de cabeza y se giró para volver con ese hombre que acababa de conocer pero que tan bien le había hecho en poco tiempo.

— Por fin se ha terminado— suspiró Gigi al volver junto a su esposo mientras observaban al carruaje desaparecer— estoy segura de que Vincent no la dejará volver a cometer ninguna estupidez— se cogió del brazo de Thomas haciendo que este reparara en su presencia.

—Por su bien, si me cruzo con ellos ni que sea por casualidad los mataré, y me será indiferente lo que opines... ¡Gigi, Gigi! — Thomas tomó en volandas a su esposa, la cual se acababa de desmayar.

—¿A dónde vamos? — interrogó Virgin mientras observaba a su hijo dormir en brazos de su nuevo compañero de vida.

—Vamos a América, ¿qué le parece? — respondió él, que tenía un dinero ahorrado para empezar una nueva vida lejos de Inglaterra.

—En realidad me es indiferente, ahora que se ha salido con la suya y he dejado mis planes atrás...

—Virgin... verá como su vida mejorará a mi lado, tengo muchos planes para nosotros, antes de viajar nos casaremos y luego poco a poco formaremos una familia, verá como conseguirá sentirse una más...

El carruaje se paró abruptamente, y el mercenario no tardó en darse cuenta de que algo iba mal.

—Salga, salga por abajo— abrió una escotilla inferior al tiempo que le entregaba a Johan mientras ella obedecía.

Vincent cargó su arma y por un momento pensó que Thomas no había cumplido su palabra, pero cuando miró por la ventanilla se dio cuenta de su error; no se trataba de Thomas sino de Charles Peyton.

Salió, estaba rodeado y sabía que no tenía ninguna posibilidad.

—Su hijo ha perdonado a Virgin, yo la llevaré a América y nunca más sabrá de ella— vociferó a un Conde que lo miraba autosuficiente desde su semental oscuro. A pesar de su avanzada edad, Charles no dejaba de ser imponente.

—Mi hijo todavía tiene mucho que aprender— repuso dejando que sus cuerdas vocales chirriaran al mismo tiempo que su revólver acababa con la vida de Vincent de forma rápida y cruel.

Virgin lo escuchó, lo escuchó todo como aquella vez en el despacho de su padre. Volvió al carruaje por la trampilla y rebuscó velozmente entre las pertenencias de Vincent alguna arma hasta que dio con una, y antes de que los secuaces de Charles abrieran el vehículo ya se había vuelto a escurrir por el mismo sitio. Dejó a su hijo en el suelo, debajo del carro y se escondió entre los matorrales hasta rodear al Conde. Siempre había tenido sangre fría para cumplir sus propósitos, y esa vez no sería diferente. Sabía que no viviría después de lo que iba hacer pero no le importaba. No le importó nunca. Cuando estuvo posicionada se incorporó y disparó en el cogote del antiguo general.

Charles se tocó el agujero y tuvo el tiempo suficiente como para enfocar a Virgin para luego desplomarse contra el suelo. Los lacayos no tardaron en acribillar a la asesina del Conde, haciendo que cayera ensangrentada y que el carmesí tiñera su impoluta piel. La enterraron de mala manera para ocultar su cadáver, uno que nadie buscaría, y corrieron en llevar al difunto Charles de vuelta a Norfolk donde sería velado y sepultado mientras otros se ocupaban de Vincent.

Nadie se acordó de Johan Weston, el cual se había dormido en brazos de un Vincent que ya no respiraba. Sin embargo, al término de un tiempo, su llanto inundó ese camino polvoriento. Estaba hambriento, y los brazos de su fría madre le eran necesarios.

—¿Lo oyes? — demandó una anciana campesina que iba de vuelta a su hogar para preparar la comida a sus nietos.

—No oigo nada— repuso el cascarrabias de su marido que la sordera le había acompañado en los últimos años.

—Espera, espera— detuvo el paso la señora hasta dar con un carruaje abandonado — espera...— refunfuñó acercándose al vehículo.

—¿A dónde vas mujer? ¿Te crees muy libre porque ya eres vieja? Tienes que pedirme permiso...

—Haz el favor de callar Anselm— vociferó Marianne lo suficiente alto como para que su esposo obedeciera— mira, mira... ¿qué haces aquí pequeño? —se tiró en el suelo con dificultad para poder llegar a Johan y acunarlo entre sus brazos.

CAPÍTULO 30—EL DIABLO

Thomas y Georgiana decidieron ir a Norfolk, estaban seguros de que Charles Peyton no sería tan indulgente como ellos. Sabiendo su pasado y conociéndolo en el presente, no sería de extrañar que le resultara extremadamente difícil dejar escapar a una mujer que había atentado contra su familia y su apellido.

—¡Georgiana! — exclamó Sophia entre eufórica y amorosa al ver a su hermana política en el vestíbulo. Cuñada a la que no tardó en abrazar con sincero afecto.

—Sophia...— devolvió el abrazo Gigi, sintiéndose renovada tras ese pequeño desvanecimiento que había sufrido por la mañana.

—¿Dónde está papá? — demandó Thomas después del beso que su hermana depositó sobre su mejilla.

—No lo sé— resolvió levantando los hombros— lo he visto salir temprano con algunos hombres...— Gigi y Thomas se miraron sospechando lo peor. Por una extraña razón y a pesar de que Virgin les había causado tanto daño, no le deseaban la muerte. Así como tampoco deseaban dejar al pequeño Johan en manos de Charles —¿por qué? — se extrañó Sophia por el repentino interés de su hermano en localizar a su padre.

Las explicaciones no fueron demasiado largas, pero sí contundentes. Sophia estuvo de acuerdo con el proceder de ambos, dejar marchar a Virgin con el pobre Johan era lo mejor, siempre y cuando jamás volviera para arremeter contra ellos, pero para eso estaba Vincent; el cual se encargaría de su bienestar y de guiarla correctamente.

—Habéis obrado correctamente— ultimó la blonda apartando un tirabuzón de su frente en un movimiento nervioso. —Espero que papá no haya cometido ninguna locura...

—Será mejor que salga a buscarlo — se incorporó Thomas.

—Sí, será lo mejor...— convino Sophia.

— Tú quédate aquí con mi hermana Gigi— imperó Thomas saliendo del lugar.

— De acuerdo— obedeció la pelirroja que, realmente, estaba agotada tras todos los sucesos de la noche anterior. — ¿Podría descansar en alguna recámara?

— ¡Por supuesto!;Pero qué pregunta! Si esta es tu casa... Ven, te mostraré la

recámara de mi hermano...

Gigi siguió a Sophia a través de un sinfín de pasadizos que ya conocía, en parte, por el día en que se infiltró como empleada y finalmente llegaron a una puerta de madera cobriza.

— Es aquí— abrió la puerta Sophia dejando a la vista de su cuñada la habitación de Thomas. Estaba impregnada con su perfume, a pesar de que hacía meses que no dormía ahí. Las cortinas eran de tonos rojizos, los muebles señoriales y repletos de libros así como la cama parecía demasiado cómoda; tan cómoda que sin ningún pudor Georgiana anduvo hasta ella y se tumbó sin esperar a que su cuñada se marchara.

— Estoy agotada— trató de justificarse dejando caer sus párpados mientras se arremolinaba entre los pliegues de las mantas.

— Descansa Gigi— salió de la alcoba la blonda cerrando la puerta tras de sí — En esta habitación está durmiendo la esposa de mi hermano— informó a las doncellas— estad pendiente de sus peticiones e id a la cocina a mandar que le preparen algo para comer.

— Sí Señorita— se apresuraron en obedecer las muchachas fieles a sus Señores.

Thomas deshizo el camino hasta donde había dejado partir a Vincent junto a Virgin y su medio hermano, desde ese punto emprendería la ruta hacia donde su antiguo lacayo le había dicho que iría. Por suerte iba a lomos de su caballo, aquel que había dejado en casa de padre meses atrás, y su semental jamás le fallaba. Era rápido y enérgico por lo que podía correr con él sin problemas.

A paso ligero llegó a la ciudad y ahí inició el camino hacia el puerto, lugar al que Vincent quería dirigirse para partir a América. Observando a su alrededor y buscando algún indicio del paradero de su padre, se fijó en que delante de un edificio— a las afueras de la población— había bastantes caballos atados a un poste. Si entrecerraba los ojos para poder ver mejor aquello que le había llamado la atención, podía ver el emblema de su casa grabado en los sillines. Ahí estaba su padre, estaba seguro. Quizás había llegado a tiempo para detenerlo. Cabalgó a paso ligero sin apartar la mirada de ese lugar, lugar que no parecía una taberna ni un lugar de descanso si no... si no... ¡la casa de un médico! ¿Habría alguien herido? ¿Había llegado demasiado tarde? Desmontó rápidamente y se adentró en esa casa que seguía abierta y sin ningún custodio.

Dio pasos instintivos, siguiendo las voces de los lacayos de su padre, hasta llegar al punto donde todos se encontraban.

— ¿Quién es usted? — demandó un Señor con camisa blanca, el Doctor. Sin embargo Thomas no respondió. Sus ojos se clavaron en el difunto cuerpo de su padre, el cual yacía en medio de una fría camilla en la que estaba siendo lavado. Lavado y no curado. Lavado y no salvado.

— Es nuestro Señor, el nuevo Conde de Norfolk— se apresuró en responder uno de los sirvientes acotando la cabeza en señal de respeto hacia Thomas, un respeto que en esos momentos no le servía para nada al nuevo Conde. Thomas dio pasos lentos pero firmes hacia el cadáver, ante los ojos pesarosos de todos los presentes.

"Su padre, muerto. Jamás pensó que lo vería así, sin vida. Siempre se había mostrado tan fuerte, tan invencible... pero ahí estaba, frente a él, sin respirar." Lo tocó, buscando un pulso que sabía que no encontraría, chocando con la fría piel de su progenitor.

— Jamás pensé verte así papá— habló a un cuerpo sin vida, dando a entender al médico y al resto de presentes que era el momento de salir de la estancia para dejar a un hijo a solas con su padre.

A pesar de todos los años de distanciamiento, de todas las discusiones y las batallas psicológicas... Thomas jamás odió a su padre. Fuera como fuera él, una mala persona para muchos, cruel para otros... para él y su hermana había sido un buen padre. Estricto, exigente y controlador... pero en el fondo siempre notaron, como hijos, su amor incondicional hacia ellos.

— Tantos años sin hablar, tantos años discutiendo por nimiedades...— siguió hablándole, lamentándose por su desmesurada capacidad de controlar sus sentimientos. Le hubiera gustado poder llorar, pero no le salían las lágrimas. Tan sólo podía sentir cómo algo en su interior se estaba muriendo junto al difunto Charles. — En el fondo tú y yo éramos casi igual, siempre querías tener la razón — pasó su larga mano por el rostro inerte— te quiero— dijo por primera vez, sabiendo que ya de nada le serviría, sabiendo que algo en sus orbes grisáceas se había apagado para siempre. Cerró los ojos con fuerza y cogió aire — a ver cómo se lo decimos a Sophia ahora... ¿eh papá? Nuestra Sophia...— se mantuvo unos minutos en silencio reteniendo entre sus manos, la mano del antiguo Conde. Estaba seguro de que había muerto mereciéndoselo, pero saber eso no menguaba su dolor. Era su padre el que reposaba frente a él, su sangre. — ¡Pasad! — finalmente ordenó a aquellos sirvientes que ya eran

suyos pues para nadie era desconocido que el único heredero de Charles Peyton era su único hijo varón: Thomas Peyton.

— Sí, Señor— se apresuraron en obedecer cuatro hombres altos y fornidos que habían servido de secuaces de su padre por muchos años.

— ¿Ha sido Virgin verdad? ¿Dónde está ella?

— Hemos hecho justicia Señor, está enterrada en el camino suroeste en dirección al puerto— repuso el que parecía que llevaba la voz cantante sin saber que eso no gratificaba a Thomas, el cual se llevó la mano sobre las sienes. *"Todo, para nada"*. No obstante, no se lo podía recriminar, las órdenes para ellos eran claras...terminar con todo aquel que atente contra la vida de sus Señores.

— ¿Vincent? ¿El hombre que iba con ella?

— Muerto Señor—eso último alertó al Conde de Norfolk.

— ¿El bebé?

— ¿Bebé Señor? — se estremeció el lacayo por si habían errado en algo
— No vimos a ningún bebé.

— Doctor, termine su labor con mi padre, mandaré a un sepulturero para llevarlo a nuestra casa en condiciones— no quería presentarlo frente a su hermana menor en ese estado, ya sería suficientemente duro hacerle saber que su padre había muerto— Vosotros— hizo una seña a los lacayos— venid conmigo— salió del lugar montando a su semental, acto que imitaron los cuatro hombres a su disposición — debemos encontrar a un bebé inmediatamente.

— Sí Señor— pusieron rumbo hacia donde había ocurrido todo, hacia ese carruaje abandonado en medio del camino.

— No está Señor, no está aquí— informó John, tras haber mirado por todos lados sin éxito: la criatura no estaba.

— Seguiremos buscando— Y así lo hicieron, pasaron horas preguntando a lugareños y mirando en las cunetas, pero nada. El condenado bastardo no aparecía, aun así, Thomas parecía inamovible en su determinación por encontrarlo.

— Señor, allí hay una anciana. ¿Le pregunto? — Thomas observó a una mujer de avanzada edad con cierto sobrepeso. Dudaba de que esa campesina pudiera

saber algo, pero dio su consentimiento. Observó como el lacayo se acercaba a la pueblerina, la cual inmediatamente respondió positivamente haciendo que Thomas descendiera de su semental y se acercara a ella.

— ...sí, sí... pobre criatura, la he encontrado esta madrugada debajo de un carruaje...mi hija pequeña es yerma... no ha podido concebir y le hemos dado el pequeño para que lo cuide junto a su marido. Pero si el niño tiene madre, no seremos nosotros quien le robemos el hijo, por supuesto que no...Ahora mismo iré a buscar a Bethany para que os entregue al pequeño Joe. Venid, venid conmigo.

Thomas siguió a la anciana hasta el interior de su humilde morada, iluminada por el calor de una hoguera.

— Aquí...aquí está...— señaló el interior de una cuna hecha de madera, mecida por una mujer joven, de pelo negro y ataviada con sencillos ropajes, debía ser Bethany.

Thomas no había visto a su medio hermano hasta entonces, siempre se había negado a verlo, pero cuando se acercó a él no había duda de que llevaba su misma sangre. Los rasgos de su faz eran los de su familia, por no mencionar su grande estatura a pesar de su corta edad.

— Cogedlo— ordenó. John se acercó al pequeño y lo tomó entre sus brazos — Vamos. — inició su salida de la casa, pero el llanto de una mujer lo detuvo.

— ...tienes que entenderlo Bethany, este niño ya tiene madre...Dios nos dará otra bendición, ya lo verás...— trataba de consolar la anciana su hija.

"Dios no, el diablo", pensó Thomas para sus adentros empezando a sentirse ridículamente sentimental.

— ¿Dónde está su marido? — demandó Thomas a la joven pelinegra, delgada pero bella.

— Acaba de salir Señor— respondió intimidada, puesto que nunca había hablado con alguien de un rango tan alto — ha salido para comprar comida para el pequeño— clavó su mirada sencilla sobre el bebé que John cargaba. Realmente parecía amar al niño aunque no fuera suyo.

— ¿Tienen trabajo?

— Trabajamos el campo Señor. Somos campesinos...— se avergonzó.

— Tengo una casa en Minehead— recordó una de las propiedades de su padre en la costa en la que apenas había empleados — en la que haría falta una sirvienta y un hombre capaz de cargar leña y arreglar los desperfectos. Este

niño no tiene madre, pero tampoco lo dejaré en cualquier sitio. Tengo mis razones para ello— lo miró de reojo— se llamaba Johan Weston pero lo adoptaréis con vuestro apellido y podéis llamarlo Joe. La única condición es que deberéis quedaros en la casa que he mencionado, en la que viviréis como mis empleados. Tampoco deberéis contarle que un día vine a buscarlo, le contaréis que lo encontrasteis abandonado y jamás mencionaréis mi nombre. Para vosotros y para él, seré siempre Señor Peyton.

— Sí, mi Señor, gracias por esta oportunidad— lloró la anciana al ver como el destino de su hija había cambiado radicalmente. En su posición, pasar de ser una simple campesina a una sirvienta era como heredar un condado entero.

— Por supuesto Señor, mi marido y yo estaremos encantados de cumplir con esas condiciones que parecen mínimas en comparación con todo lo que nos brinda.

— Entonces John— se dirigió a su lacayo— quédate aquí hasta que su marido vuelva, asegúrate que cumplen con lo establecido y llévalos a Minehead — Esto será suficiente— le habló a su hermano como si éste pudiera entenderlo.

— ¿Quiere cogerlo Señor? — ofreció Bethany que ya tenía a Joe en sus brazos otra vez.

— No. — sentenció sin dejar de mirarlo y tratando de esquivar la mirada inocente del pequeño.

CAPÍTULO 31— COLISIÓN DE LOS ASTROS

Sophia Peyton se encontraba en su alcoba especialmente decorada por ella y para ella. Los tonos claros, pastel y rosáceos no faltaban en las paredes y los muebles. En ese momento, ella misma estaba peinando sus tirabuzones dorados, lo hacía con tanta soltura y gracia que nadie diría que esa tarea era propia de una doncella y no, de una dama distinguida. Sin embargo, a Sophia no le era necesaria la ayuda de una sirvienta para arreglarse puesto que amaba hacerlo por ella misma. Desde pequeña se había convertido en toda una pomposa y coqueta señorita. En su guardarropa no faltaban las medias, cofias, cintas y guantes de todos los colores, así como su joyero tenía dificultades para cerrar. Era la envidia de todo su círculo social, sobre todo de sus primas y vecinas; no solo por todo el derroche invertido en ella sino por el buen gusto que tenía a la hora de escoger aquello que iba a llevar en fiestas, reuniones y eventos.

A causa de esa permanente envidia que las personas de su alrededor le dedicaban, solo había encontrado la verdadera amistad en las beldades problemáticas: Karen, Diana y Catherine eran sus cómplices en las travesuras y aventuras menos esperadas en damas de su posición. Aunque tenían pocas ocasiones de reunirse, las cartas y las misivas no faltaban; de esa forma, aunque Karen hubiera estado en París durante nueve meses siempre habían podido mantener el contacto así como lo había hecho con Catherine durante su castigo por haber ido a casa de Marcus Reynolds sin escolta.

A pesar de ese sentimiento tan desagradable que provocaba en muchas jóvenes de su alrededor, ella era incapaz de sentir algo parecido. Estaba tan ocupada en ella misma, que jamás sería capaz de poder envidiar o celar a alguien. Algunos lo consideraban un defecto y, otros, una virtud. No obstante, lo que nadie sabía todavía, era que la única hija del poderoso Conde de Norfolk ya había entregado su corazón. Hacía años que Sophia Peyton se había rendido a los pies de su vecino: Brandon Howard, futuro Marqués de Suffolk.

Y con sus pensamientos puestos en Brandon y en el peinado que se haría para la tarde, fue cuando alguien tocó a su puerta. No eran los toques comedidos de

su doncella ni los cansados de su padre. Eran unos desconocidos, estudiados pero afables ¿su cuñada?

— Pase— cantaleó, siempre alegre y feliz.

— Soy yo, Georgiana...— musitó la soprano que entró seguida de Thomas.

— ¡Oh pero pasad! ¿A qué vienen esas caras? — demandó alzándose de su sillón al mismo tiempo que dejaba el peine sobre la cómoda para correr a acercarse a su hermano, el cual no parecía ser el mismo de siempre — ¿Qué ocurre? ¿Papá ya ha vuelto hacer de las suyas? — preguntó acostumbrada a las discusiones entre Thomas y su padre.

— Sophia...será mejor que te sientes...—pidió Thomas mientras Gigi acompañaba a su cuñada hasta el borde de la cama y sentaba junto a ella.

— Me estáis asustando...— se preocupó aunque quiso disimularlo con una de sus eternas sonrisas.

— Tenemos que contarte algo...

El grito de dolor invadió cada rincón del anticuado caserío de los Peyton, haciendo que cada sirviente, doncella o lacayo lamentara junto a la señorita la pérdida de Charles Peyton. A pesar de que jamás fue un Señor agradable o afable, para nadie fue indiferente el trato tan distinguido que profesaba a su única y consentida hija.

Sophia corrió desgarrada al saberse huérfana hasta donde reposaba el cadáver de su padre y se cernió sobre él sin importarle que estuviera frío por completo.

— Papá, papaíto... no puedes dejarme sola, todavía no era el momento de que me dejaras sola... ¡Oh papá! — rompió en llanto bañando la faz del difunto Charles con sus lágrimas — te amo tanto...

Georgiana corrió tras su cuñada. Sin evitarlo, se acordó del día en que su padre falleció, Anthon Cavendish. Y por ese motivo, se sentía completamente identificada con ella, hasta el punto de quedarse a su lado día y noche hasta terminar el velatorio. Thomas, por su lado, iba y venía, gestionando el entierro y los documentos que nadie tenía deseos de atender, pero que alguien debía ocuparse.

Durante el velatorio, familiares de todos los puntos del país fueron a dar el pésame, incluso Audrey, Bethy y Karen visitaron la residencia de los Peyton, junto a sus respectivos esposos para acompañar a su hermana y su cuñado en algunas ocasiones. Ahora que Thomas ya era el Conde de Norfolk, Audrey no tenía por qué seguir repudiando a su hermana Gigi, la cual y por consiguiente,

se había convertido en Condesa. Además, el fallecimiento de su suegro era un buen motivo para que la sociedad pudiera verlas juntas de nuevo.

— ¡Gigi! — gritó en un susurro Karen, la cual ya estaba embarazada de su segundo hijo, aunque todavía no se le notaba. Karen había sido dotada de una fuerza y vitalidad encomendables, y era patente en su fertilidad, la cual le estaba proporcionando un hijo por año.

— ¡Karen! — respondió la pelirroja devolviendo el afecto, un tanto apartada del salón en el que su suegro estaba siendo agasajado con el cuidado y ternura de su hija.

— ¿Cómo estás?

— Mejor, mejor ahora... todo se está encauzando. No estoy feliz, por supuesto que no, a pesar de que Charles no fuera la mejor persona del mundo...mi cuñada y Thomas estaban bastante unidos a él.

— No puedo evitar recordar ese día en el que las cinco velábamos el cuerpo de papá.

— Cierto, creo que para todas es un recordatorio— cogió las fuertes manos de su melliza entre las suyas, alimentándose de su formidable brío —Audrey ha venido hace unas horas, no vino con Liza...no quiso que ella se afectara con esto...lo entiendo. Bethy nos visitó ayer...

— Ahora que eres Condesa y tienes tu propia residencia no te faltarán visitas — informó entre la sorna y el sarcasmo.

— Así es hermana, aunque no puedo recriminarle a Audrey nada de lo que hizo...

— No, por supuesto que no, Audrey siempre ha cuidado de nosotras— concordó sinceramente.

— Vamos, acompáñame, tenemos tanto de que hablar...

Ambas se sentaron en una de las salas más luminosas del edificio y hablaron durante horas, sin límites de tiempo ni condiciones. Hacía dos años que no lo habían podido hacer y sus gargantas agradecieron poder comunicarse la una con la otra como lo habían hecho antaño. Se sintieron aliviadas, satisfechas y parecía que un enorme peso se había evaporado. No faltó detalle que mencionar: desde la huida de Karen a Francia, pasando por su vuelta a Inglaterra y terminando con la locura de su suegra. Gigi tampoco se dejó nada en el tintero: el disparo en Gretna Green, el incendio en su humilde morada, la pobreza, la doble identidad y la muerte de Virgin.

— ¿Y Jeremy y Emma? ¿Dónde están ahora?

— Todavía están en la casa que alquilamos en la ciudad, junto a Clarissa. Con la muerte de Charles no hemos querido traerlos, hasta que haya pasado el entierro.

— Pero Thomas no es como Robert...— manifestó la pelinegra recordando al bueno y temperamental de su cuñado Robert Talbot que adoptó a Rony como a su hijo y heredero. Nada que ver con el diablo de Thomas, que si bien estaba claro que amaba a Georgiana no era precisamente un alma cándida.

— Lo sé...lo sé... he pensado de traerlos a pasar unos días conmigo y prepararlos para que vayan a Minehead, junto a Bethany y su esposo. Pueden crecer junto a Joe, estoy segura de que Bethany estará feliz de recibirlos. Ella no puede concebir... y ama a los niños como si fueran suyos.

— Me parece buena idea, de esa forma, a través de correspondencia siempre podrás saber de ellos...incluso visitarlos de vez en cuando.

— Así es, trataré de ser tan cercana a ellos tres como la situación lo permita...

— De todas formas...Gigi... no creo que debas lamentarte por nada— inició Karen al ver que su hermana se apagaba al hablar de hijos o de bebés— estoy segura de que pronto serás madre.

— Ya no lo sé Karen, ya no sé nada...con ese veneno...

— Pero Virgin te dijo que no tendría efectos en el futuro, ¿de verdad no has sentido ningún cambio en tu cuerpo recientemente? ¿Mareos? Bueno...ya veo que el apetito no se te ha quitado— rio al ver como Gigi engullía un pastelito de la bandeja tras otro como siempre solía hacer.

— Solo me desmayé una vez, fue el día en que dejamos marchar a Virgin y a Vincent, pero estoy segura de que fue por el agotamiento de los sucesos...

— Está bien...dejemos que el tiempo lo decida...

— Señora, sus hermanas Lady Seymour y Lady Talbot han llegado— interrumpió la conversación el mayordomo.

— Por favor, no hace falta que las anuncie, siempre páselas de inmediato.

— Sí, Señora.

— ¡Georgiana! — se animó Bethy dejando caer su recogido dorado tras ella al tiempo que abrazaba a su hermana menor.

— Oh Bethy, que bien que has vuelto hoy...

— Ya te dije que aprovecharía cualquier oportunidad para visitaros... ahora que por fin Audrey te ha perdonado...

— No hables de mí como si no estuviera— clavó sus ojos azules sobre la

sensible Bethy.

— Vamos, vamos... ¡por fin estamos todas juntas! — abrazó Karen a las tres a la vez, haciendo chocar su vientre contra ellas y provocando más de una queja, lloro y risa.

— Solo falta Liza...— recordó Gigi.

— Sí, nuestra pequeña Liza...— acotó el mentón la dulce Bethy mientras se separaba del abrazo.

— Ay...la última Cavendish...— sonó demasiado melancólica para su gusto Karen.

— Y Cavendish permanecerá— determinó Audrey dispuesta a no casar a la última de sus hermanas.

— Georgiana, la marcha fúnebre dará inicio en breve— hizo su aparición Thomas provocando que Audrey estirara su espalda, Bethy bajara la cabeza y Karen lo mirara de frente.

— ¡El demonio!

— ¡Karen! — la reprendió Bethy mientras Audrey le dedicaba una mirada inquisitiva.

— ¿Qué me ha llamada Lady Stanley? — alzó una ceja Thomas observando a la melliza de su esposa, un terremoto por donde pasara.

— Lo he llamado demonio.

— Un poco demonio sí es...— se atrevió a agregar Bethy en un susurro casi imperceptible.

— ¿Se puede saber cómo su padre las aguantó? ¡Cinco mujeres! ¡Qué dolor de cabeza!

— Yo no iría por ahí amigo— lo alertó sinceramente Edwin Seymour que justo acababa de entrar en la sala.

— Y menos con mi esposa— alzó las manos en señal de rendición Asher Stanley recibiendo una coz por parte de Karen nada amigable.

— Yo de la que menos me fiaría es de Karen, es verdad, no en balde yo le enseñé a usar la espada— añadió Robert abrazando a una Bethy avergonzada por las palabras de su esposo medio escocés.

— Eh, demonio, ¿sabes tirar con arco?

— ¡Karen Cavendish! Perdón...Karen Stanley, haz el favor de no hablar en ese tono al esposo de tu hermana— corrigió Audrey que empezaba a arrepentirse de haber ido a esa reunión familiar.

— No, no se preocupe Lady Seymour, está bien así... Sí sé tirar en arco, ¿por qué?

— Te reto...

— Esto es imperdonable Lord Peyton, he de confesar que jamás estaré de acuerdo con su proceder— se irritó Audrey al ver como Thomas le seguía el juego a Karen, aunque eso tan solo era la guinda de todo lo que ya había hecho anteriormente. Era perverso y manipulador, pero por alguna extraña razón combinaba perfectamente con Gigi, debía reconocerlo.

— Por favor, Lady Seymour... ¿puedo llamarla Audrey?

— No.

— ¿Pero por qué no? ¿Somos familia no es así?

— ¿Debo recordarle que me robó a mi hermana?

— Audrey, por favor...— quiso mediar Gigi la cual estaba disfrutando con todo lo que estaba sucediendo en su salón. A pesar de que en la mayoría de conversación había reproches y discusiones, ver a toda —o casi toda— su familia reunida, era para ella una gran satisfacción.

CAPÍTULO 32—BÓVEDA CELESTE

— ¿Por qué parece que nadie haya tocado nada de la decoración en veinte años? No es que yo sea una erudita del tema pero... por favor, sólo hay que ver ese jarrón...

— ¡Karen por favor! — demandó Bethy sonrojándose por el poco tacto de su hermana menor ante un Thomas que no sabía si reír o echar a esa arpía de cuñada a golpes de tridente.

— Mi padre lo dejó así cuando mi madre murió, no quiso perder su esencia...

— Ahora Gigi podrá ocuparse de esa tarea — abogó Audrey por su hermana, esperando a que no tuviera que vivir en ese museo.

— Por supuesto Lady Seymour— concordó Thomas que parecía querer ganarse la empatía de su cuñada mayor a toda costa. Si a algo lo removía, era encontrar a una persona a la que no podía manipular. Y eso le estaba pasando con Audrey, por mucho que intentara buscar una grieta en la que colarse, ella seguía igual de distante, fría e impávida como al inicio. Miró de reojo a su esposo, ¿cómo aguantaría vivir con ese bloque de hielo? Sin embargo, estaba claro que Audrey amaba a sus hermanas, y si alguien amaba a Gigi, para él ya era bienvenido. Bethy era otro cantar, una dama típicamente pusilánime fácil de llevar, aunque todo apuntaba a que escondía un temperamento que salía a relucir en los momentos más álgidos de la vida. Karen, por otro lado, era un tempestad. Díficil por donde se mirará, un caballo sin domar; no obstante, por alguna extraña razón, resultaba ser una dama que caía en gracia sin esfuerzo por su parte, literalmente ningún esfuerzo.

La familia compuesta entre las hermanas Cavendish y sus respectivos esposos formaban un cuadro estrambótico en medio del salón más anticuado de Inglaterra.

Por un lado, estaba la impasible y poderosa Duquesa de Devonshire, bien no era la Duquesa de dicho ducado pero era como si lo fuera, debido a la influencia que ejerció su padre para que la Reina le concediera ese privilegio a través de su primogénito Anthon. No obstante, Audrey no solo ejercía el control y el dominio de esa región sino que también lo hacía en la región de Somerset junto a su esposo Edwin Seymour, teniente del ejército. Audrey poseía una belleza singularmente fría, era pálida como la luna pero su pelo era

oscuro como la noche así como su personalidad y formas acompañaban a dicho aspecto. Impoluta en su tono, su andar y su forma de sentar. Perfecta en todo, si no fuera por...por Edwin. Edwin Seymour, su esposo, un cínico y un canalla falto de modales que parecía importarle todo bien poco si no fuera por esa sonrisa irónica que emanaba peligro a través de sus comisuras.

En segundo lugar, se podía ver a una dulce y cándida belleza inglesa. La perfecta dama, con el pelo rubio y los ojos verdes. Cálida en su tono de voz, su aspecto y sus modales. No estiraba tanto la espalda como su hermana mayor al sentarse, pero Bethy se esforzaba en ser una dama modélica en gran parte de sus acciones y conversaciones. Sólo tenía un defecto o lo que alguien sin sentido de la observación podría considerar tal cosa y, era su extrema timidez y sensibilidad. Con facilidad sus mejillas se teñían de carmesí y su esposo, Robert Talbot, un escocés asilvestrado, no la ayudaba a aminorar su vergüenza; o sí, realmente Robert, Marqués de Salisbury, con su espontaneidad y su naturaleza, aventuraba a su esposa a sacar su temperamento en los momentos más inesperados.

A otro lado del salón, estaba Karen. Karen Stanley, Condesa de Derby. Una mujer como pocas, con un aspecto extraordinariamente hechizante y una personalidad todavía más atrayente. Su pelo negro cual azabache combinaba a la perfección con sus orbes oscuras, unas orbes manchadas por pequeños destellos de luz que cegaban a cualquiera que fuera el destinatario de ellos. Su voz de mezzosoprano arrastraba cada partícula de aire que pudiera haber en el espacio que la rodeaba, haciéndose así tan fuerte y enérgica como verdaderamente su dueña era. Sólo había algo que parecía equilibrarla, y ese algo era su esposo: Asher Stanley. Él, con sus palabras comedidas, y sus discursos de político parecía calmar a la salvaje pantera que tenía por mujer.

Por último estaban los anfitriones, unos anfitriones que llevaban dos años casados pero que justo en ese momento empezaban a presentarse en sociedad como matrimonio. Gigi y Thomas eran el complemento perfecto el uno para el otro. O más bien, Gigi era la pieza perfecta para la vida de Thomas, porque en realidad Georgiana sería perfectamente capaz de vivir sola. Georgiana era tan extraordinariamente hermosa como su melliza Karen, tan sólo que en lugar de la oscuridad, en ella reinaba la luz, los colores, y las contraposiciones. Paciente, inteligente y sagaz. Una mujer capaz de guardar su dolor por años y aguantar. Thomas, por otro lado, era el demonio en cuerpo de humano; un ser oscuro y con pocos escrúpulos pero que por alguna extraña razón se sometía a la voluntad y criterio de su dueña y señora Georgiana Peyton, recién nombrada

Condesa de Norfolk.

— Thomas, ya están todos aquí — anunció una pesarosa Sophia cargada de inmensas ojeras bajo sus ojos azules y observando a la familia de su hermano con total indiferencia, una indiferencia causada por las horas de vigilia y por el desasosiego de saberse huérfana sin haberse casado todavía.

— Es el momento — respondió su nuevo tutor hasta que contrajera nupcias, levantándose del sillón y dirigiéndose al vestíbulo, seguido de su esposa Gigi quien no tardó en abrazar a su cuñada para dirigirla hacia el exterior.

El entierro fue dado con todos los pormenores necesarios, nadie de la familia Peyton reparó en detalles hacia el difunto Charles. Las oraciones, las súplicas y algunos llantos fingidos no faltaron. Georgiana observó como el féretro de un suegro al que apenas conoció era enterrado bajo capas interminables de tierra frente a una Sophia sinceramente compungida y un Thomas estático. Observó, y removi6 sus ojos de norte a sur, sintiéndose cada vez más confundida. La orientación empezaba a jugarle malas pasadas, así que trató de serenarse con el contacto cercano de sus hermanas, pero de nada le sirvió. Finalmente cayó al suelo para sorpresa y espanto de los presentes, sobre todo para su esposo y sus familiares sanguíneos.

Thomas se apresuró en alejarse de la aglomeración de gente hasta llegar a Gigi, la cual ya estaba siendo recogida por Edwin Seymour, quien la cargó hasta el interior del edificio.

— Envía una misiva al Doctor Mellison —ordenó Audrey a la Señorita Murray en cuanto Edwin dejó a Gigi sobre el lecho que le habían indicado.

— No hará falta ningún Doctor que no sea yo mismo — trató de no ofenderse Thomas.

—Em...sí, por supuesto — no tuvo más remedio que aceptar aunque su mirada gélida no cayó en balde sobre su cuñado, alertándolo de que más le valía hacerlo bien.

Todos esperaron pacientes fuera de la recámara. Algunos temían que todos los estragos sufridos pasaran factura, otros que la herida de bala hubiera dejado infecciones demasiado difíciles de curar y algunos otros, auguraban un nuevo miembro en la familia.

— Tendría que haber venido la Baronesa Viuda, ella sabría de que padece Gigi con sólo mirarla — recordó Bethy a la Señora Royne, la Baronesa de Humpkinton.

— Estaba demasiado cansada para venir, cada vez está más agotada...además

es bueno que alguien conocido se quede con Liza. Liza no puede quedarse sola ni al cuidado de las doncellas... a pesar de que solo le quede un año para su debut, es complicado...

El sonido de la puerta que resguardaba a la protagonista del desasosiego general irrumpió en la conversación como una leve lluvia detiene el trabajo de los campesinos.

— ¿Qué ocurre? Habla, ¿qué le pasa a mi hermana? — demandó Karen que parecía ser totalmente indiferente al vientre que portaba su segundo hijo.

— Voy a ser padre... — fue toda respuesta por parte de Thomas quien no tardó en ser agasajado por sus cuñados con copas de brandy y palmadas en la espalda. Mientras tanto, todas las antiguas Cavendish corrieron al interior de la recámara en la que descansaba su siempre callada y paciente hermana Georgiana.

Gigi tenía un brillo diferente en sus ojos verdes, incluso su pelo parecía más rojo de lo habitual, y esos detalles no pasaron desapercibidos ni para Audrey ni para el resto. Estaba feliz, por primera vez en años, Georgiana parecía feliz.

— ¡Tu hijo y el mío nacerán en el mismo año! ¡En el año 1846! Ni expresamente lo hubiéramos hecho tan bien — carcajeó como un hombre Karen tirándose sobre la cama de Gigi para abrazarla.

— ¿Pero cómo van a nacer en el mismo año si ella todavía tiene que esperar por lo menos ocho meses? El tuyo nacerá en 1846 pero el de ella en 1847 — torció una sonrisa hermosa Audrey posando su mano sobre el abultado brazo de Gigi de la forma más cariñosa que consiguió.

— Estoy feliz por ti — convino Bethy acariciándole el manto carmesí que tenía por pelo Gigi.

— Por un momento temí que esas hierbas... pero no, por fin...por fin seré madre... ¡estoy tan feliz! Creo que esto es lo mejor que me ha pasado en seis años...

— Has soportado mucho...

— Callas mucho...

— La paciencia también tiene sus límites... — ultimó Karen provocando una risa sarcástica generalizada por su comentario. ¿Karen paciente?

CAPÍTULO 33—REDENCIÓN

— ¿Cómo está tu hermana? — quiso saber Gigi una vez entrada la noche y cuando todo los invitados ya habían partido a sus respectivas moradas.

— Más calmada, ahora está durmiendo— repuso Thomas tratando de ser indiferente al hecho de que ambos se encontraban liberados de todas las amenazas de una vez por todas y tras dos años de intrigas, penalidades y sufrimiento.

— ¿Te das cuenta de que es la primera noche en la que no debemos hacer frente a ningún tipo de amenaza o desgracia?

— No lo había pensado— mintió el nuevo Conde de Norfolk deshaciéndose de su frac — espero que no te moleste que todavía no nos hayamos trasladado a las recámaras principales del edificio... al haber muerto mi padre tan repentinamente quisiera esperar un poco para ocupar sus dependencias.

— En absoluto, ya es un gran logro que no tengamos que dormir en una cama mullida o acechados por algún enemigo— trató de bromear Gigi removiendo su melena rojiza sin éxito.

— Cierto— levantó sus cejas Thomas — ¿qué haces? — observó a su esposa sentada en una silla escribiendo algo que parecía captar su completa atención.

— Estoy organizando la semana en que Jeremy y Emma estarán aquí con nosotros, quiero que sean unos días inolvidables para ellos...para así cuando vayan a Minehead jamás nos olviden...

— ¡Qué disparate! ¿Cómo te van a olvidar? Nadie en su sano juicio podría hacerlo...— alabó el diablo a su presa que no tardó en darse cuenta del cauce de la noche.

— Por cierto sabes que mi hermana rige una escuela para mujeres... ¿verdad?

— Sí...sí lo sabía...espera un momento— trató de fingir desinterés en el asunto, ofendiendo por unos segundos a Georgiana, hasta que Thomas sacó de uno de los cajones de su escritorio un sobre.

— ¿Qué es?

— Míralo tú misma...— le hizo entrega del documento, el cual no tardó en ser devorado por su receptora.

— ¡No lo puedo creer! ¿Pero cómo? ¿De verdad no te importa? — se

incorporó dejando su hoja sobre el sillón y llevándose las manos sobre los labios presa de emoción. De una vez por todas, todo parecía encauzarse en su vida. Por primera vez en años, parecía que la vida le sonreía.

— ¿Importarme que estudies medicina? ¿Por qué debería de importarme? — hizo una mueca de incompreensión.

— No lo sé... hay hombres que no quieren que sus mujeres...

— Yo no soy cualquier hombre...— Gigi se arrojó a sus brazos dando un pequeño salto para llegar a ellos y se apoyó contra su cuerpo mientras él le rodeaba la cintura con agilidad. El calor entre ambos fue insoportable, como si abrazar a Thomas Peyton fuera como abrazar al mismísimo infierno.

Thomas acaparó su boca y cuando ella respondió positivamente a esa acción, por poco pierde el control. Sin embargo, deseaba que entre ellos hubiera algo más que una pasión desenfrenada. Por eso, luchando contra su propio cuerpo, se separó de sus labios para poder besar su frente, sus mejillas, su cuello y todo pedacito de piel desnuda que tenía a su alcance; provocando en Gigi un alboroto y sofoco interiores insoportables.

— Es verdad, no eres cualquier hombre...— musitó ella en un intento desesperado de parecer elocuente.

— Espera, tengo algo más...— la dejó sentada sobre el borde de la cama, volviendo a ese cajón.

— ¿Qué? — preguntó ella, sintiéndose una niña pequeña recibiendo sus regalos de navidad.

Él por toda respuesta y entornando hacia un lado la comisura de sus labios, zarandó una cajita de terciopelo esmeralda dejando a Georgiana confundida. ¿Una joya? Jamás Thomas le había regalado una; primero, porque su economía jamás le acompañó y segundo, porque seguramente ni si quiera prestaba atención a ese tipo de detalles.

— Creo que es hora de deshacernos de este trozo de hierro— se arrodilló frente a ella cogiendo su sedosa y pálida mano entre las suyas; indicando a ese anillo que una vez improvisó en una herrería. Una herrería en la que se casaron.

— Ya me había acostumbrado a él...— sinceró ella con cierto deje de tristeza, recordando el día en el que se casaron. Un día accidentado, atípico y lleno de contradicciones.

— ¿No querrá ir por ahí con esta miseria de anillo Señora Peyton, Condesa de Norfolk? — preguntó simulando que el tema en cuestión era de vida o muerte.

— No, por supuesto que no— dejó ir una pequeña sonrisa, casi imperceptible, pero tremendamente seductora para su observador.

— Entonces, déjeme que haga las cosas bien...

— Un poco tarde— se burló Georgiana después de que ese hombre la obligara, prácticamente, a casarse con él.

—A ver...—se aclaró la garganta, intentando hacer una buena acción por una vez en su vida, hecho que le estaba costando más que respirar. Pero Georgiana valía ese esfuerzo, esa asfixia...—Señorita Cavendish, ¿quiere usted casarse conmigo? — hincó una rodilla en el suelo, abriendo la cajita aterciopelada, la cual mostró un anillo cubierto por esmeraldas y rubíes.

— No lo sé...Me lo tengo que pensar...— fue su actuación tan real que Thomas no pudo evitar sentirse un completo idiota por unos segundos hasta que Gigi esbozó una sonrisa ladina y canalla, de quien acaba de cometer una travesura — ¡Por supuesto que sí!

— Claro, claro que sí, ninguna mujer desperdiciara semejante oportunidad — trató de recuperar el orgullo masculino que se había quedado por un momento perdido en la inmensidad de los orbes verdes femeninos que tenía clavados sobre él.

— Sí, por supuesto— ironizó ella. Si bien Thomas era apuesto, y galán, intimidaba a la mayor parte de muchachas por su aspecto lúgubre y su mirada casquivana. Solamente ella, por alguna extraña razón, veía más allá del demonio de Norfolk.

El Conde no demoró más lo importante del asunto, y con toda la delicadeza que le fue capaz de reunir entre sus garras, deslizó ese hierro que un día de tanto sirvió para poner en su lugar una joya a la altura de la mujer que lo acompañaría el resto de sus días. La mujer que siempre tuvo que estar a su lado, y ninguna otra. Esa dama de la que se enamoró cuando tan sólo tenía diecinueve años. Su Gigi, su luz.

Georgiana miró a su mano, verdaderamente esa pieza de orfebrería brillaba de una forma especial entre sus dedos. El verde de las esmeraldas y el rojo de los rubíes hacían una bonita combinación.

Thomas se deleitó con la expresión de felicidad que la Condesa de Norfolk le regaló, y no tardó en abalanzarse sobre ella. Haciendo que su tierna y sedosa espalda chocara con la mullida cama. Se adentró en su cavidad más húmeda, extasiándose con cada beso que ella le correspondía con frenesí. Georgiana se aferró a su pelo, al pelo oscuro de su esposo, para poder soportar la emoción

que la estaba invadiendo. El deseo los consumió. La larga mano del demonio se escurrió entre los pliegues del vestido para arrancar corsé y enaguas de su cautiva, dejándola completamente desnuda frente a él. Y como si satanás pudiera sentir compasión, posó su mano sobre su vientre para detener por un momento su nigromancia.

— Tenemos que tener cuidado...— recordó a su hijo, el cual reposaba en el interior de Gigi, diminuto pero fuerte.

— Es cierto— concordó ella, llevando su mano sobre la de su esposo, amando a un ser que todavía no había visto, pero que hacía poco que sabía que existía. Con esa delicadeza, Thomas acarició uno de los voluptuosos pechos de Gigi, jugando con él y mordisqueándolo hasta hacerla enfadar. Después repitió la operación con el otro pecho y siguió descendiendo hasta pasar por el abdomen para detenerse en su punto álgido. Mientras tanto, ella enterró sus dedos bajo su pelo, pero no tardó en bajar para sacarle la camisa de los pantalones, acto que provocó escalofríos en su esposo. Unos escalofríos que no hicieron otra cosa que alentarle a introducir la mano en esa parte húmeda y excitada de Gigi, haciendo que ella se retorciera en un acto de venganza. La estimuló disfrutando con la luz verdosa de sus ojos sobre los suyos, y la besó en el mismo proceso, para que la tortura fuera aún mayor. Se desabrochó el pantalón para liberarse sin poder evadir el gimoteo terriblemente hechizante de Georgiana, sin poder dominar el poder controlador de esa voz de soprano sobre él. Deseó enterrarse en ella y así lo hizo, se adentró en su cuerpo, sometiéndose a su voluntad. Alzó la cabeza mientras la penetraba despacio y se percató de que ella lo estaba mirando como jamás lo había hecho, presa del amor incondicional que se había forjado entre ellos tras todos esos meses de calamidades. El instinto lo impulsaba a seguir y alcanzar el clímax pero el placer del momento lo refrenaba, queriendo absorber cada instante y queriendo alargar el deleite hasta lo indecible. La mujer con la que estaba haciendo el amor era hermosa, era un pedazo de cielo entre sus brazos, lo notaba con sus ojos y con su cuerpo. Sus colores, sus formas, su voz... Saboreó su imagen y su olor; el placer era tan intenso que rayaba con el dolor. Entonces sintió como ella se contraía entorno a él, y supo que no habría paz hasta que la liberara. Se retiró de su interior sin llegar a salir del todo para volver a adentrarse, hundiéndose una y otra vez. Complacerla era una dulce agonía. No obstante, la esperó hasta que supo que estaba a punto de alcanzar el clímax. La embistió con más fuerza, la escuchó jadear y sollozar hasta que un grito placentero invadió la recámara, momento en el que él también sucumbió,

abrazando ese instante de redención.

Había llegado. Había llegado ese día en el que, de una vez por todas, podía ingresar en la escuela de medicina. Y no era cualquier escuela, sino aquella que su propia hermana había fundado. Si tiraba la vista atrás, todavía podía ver a esas dos niñas fantaseando con su futuro y, era un verdadero milagro, que estuvieran cumpliendo sus sueños; sobre todo, tras todos los incidentes y obstáculos que habían tenido que superar desde su juventud.

—¡Gigi! — nombró la mezzosoprano más bella y testaruda que Londres conocía.

—¡Oh Karen! — repuso la soprano fundiéndose en un abrazo mientras sostenía su maletín encuerado con esmero.

—Bienvenida a tu primer día de clases— anunció abriendo los brazos dramáticamente — Margaret Fetcher te está esperando para iniciarte en anatomía.

—Entonces debo apresurarme, no me gustaría que pensara que por ser hermana de la directora tengo algunos beneficios— bromeó sin poder creerse que lo que estaba viviendo fuera real.

—Lo hemos conseguido.

—No hay nada que las Cavendish no puedan conseguir, y cuando son mellizas, el poder se acentúa.

CAPÍTULO 34— EL PODER Y LA FUERZA DEL FIRMAMENTO

Georgiana miró al exterior clavando su mirada sobre el glauco roble que chocaba con su ventana cuando el viento lo empujaba a ello. A penas le quedaban hojas, el invierno se las había llevado todas. Con la mirada puesta en una de las ramas que parecía languidecer y con las manos puestas en su abultado vientre, observó como su protegida — Sophia Peyton— atravesaba el jardín cubierta hasta las orejas — bien podía ser por el frío o por no ser vista— y se escudriñaba a través de una pequeña puerta para correr campo a través en dirección a la casa de los vecinos, los Marqueses de Suffolk.

No era la primera vez que la veía de esa guisa, y sabía perfectamente que no iba a recoger bayas precisamente, así como tampoco iba al encuentro de ninguna amiga tan apreciada como para salir a escondidas, a expensas de que Thomas la encerrara en su cuarto de por vida. Se recordó a ella misma cuando tan sólo tenía quince años, corriendo para ver a Thomas en un invernadero de Chatsworth House. ¿Quién era ella para delatarla? Además, Sophia ya no era ninguna niña, ya había debutado en sociedad. Si bien podía informar a su esposo de lo que había visto por el bien de Sophia, para que su reputación no se viera perjudicada, ella no lo haría. No era que no quisiera protegerla, los meses de convivencia habían creado un vínculo bastante especial entre ellas como para preocuparse de su porvenir. No obstante, no sería capaz de hacer la función de escolta o de guardia, o de entrometida. Era mejor que las cosas siguieran su cauce y llegado el momento, ya actuaría.

Recorrió su mirada esmeralda a través de la habitación. Hacía un tiempo que se habían trasladado en las dependencias principales y tras renovar por completo la decoración de las mismas se sentía, por fin, en su propia casa.

"Su propia casa".

Desde que había muerto su padre, no se había sentido tan cómoda en ningún lugar. No era que en el Castillo de Dunster, en Somerset, no se sintiera confortable bajo la tutoría de su hermana Audrey y su cuñado Edwin, por supuesto que no. Era simplemente, esa necesidad de sentir independencia y seguridad al mismo tiempo. Esa necesidad de sentir que algo es tuyo, aunque no seas una persona avariciosa. En Dunster, sabía que algún día se iría, que algún día debería partir hacia el hogar de su esposo y que, siendo la propiedad de

su cuñado, ni si quiera podría volver en calidad de una hija que va al encuentro de su padre... por mucho aprecio que Edwin le profesara. En todo caso, ese tipo de privilegios los tendría Liza, que al haber estado bajo el mandato de su cuñado desde una temprana edad, era considerada como su propia hermana pequeña. Sabía que pensar así era un tanto duro y que muchas personas jamás concebirían ese tipo de reflexiones pero a ella siempre le había gustado primar la lógica por encima de los sentimientos. No era fría ni mucho menos, al contrario, era una mujer dada al cariño y al afecto; simplemente, era demasiado inteligente como para no ver la realidad.

Buscó con la mirada los libros que se amontonaban sobre su propio escritorio. En cuanto empezó las clases en la escuela de medicina, a las cuales había podido asistir solo unos meses debido a su gestación, demandó tener su propia mesa en la habitación para así poder estudiar cuando le apeteciera. Era un deleite poder hacerlo sabiendo que nadie la reñiría, y era entonces cuando se acordaba de su difunta y malvada madre. Una madre que sólo la atormentó durante años y que le negó la posibilidad de formarse en cualquier ámbito que no fuera la sumisión al hombre. Por fortuna, todo eso había quedado en el pasado, y de ese pasado solo había algo que extrañaba: a su padre. Anthon Cavendish fue un buen padre, un padre comprensivo y amoroso, y si cerraba los ojos todavía podía sentir el tacto de su mano sobre la suya. Si apretaba los párpados, todavía podía sentir su mirada azulada, la misma de la de Audrey pero no tan fría, sobre ella.

Lloró su muerte a puertas cerradas por meses tras haber llorado la desaparición de Thomas en silencio por tantos otros. Absoluto silencio había reinado a su alrededor, no queriendo hacer partícipe a sus hermanas de su dolor. Intentando ser siempre práctica, intentando demostrar siempre una elocuencia ante ellas que en ocasiones le había faltado.

Toda una secuencia de sucesos que la habían hecho, cuanto menos, una desgraciada a la sombra. Pasando por alto el año 1840, luego vino cuando Audrey estuvo a punto de ser violada, cuando se casó con mentiras para que luego Bethy se escapara formando un escándalo. Lo último fue su propio matrimonio, un completo desastre, por no mencionar el tiro, el incendio y la pobreza. Con todo eso, lo peor de todo, había sido la violación de Liza. Todavía se estremecía con sólo recordarlo, y todavía más miserable se sentía al saber que prácticamente había pasado tres años lejos de ella. Había deseado ir a visitarla, pero con las clases y el embarazo le resultó prácticamente imposible, tan sólo pudo ir un par de veces en el que ella

apenas habló. Al menos no se culpaba por su silencio, según Audrey era normal.

— Señora Peyton — tocó la puerta Clarissa, la cual tras el entierro de Charles fue trasladada a la residencia familiar de los Condes de Norfolk junto a Geremy y Emma, aunque ellos ya no estaban tampoco. Habían sido llevados a Minehead para que Bethany los cuidara como a sus hijos.

— Pase Clarissa — adujo más por costumbre que por necesidad puesto que Clarissa no necesitaba permiso para pasar, ella misma entraba sin ninguna clase de pudor, pero a eso a Gigi no le molestaba.

— Han llegado estas cartas para usted —dejó caer de entre sus mullidos dedos dos sobres impolutos sobre la cómoda.

— Gracias — corrió en ver la correspondencia sin esperar a que su doncella se retirara así como la misma doncella tampoco esperó hacerlo. Estaban acostumbradas a leer las cartas juntas y comentarlas. — ¿Me has traído el trifle? —

— Sí, ahí se lo he dejado — señaló a una copa rellena bizcocho, fresas y nata montada que por un momento provocó que Gigi dejara la correspondencia para más tarde. Sin embargo, la curiosidad fue más intensa la glotonería, al menos por esa vez.

"A la Señora Peyton,

el Señor Tonhill, el mayordomo, es quien está escribiendo por mí esta carta puesto que yo no sé leer ni escribir. Tal y como me ha pedido, me comunico con usted para informarle sobre el estado de Joe, Geremy y Emma.

El pequeño Joe ya anda e incluso me llama mamá, no puedo explicar qué felicidad tan grande siento cada vez que lo veo reír o patalear entre mis brazos.

—Ay Señora, qué bien que por lo menos el pequeño Johan o Joe, o como lo quieran llamar tenga el amor de una madre. Que aunque no sea la suya propia es mejor que la que hubiera tenido — interrumpió Clarissa a lo que Gigi concordó con un movimiento afirmativo de la cabeza.

Geremy es todo un hombrecito que ayuda a mi esposo con la leña y las enmiendas necesarias del hogar. Él dice estar feliz con nosotros y nosotros lo estamos con él. Posee un carácter fácil y pienso que pronto también me llamará mamá ya que Emma ya lo hace. Emma, des del primer día se aferró a mis piernas y se podría decir que aún no me ha soltado. La peino, le hago trenzas y ama copiar lo que yo hago con la muñeca de trapo que le

regalamos por su octavo cumpleaños.

Por el momento esto es todo cuanto puedo decirle Señora, jamás podré agradecerles ni a usted ni al Señor Peyton todo lo que han hecho por nosotros.

Firmado,

Bethany

— Oy — sollozó Clarissa usando el delantal como pañuelo para sus lágrimas — esos dos niños son tan buenos, Geremy y Emma son dos angelitos...no sabe lo feliz que estoy de que hayan encontrado una familia. Estoy segura de que en cuanto pasen unos años ni si quiera se acordarán de que Bethany no es su verdadera madre.

— Yo también lo pienso así, en cuanto pasen los años, no habrá cabida para los reparos ni las formalidades. Geremy será como el hijo mayor y Emma la niña de sus ojos, una hija siempre es querida y consentida cuando hay dos varones.

— Cierto... ¿y la otra carta Señora?

— A ver...

A mi querida hermana Gigi,

mi querida Anne de apenas dos meses crece fuerte como un roble.

Gigi no pudo evitar pensar en el roble que tenía en frente de su recámara y reír por la comparación.

Parece que tendrá el pelo como Asher, rubio. ¡Maldición! ¿Tanto sufrir para que luego se parezcan a él? Espero que al menos el tercero salga con el pelo bien negro como el azabache, si no me declararé en período de abstinencia indefinido.

— ¿El tercero? — se escandalizó Clarissa junto a Gigi que abrió tanto los ojos, que temió que se cayeran contra el mármol.

Así es hermana, vuelvo a estar embarazada así que finalmente nuestros hijos nacerán al mismo año, en 1847. Quisiera ver la cara de Audrey cuando lo sepa. ¿Qué pensaba? ¿Qué sólo ella y Bethy podían parir a la vez? Áurea y Alice no serán las únicas primas que nacerán en el mismo año.

Georgiana no pudo aguantarse más, sus carcajadas limpias y sonoras inundaron los pasillos del caserío por largos segundos hasta que Clarissa se unió a ella más por ver a su Señora feliz que por el contenido de la carta.

— ¿Pensará que es una competición?

Pero Gigi no tuvo tiempo de responder a la pregunta mordaz de Clarissa, porque al parecer la carta de Karen le había sentado tan bien, que su hijo — o hija— había decidido que era el momento de nacer.

— ¡Señora! ¡Señora! — se apresuró Clarissa en sostener a Gigi entre sus brazos hasta dejarla sobre el lecho, donde la sentó.

— ¡Vamos! ¡Avisa a Thomas! — gritó después de varios sollozos dolorosos que llegaron perfectamente al oído de su doctor personal sin que fuera avisado.

— Aquí estoy— entró el alto Conde Peyton colocándose la bata y sentando a su esposa en la silla que había comprado especialmente para dar a luz a su pequeño.

— ¿No sería mejor en la cama Señor? — abogó Clarissa que de toda la vida había visto nacer a los niños en las camas.

— ¿Qué sabrá usted Clarissa de las nuevas técnicas de ginecología? — y era cierto, que en las últimas décadas se había extendido el uso de las sillas para traer los niños de los más apoderados al mundo. Se decía que así las mujeres podían ejercer mayor presión y sentían menos dolor. — Vaya y tráigame toallas limpias y agua caliente. Y unas tijeras bien quemadas.

— ¿Quemadas? ¿Por qué diablos voy a quemar las tijeras? — se aquejó Clarissa saliendo de la recámara lamentándose de que los partos ya no fueran cosa de comadronas sino de hombres que creían saberlo todo.

— Gigi, vamos aguanta, vamos a traer a nuestro hijo al mundo— rasgó la falda de su esposa para facilitar el trabajo.

— Sí, nuestro primer hijo Thomas...nuestro primer hijo— sonrió ella a pesar del profundo dolor que estaba padeciendo y de los calambres que le adormecían las piernas, hartas de soportar tanto calvario.

Georgiana empujó con maestría, ella misma controlaba su respiración y sus espasmos musculares. Parecía que su mente tenía tal capacidad de autocontrol que en ese momento estaba haciendo gala de todo su poder. Incluso su esposo quedó sorprendido al notar que Gigi apenas gritaba sino que colaboraba como si no fuera ella quien estuviera dando a luz.

— Vamos, un poco más, ya le veo la cabeza... ¡Dios mío! — alabó el Diablo a su Creador— ¡Dios mío! Mi hijo está naciendo entre mis manos — Gigi apretó por última vez dejando salir a su pequeño, no obstante, aunque veía a su bebé entre las manos ensangrentadas de Thomas sentía la necesidad de seguir empujando.

— No estoy, todavía no estoy Thomas— alertó al observar que su esposo se levantaba para asistir a la pequeña que tenía entre manos.

— ¿Cómo? — Thomas entregó a la niña a Clarissa quien rápidamente la tapó y la acunó sin importarle que no estuviera limpia. El Doctor se dio cuenta de que su mujer tenía razón, había otro en camino. Como Georgiana era una mujer glotona y voluptuosa había atribuido su gran vientre a su propio cuerpo y no al hecho de que portara más de un niño en su interior.

— ¿He llegado tarde? — la voz de Audrey sonó en medio de todas las circunstancias sorprendiendo a los presentes. Aún con eso, entró con el mentón tan alto y la espalda tan erecta que nadie comprendió que era ella quien había obrado de forma inadecuada o mal educada, incluso pareció que los equivocados y los faltos de modales eran ellos.

— No, Señora, al parecer viene otro— comunicó Clarissa dejando que Audrey cogiera a su sobrina mientras Gigi todavía empujaba.

—Sí, viene otro — repitió Thomas que parecía tener dificultades para traerlo. Suspiró profundamente y miró a una Gigi que estaba aguantando muy bien los achaques del parto pero que a pesar de su continencia, se le empezaba a notar el cansancio. — Un poco más Georgiana...

— Vamos Gigi, aguanta— agregó Audrey — mira a tu hija — le puso en frente a la niña, hecho que animó a Gigi para seguir intentándolo.

Thomas no hablaba, se quedó callado un largo rato, usó todas sus técnicas y avances pero no había forma de traer a su otro hijo al mundo y empezaba a afectarle aunque no lo quisiera admitir o aparentar.

— Vamos a probarlo de otra manera— Thomas levantó a pulso a su mujer ensangrentada y la estiró sobre el lecho haciendo que Clarissa pusiera unas almohadas detrás de su espalda — Venga Gigi, inténtalo un poco más.

Georgiana notó como la respiración cada vez se hacía más difícil pero ver a su hija en brazos de su hermana mayor la alentaba a no rendirse. Así que reunió valor y fuerzas y empujó una vez más. Un llanto escandaloso invadió el lugar, pero Gigi todavía no se había quedado satisfecha.

— No, Thomas, viene otro— se aquejó como si aquello no tuviera fin.

— ¿Cómo? — repitió la escena dejando a la segunda niña sobre los brazos de Clarissa bajo la atenta mirada de Audrey.

— Sí, viene, ya sale— gritó al sentir como su tercer hijo salía sin dificultad. Thomas se quedó un tiempo prudencial hasta que notó que Gigi se relajaba y entrecerraba los ojos.

— ¿Ya no sientes nada?

— Sueño...pero quiero verlos...

— Verlas Gigi, son tres niñas, y no sabría decirte cuál de ellas es más hermosa.

— ¡Qué fuerte es usted Señora! Escuché un caso parecido pero la madre no sobrevivió— se asombró Clarissa al ver como su bella Señora había traído al mundo a tres preciosas criaturas a penas sin despeinarse.

— Serán los trifles...— se permitió bromear recogiendo a sus tres tesoros entre sus brazos. Audrey miró a Thomas, acto que imitó tras unos segundos Gigi, querían ver cómo reaccionaba. No había heredero, no había ningún varón. Tres niñas, tres dotes y tres inútiles según la sociedad.

CAPÍTULO 35—JOYAS PREDILECTAS

Thomas permanecía inmóvil con la mirada grisácea sobre las tres gemelas, sus hijas. Tres niñas. Por su mente pasaban todo tipo de pensamientos: primero, ¿cómo iba a proteger a tres niñas de la misma edad? Debutarían en el mismo año y serían idénticas, un reto difícil de lograr incluso para el demonio; segundo, ¿cómo había podido suceder? y ¿cómo Gigi podía seguir tan entera y llena de vida tras semejante alumbramiento? Todo un milagro de la ciencia y un hecho admirable, admiración que recaía, por supuesto en Georgiana.

Georgiana. Ella. Tan hermosa. ¿Serían sus hijas cómo ella? ¿Tres pelirrojas? Buscó algún rastro de vello en las bebés, todavía nada. Podía ser una señal de que, en efecto, serían de tono cobrizo puesto que si su pelo fuera oscuro como el suyo propio, unas vetas más oscuras mancharían sus cabezas. ¿Tendrían los ojos verdes? ¿Cómo su esposa? ¿O serían grises? Se acercó todavía con las manos manchadas de sangre, pero le fue imposible decretarlo. Las pequeñas permanecían con los ojos demasiado cerrados como para averiguarlo.

En su trance, descubrió a dos pares de ojos sobre él. Y entonces, despertó.

— ¿Qué ocurre? — se apresuró en dejar que Clarissa limpiara sus manos con agua tibia, sin dejar de mirar a su cuñada y a su esposa indistintamente; entre la duda y la ofensa por estar siendo observado de forma tan poco disimulada.

— ¿Te molesta que sean niñas? — no titubeó Gigi en preguntar al ver que Audrey permanecía en silencio, la cual continuó en él hasta que salió de la recámara para dejar la intimidad necesaria al matrimonio.

— ¿Pero de qué estás hablando? — se ofendió finalmente el Conde de Norfolk — ¿por qué debería de molestarme?

— Te recuerdo que los Condes buscan herederos. Que los hombres, los buscan...y para muchos de ellos, tener hijas significa una pérdida de dinero y de tiempo...— el semblante de Thomas se ensombreció hasta el punto de que Gigi temió haber hablado en demasía.

— Jamás vuelvas a insinuar que mis hijas son un inconveniente para mí, son tan hijas tuyas como mías y no permitiré que ellas me vean como yo...como yo

vi a mi padre en algunas ocasiones...

— Lo siento— bajó el mentón la madre novicia para enfocar a sus tres pequeñas, sintiéndose orgullosa de su esposo por primera vez. Sus hijas no tendrían un padre que las detestara o que las quisiera entregar al mejor postor y eso, para una madre, lo era todo. —Lo siento de veras...— repitió dejando caer el agua de sus ojos sobre los de Thomas, permitiendo que el verde se fusionara con el gris y que una unión, que presumía ser indestructible, se diera lugar — Pensé en un nombre de niña...pero no en tres... ¿cómo las llamaremos?

—Ámbar, Perla y Rubí señaló de izquierda a derecha; para que nadie dude nunca de que ellas— las miró dibujando un destello de amor sincero—son mis joyas más preciadas.

— Me gusta...— antes de que pudiera terminar la frase la pequeña Ámbar estalló en llanto provocando que Perla lo hiciera también, mientras Rubí parecía inmune a todo cuanto le rodeaba.

— Ya empiezan a mostrar su carácter— tomó asiento Thomas al otro lado de la cama.

— ¿Puedes coger a Rubí mientras intento calmar a Ámbar y Perla?

— ¿Yo? — se sintió extraño al recibir a un ser tan inocente entre sus manos. Rubí se acomodó entre sus falanges e incluso podría decirse que lo miró — ¿cómo las distinguiremos? — cuestionó Thomas cuando vio que Gigi ya tenía el control de la situación de nuevo.

— Yo ya las distingo— el Conde alzó una ceja ante la soberbia de su esposa.

— ¿Ah sí? ¿Cómo? — se burló.

— Mira, Ámbar tiene una pequeña mancha de nacimiento en el brazo. Perla, en cambio, tiene la piel impoluta. Y Rubí es más rosada.

— Cierto...

Los meses transcurrieron con esa acostumbrada habilidad de hacer correr el tiempo en los momentos de dicha. Las joyas de Norfolk, como fueron apodadas por todos los familiares e incluso sus propios padres cuando hablaban de sus tres hijas a la vez, crecían hermosas e idénticas físicamente — en excepción de esas pequeñas diferencias que sólo los más allegados conseguían ver— no así en carácter. Mientras Ámbar tenía temperamento, Rubí era toda ella tranquilidad y Perla...Perla nadaba entre las dos, como si tuviera la capacidad de reflejar cuanto aconteciera a su lado.

—Son verdaderamente únicas y bonitas— alabó Bethy dejando que Áurea anduviera hasta sus tres nuevas primas y las observara chocando con algo tan particular como lo era ella.

— Son una bella mezcla entre ella y Thomas — convino Audrey observando el pelo de sus sobrinas, el cual nadaba entre el negro y el rojizo mientras sus ojos eran grandes pero perfilados como los del padre.

— ¿Habéis visto el color de sus ojos? — pronunció orgullosa la madre levantando a Perla para que sus tías pudieran fijarse mejor — no son ni verdes ni grises, sin embargo, emanan los dos tonos.

El llanto ensordecedor de Anne, la única hija de Karen inundó la recámara de Georgiana, reclamando la atención que se merecía.

— Necesito hacer un repaso o de lo contrario me volveré loca — rio Sophia, un poco más recuperada de la ausencia de su padre gracias a sus sobrinas — son demasiados niños en una sola habitación — parloteó haciendo que Audrey levantara imperceptiblemente su ceja izquierda como siempre que Sophia Peyton iniciaba uno de sus acostumbrados monólogos —

Mary y Anthon son mellizos, hijos de Audrey aquí presente — señaló con poca delicadeza a la susodicha provocando en ella una sonrisa de puro convencionalismo .

— Tenemos seis años — cantalearon los aludidos.

— Eso, seis años, nacisteis en 1841.

— Yo también tengo seis — se aquejó Rony no queriendo ser tomado por uno de los menores de la familia.

— Sí, tú eres Rony, el único hijo varón de Bethy — clavó el dedo índice en la dirección de la Marquesa de Salisbury que trató de devolverle la confianza en su gesto con una mueca sincera de afabilidad — Continuando con los hijos de Audrey, encontramos a Alice — acarició el pelo oscuro de la benjamina de los Seymour, la cual no tardó en volver a pasar la mano por su cabecita simulando peinarse tras la ofensa de haber sido tocada por esa extraña de Sophia — tras ella viene Áurea, sin lugar a dudas hija del sol aquí presente — miró con ese asombro que nunca podía disimular al observar la blanquecina y única niña de los Talbot .

— Ahora viene mi hijo William — señaló Karen a un revoltoso de dos años que estaba tratando de romper uno de los jarrones más preciados de los Norfolk — después mi niña Anne — estiró a la bebé que tenía entre los brazos de apenas unos meses.

— Y las gemelas — concluyó Gigi meciendo las tres cunas a la vez con un ingenioso aparato que Thomas había mandado a construir.

— Y mi John — hizo una mueca Karen llevándose la mano sobre el vientre.

— ¿Cómo sabes que es niño? — refunfuñó Audrey que le molestaba la ligereza en que Karen hablaba de sus vástagos — es de mal augurio poner el nombre antes de que nazca.

— Sé que es niño porque es tan molesto como lo fue William y punto — arrebató la pelinegra que amenazaba con traer a muchos más herederos a ese mundo solo por su aspecto fuerte y, para algunos, demasiado enérgico.

— Me gustan los nombres de las niñas de Gigi — musitó Bethy sentada en uno de los sillones tapizados de color azul mientras Rony amenazaba con iniciar otra batalla de espadas amaderadas con Anthon.

— A mí también, me parece muy progresista. Quizás cuando yo tenga mis hijos también los nombraré con nombres de ese tipo. Estoy aburrida de los nombres clásicos.

— Sophia, no deberías de hablar de tener hijos cuando todavía ni si quiera estás casada — corrigió Audrey haciendo ver a la cuñada de su hermana que no era bonito que una joven casadera hablara a la ligereza de esos temas.

— Vamos, vamos... huyamos antes de que el sermón dé su inicio — salvó Karen a su compinche de travesuras, saliendo de la alcoba. — las beldades problemáticas debemos volver a unirnos — informó seriamente la pelinegra una vez estuvo a solas con la otra integrante del grupo.

— ¿Ha pasado algo?

— Sí, no puedes continuar escapándote para ir al encuentro de Brandon Howard. Si lo quieres debe ser tuyo de inmediato.

— Pero sabes que mis primas lo tienen convencido para que no me pida la mano y no puedo pedirle a mi hermano que...sería demasiado vergonzoso incluso para mí.

— Por eso Sophia, por eso. Tengo un plan para sacar a tus primas del medio...yo te ayudaré...

CAPÍTULO FINAL

*Finales de 1847. Chatsworth House, Ducado de Devonshire
En el salón dorado.*

— Jamás imaginé que Karen se pondría de parto en nuestra propia casa — repitió por tercera vez Audrey tratando de disimular la emoción que la invadía al saber que nacería uno de sus sobrinos en Chatsworth House.

— Lo cierto es que estaba muy avanzada en su gestación, no debería haber viajado — refunfuñó la Baronesa Viuda sentada en uno de los divanes principales y apoyando sus dos manos en el viejo bastón que la acompañaba desde hacía años.

— No hay de qué preocuparse, Karen es fuerte, estoy segura de que sería capaz de dar a luz ella sola y en medio de un bosque — recordó Gigi empujando el carricoche triple que Thomas había mandado a hacer expresamente para las tres joyas de Norfolk.

— A penas está gritando, tan sólo se escucha de vez en cuando... lo que no entiendo es por qué no quiere que entremos con ella... — se lamentó Bethy bajando el mentón para enfocar su Áurea, la cual estaba sentada en su regazo.

— Porqué la ponemos nerviosa. Sí, exactamente esas han sido sus palabras. "Salid de aquí que me ponéis nerviosa" — repitió a modo de sorna su melliza.

— Esta niña...ni siendo madre de tres criaturas cambiará... — musitó la Señora Royne entre el fastidio y el cariño, negando con la cabeza.

— Vamos Baronesa, no se enfurruñe...— la abrazó Bethy que siempre le había profesado un especial apego.

— Bueno, ahora con estas tres joyitas delante de mí, me sería imposible hacerlo...— esbozó una sonrisa de satisfacción al ver como tres bebés la miraban a la vez.

Al otro salón, al contiguo al de las damas, se encontraban los varones fumando y con las copas respectivas y pertinentes al gusto de cada uno.

— Otra vez padre, ¿será niño?

— No lo sé Seymour, según Karen sí — repicó el brandy preso de esos nervios de un hombre que va a ser padre, sin importar las veces que pasara

por ese momento.

— Puede que sean más de uno — removi6 el drambuie Robert recordando la herencia gen6tica de su familia pol6tica.

— No lo creo, el vientre no estaba tan abultado y Karen no es una mujer entrada en carnes como para no notar las dimensiones de su preñez — agreg6 Thomas que siendo familiar de la parturienta hab6a preferido que el m6dico de la familia, el Doctor Mellison, tomara el control del asunto.

— ¡Ya est6! ¡Ya est6 aqu6! — los gritos de la Señorita Murray, la doncella de Audrey alertaron a los familiares del beb6 reci6n nacido. Asher ascendió la gran escalinata de dos en dos para ser el primero en ver a su hijo, aunque la tarea se le hac6a d6fícil cuando vio a tres damas con vestidos pesados cogerle los talones. *"Estas Cavendish"*

— ¿Qu6 es? ¿Qu6 es? — demand6 el padre a la puerta de la alcoba dispuesto a entrar.

— ¡Un niño!

— Y al final ha resultado que ten6a raz6n — convino Audrey en un susurro para que nadie apreciara la competici6n interior que hab6a llevado con su hermana menor en cuanto a conocer el sexo del beb6.

— ¡John! ¡John ya est6 aqu6! — se escuch6 una mezzosoprano anunciar dando paso a los presentes para dar la bienvenida al nuevo miembro de la familia.

William y Anne fueron acercados de inmediato por Asher para que vieran a su nuevo hermano, as6 como la larga lista de primos tambi6n le dieron el visto bueno. T6os y t6as se maravillaron con John hasta que Gigi pregunt6 por Liza.

— ¿Y Liza?

— Est6 en el jard6n con Roderick, al parecer es una de las pocas compañ6as que no le desagradan — apunt6 Bethy a su fiel lacayo, el cual hab6a ido tomando un papel importante en la vida de su hermana menor como guardi6n y protector. Al ser la menor de las hermanas tan sensible a los desconocidos, cuando no pod6an dejarla al cuidado de ning6n familiar, recurr6an al lacayo de los Talbot para que la custodiara. Roderick, por su parte, era un hombre honorable y leal dispuesto siempre a ayudar cuando fuera menester.

— Ir6 a buscarla, Clarissa qu6date con las joyas — determin6 Gigi. La Condesa descendió las escaleras con su especial gracia y elegancia y anduvo hasta los ventanales que daban paso al jard6n. David, el mayordomo, corri6 a ofrecerle su abrigo para que pudiera salir al encuentro de Liza, la cual, a pesar del fr6o se encontraba observando las pocas flores resistentes al clima

invernal mientras Roderick permanecía inmóvil a su lado.

— ¡Liza! — nombró la soprano — ¡Liza! — la joven, que ya tenía dieciocho años, se giró para responder a la llamada de su hermana mayor. Cada vez que la veía, la admiraba, por su fuerza y su vitalidad. Toda en ella, Gigi por sí sola, era color y viveza.

—¿Qué ha ocurrido? — retuvo el aire por unos segundos, olvidándose de que Karen estaba de parto y dando paso al miedo irracional que la invadía cada vez que alguien levantaba la voz. Georgiana se dio cuenta y disminuyó el ritmo de sus movimientos hasta llegar a ella.

— Nada mi pequeña — tomó sus frágiles manos entre las suyas — no ha pasado nada de lo que debas preocuparte — la tranquilizó acariciando su tierna mejilla con verdadero amor y devoción — sino algo de lo que te alegrarás... ¿te acuerdas de que Karen se ha puesto de parto?

— ¡Dios mío! ¡Es verdad! — cantaleó como un ruiseñor lo haría, llevándose las manos sobre sus finos y naturalmente delineados labios. En ocasiones, sin ningún motivo aparente o, que alguien pudiera justificar, Liza se olvidaba de cosas sumamente importantes; como si nada de su alrededor le importara. Hecho que hacía sentir la culpable.

— Vamos ven— tiró de ella con tacto, colocando una mano sobre su hombro — John es precioso. Creo que tendrá el pelo negro como Karen, mejor, William ya es rubio como Asher. Y Anne también. Por lo menos que uno se parezca a nuestra hermana...

Georgiana llevó el peso de la conversación hasta la recámara donde todos estaban aguardando la llegada de la benjamina Cavendish. Y era tan especial Liza, que cuando entró, todo el jolgorio enmudeció. Toda la atención recayó en ella, ya no era por su condición dada a su experiencia traumática, había algo en su ser que provocaba ese efecto a su alrededor. Audrey parecía tornarse más brillante en su presencia, Bethy más calorífica, Karen más oscura y Gigi más viva. Los astros se intensificaban si ella hacía acto de presencia.

Liza dio pasos cortos pero sublimes hasta alcanzar a su hermana y a su sobrino recién nacido. Y como si pudiera sanar con su solo contacto, pasó la mano por encima de la cabecita de John, provocando una leve sonrisa en él.

— John— musitó en un canto celestial.

— Al final pasaremos más tiempo del que pensábamos aquí.

— No importa, tengo todo controlado en Norfolk.

— Las niñas están agotadas— suspiró al verlas dormir plácidamente.

— Podríamos aprovechar el momento...— se acercó Thomas abrazando a su esposa por la espalda, gesto al que ella respondió apretando sus antebrazos contra su pecho. Tras meses de lucha y desasosiego, por fin habían encontrado la paz que necesitaban y por fin estaban juntos, como siempre debieron estarlo. Los besos y las caricias no tardaron a darse lugar, haciendo que el diablo abrazara al firmamento con toda la ansia y el poder del fuego. No obstante, la llama que se había prendido fue radicalmente apagada por los gritos de Bethy que resonaban contra los muros de todo el edificio.

— ¿Qué ocurre? — demandó presa del pánico Gigi saliendo de la alcoba mientras sus bebés arrancaban a llorar junto al resto de los infantes de la residencia.

— ¡Es la Baronesa! ¡La Baronesa de Humpkinton! ¡La Señora Royne! — todas las que un día fueron Cavendish corrieron al encuentro del origen de esa voz hasta dar con una Elizabeth descorazonada que sujetaba al cuerpo de la anciana Royne entre sus brazos. — Me había extrañado que no hubiera venido a ver el niño... y como todas las doncellas estaban ocupadas con los menesteres de los bebés, he venido a buscarla yo misma y...

Thomas se apresuró en tomar el pulso a la anciana sin éxito, buscó signos en ella de sufrimiento o causas de su muerte. No obstante, todo apuntaba a una muerte silenciosa, una de aquellas que el mismísimo Dios te impone de forma dulce.

— ¿Qué ha pasado Bethy? — entró Robert angustiado por los llantos de su esposa— ven, levanta...— se acercó a ella cogiéndola del suelo mientras Thomas dejaba a la difunta sobre el lecho.

— Ha muerto de forma natural — informó Lord Peyton viendo como su esposa se abrazaba a Audrey y al resto de sus hermanas.

—Sabíamos que algún día pasaría... el año pasado la Señora Evans, la nana de Edwin, también nos dejó. Son generaciones que se van...ahora nos toca a nosotras velar por los que vienen y guardar en la memoria todos esos consejos que un día nos dieron — trató de consolar Audrey a sus hermanas menores, que parecían otra vez niñas entre sus brazos, buscando su consuelo. No importaba que fueran esposas, madres ni que sufrieran penalidades propias de su edad. — Ven Liza— hizo una seña al ángel para que se uniera al abrazo colectivo.

EPÍLOGO

— Doctora Peyton, solicitan su presencia en la entrada— informó Molly a la bella e inteligente médico que tenían en ese pequeño consultorio.

— ¿Quién es? Ahora estoy revisando a la Señora Robinson, no puedo...

— ¿No tienes un minuto para tu marido? — irrumpió Thomas en la consulta haciendo salir a la paciente y a la enfermera.

— ¡Doctor Peyton! ¡Qué honor verlo en el consultorio de nuevo! ¿Dónde se había metido? He tenido que ocuparme yo sola de todos los pacientes...— fingió tragar la bilis cruzando los brazos por delante de su pecho.

— Doctora...espero que sea benevolente con este pobre Conde que va del despacho a la consulta... ¿acaso quiere usted llevar las finanzas?

— ¡Oh no!;Qué aburrimiento!

— Entonces...cállese...y béseme...— apretó su vientre contra su torso y la envolvió entre sus largos y fuertes brazos, obligándola a besarlo sin descanso. Sin aire. Y sin respiración. El beso iba en aumento, de ritmo y de placer hasta que Thomas no pudo soportarlo más y la subió encima de la camilla.

— ¡Thomas!;Aquí no!

— Aquí sí— se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada y prosiguió con la exploración que más le preocupaba en esos momentos — tengo que revisar que esté en completas condiciones de seguir trabajando, de lo contrario, ejerceré mi poder como hombre y le negaré tal derecho...

— ¿Es una amenaza?

— Es un hecho...— torció la comisura de sus labios solo como el diablo lo sabía hacer y en ese gesto, fue cuando mordió los voluptuosos labios de Gigi, quien se estremeció y tembló como si fuera la primera vez que estuviera entre los brazos de su endiablado marido.

— Es usted perverso...— musitó entre besos y caricias que amenazaban en quemarle la piel en cualquier instante.

Thomas Peyton se deleitó con cada roce y pedacito de piel de Georgiana; mordió, besó y lamió cuanto pudo, dejándola sin aliento y obligándola a refrenar sus gustosos cánticos al amor por el lugar en el que se encontraban. Desabrochó su camisa blanca con frenesí, y arrancó el sencillo vestido púrpura que llevaba hasta llegar a los pechos que habían sido prisioneros entre los pliegues de la ropa. Como si quisiera compensarlos por ese

sufrimiento, los acarició con suma delicadeza, con fruición desmedida. El color de sus puntos álgidos lo enloquecían, pero besar en esa parte que se endurecía, se tornaba desquiciante.

— Thomas...

— Gigi, Georgiana...te amo...perdóname por todo el daño que te hice...

— Hace tiempo que te perdoné...— repuso ella con una voz ronca por el placer físico y psicológico — yo...— cogió su mentón entrelazando sus dedos entre su fina barba de dos días— yo también te amo— le confesó mirándolo a los ojos, perdiéndose en ese mar grisáceo. Gris como él. Pero que con el reflejo de ella, se tornaba de muchos colores. — te amé desde niña...

— Mi Gigi...— apartó sus enaguas y se fundió en su interior, buscando en su interior ese cielo que siempre encontraba en ella. Buscando esas formas, colores, luces, espectros... e infinidad de puntos bellos. Ambos se movieron, enérgicamente, buscando complacerse. Buscando terminar con esa dulce agonía. Y el momento llegó, dejándolos a los dos extasiados y exhaustos.

— ¡Mamá! Ámbar me ha vuelto a robar mi collar— buscó la pequeña pelinegra de ojos grises la defensa justa y propicia de su madre nada más que esta llegó a la propiedad de los Condes de Norfolk.

— Ámbar Peyton, preséntate delante de mí inmediatamente— vociferó haciendo resonar sus cuerdas vocales entre los tímpanos de sirvientes, hijas y esposo.

— ¿Sí mamá? — apareció otra pelinegra con las manos cruzadas por delante en señal de modestia.

— ¡Perla! ¿Cuántas veces te he dicho que no accedas a hacerte pasar por Ámbar? — la regañó Georgiana descubriendo el engaño de inmediato y subiendo las escaleras de forma estruendosa hasta llegar a la habitación de la culpable.

— ¡Ámbar! Devuelve el collar a tu hermana Rubí — encontró a la última de cabello azabache escondida tras el biombo, cargada de joyas de todo tipo — ¡Pero si has cogido mi tiara de diamantes! Sabes que esta joya es muy importante y no debe tocarse bajo ningún concepto. Ven, deberé castigarte— la cogió por el brazo hasta ponerla al medio de su recámara — dámelo todo.

Ámbar obedeció con el ceño fruncido y los morros más largos que nadie en la tierra había visto.

— Ahora baja con Clarissa y te pasarás toda la tarde ayudándola a pelar patatas.

— ¿Qué? — replicó haciendo repicar sus zapatos enlustrados contra el mármol.

— Lo dicho, Señorita, a pelar patatas. Venga— la empujó con la fuerza necesaria para moverla del sitio sin llegar a hacerle daño. Jamás le haría daño a ninguna de sus hijas, jamás se parecería a su madre.

Ámbar bajó la escalinata enfurruñada sin esperar encontrarse con Perla y Rubí al final de ella.

— Te he dicho que mamá te castigaría— removió Rubí, su mirada grisácea sobre la bilis de su gemela, mostrando una de sus sonrisas malvadas.

— Basta, parad de discutir...— alertó Perla temiendo que su madre volviera y las castigara a las tres por pelear.

— Vamos Perla, ven y ayúdame a pelar patatas— cogió por un brazo a su hermana blanquecina.

— Ni pensarlo, ella no tiene por qué ayudarte... el castigo es para ti— estiró Rubí por el otro brazo.

— ¡Niñas! ¿Otra vez? — demandó Gigi desde la cornisa de la escalinata.

— No mamá— corrió cada una a su habitación menos Ámbar que estaba confinada a la cocina.

Georgiana soltó un fuerte suspiro, y se dirigió al despacho de su esposo para buscar a Esmeralda, su cuarta y última hija, la única con el pelo rojo como ella. A Esmeralda le encantaba estar en brazos de Thomas y fue allí donde la encontró.

— Tenemos suerte de que ella sea tan tranquila— convino Gigi nada más entrar en el estudio y cogiendo a la pequeña.

— Ya te hemos oído... — se tocó un oído aparentando dolor.

— No grito por gusto, si Audrey supiera que grito así... pero es que estas niñas me alteran...

— ¡Cinco mujeres! ¡En una casa! — dramatizó Thomas.

— Siento no haber podido darte un heredero...—frunció el ceño ella.

— Era una broma... ya lo sabes. Lo dejaremos todo al hijo de Sophia... no importa— hizo un ademán restándole importancia— también es justo para ellos recibir una parte de lo que mi padre dejó. Yo tan sólo estoy manteniendo la fortuna y cuidando de los bienes, no la estoy incrementando. Sabes que

tengo otras preocupaciones. Y además, lo más importante sois vosotras— pasó el dedo por la mejilla de Gigi.

— Lo sé— se sintió aliviada y feliz — Por cierto, he recibido una carta de Bethany ¡Joe ya cumple diez años! He pensado que podríamos mandarle un reloj para su cumpleaños.

— Sí, estoy de acuerdo. Geremy ya ha ingresado en la marina y Emma me consta que es una excelente doncella, joven pero buena aprendiz.

— Los niños... ¡cómo crecen! Y nosotros...envejecemos...

— Aunque tengas ochenta años seguiré persiguiéndote cada noche — pronunció seriamente Thomas.

— ¿Me querrás igual?

— ¡Más!

¡GRACIAS POR LEER MI LIBRO!
Puedes dejar tu opinión en Amazon...

www.maribelsolle.com

Otros títulos del autor

Piel de Luna (I Saga de los Devonshire)

Tirabuzones del Sol (II Saga de los Devonshire)

Ojos del anochecer (III Saga de los Devonshire)

Manto del firmamento (IV Saga de los Devonshire)

Esencia del Astro (V Saga de los Devonshire)